



ISABEL.



SEGUNDA EDICION.



TOMO I.



1875.



L47
3790

11 Mayo 76

ISABEL
ó
LA LUCHA DEL CORAZON

NOVELA ORIGINAL

DE LA AUTORA

DE

MAGDALENA, EL HADA DOMÉSTICA, EL HILO DEL DESTINO Y OTRAS OBRAS.

TOMO I.

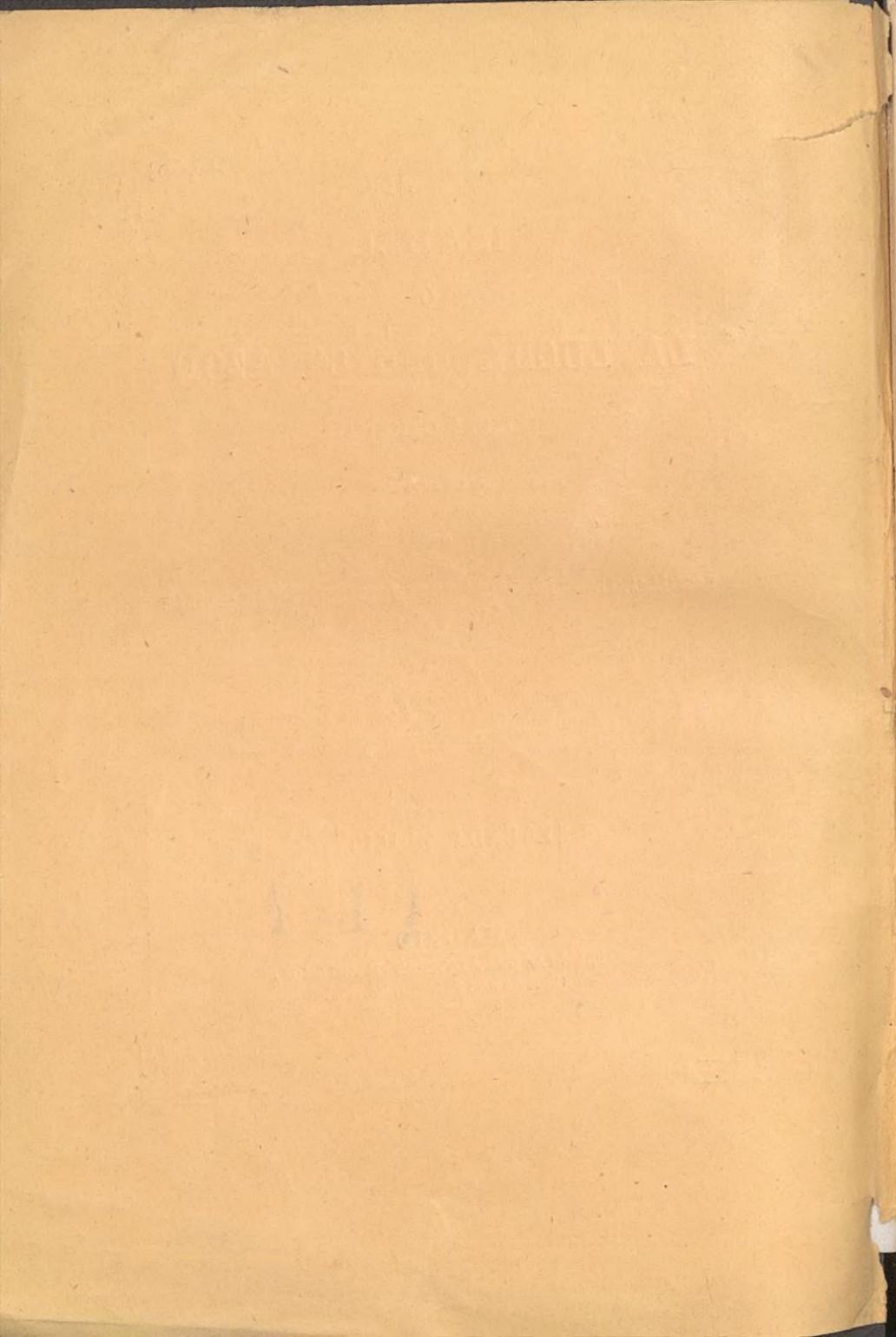
SEGUNDA EDICION.

MADRID
IMPRENTA DE ÁLVAREZ HERMANOS,
Calle de San Pedro, núm. 16.

1875.

1756
1841

2909



L47-3790

ISABEL.

2909

33-4-6i

~~79-5~~

ISABEL

O

LA LUCHA DEL CORAZON.

NOVELA ORIGINAL

de la autora de MAGDALENA,
EL HADA DOMÉSTICA, EL HILO DEL DESTINO,
y otras obras.

Handwritten red ink:
N X
60
1847

TOMO I.

Autora y propietaria
Catalina MacPherson.
SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRESA DE ÁLVAREZ HERMANOS,
Calle de San Pedro, núm. 16.

1875.

May 20 1878

Es propiedad de la autora

DEDICADA

AL

SR. D. ADOLFO DE CASTRO

En prueba de aprecio y admiración

C. M.

LIBRARY
OF THE
ADOLFO DE CASTRO
MUSEUM
CUBA

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

EL HERALDO, despues de la larga carrera que ha recorrido, puede volver con satisfaccion la vista atrás, y reconocer con un orgullo legítimo que, sea cual fuere la posicion en que la suerte le haya colocado, sean cuales fueren las filas en que haya combatido, siempre ha cumplido con sus deberes, y siempre ha obedecido á las prescripciones de su conciencia.

Pero sí debe serle lisonjero todo lo que ha hecho en la esfera política, no debe serle menos satisfactorio lo que ha hecho en el campo literario, en ese noble campo donde florece la inteligencia nacional, cuyos frutos dan la medida del valer de una nacion á las naciones extrañas, y la enaltecen ó la humillan á sus ojos; en ese campo en que se cultivan los laureles con que ha de engalanarse el porvenir, y que son infinitamente más duraderos y más brillantes que los que se recogen en los campos de batalla.

En este país donde el movimiento intelectual, dolorosamente agobiado por la presión de tantos siglos de extrañamiento sistemático, renace apenas en los momentos actuales; en este país donde no ha logrado aún fundarse la *Revista*, esa última expresión del predominio de la inteligencia, no ya en la forma amplia y magnífica que solo en Inglaterra se conoce, pero ni aun en la forma raquítica que los franceses la han dado y en que tan pocos progresos han hecho ellos también; en este país, en fin, donde con la escasez de lectores es tan difícil ofrecer alicientes seductores al que se consagra al noble cultivo de las letras,—los periódicos tienen un gran deber que cumplir estimulando el desarrollo del pensamiento, animando á las nuevas inteligencias y ofreciéndoles el sincero tributo de sus aplausos y la publicidad de sus columnas, ya que no puedan ofrecerles una recompensa más sólida y más positiva.

EL HERALDO ha sabido cumplir con este deber. ¡A cuántos jóvenes hemos sacado de su modesta oscuridad con nuestras ardientes simpatías! ¡A cuántos hemos inspirado valor para que prosiguiesen por la senda en que entraban con grandes recursos, aunque con la desconfianza, compañera inseparable del verdadero mérito! Nadie ha apelado en vano á nosotros cuando nos ha pedido un teatro en que pudiera someterse al juicio del público; ninguno ha despuntado favorablemente en la escena dramática, en la poesía lírica, en los estudios severos de la historia, en las amenas invenciones de una imaginación fecunda, sin que hayamos saludado su advenimiento con una acogida benévola cuando menos,

con aplausos de entusiasmo siempre que pudieran encontrar su justificación en un mérito distinguido.

La suerte ha recompensado nuestros leales esfuerzos. Muchos jóvenes á quienes hemos abierto la puerta de la publicidad, han llegado despues al apogeo de la superioridad literaria, y han conquistado la unánime admiracion de sus compatriotas. Muchos son hoy los más brillantes joyeles de la corona literaria de nuestra época, y muchos han quedado definitivamente engastados en esa corona inmortal en que resplandecerán hasta la consumacion de los siglos los refulgentes nombres de Cervantes, Lope y Calderon.

Pero entre las piedras preciosas que han brillado por primera vez en nuestras columnas á la luz del dia, ninguna nos envanece tanto, ninguna ha conquistado tan rápidamente un puesto tan elevado, como la perla de nuestros novelistas contemporáneos, esa delicada y privilegiada inteligencia femenina que se oculta al público, á quien encanta con los incomparables tesoros de su imaginacion, bajo el modesto seudónimo de *Fernan Caballero*. Aquí, donde la novela nacional habia desaparecido, donde ni siquiera se traducia la buena novela de otros países, y se envenenaba el gusto de la juventud con los monstruosos partos de los novelistas franceses, es una gran gloria haber contribuido, aunque sea en una parte pequeñísima, al descubrimiento de un escritor que retrataba tan fielmente nuestros sentimientos, que daba accion y vida á los tipos legítimamente nacionales, que nos abria una mina inagotable de goces purísimos, incomparables, y que

por fin, en la armazon de sus inventos, en el animado estilo con que la revestia, en las observaciones nuevas é ingeniosas que tan perfectamente revelan la percepcion femenina, daba á todo un colorido tan puro sin dejar de ser interesante, tan libre de todo estímulo peligroso sin dejar de encadenar irresistiblemente la atencion, que mereció á uno de nuestros más ilustrados críticos la observacion tan ingeniosa como exacta de que «las novelas de *Fernan Caballero* olian á limpio.»

En nuestras columnas se publicó la primera novela de *Fernan Caballero*, aquella encantadora GAVIOTA que vino á revelar á España la existencia de un verdadero, de un legítimo novelista nacional, y que ha merecido en otros países elogios cuya tradicion se habia perdido ya para la literatura de nuestro país.

Nuestro incomparable *Fernan Caballero* nos ha hecho después infidelidades numerosas, adornando con sus producciones las columnas de otros periódicos políticos y literarios. Pero como en nuestra organizacion no existe ni en átomos homeopáticos el elemento del egoismo, no tenemos por ello el más leve motivo de queja. Era natural que una alhaja del valor de *Fernan Caballero* fuese solicitada por todos, y ningun derecho teníamos para exigir que sólo para nosotros resplandeciesen sus rayos, tanto más cuanto que, reducidos á la clase de lectores, siempre nos tocaba una gran parte del deleite que produce la publicacion de cada una de las novelas que da á luz. Y si en nosotros existiese el más leve resentimiento, hoy tendria que disiparse, hoy que

Fernan Caballero, confirmando la verdad del estribillo de una cancion francesa:

Et l'on revient toujours
A ses premiers amours,

nos anuncia el próximo envío de una nueva novela que para nosotros ha terminado. ¡Dios se lo pague!

Pero entre tanto nosotros, incansables exploradores de la California literaria, y exploradores á quienes en esta region no se cansa la suerte de favorecer, hemos descubierto un nuevo tesoro cuyos primeros frutos vamos á ofrecer. Es un nuevo novelista, que del primer salto se coloca en el más elevado puesto de este género tan encantador como difícil. Pertenece al mismo sexo que *Fernan Caballero*, es andaluza como ella, es como ella modesta hasta el punto de no querer confiar á nadie el secreto de su nombre, y como teme sin duda las indiscreciones propias de los periodistas, acostumbrados á decir todo lo que saben, y á veces algo más, no nos ha suministrado más datos que éstos, y por consiguiente es inútil que se nos hagan preguntas indiscretas.

Nuestra nueva novelista, digna por muchos títulos de colocarse al lado de *Fernan Caballero*, pertenece, sin embargo, á una escuela muy distinta. *Fernan* se deleita en vivir casi exclusivamente en medio de las peculiaridades puramente españolas; en retratar con toques admirables y minuciosos, arrebatados á la naturaleza misma, caracteres, escenas y sentimientos que solo se encuentran en España; en dar vida y movimiento á esa parte tan original y tan noble de la sociedad española en que se

conservan tan elevados instintos, tan poéticas tradiciones, tan exaltados sentimientos, que en otras partes se llama clase ínfima, y que aquí es el nervio, así como la parte más sana de la nación, la que conserva una originalidad que ha desaparecido en otras esferas. Nuestra nueva novelista, sin dejar de ser puramente española, se inclina más á la forma de la novela social inglesa, y busca sus personajes en las clases que representan entre nosotros los efectos de esa nivelacion que la rapidez de las comunicaciones va estableciendo en toda Europa, y produciendo una uniformidad que borrar  dentro de poco las peculiaridades exclusivas de cada nación. Sin embargo, en ISABEL hay dos tipos del pueblo, que son puramente españoles, y que recuerdan á menudo la manera favorita de *Fernan*. Con estos elementos, hábilmente manejados, forma un cuadro de tanta animacion y de tanto interés, lo adorna con tantos episodios ingeniosos, con observaciones tan profundas, y con tipos tan nuevos y tan seductores, que su novela no puede dejarse de la mano.

Fernan y la autora de ISABEL, aunque por distintos caminos, se proponen llegar á un fin eminentemente nacional. La primera, ofrece   la admiracion del mundo las peculiaridades de nuestro pueblo, y lo coloca por encima de todos los pueblos de la tierra; la segunda, luchando contra las vulgaridades de escritores extranjeros, demuestra que nuestra clase media no se diferencia gran cosa de la de otros países, en saber, en ilustracion y en tendencias de toda especie, y que nuestras mujeres no ceden en virtud, ni en ninguno de esos senti-

mientos y atributos que son la gloria del sexo, á las que siempre se quiere enaltecer á espensas de las nuestras. *Fernán*, y la autora de ISABEL son igualmente dos grandes novelistas, y son las dos únicas que han sabido hasta ahora llenar dignamente el vacío que en este difícil género se notaba en nuestra literatura contemporánea; son las dos únicas que nos han dado novelas verdaderamente originales españolas, porque no concedemos este puesto á aquellas cuya *originalidad* no pasa de la portada, y que con nombres españoles son una pura reminiscencia de lo que veinte veces hemos leído impreso en París ó malamente traducido á un su-puesto castellano.

Es extraordinario fenómeno que en este país donde las mujeres se han consagrado tan poco á la literatura, sean, sin embargo, dos mujeres las llamadas á crear el género de la novela original, en términos de poder rivalizar con las producciones análogas extranjeras, precisamente en el siglo en que más se cultiva la novela y en que dá productos mas numerosos. Desde que desapareció el régimen absoluto, el génio nacional se ha levantado rápidamente de su postracion; han surgido poetas líricos eminentes; los poetas dramáticos han vuelto por las antiguas glorias escénicas de la nacion; tenemos historiadores de elevado mérito, oradores elocuentísimos, críticos de elevada y merecida reputacion; y sin embargo, en medio de esta fermentacion del renacimiento literario, que ha brotado al lado y al amparo del político, nuestros novelistas, cuando el público pide sobre todo novelas, no han hecho

más, con leves excepciones, que desgraciadísimos ensayos. Ha sido preciso que una mujer tomase la pluma y nos abriese los tesoros de su imaginación, para que pudiésemos decir al mundo que éramos capaces de escribir novelas puramente españolas; ha sido preciso que otra mujer siguiese por el mismo sendero, para que no se creyese que la primera era una excepción; y como sucede en las MIL Y UNA NOCHES, el gran sultán, el gran tirano llamado *el público*, no depone su irritación ni calma su impaciencia sino ante los cuentos ingeniosos con que le seduce una boca femenina.

Este fenómeno es un rasgo completamente nuevo en nuestra historia literaria, si bien se dá la mano con una de las grandes peculiaridades de nuestro país, y es la influencia que siempre han ejercido en sus destinos las mujeres, desde la época feliz en que el gran rey que ha producido España, es decir, Isabel la Católica, sentó sobre nuevas bases la nacionalidad española, y cambió tan completamente la situación del país, hasta la de Isabel II, que tiene grandes analogías con aquella, porque también en ella se han dado nuevas bases á la nacionalidad, se ha roto el hilo de antiguas tradiciones, se ha abierto á la actividad de los españoles nuevos senderos, y se ha dado á la nación un tono moral más elevado que el que tenía ántes, preparándole un nuevo y glorioso porvenir.

No nos toca á nosotros estudiar este problema, que algún día ocupará el sitio que le corresponde en la filosofía de la historia; sólo nos toca consignar el hecho curioso que hemos indicado; y después de

esto dejar el puesto á nuestro nuevo novelista para que justifique el alto concepto que hemos formado de su obra, felicitándonos por la suerte que nos permite introducirla en el templo de nuestra literatura y ser los *heraldos* de este nuevo progreso en la historia de nuestro desarrollo intelectual.

Pero ántes de dejar la pluma, bueno es consignar lo ventajoso que será para nosotros el que el cultivo de esta parte de la literatura nacional se encuentre en manos del sexo femenino. No sólo nos responde esto de que con su sensibilidad esquisita, con su admirable percepcion de los rasgos mas delicados del corazon humano, con los tiernos sentimientos que en su organizacion predominan, sabrá pintar cuadros de gran interés, y sacar de ellos grandes y elocuentes lecciones que nos aprovechen á todos, con lo cual se ennoblece la novela y pasa de ser una simple ficcion destinada á interrumpir la monotonía del ócio, á ser un eficaz instrumento de la civilizacion, de perfeccionamiento y de bienestar, sino que nos responde tambien de que la novela en sus manos no será un pretexto para predicar aventurados principios políticos, una cátedra para la propagacion de falsas teorías sociales, que con la dulzura del ingenio se infiltran en el ánimo de los incautos, y mucho ménos una coleccion de escenas peligrosas é inmorales que penetrando en el hogar doméstico con aspecto insidioso, corrompen el corazon de la juventud, y echan por tierra con un soplo el edificio levantado con tantos y tan largos afanes por la solicitud maternal. Uno de los grandes méritos de *Fernan Caballero* consiste en que en sus

novelas no hay nada que pueda causar el menor rubor á la jóven más escrupulosa, despertar el menor instinto peligroso, ni ocasionar la menor inquietud al jefe de la familia, al paso que no pierde ocasion de predicar los preceptos de la moral más pura y de la religion más ardiente.

En esta parte nuestra autora no vá en zaga á su ilustre contemporánea, y sus páginas pueden confiarse sin recelo á la juventud, con la seguridad de que todo lo que en ellas aprenda será bueno, y que el atractivo de la ficcion no servirá nunca de pasaporte á la cenagosa corriente con que algunos novelistas extranjeros han solido manchar las brillantes páginas de sus libros.

Tal es uno de los motivos que nos impulsan á aplaudir á las señoras que se dedican á la literatura, porque ellas mejor que nadie pueden purificarla y convertirla en un instrumento activo de moralizacion. Con esto terminamos y abrimos á nuestros lectores las páginas que ellos mismos van á juzgar, y en que deseamos que encuentren tanto deleite y tanta instruccion como hemos encontrado nosotros.

ISABEL

6

LA LUCHA DEL CORAZON.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cádiz, la bella Cádiz, el lugar donde, según el poeta inglés (1) que tanto admiró nuestra ciudad, huyó la diosa Vénus, y fijó el templo de la hermosura... Cádiz la bella; yo te saludo!

Reina de la mar, que majestuosa te levantas de entre la blanca espuma, y digna y altanera señalas su término al Océano, que cual la cuna de un infante, mecida entre las olas de uno y otro mar, voluptuosa, duermes tranquila y sosegada sobre tu lecho de escamas... Cádiz la bella, Cádiz la voluptuosa,

(1) Byron.

Cádiz, el templo de la hermosura, yo te amo!... tus blancas casas, tus bellas calles, tus amables habitantes, tus mujeres, tan bellas, tan ardientes, tan sensibles y tan virtuosas!

Puras, como la vista limpia de la ciudad que las abriga; puras, cual la brisa que se levanta para refrescarlas en las tardes de estío; puras, cual las aguas que las circundan por uno y otro lado! La historia de una de estas mujeres es la que me propongo relatar: una mujer de estas, engendrada en la espuma blanca de la mar, nacida en el templo de la hermosura, criada bajo el cielo azul de Andalucía, y alimentada con la brisa pura del Océano!

Una creacion casi ideal, una mujer hermosa, sí: en extremo hermosa... bien la recuerdo: hermosa en el cuerpo, tanto como en el alma. Un alma virgen, llena sin embargo de fuego, y de los heróicos sentimientos, que la hacian casi... divina.

Un alma poética que embellecia todo cuanto la rodeaba.

Un alma que extasiada escuchaba el embate de las olas contra las peñas, que absorba contemplaba el Océano en su vasta in-

mensidad, que deleitada apercibía el susurro del viento, el murmullo del agua, el gorgojo de las aves... y llena de entusiasmo por todo lo que encierra la poesía de la vida, la poesía de la vista, la del oído, la del sentimiento, en toda la fuerza de su idealismo, en toda la plenitud de su ilusión, mató ella misma el alma privilegiada con que el cielo la había dotado!

Pero me anticipo.

Las calles de Cádiz son tan semejantes, que tirando paralelas, á diestro y siniestro, se tiene ya formado el plano de la ciudad. A estas calles, bien empedradas, limpias por lo general, las embellece el aspecto de sus lindas casas, casi todas encaladas y bien pintadas. General la limpieza en todos sus habitantes, sus moradas, aún la más humilde, revelan la cualidad distintiva de los que las habitan, y agrada observar á veces, en medio de la más extremada miseria, el aseo y primor que modera algún tanto el aspecto repulsivo de la pobreza. Agréguese á esta propiedad la del gusto particular que descubren las gaditanas por las flores, y la costumbre de adornar con sus macetas los balcones de sus

casas, y unida una cosa y otra, se puede concebir la buena impresion que comunica el aspecto agradable de esta ciudad, en medio del silencio que en ella reina.

Cádiz es quizá la ciudad más callada del universo: en el dia, muda su lengua, la reina de la mar parece desdeñarse de desplegar los labios, y se contenta con pensar... pensar en sus pasadas glorias (mercantiles se entiende), en sus pasados triunfos, en su perdido brillo, cuando, orgullosa, su bahía encerraba centenares de bageles, que generosos le arrojaban en la falda el oro del nuevo mundo.

Matrona noble en su desgracia, ha perdido su riqueza, ha perdido su esplendor; pero Cádiz, nunca abatida en su desgracia, nunca humillada en su infortunio, erguida levanta siempre la cabeza, y si recuerda con dolor sus pasadas venturas, y se siente postrada y desfallecida por falta de jugo para alimentarse, tal vez en moribundo estado... si ha de morir, sabrá hacerlo como el noble César, envuelta en su manto y cubierta con decencia! Pero, ¿á qué conduce todo esto?

Cádiz es una matrona figurada, y yo, de lo que pienso hablar, es de una matrona real y efectiva, que mi Cádiz simboliza.

Me aparto, pues, de mi objeto, y pierdo el tiempo en digresiones.

¿En dónde me hallaba hace un rato?

En las calles.

Pues quedémonos en las calles, y busquemos en la de San Servando, que se halla situada en el barrio de San Cárlos, una casa que presenta una apariencia en extremo agradable, si bien la calle en que dicha casa se encuentra, es quizás de las más tristes de la ciudad. Este barrio de San Cárlos, considerado como un lugar extraviado y léjos (en esta ciudad, donde las distancias son tan cortas), y no reputado entre los barrios de tono, tiene la propiedad recomendable de albergar á esa clase desgraciada y numerosa de la sociedad, que se clasifica bajo el epígrafe de *personas que han venido á menos*, y que acostumbradas á las comodidades de la vida y á su decencia, no prescinden fácilmente del lugar que en la sociedad les corresponde, y del desahogo de que han disfrutado. En extremo módicos los alquileres de las casas de este barrio, á causa de su mala situación, favorecido como lo está por todos los vientos que reinan, y al mismo tiempo diáfanas y cómodas, la ya dicha clase de personas que

he especificado, forman en casi su totalidad el conjunto de sus habitantes. La casa á que quisiera fuese dirigida la atención del lector, se hallaba situada, como ya he dicho, en la calle de San Servando, y su aspecto placentero, adornados como estaban sus balcones por multitud de macetas que, cargadas de flores, grandemente contribuían á embellecer su fachada, participaba por completo del carácter especial de las casas de Cádiz.

Era una casa pequeña, y habitada, se conocía, por personas pobres; pero respirando toda ella aseo y primor. Estas propiedades se veían ir en aumento á medida que en ella se internaba.

Y despacio, subiendo su escalera (en la compañía de V., señor lector), de una vez nos hallamos introducidos en el interior del piso, á donde hemos dirigido nuestro rumbo: piso que constaba de una media docena de piezas; pero como no tenemos curiosidad alguna por examinarlas, nos habremos de contentar con no pasar de aquella en que hemos penetrado; sala de recibo, que es mi objeto, ante todas cosas, tratar de describir.

Era una habitación cuadrada, aunque de tamaño reducido, que contenía la menor can-

tividad posible de muebles, y estos pocos en extremo usados, y nada apropiados para el descanso.

Un sofá duro, de badana punzó, en extremo desteñado, media docena de sillas y una mesa de pino, formaban todo el mobiliario; que, si bien cuidadosamente libre de polvo, y en extremo primoroso en su colocacion, indica claramente la clase de la sociedad á que pertenecian los moradores de esta casa.

El balcon único que en la salita habia estaba casi por completo cerrado; pero el perfume de las muchas macetas que lo adornaban, trascendia á la habitacion.

Sobre la mesa veíanse algunos libros, y dos ó tres tiestos con flores, que esparcian un aroma delicioso; y encendida una bugía al tiempo que hemos penetrado en este aposento, difundia su luz sobre los objetos especificados, y otros más interesantes que no he tenido todavía tiempo de mencionar.

Eran estos un anciano y dos criaturas, hembra y varon, que sentados sobre las rodillas del viejo, le cercaban el cuello con sus bracitos infantiles.

En extremo avanzado en edad, ó en extremo decaida su naturaleza, el anciano parecia

estar en el último período de la vida, si bien descubria todavía, á pesar de sus arrugas y de su decrepitud, una hermosa fisonomía.

Noble su semblante, revelaba la honradez y la buena fé: señales características que, cual ninguna otra, estampan su sello en el rostro... A no ser porque á su aproximacion se descubria que para él «la vida era una noche perpétua,» hubiérasele podido llamar todavía un viejo hermoso; pero le faltaba la vista, le faltaba el órgano que revela el espíritu que vive en nosotros, el órgano que despide la chispa eléctrica, y que anima todo lo que en nuestro ser se halla... y un pobre ciego no puede jamás ser hermoso!...

Sin embargo, el color nevado de los pocos cabellos que conservaba, y la calva respetable que le engrandecia la frente, daba no sé qué aire de venerabilidad á su fisonomía, que recordaba á uno de los ancianos de los antiguos tiempos. Vestia una casaca militar azul, en extremo usada, cuyo traje, así como una cicatriz que le atravesaba la frente, descubria la profesion en que habia envejecido, y en que habia perdido con anticipacion su juventud y su salud.

Su salud: la vista.

¡Pobre ciego! ¡sin sol, sin cielo, sin estrellas, sin verdor y sin colores!

¡Pobre ciego, que no veía ni ese sol que nos alumbraba, ni ese cielo que nos cubre, ni esas estrellas que brillan, ni el verdor de los campos, ni los matices de las flores, ni, sobre todo, los objetos de su amor!

Sus hijos, que dejó de ver cuando eran niños, y á quienes no conocía sino como su corazón se los recordaba.

Sus hijos, que tiernamente correspondían á su amor, y cuyos dulces cuidados, si no alcanzaban á darle vista á los ojos, se la daban al corazón: vista de aumento al corazón para ver en toda su extensión la infelicidad de su suerte, y el mayor aumento de desdicha que el destino les preparaba para el día en que su padre, ciego y todo, les llegara á faltar.

Era muy desgraciada la suerte de este pobre militar ciego: este infeliz soldado valiente y pundonoroso, que después de haber sacrificado en el altar de la patria su juventud y su salud, la vista, recibía tan triste pago.

Sobre su ceguera, la pobreza!.. pobreza espantosa, que cada día iba en aumento, y

que cada dia aterraba más al que en vano hubiera querido contrarestarla.

Habia sido siempre muy desgraciado este pobre militar: muy desgraciado en medio de los muchos méritos que le distinguian.

Pertenecia á una familia ilustre: «los Aguileras;» pero, inútiles la gerarquía y la genealogía cuando la cruda suerte quiere mostrarse tirana, de nada le habia servido su ilustre nombre para adelantar en su carrera.

Era demasiado pundonoroso y desprendido, y el pundonor y el desprendimiento se pagaban con su merecido, segun nos cuentan «en otros tiempos;» pero en el siglo presente, en el siglo que hemos alcanzado, virtudes nuevas, desconocidas entonces, se apropian el monopolio de las recompensas y ellas solas gozan de la bienaventuranza, en tantò que el mérito verdadero, el mérito callado, cuyo noble orgullo no le permite gritar, ni dar un paso para hacerse valer, yace postergado y abatido, víctima de su nobleza.

Este pobre militar realiza esta verdad.

Bizarro cual ninguno, las glorias militares que de derecho le correspondian, si los lauros de Marte han de ser conquistados en

el campo de batalla, y si el denuedo y la valentía en la lid merecen una recompensa, jamás sino mezquinamente ciñeron su noble sien.

Entregó su juventud, derramó su sangre, perdió su salud, y entónces, la pátria que hasta aquí recompensára sus servicios con la injusticia, resarció su infelicidad con el olvido, y por gran favor con una miserable pension de retiro que le sumergió en la más extremada pobreza.

Viejo ya, aunque en años todavía mozo, el envejecido soldado envejeció aún más pronto, meditando en su triste suerte, en la infelicidad de sus hijos y en el cáos de su porvenir.

Meses... qué digo!.. años habian pasado de esta suerte: un dia tras otro, siempre lo mismo.

• La pobreza inexorable... una vez que con sus garras se apodera del hombre honrado, con dificultad le suelta.

Pero cada dia más pesada en tiranía, cada dia más rasgado su negro manto, cada dia mayores y más difíciles de cumplir los compromisos que la necesidad les habia hecho contraer, la familia del honrado militar se

hallaba en la actualidad en las más apuradas circunstancias, sin embargo de que en esta noche de que hablo, una sonrisa placentera (expresion nada usual en él) iluminaba la fisonomía de Aguilera; y le hacia aparecer allí sentado, delante del velador, con sus hijos sobre las rodillas, casi feliz.

Primer misterio de mi historia que habrá de encerrar muy pocos.

Nada he dicho todavía de sus hijos, los dos pequeñuelos que yacian sentados sobre sus piernas, y ante todo, debo ocuparme de ellos.

El menor contaria cosa de ocho años, y la mayorcita uno ó dos años más.

En extremo lindos los dos, la luz de la bugía descubria en el varon una carita redonda, blanca y colorada, con ojos celestes, y una cabellera de rizos, color de oro; y en la niña, un semblante lleno de expresion: una expresion de precocidad inusitada, y cierta vivacidad é inteligencia superior á su corta edad.

Sentados ambos sobre las rodillas del anciano, con sus bracitos alrededor del cuello de éste, fija en él toda su atencion infantil, bebian con avidéz las palabras que su padre les dirigia.

Largo rato hacia que Aguilera conversa-

ba con los niños, y les hablaba (parecía estar algo demente en esta noche de que hago mención) de una casa hermosa, donde iban á vivir, de un carruaje donde todos saldrían á pasear, de escursiones al teatro, á los paseos públicos, á los pueblos inmediatos, donde los pequeñuelos habían de ir con él á coger fruta de los árboles mismos, con sus propias manecitas; donde habían de formar ramos de azahar, violetas, heliotropo y rosas, donde habían de perseguir á las mariposas, y gozar de inauditos placeres que nunca sus imaginaciones infantiles pudieran concebir, y cuyas imágenes, ideales todavía para ellos (los pequeñuelos), visiones fantásticas, cuentos, cual de encantamiento, casi les trastornaban los sentidos.

Imágenes ideales, esperanzas deliciosas, con las cuales hacia algun tiempo que el militar se entretenía, y á que los que no se hallan en el secreto de su origen, tal vez parecerán desvaríos de la demencia... Estos desvaríos, en el juicio más aventurado, habrán de variar de carácter si se toma en cuenta que el viejo Aguilera, además de los hijos pequeños con quienes ya se ha hecho conocimiento, tenía una hija mujer: descubrimiento que revela el

secreto de su sonrisa en esta noche de que hablo, y fundamento de los cuentos de encantamiento con que entretenia los oidos avaros de sus inocentes hijos.

Una hija mujer, de quien no me habia aún ocupado, al dedicar mi atencion á los habitantes de la salita cuadrada, por no hallarse ella entónces visible, pero de quien es mi intencion ahora ocuparme por completo.

La puerta de la habitacion fué abierta, y por ella se introdujo la hermana mayor, cuyo grado de parentesco con la familia del ciego desconocian mis lectores hasta este momento, pero de cuya existencia ya han tenido noticia en la primera página de esta historia.

La creacion casi ideal, la mujer en extremo hermosa, igualmente en el cuerpo que en el alma; la virgen pura, llena sin embargo de fuego y de heróicos sentimientos que la hacian casi divina; dotada de un alma poética que embellecia todo cuanto la rodeaba: un alma que extasiada escuchaba el embate de las olas contra las peñas, que absorta contemplaba el Océano en su vasta inmensidad, que deleitada apercibia el susurro del viento, el murmullo del agua, el gorgceo de las aves, llena de entusiasmo por todo lo que encierra.

la poesía de la vida, la poesía de la vista, la del oído, la del sentimiento, en toda la fuerza de su idealismo, en toda la plenitud de su ilusión... y que ahora al presentarse ante su familia, mostraba, bien á pesar suyo, un semblante contristado por efecto de una meditación tristísima que preocupaba su ánimo.

Meditaba sobre el suicidio de su alma!

¡Qué hermosa era! y tan jóven... daba lástima verla meditando sobre tan triste asunto.

¿Quereis que os la describa?

Os haré su retrato.

Era alta y aérea su figura; recordaba á las ninfas que acompañaran á Vénus cuando en Cádiz se refugió.

Figuráosla semejante á ellas, ó á cualquier otro ser ideal, poético, que la mente conciba; y tal cual la mente más idealizada la concibiere, tal era esa mujer.

Rubio su cabello, con el color dorado que se asemeja á los rayos del sol, un color de cabello nada frecuente en las hijas del Mediodía, pero que una vez hallado embellece tanto su privilegiada hermosura, contrastaba de una manera deliciosa con sus ojos negros, grandes y rasgados, que circundados por un

óvalo azul, aparecian como de un tamaño descomunal. Espaciosa y elevada su frente pura, fina y delicada su nariz, y de una forma perfecta su boca y delicadísimos dientes, los tintes suavemente matizados de blanco y rosa de su tez completaban su retrato.

¡Qué hermosa era! vuelvo á decir: cual nos pintan á la diosa de la mañana, ó mejor dicho; cual nos representan á la de la juventud, la hermosa Hebe.

Esta es la mejor semejanza, si el símil ha de tomarse de la Mitología, pero si como buenos cristianos, recurrimos á comparaciones ménos profanas, era Isabel (Isabel se llamaba), la simbolizacion de la pureza y el candor en una virgen cristiana.

Desarrolladas por completo sus facultades, en entera posesion de los tesoros de su alma, analizadas sus nobles aspiraciones y entendidas en toda su extension, el sacrificio que la jóven meditaba en esta noche de que hablo, era un sacrificio incalculable, insondable, inmenso, grande, como el del héroe romano que sacrificó su vida por su pátria.

La pátria de él, Roma.

La pátria de esta mujer (de todas las mujeres) los objetos de su amor!—Su padre, sus

hermanos... hermanos, que para ella ocupaban el lugar de hijos.

Madre desde su misma infancia, los deberes sagrados de este amor desarrollaron desde entónces, y de una vez, los afectos más tiernos de su corazón... ¡grande amor de madre, que en su inmensa profundidad purifica y eleva el espíritu, y arranca de sí todas las raíces del egoísmo!... este grande amor que la orfandad de sus hermanos despertó en su corazón, hizo á Isabel mujer áun ántes de entrar en la adolescencia.

Huérfana ella también de madre, y en la edad en que más falta le hacia para sosten de su juventud, en la edad en que podía ya medir en toda su extension el precio de lo que habia perdido, sofocó, sin embargo, en su pecho todo sentimiento egoísta, y no se cuidó de otra cosa sino de llenar el gran vacío, y ser el apoyo, el consuelo, la madre en fin de los que la habian perdido ántes de conocer su valor.

Y no sólo cumplió su mision sublime con los inocentes que prohijsara, sino que al mismo tiempo reclamando otro amor entrañable, otro deber sagrado, imperioso, su atencion, la niña madre, en su carácter de hija, jamás

dejó que desear al pobre anciano, que en su impotencia requería los mismos cuidados que si fuera un niño.

¡Era un ángel!

Si en la tierra moran espíritus perfectos, si posible fuera que los ángeles se dignáran favorecernos con su presencia, no tomarían otra forma en el alma y en el cuerpo, que la forma de Isabel.

Medita, pobre jóven, medita más todavía sobre el sacrificio á que te preparas.

¿No es bastante el que con tanta sublimidad hasta aquí has consumado?

¿No es bastante que hayas consagrado á los objetos de tu amor tu infancia, con su alegría, sus descuidos, sus indiferencias, sus negligencias, sus lijerezas é irreflexiones que tan dichosa la hacen?

¿No es bastante todavía este sacrificio?

¡Ah! no.

Aun no basta.

La pátria, tu pátria (los objetos de tu amor) está en peligro.

La amenaza una ruina total.

El abismo ruge abierto á sus piés: el abismo negro y tremendo de la desnuda miseria se presenta á tu vista amenazador y te con-

templa con abierta boca y horrible mirada avara.

La pátria, tu pátria está en peligro.

Un sacrificio sólo basta para salvarla... pero un sacrificio grande, inestimable: el objeto más precioso que la pátria encierra: un sacrificio humano!... un sacrificio humano aplacará tan solo al rugiente abismo!

Medita, pobre jóven, medita.

Se necesita mucho valor para lanzarse engalanada con todas las dotes de la juventud en la abierta sima; pero el heroismo existe todavía, y tal cual el valeroso romano se sacrificó por su pátria, la valerosa mujer sabrá sacrificarse por la suya.

Isabel se aproximó á su padre, y dejó caer una de sus manos sobre una de las del anciano.

Aguilera la reconoció en el tacto.

—Siéntate, hija mia, dijo el ciego, estrechando con ternura esta mano que le habia sido alargada, y fijando sus blanquecinas pupilas en la direccion de su hija: arrímate, Isabel, que me gusta tenerte siempre junto á mí y hoy apenas te he visto.

¡Visto! repitió el anciano corrigiéndose: se me olvidaba que estoy ciego; que para mi

no hay facciones, ni nada más que oscuridad... oscuridad incesante.

Isabel ocupó un asiento junto al de su padre, y volvió á estrecharle la mano en silencio.

—¿Tienes frio, hija mia? preguntó Aguilera con visible alarma en sus acentos.

Tu mano está como el hielo. ¿Estarás mala? exclamó con aumentado terror.

—Jamás me he sentido mejor, replicó la jóven. Será el aire de la noche el que me ha dado este frio. He estado hace largo rato en el balcon, y...

—¿Contemplando la luna? interrumpió su padre.

—Las estrellas más bien, exclamó la viva Inés, abandonando la rodilla de su padre, en cuya accion imitada por su hermano;—no hay luna esta noche, añadió éste, y además, mi grave hermana prefiere la negra noche con sus estrellas de oro, sin duda porque se entretiene en leer en ellas nuestro destino, segun la aficion con que las contempla.

—¡Nuestro destino! murmuró el anciano.

—Diga V. lo que le he oido decir muchas veces, interpuso Inés: «negro como la noche de Vds., y mis dias enteros, en que ni el sol,

ni la luna, ni las estrellas, habrán de aclarar nuestro horizonte. Miren que bien lo recuerdo, agregó la vivaz criatura, celebrando inocente su precoz talento y maravillosa memoria.

Un suspiro involuntario se le escapó á Isabel; pero ántes que el sonido llegara á oídos que pudiera herir, la jóven habia cogido al pequeño Carlos en sus brazos y ahogado la expresion en un delirante beso que estampó en la rizada cabellera.

Beso de delirio, que encerró en un mundo de sentimientos.

Inés, que no dejaba pasar en silencio accion que presenciara, ni sentimiento que sondeara, ni pensamiento que adivinase, no bien notó la caricia expontánea y casi delirante de su hermana, volvió á tomar la palabra.

—Mucho nos ha querido siempre nuestra hermana, exclamó dirigiéndose á su padre; pero no sé qué tiene hace algunos dias que nos quiere mucho más... pero una clase de cariño que me apesadumbra; tan triste y tan fuerte, que casi me causa miedo. Hermana mia, continuó, volviéndose á Isabel que en muda angustia escuchaba las palabras de la impetuosa muchacha, y echándole ambos bra-

zos alrededor del cuello: ¿crees que no te he visto estas últimas noches, cuando nos creíais dormidos, venir de puntillas á arrodillarte á los piés de nuestras camas, y despues con tanto cariño besarnos y llorar con tanto desconsuelo? ¿Crees que yo no lo veia, porque me hacia la dormida? ¿Y crees que no te he visto una porcion de veces hacer lo mismo con papá que con nosotros? ¿Crees que á mi se me ha escapado esto? ¡Ah! exclamó con indecible importancia, dormida y despierta á mí nada se me escapa. Y un beso en la mejilla de su hermana completó el resto de su oracion.

Carlitos, siempre el eco de su hermana menor, creyó muy del caso imitar su ejemplo, y presto envuelta Isabel entre los brazos de ambos, que se disputaban por devorarla á besos, en sus brazos inocentes escondió su turbacion.

Aguilera volvió sus blanquecinas pupilas en direccion del grupo, sus blanquecinas pupilas, que en vano hubieran querido leer en el fondo del corazon de su hija.

Sin verla, la miró sin embargo, y su lábio expresó lo que su pupila no pudo.

—Hija, dijo de repente, inspirado por una

idea que nunca ántes le cruzara por la imaginacion: hija mia, ¿será un sacrificio quizá? ¿habrás de ser infeliz?

Isabel le contestó en baja voz, y sin otra palabra sobre el asunto, tomó á los niños de la mano.

—Hijos míos, les dijo, ya es hora de acostarse. Las buenas noches á papá.

Obedientes las criaturas, besaron al anciano, y se dejaron conducir por su hermana á su habitacion.

A los breves instantes volvió á aparecer la jóven.

Se sentó á los piés de su padre, y descansó un brazo en su rodilla.

—Padre mio, dijo, alzando su rostro hácia el del anciano, reflejándose la luz en él, y mostrándolo en extremo pálido; padre mio, repitió, ¿por qué esa idea le ha cruzado por la cabeza? ¡Un sacrificio! ¿En qué lo ha conocido?

—En las palabras de tu hermana, replicó el anciano, en las palabras de una inocente que no es capaz de mentir. ¡Oh! si tal te sucede, si tu corazón se resiste á ello, dílo, mi Isabel. Olvídate de todo; y ante todo sé feliz. Tu pobre padre preferiría la muerte en un

hospital á la vida comprada al precio de tu felicidad. Tu hermana no miente, repitió con energía; una inocente es incapaz de mentir.

—¿Y quién dice que sean mentira las palabras de esa inocente? contestó Isabel con admirable serenidad. Cierto es todo cuanto ha dicho. Cierto es que estas últimas noches he rezado arrodillada á los piés de sus camas; que los he besado con igual ternura, y en la inmensidad de mi amor por ellos; cierto es que he llorado, y cierto es que lo mismo que con ellos he hecho con V.; pero, ¿por qué, padre mio, interpretar mal los sentimientos que tan naturales son? Ningun pesar me aflige, añadió; sólo que, ¿cómo negarle, exclamó visiblemente con un doloroso esfuerzo, cómo negarle que la idéa de contraer un nuevo lazo impone y me encela conmigo misma de una manera indecible, porque mi corazón no quisiera dividir con otros el afecto que hasta aquí ha pertenecido á V. exclusivamente? Sin embargo, dijo con la misma serenidad que desplegara al principio de la conversacion, me considero en medio de todo tan feliz en la suerte que me espera, que no la trocaria por la de la mujer más dichosa de la tierra.

¡Ay! si aquellos ojos blanquecinos hubie-

ran podido ver la expresion del semblante de Isabel al articular estas palabras!

¡Ay! si hubieran podido traslucir el desgarró del corazon al mentir de tal manera! Mentira noble, heróica, mentira engarzada en oro... mentiras de esta clase clamarán en el postrero dia por ser admitidas en el número de las virtudes!

El anciano por toda respuesta se inclinó sobre ella, é imprimió un beso en la cabeza de aquel ángel.

Beso cuyo eco arrancó de aquellos ojos tan hermosos una lágrima que lentamente surcó por la suave mejilla, y desatendida se secó sobre el seno palpitante; el seno palpitante con los afectos más nobles que hacen latir un corazon humano.

Algunos de los efectos del sufrimiento son incomprensibles.

Este beso paternal, el silencio, la completa suspension de la conversacion que tanto deberia interesar á ambos ¿qué es lo que revela?

Una triste verdad.

Que el sufrimiento á veces cansa á tal extremo el espíritu, abruma de tal suerte el corazon, que áun en el ser más lleno de senti-

mientos nobles, y tal vez de abnegacion de sí mismo, asoma por fin la sombra del egoismo... sombra pálida, casi imperceptible, pero que, sin embargo, predomina, y arrastra tras sí el entendimiento y la perspicacia del corazon!

El cansancio del espíritu, el abrumamiento del corazon, el afan de respirar, y (seamos justos) la pobre valuacion que de las pasiones se hace en la edad en que ya su efecto ha pasado, fué el narcótico que adormeció la idea despertada en la mente de aquel anciano: narcótico que no fué otro en la esencia que la sombra del egoismo que sobre su inmenso infortunio se levantaba, y le convidaba á gozar de algunos años de reposo.

Ni una palabra más sobre el asunto se dijeron el padre y la hija aquella noche; él se dió por convencido, y feliz soñó despierto en su noche eterna, que para ellos comenzaba la era de la felicidad.

Y más que nunca cariñoso con Isabel, la besó con la mayor ternura, y la llamó su consuelo, y el ángel de su guarda, y le dijo que la bendecía con todo su corazon: palabras y caricias que encerraban un tumulto de sentimientos diversos.

La noche oscura... el cielo parecia un manto negro, salpicado de chispas de oro; no se veia la mar, ni la callada ciudad, ni se distinguia otra cosa más que las multiplicadas estrellas.

Aguilera dormia ya con un sueño placentero, lleno de esperanza y porvenir; su hija oia su tranquila respiracion, y daba gracias á Dios que en sus manos hubiera puesto los medios de proporcionar una vejez venturosa al impotente desgraciado que no habia conocido mas que pesares en su amarga vida.

Los niños dormian tambien con el sueño suave de la inocencia, y soñaban con los cuentos de encantamiento con que su padre los habia entretenido, y ya asidas entre sus manos tenian las frutas, las flores y las mariposas, y alegres se regocijaban disfrutando de goces inauditos.

Y la hada que inspiraba estos ensueños, la hada que á la vida habia llamado la esperanza en el corazon de su padre, y los cuentos de encantamiento en la imaginacion de sus hermanos, ¿qué hacia entretanto esta hada encantadora?

Mirar la noche oscura, de estrellas salpicada, y descubrirle los secretos de su alma:

alma llena de ilusion, de entusiasmo, de idealidad, de poesia?

Sus ojos contemplaban las brillantes estrellas, y le hablaban ese mudo lenguaje del corazon que no tiene espresion.

En toda la fuerza de su hermosura, en toda la posesion de los tesoros de su alma, analizadas sus nobles aspiraciones y entendidas en toda su extension, era horrible el sacrificio que de ellas iba á hacer en el altar del interés!

¡Horrible sacrificio, vergonzosa prostitucion, que anonadaba á Isabel y la humillaba hasta el polvo!

Pero... ¿y su amor filial? ¿y su amor de madre?

Dios se sonreia sobre ella, y le mostraba en el cielo un lugar de preferencia (por entre las estrellas lo veia): el lugar destinado á las víctimas que se inmolan por la abnegacion... é Isabel, triunfante, victoriosa sobre sí misma, no ménos valerosa que el héroe romano, se disponia á imitar su noble ejemplo.

CAPÍTULO II.

Era un día delicioso á fines de Noviembre; el invierno habia ya hecho su triunfante entrada, pero todavía dejaba á la tierra lucir los restos de sus galas, y placentera gozar de los últimos halagos del otoño.

Desnudos ya algunos árboles, otros conservaban su ropaje, y cubierta la tierra de verdor que la reciente lluvia produjera, presentaba la naturaleza todavía un aspecto en extremo agradable.

Acopados los innumerables naranjos que forman del sitio en que nos hallamos, mas bien un bosque que un jardín, la carga de fruta que casi los agobiaba con su peso, convidaba á relevar á las ramas de una parte de él.

Flores infinitas crecían como una alfombra variada bajo la sombra de los naranjos; y mariposas miles de matizados colores volaban ligeras y caprichosas en todas direcciones, ya posándose sobre las orgullosas dalias, ya libando la miel de las modestas violetas, ya coquetas y seductoras, girando en torno de una y otra flor, dando vueltas y revueltas, juguetonas, chasqueando las esperanzas de todas; y á su vez, sirviendo de juguete á séres más inhumanos que ellas, que crueles les tendían una mano aleve, ó para conservarlas cautivas, ó para darlas muerte por el placer de examinar sus alas y sus vistosos y variados colores.

El sol reflejaba de lleno en este delicioso recinto, y despedía una lluvia de oro sobre el estanque situado en el centro del jardín, reproduciendo á millares los peces dorados que allí se albergaban.

Reflejaba también el astro luminoso en objetos de otra especie: de aquella especie para quienes fué el astro resplandeciente creado; y se dejaba caer con aplomo sobre una cabeza calva, y una frente espaciosa, parte de un rostro venerable, cuyos ojos no podía ya jamás incomodar rayo alguno del sol.

porque para estos ojos no habia en el mundo sino una perpétua oscuridad.

Reflejaba igualmente en una casaca azul de militar, flamante, engalonada con lujo, y sus demás adyacentes, dignos compañeros de la casaca, cuyo equipaje, perteneciente al dueño de la cabeza calva y espaciosa frente, revela de una vez su nombre.

Sentado Aguilera junto al estanque con placer indecible aspiraba el perfume embalsamado de las flores, y se figuraba sin verla, aquella naturaleza reciente, tan llena de encantos, aquella escena placentera que se representaba delante de él, y que á falta de la vista le trazaba la imaginacion, aunque débilmente y sólo ayudaba por el recuerdo.

¡Qué feliz parecia el anciano militar!

Sentado allí junto al estanque, su alma se ensanchaba, su corazon se alegraba, su espíritu se elevaba, sus oidos se estiraban para no perder sonido alguno, y sus lábios se sonreian, en contestacion á las risas que de vez en cuando resonaban por el jardin: risas llenas de alegría, de frescura, emanadas del corazon: risas penetrantes, melodiosas, arrancadas de los lábios de la infancia, de los

lábios puros de los inocentes, que se creían en un lugar encantado.

Los naranjos gemían, casi agoviados con el peso de su fruta, pero las manecitas caritativas que apenas podían alcanzar á relevarlos de su carga, avaras arrancaban las *manzanas de oro* y golosas las hacinaban, y esperaban con su avaricia dejar las ramas por completo despojadas.

Y se reían, y charlaban y jugueteaban, y sobre todo, extraían el jugo delicioso de la fruta que arrancaban, y se regocijaban con su gusto regalado; y despues pasaban al saqueo de las flores y formaban ramos lindos, y tegían guirnaldas bellas y se las colocaban en la cabeza é iban así adornados á mirarse en el estanque; y luego besaban al anciano, y le daban las flores para oler, y le traían la mejor fruta, y le volvían á besar, y bailaban de alegría, y se reían bulliciosos, y de nuevo otra vez volvían á su saqueo.

Y cuando de la fruta se cansaron, y no quedaba apenas flor que adornára su tallo, les llegó entónces su vez á las mariposas fantásticas, que con la prision ó la vida pagaron el delito de su veleidad.

Las perseguían por entre los naranjos,

las acosaban por entre los rosales, las buscaban por entre las violetas, la una por ser color de grana matizada con negro, la otra por ser blanca como la pureza de ellos, la otra por ser color de oro, que con el reflejo del sol parecia una estrella reluciente... Y, la una por ser color de grana, y la otra por ser blanca, y la otra por amarilla, ninguna recibia cuartel.

¡Qué lindos eran ambos niños y cuánto les embellecia el color encendido y la animacion que la mañana que habian pasado les comunicaba!

Pero se fatigaron al fin.

Abusaron tanto de sus fuerzas, de su alegría, de los goces nuevos que hasta entónces no habian conocido, que fatigados y rendidos se dieron por satisfechos, y entónces solamente se halló Aguilera dispuesto á dar por terminada la excursion, que algunos meses ántes no habia sido sino una vision confusa.

Los niños se apoderaron de todo lo que podian llevarse, porque su padre, generoso y espléndido hasta el extremo, autorizó la satisfaccion de estos goces, y cargados de fruta y flores emprendieron su vuelta á casa.

La fruta para ellos.

Las flores para Isabel.

Las amaba tanto, que por nada en el mundo se hubieran ido sus hermanos sin llevarle este regalo.

El vapor salía del puerto á las tres de la tarde.

La hora no podía haber estado mejor combinada, y el viejo Aguilera y sus dos hijos llegaron á Cádiz, y á la casa de D. Álvaro Montoya, á buena hora para comer. Sin pérdida de tiempo, fué el ciego conducido por los niños á las habitaciones de la señora de la casa, y sin más preámbulos nos colocaremos y nos pondremos en ellas en compañía de la persona á quien los tres buscaban.

¡Santo Dios! ¡qué habitaciones tan lujosamente alhajadas!

¡Santo Dios! ¡qué contraste con la salita cuadrada de la calle de San Servando!

No puedo dejar de describirlas, porque sería tratarlas con un desprecio innmercido, y á lo ménos, ya que no particularice el total de las habitaciones de esta casa, séame permitido dar una reseña de aquellas en que nos encontramos: sala de recibo, gabinete y tocador.

Entrábase por una espaciosa antecámara,

rica en hermosas pinturas; en la sala de recibimiento, cuyas paredes se hallaban cubiertas de damasco blanco, con molduras doradas y cuatro grandes espejos que reverberaban todas las bellezas que la sala contenía.

Rodeaban el aposento muelles sofás, elegantes divanes y sillas cómodas, forrados todos estos muebles de seda color de rosa.

Hallábanse situadas de trecho en trecho, mesas de forma caprichosa, ricamente talladas en madera, de un color oscuro, casi comparable al palo santo por su brillo y tintes.

Cortinas de seda igualmente rosa, en union con otras de muselina, guarnecidas con encaje de Bruselas, adornaban los dos balcones que había en la sala, y en union con los demás objetos constituían el más elegante alhajamiento que concebirse puede.

Cubrían las mesas multitud de adornos, ya de china, ya de mármol, é infinidad de objetos pequeños que sería difícil enumerar.

Una lámpara de porcelana blanca, con molduras doradas, pendía del techo, y en forma elegante y caprichosa no dejaba que desear.

Una alfombra de Turquía y media docena de tibores magníficos que despedían la fra-

gancia más deliciosa, producida por las yerbas aromáticas y diferentes esencias de que era costumbre llenarlos, completaban el alhajamiento de esta habitación.

Separada la sala del gabinete por una cortina compañera de las de los balcones, por ésta se penetraba en dicho gabinete, delicioso templo del lujo, que parecía una áscua de oro.

Eran sus muebles todos dorados, casi régios en su magnificencia; iguales en lujo á los de la sala.

Cubiertos los sofás y sillones de rico damasco celeste, las paredes semejantes á las de la sala, sólo que en vez de espejos ostentaban algunas pinturas, la infinidad de candelabros dorados, de objetos de curiosidad y capricho que daban la última pincelada á su alhajamiento, la multitud de taburetes, de sillas de una forma y otra, de objetos varios que apenas tienen clasificación, colocados caprichosamente sobre la suave alfombra, hacían de este gabinete el lugar más delicioso que concebirse puede.

De él pasábase á una especie de antesala, y de allí al tocador, donde el espíritu y el cuerpo retrocedían con inesplicable sorpresa.

El por qué lo diré sin más tardanza.

Porque en aquel tocador, el tocador de la señora y dueña de las habitaciones ya descritas, desaparecía por completo el lujo y el fausto.

No hay damascos, no hay adornos, no hay candelabros, ni mármoles, ni alabastros, ni objetos de capricho, sino humildad, pobreza y recuerdos del corazón.

Los muebles nos son conocidos.

El sofá de badana punzó, las sillas viejas, el velador, sobre el que ardía la bugía que mostró el rostro de la mujer ángel, tan pálido, la noche que decidió de su suerte; un espejo, digno compañero de este mueblaje, y flores naturales en los mismos tiestos que pocos días de su vida se habían visto desprovistos de ellas... esto era todo lo que formaba el alhajamiento del tocador de Isabel, en la sala rica de su marido, D. Alvaro Montoya.

D. Alvaro Montoya era un hombre que encerraba en sí el prestigio de un Rostchild en miniatura, un hombre acreditado por su conocido caudal, por su experimentada probidad, y que en su carácter de comerciante ocupaba el primer puesto en la ciudad, donde,

como en todas partes del mundo, el dinero reina preeminente; pero en breve haremos conocimiento con él, y entónces podrá ocuparnos más tiempo. Volvamos por ahora al tocador.

Tenia un balcon que daba á la calle, y ese balcon, cargado de flores, reproducia el de la calle de San Servando de una manera tan maravillosa, que era casi un prodigio la semejanza total del tocador con la salita cuadrada.

Encerraba este misterioso capricho del recuerdo perfecto y materializado de la infelicidad, un mundo de sentimientos, que en vano quisiera la pluma tratar de analizar. Isabel solo podrá hacérnoslo comprender.

Mirémosla primero, en su aumentada belleza, allí, en aquel tocador sentada, vestida con la elegancia más esquisita, radiante de alegría, estrechando á sus hermanos contra su corazon, placentera, atendiendo á la relacion estensa y minuciosa que los niños le hacian, con la volubilidad de sus pocos años, de la excursion encantadora en que sus corazones infantiles, dichosos, habian gozado de una manera inconcebible, y fuera del alcance de toda ponderacion.

El uno le contaba la inmensa cantidad de naranjas que habia comido; la otra, las lindas guirnaldas que habia tejido con que adornára su cabeza; aquel, la persecucion de las mariposas; ésta, la lluvia de oro en el estanque de los peces; y afanados uno y otra por contárselo todo, y porque ninguno de sus goces ignorára la que tanta parte tomaba aún en el más pequeño, armaban una algazara capaz de trastornar la cabeza más firme.

El uno la cogia por un brazo para que lo atendiera á él primero, la otra la asía por el cuello y casi la ahogaba para triunfar de su hermano; aquel la daba un beso para conquistar exclusivamente su apetecida atencion; ésta le daba tres; el uno la abrazaba, la otra se le subia sobre las rodillas, y el anciano Aguilera, que sin verla adivinaba la escena que ocurría, en valde se esforzaba por imponer órden á aquellos dos atolondrados.

Subyugaba la *hermana madre* á aquellos cuatro brazos que no la abandonaban un instante, y sumergida en una lluvia copiosa de flores, con que afanados ambos se regalaban era un trato cruel el que la pobre recibía; pero dudo yo si á Isabel no le parecia aquella opresion, aquellos tirones, aquella inhuma-

na lluvia, una cosa semejante á la gloria.

Por fin, cuando la tela se agotó, los dos campeones desistieron de sus esfuerzos, y libre ya la víctima de su amor de la formidable agresion, pudieron ella y su padre imponerles alguna semejanza de órden.

—Nos, vamos ya, dijo al fin Inés, que tomaba siempre sobre sí el parlamentar por ella y su hermano; nos vamos á ver á don Alvaro, que de seguro habrá estado muy triste sin nosotros; y como dos centellas desaparecieron nuestros dos parvulitos.

Aguilera tambien á los pocos momentos, después que hubo agregado algunos detalles á la descripcion bulliciosa que los niños habian hecho de su excursion deliciosa, se manifestó resuelto á retirarse á sus propias habitaciones, y conducido por su hija, penetró en el departamento destinado para él y los niños, inmediato al tocador de Isabel, departamento lleno de comodidades, donde el anciano, á pesar de su desgracia irremediable, hallaba ese reposo de cuerpo y espíritu tan necesario en todas las edades, pero con especialidad en la en que él con anticipacion habia entrado.

Dejémosle allí y reunámonos con Isabel.

Mirémosla, qué hermosa está en medio de aquella multitud de flores que cercan el sofá de badana.

La cubren desde la cabeza á los piés, y en tan grande profusion, que le es difícil despojarse de ellas.

Por fin lo consigue y dedica algunos momentos á arreglar su descompuesto tocador.

Se alisa el cabello, se compone el desordenado vestido, y sale al fin completamente regenerada cual si nada hubiera sufrido en aquella campaña de que tan derrotada salió.

—Isabel! dijo una voz varonil desde fuera, al tiempo que ya ella se disponia á dejar el aposento: Isabel! repitieron.

—Entra, entra, exclamó la jóven, é inmediatamente la puerta fué franqueada, y un hombre penetró en el tocador.

Era un hombre de unos sesenta años, perfectamente conservado, cuya estatura de casi seis piés de alto, y aspecto fornido, así como una fisonomía en extremo basta, le daba una apariencia señaladamente vulgar.

Sus facciones pronunciadas y nada regulares, revelaban en su conjunto un carácter decidido, que más especialmente se descubria en su fijo mirar, y en la expresion de la boca.

Vestido sencillamente, pero con cierta tendencia á las modas de sus primeros años, era algo anticuado su traje, si bien en extremo limpio y primoroso.

Preciso y exacto en todo lo que le tocaba, desde lo más grande hasta lo más pequeño, su persona revelaba esencialmente la propiedad dominante de su espíritu.

Dotado de bastante talento para la carrera en que habia invertido todos los años de su vida, todas las aspiraciones de su juventud, todas las esperanzas de su corazon, todos los deseos que jamás abrigara, ya alcanzada la ambicion única que su pecho conoció, D. Alvaro Montoya, el marido de Isabel, vegetaba tranquilo y feliz, sin ocuparse de otra cosa más que de cupones, y títulos, y letras, medios eficaces para contribuir á la única distraccion que concebía, y ayudar al mismo tiempo al aumento del caudal, en cuya acumulacion habia empleado casi todos los años de su existencia.

Ambicioso, pero no avaro, vasto, y casi grandioso en sus especulaciones, era en su carácter mercantil todo lo espléndido que puede un comerciante ser, á pesar del espíritu vulgar que desplegaba en todos los demás

actos de su vida, espíritu, no tanto vulgar, cuanto ignorante y ciego de todo lo que no pertenecía al negocio del tanto por ciento.

Nacido en una esfera baja, y por lo tanto falto de esos delicados retoques debidos á la mano de la educacion, cuando después de años de incesante trabajo, y loables esfuerzos, el dinero le entronizó y le colocó en la posición social, que en la actualidad ocupaba, era ya tarde, no sólo para aprender lo que la primera educacion enseña, sino igualmente para alcanzar á ver la necesidad de cubrir una falta, que jamás habia influido para coartar sus adelantos.

Ciertamente eran dignas de todo elogio, la aplicacion y perseverancia de este hijo del pueblo, que por sí solo se habia labrado una posición tan distinguida; pero esto no quita que diga que es una triste existencia, la existencia aquella que no camina más allá de los límites estrechos de un escritorio, que no alcanza, ni la ambicion de los conocimientos humanos, ni la de los conocimientos científicos, ni la de los goces del corazon, ni la de los goces de la imaginacion, ni tiene sentido, sentimiento, idea ó pensamiento más allá de una letra de cambio, un cargamento de due-

las, la subida y baja de los fondos, y el cambio sobre París ó Lóndres.

Tal era nuestro comerciante: comerciante de tomo y lomo, que por uno de esos caprichos inexplicables, que no me es dado descifrar, se habia enamorado y casado con la mujer más contraria á su carácter, á los sesenta años de su edad, en la en que es de presumir ménos fuerza tienen las pasiones, y sobre todo, en la edad en que un hombre debe reflexionar que una niña hermosa no es la compañera más á propósito para simpatizar con la próxima caduquez, y sus necesarios adyacentes: la desilusion, la aridez, la impertinencia, las dolencias y los mil achaques que por desgracia acompañan á la decadencia humana.

Pero á D. Alvaro Montoya, que habia tenido sus amorcillos é intriguillas á guisa de entreacto en el curso de su vida, pero en quien jamás habia tenido cabida otra pasion dominante que aquella en cuyo servicio habia empleado todas las potencias de su alma, á don Alvaro Montoya, digo, aunque tarde, se le ocurrió pensar que debia casarse, y por lo tanto se dedicó á buscar consorte.

Como un signo fatal, como una señal in-

falible de algo más que la virilidad, estos señores mayores, una vez decididos á enamorarse y casarse, lo hacen invariablemente con la que pudiera más bien ser su nieta, y D. Alvaro cumplió en su eleccion la fatal predisposicion de sus cofrades, que por su propio gusto y libre voluntad se buscan, ó la infelicidad y amargura de la deshonra, ó el placer de secar ó marchitar con anticipacion en su árido vergel algun fresco capullo, que en otro suelo más lozano, hubiera llegado á convertirse en una fragante rosa.

Conocia hacia años al viejo Aguilera, conocia su desgracia, no pudo mirar con indiferencia la belleza de su hija y se le ocurrió abrir con el anciano militar una negociacion de género algo distinto del que formaba el objeto de sus negociaciones ordinarias, é hizo las proposiciones que juzgó más ventajosas para que el negocio se llevara á efecto.

Téngase presente que no era un hombre avaro, y se puede bien calcular, que una vez decidido á adquirir género no le importaba mucho dar por él tal vez algo más de lo que en sus adentros juzgaba se merecia; y téngase tambien presente, que si Aguilera accedió al trato, fué impulsado, no solo del dictámen

de su propia razon, sino más fuertemente aún instigado por la aparente adhesion de su hija á la venta que de su juventud y hermosura se hacia.

Los sacrificios, bien hechos ó no hacerlos.

Y el trato se cerró, y el cordero fué inmolado, sin que voz ni gesto se le escaparan; engalanada con todos sus atributos, risueña casi, fué al altar, y sus lábios puros pronunciaron el solemne juramento, que para siempre la entregaba á los brazos secos y al árido corazon de aquel marido tan poco á propósito para ella, á quien para siempre prometia amor, obediencia y felicidad.

Isabel conoció, que al contraer casamiento tan desigual, se condenaba viva á una tumba perpétua: una tumba para su corazon, si bien adornada de flores y ornamentos exteriores, y oculta con ellos á todos los ojos, ménos á los suyos; pero tumba al fin, que no otra cosa habia sido para ella el tálamo nupcial.

Pero ¿quién no adivina el proceder de esta mujer, una vez consumado el sacrificio?

¿Quién no adivina en su heroismo lo que esta mujer hacia?

Sofocar sus ardientes y elevadas aspira-

ciones, apagar la antorcha de la ilusion que hasta entónces iluminara el porvenir de su vida, matar toda la poesia del pensamiento que hasta entonces recibiera el culto de su corazon, y vivir sólo para el deber: tal fué la línea de conducta que Isabel se trazó, tal la senda que su virtud le señaló y tal el camino donde la hemos encontrado al reunirnos con ella en su tocador, tres meses despues de su casamiento.

Tres meses, durante los cuales, Isabel, mediante su buen proceder, se habia hecho amar del esposo que tan distinto era de ella, todo lo que era capaz de amarla tres meses, durante los cuales habia tambien vejetado como su marido, en aquella casa tan ricamente puesta, y donde solo en el tocador, que quiso conservar cual vivo recuerdo, y materializada amonestacion, si alguna vez su espíritu flaqueaba, habia en alguna que otra ocasion entregádose á un sueño apenas distinguible, cuyos tintes pálidos, confusos, prontamente hacia desaparecer la fuerza de voluntad, con que se habia propuesto extinguir todo lo que ántes alimentara con tan ardiente entusiasmo.

Que era completamente desgraciada no

me atreveré á afirmar, así como tampoco que pueda ser contada entre el número de las dichas.

Encerraba en sí tanto de lo que en su materialismo hubiera formado un delito á los ojos de su marido; su modo de ser verdadero hubiera sido tan indescifrable y molesto para el entendimiento vulgar con que el cielo habia dotado á este; su delicadeza y sensibilidad exquisita, le hubieran parecido tan extrañas (caso que su ignorancia y ceguedad le dejaran alguna vez vislumbrar estos sentimientos), que solo la dura cárcel en que Isabel tuvo que encerrar las tendencias todas que formaban la base de su naturaleza, era más que suficiente para alejarla de la dicha.

Sin embargo, cuando veia la felicidad y el descanso de su padre y hermanos, cuando consideraba que la dicha de estos objetos tan queridos para su corazón procedia de ella, de rodillas daba gracias al Señor, que le habia concedido la abnegacion para consumir su sacrificio; y le pedia constancia y fuerzas para perseverar en él.

¡Pobre Isabel! sabia ya mas de cambios, de letras, de papel moneda, de títulos y cu-

pones, de lo que podría creerse en el corto tiempo que hacia que estaba casada...

No se crea que condeno, ó ridiculizo, ó compadezco á la mujer que es capaz ó que por un motivo ú otro se vé obligada á tomar parte en los asuntos que interesan á su marido : no se crea que abogo por la mujer que no es más que un ama de llaves, ó una costurera, ni por la que vive y se entrega puramente á objetos en completa oposicion de los que ocupan á su marido... léjos de eso estoy porque la mujer cumpla su mision de casada por completo; estoy porque la mujer sea para el hombre, en todo y por todo una digna compañera: sumisa á él por amor, obediencia y dulzura de carácter, pero á su nivel en la inteligencia, para que ambos se puedan comprender y respetar, y sea más inestinguible la ilusion, que tan fácilmente se apaga después de la luna de miel; estoy porque cada cual ceda á su vez, porque cada cual por condescendencia, por amor y por interés prescinda de sus gustos, de sus inclinaciones, y acepte los de su consorte; y con seguridad afirmo que si estas bases aquí sentadas fueran más generalmente adoptadas por los esposos, grande habia de ser el au-

mento de felicidad en el hogar doméstico.

El caso de Isabel es un caso escepcional.

Si en vez de estar consagrada á los brazos de la vejez y á la vulgaridad, que no es posible jamás se amalgamen con la juventud y la delicadeza, hubiera estado ligada por amor á un jóven de su edad, el amor que los uniera hubiera sabido, no sólo embellecer á sus ojos cambios, letras, títulos y cupones, sino hasta hacérselos un objeto primordial.

¡Oh prestigio de la llama sagrada en el corazon de la mujer!

¡Oh prestigio del amor, que todo lo realiza y lo hermosea!

Hombre que encuentras un amor, cual es el que Isabel hubiera podido abrigar, acógelo con afan y piensa que has conquistado un cielo sobre la tierra.

Pero el hombre desprecia á veces aquello que mejor le conviene; el hombre excita, enciende y adquiere este amor exquisito y perfecto, y veleidoso y sediento de placeres nuevos, aunque en ellos tal vez halle lo que la incauta mariposa que gira alrededor de la luz, el hombre con harta frecuencia desdeña este amor que tanto debia apreciar; y que una vez desdeñado gime, y se consume, y

muere abrasado entre sus llamas, llevándose consigo el incendio toda la lozanía, toda la frescura, toda la esperanza, todo el porvenir de una existencia!

Tal vez sea mejor para los corazones que éste amor dan de sí, tal vez sea preferible la suerte á que fué condenado el corazón de Isabel.

Tal vez sea preferible ahogar sus aspiraciones, sus tendencias, y sepultar todo su fuego y lozanía de la propia voluntad, que exponerlo á ser taladrado ó asfixiado por la de los demás; pero por ahora dejemos esta cuestión sin decidir, y reunámonos con Isabel y su marido en el tocador donde acabamos de hacer conocimiento con este último.

Montoya se sentó en el sofá, y en tanto, Isabel ocupó una silla junto á él.

Se conocía que el comerciante se hallaba en extremo preocupado, y que algo de importancia venía á comunicar á su mujer.

—Hay ministerio nuevo, fueron sus primeras palabras.

—¿Y bien? preguntó Isabel, fijando los ojos en el rostro de su marido.

—¡Y bien!... repitió él, levantándose del sofá, y dando paseos por el cuarto, frotán-

dose alegre las manos. Sábetelo que los ministros nuevos merecen la más entera confianza del país; que los fondos han subido de una manera inesperada...

—¡Cupones y títulos! dijo para sí Isabel con un suspiro.

—Y que he tenido un aviso por la posta, prosiguió Montoya, y voy á hacer gran negocio. Salgo de una vez de toda esa papelería que tenía ahí arrinconada, y me las calzo. No me ha sorprendido; ya lo calculaba por las medidas desacertadas del ministerio caído. Rara vez me equivoco, añadió, parándose delante de su mujer. Verdad es, continuó diciendo, que algo ha de haberme enseñado la esperiencia de tantos años empleados en precaver, prever y anticiparme á todo lo que pueda ocurrir; y seguramente, una gran parte de mi suerte la debo á este buen cálculo.

Un ruido estrepitoso de carreras y gritos interrumpió el discurso de Montoya, y enseguida se presentaron en el tocador los dos causantes de él, que invadieron sin clemencia la persona de D. Alvaro.

—Le hemos estado buscando por todas partes, gritaron ambos á un tiempo, asiéndose de

sus brazos; hemos estado en su salita, en su cuarto, en el comedor, en todas partes... y aquí estaba todo este tiempo!...

—Para contarle, decia Carlitos...

—Nuestro paseo tan hermoso, interrumpió Inés.

—Con papá, prosiguió diciendo el niño.

—Al puerto en el vapor, para cojer fruta y flores, dijo á su vez la niña.

—Naranjas, dálias, violetas y mariposas, exclamaron ambos á un tiempo.

—Escúcheme Vd., decia el uno.

—Atiéndame Vd., decia la otra.

—Y las mariposas eran blancas, vociferaba el uno.

—No, que eran amarillas, exclamaba la otra; y de esta suerte, clamando ambas criaturas, afanadas por hacerse entender y comunicar sus goces y sensaciones, en balde apelaban á la atencion de D. Alvaro.

Ocupado del cambio de ministerio, preocupado exclusivamente de sus títulos y cupones, le incomodó de una manera excesiva la intrusion, y con aspereza inusitada rechazó á las criaturas que hasta entónces no habian llegado á molestarle.

—Dejadme de pasees, de frutas y de flores,

dijo con impaciencia deshaciéndose de los jóvenes invasores á viva fuerza. Cuando hablo con Isabel, añadió con dureza, no vengais jamás á molestar-me. Os lo aviso para siempre de aquí en adelante; y cuidado con desobedecerme, porque tomaré las medidas que juzgue convenientes. Fuera de aquí, añadió.

Los pequeñuelos, nada acostumbrados á repulsas de esta especie, ni en su amante padre, ni en su cariñosa hermana, se miraron desconcertados, bajaron los brazos agresores, y se quedaron como petrificados.

El corazón de Isabel latió como late el corazón de una madre por sus hijos; era la primera vez que D. Alvaro se mostraba duro con los que ella amaba; era la primera vez que desplegabá una violenta ebullicion de carácter, pero Isabel conoció que una nueva espina le iba á corroer el corazón.

Sus hermanos (sus hijos), hallaron movimiento al fin para alejarse de la estancia, é Isabel sintió en el salto que el corazón le dió en el pecho, el eco del llanto, que la dureza de su marido había arrancado en aquellas inocentes criaturas extrañas á toda aspereza, y acostumbradas siempre á la ternura más invariable.

Disimuló, sin embargo, su sufrimiento, y su marido, ignorante del daño que habia causado, volvió de nuevo á sus títulos y cupones.

Para él no habia expansion infantil; para él no habia corazon de mujer á quien pudiera herir; para él no habia simpatía por los goces ni la alegría de la infancia; para él no habia sentimiento alguno del corazon que en el suyo hallara eco: monopolizado su ser por la pasion que habia consumido todo el jugo de su corazon, el tres por ciento era el único lenguaje que producía efecto en esta materia tan mercantil.

Tres por ciento, letras de cambio, cupones y títulos, si tal fuera siempre vuestro efecto en el corazon del hombre, matárais todo lo que la naturaleza le concede para redimir el alma con que le ha dotado: tres por ciento, letras de cambio, cupones y títulos, extinguidos para siempre seais por el bien de la humanidad!

¡Ay, qué cansada estaba Isabel de la conversacion aquel dia en la mesa!

La caída del ministerio, los cupones y los títulos: no se habló de otra cosa.

Felizmente para ella, al tomar parte en la

cuestion su anciano padre, juntamente con Montoya y el dependiente principal de este último, quedó eximida de exponer su opinion, ó manifestar su asentimiento á la de los demás.

Este dependiente principal, que casualmente he nombrado, y de quien tenia intencion de ocuparme, merece bien se le dediquen algunos renglones: por lo tanto, voy á hacerlo de una vez.

Era un hombre de unos treinta años, moreno, cejijunto, de una expresion siniestra ó traidora en su fisonomía que nada predisponia en su favor, y cuyas facciones, aunque buenas, estaban marcadas por tan mal sello, que á no ser por el aire distinguido y las maneras elegantes que neutralizaban el efecto del semblante, hubiera pasado Francisco Cadenas por una persona en extremo repulsiva; pero, era tan elegante en su porte, tenia un trato tan agradable y animado, aunque algun tanto sarcástico y mordaz, que fácilmente hacia olvidar la mala impresion de su fisonomía. Pasaba por ser gran favorito de las damas, y de no muy buena reputacion en sus amorios; pero sea de esto lo que fuere, el cajero de D. Alvaro, en su carácter de depen-

diente, era contado entre los más entendidos, y merecia tal confianza de parte de su principal, que Montoya depositaba en él todos los secretos de sus más interesantes combinaciones.

Cadenas, al parecer entregado en cuerpo y alma al servicio de su jefe, habia estado á su lado cerca de quince años, é iniciado en todos sus hábitos, en perfecta posesion de todos sus negocios, dotado al mismo tiempo de una cabeza privilegiada, pasaba por ser sus piés y sus manos.

Decíase, no se sabe con qué fundamento, que el casamiento de su principal, habia sido para él de «difícil digestion;» decíase más todavía: que habia hecho lo posible por evitarlo, pero siendo inútil en cualquier negocio el contrarestar la firme voluntad de D. Alvaro, una vez decidido, inútil fué igualmente toda advertencia ó prevencion insidiosa sobre este asunto.

Efectuado el casamiento é instalada la consorte en la mansion de su marido, supo Cadenas de una vez representar el papel que le convenia; y disimulado, ó convertido por la presencia de Isabel á un diferente modo de pensar, se manifestó como nadie satisfecho.

del casamiento y de la eleccion de su jefe; y hallándose Isabel en extremo agradable desde el primer dia que se conocieron, la mejor armonía parecia reinar entre ambos.

CAPÍTULO III.

Terminada la comida aquel día en que se ha hecho conocimiento con el marido de Isabel, y después que ésta se hubo retirado de la mesa, una carta fué entregada al cajero, de cuyo contenido impuesto el dependiente, sin decir palabra, se la pasó á su principal.

D. Alvaro la recorrió con indiferencia.

—¿Qué se le dice? preguntó Francisco notando la expresión del semblante de su jefe; mi madre está tan interesada por él, como V. ve, que es preciso darle alguna contestación.

—Tu madre es una impertinente, que no tiene por qué mezclarse en mis asuntos, fué la amable contestación de Montoya.

—Convenido, dijo, con la más profunda convicción el hijo respetuoso. Impertinente;

todo lo que se quiera; pero, en fin, ¿qué se le dice sobre ese muchacho?

—¿Se trata del pobre Gonzalo? preguntó Aguilera, sacándose la pipa de la boca. Su madre de V. es una excelente persona, señor de Cadenas, prosiguió diciendo el militar; y la recomienda mucho el interés que se toma por los desgraciados. Mal hacen Vds. en condenar su proceder tan desapiadadamente.

Esto dicho con la firmeza que distinguía todas las opiniones y palabras del veterano, volvió éste á meterse la pipa en la boca, y su yerno y el cajero se miraron confundidos ante aquella brusca reprension, sin atreverse uno ni otro á rebatirla.

—Pero ¿qué quieren Vds. que yo haga? fueron las primeras palabras que Montoya articuló despues de la reconvencion de Aguilera, dirigiéndose igualmente á su suegro y al dependiente. ¿Qué se puede esperar de ese muchacho, ante las pruebas evidentes que he tenido de su incapacidad?

—No se trata de lo que él pueda dar de sí, interpuso el suegro, tomando á su cargo el defender la causa de lo que creia justicia y deber; no se trata ahora de lo que él puede dar de sí, repitió el veterano; trátase de que

está en desgracia, y de que esa posición precaria en que se encuentra puede tal vez lanzarle á la perdición; trátase de salvarle de ella, y trátase, sobre todo, de que es hijo de una hermana de V.: que tiene su misma sangre, y que ella le impone el deber de tratarle con menos rigor; y lo demás se verá después.

—Fueran esas todas buenas razones, interpuso Montoya, si aún no conociera lo que es mi sobrino. ¡Pero ese maldito muchacho no tiene ni la más remota idea de lo que es una letra de cambio! exclamó con el espanto más profundo, y cual pudiera decir: «¡Ese maldito muchacho no sabe que hay Dios!» y no hizo más que darme malos ratos mientras le tuve en casa.

—Era tan joven todavía, insinuó el cajero, que no se podía formar idea de él.

—Joven, sí; joven para los negocios, para todo lo que era menester que supiera, interrumpió Montoya con impaciencia; muy joven para lo que le correspondía saber; pero, no señor, añadió con aumentada violencia; no señor, no era joven el nene... ¿para qué le parece á V.? continuó dirigiéndose á su suegro; ¡para componer versos! casi gritó

como hubiera podido decir: ¡para comerse los niños crudos!

Tan espantoso crimen se había atrevido á cometer el desdichado sobrino; y tan nefando delito, que bien merecía el destierro, y casi la muerte!

Era un crimen horrible que equivalía al suicidio moral de la criatura, que no fué creada para otra cosa más que para hacer dinero!

Criaturas desventuradas, cuya afición á la gaya ciencia, cuya inspiración divina, cuyo conocimiento con alguna de las nueve hermanas, tales resultados os produce, ¡cuánto más feliz no hubiera sido vuestra suerte en haber nacido mulos de dos piés para pasar la vida trabajando alrededor de una noria, sin caminar mas allá de los límites estrechos que vuestras mezquinas aspiraciones os señalan!

—¡Componer versos! repitió el anciano; ¿y qué delito había en eso?

—¡Qué delito! repitió su yerno con mal reprimida cólera, y no hallando palabras á su alcance bastante expresivas para desahogar el horror profundo que semejante pregunta le infundía, le pareció la más prudente respuesta levantarse de la mesa.

—Vamos, vamos, interpuso Francisco; no hay que enfadarse. El señor, dijo aludiendo á Aguilera, no entiende los misterios y el exclusivismo de nosotros los del comercio, y por lo tanto es disculpable su defensa de la causa que ha abrazado; pero cuando una vez se penetre á fondo del carácter del comerciante, sabrá disculpar el diferente modo de pensar que este tiene... pero en fin, ¿qué le contesto á mi madre? agregó.

—Diablos, Francisco! respondió su principal; ¿qué esperas de tu madre hoy, que estás tan solícito por complacerla?

Esperaba el cajero (lo diré con franqueza), evadir una petición que no se hallaba dispuesto á conceder, otorgando otra con la que él no tenía que ver nada. Esperaba el cajero satisfacer el corazón de su madre, y escusarse de satisfacer lo que para él no merecía sino el nombre de insoportable exigencia, como mas tarde se verá, y combinar el logro de sus deseos, haciendo á su principal servir de medio para alcanzar sus fines.

Y tanto trabajó sobre el espíritu del hombre, de cuya existencia parecia formar una parte, que D. Alvaro al fin consintió en pensar con detención en el asunto, y se dejó de-

oir que tal vez se dignaria otorgar al sobrino permiso para ensayar de nuevo sus poderes, si prometia sujetarse extrictamente á todas las reglas que le fueran impuestas.

Algo más satisfecho el honrado Aguilera del aspecto que habia tomado la causa que con tanto calor abrazára, se retiró de la mesa al fin de la discusion, y en tanto que en la compañía de sus amados hijos, las horas le parecen minutos; y en tanto que Montoya sumergido en cuerpo y alma en las delicias de su escritorio, se halla trasportado al quinto cielo, quedémonos con Francisco Cadenas, y acompañámoste á la calle de la Amargura, donde en un reducido y humilde entresuelo moraba la madre á quien con tan íntima conviccion habia su hijo llamado una imper-tinente, juntamente con una hermana menor de este, y el desventurado sobrino, que desde su destierro de la casa y presencia de su tio, habia hallado aquí un albergue.

Era ya de noche cuando Francisco pisó el humilde umbral de la casa de su madre, y casi á tientas subiendo la escalera, sin que su entrada fuera sentida, compareció en la pequeña sala de recibo, donde se hallaban en este momento reunidos alrededor de un vela-

dor todos los miembros de la reducida familia: su madre y hermana ocupadas en su labor, y Gonzalo Figueras en tanto leyéndoles en voz alta:

«Y aquella mujer hermosa, leía Gonzalo al tiempo de presentarse Francisco, aquella mujer hermosa, que se había sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era aún virgen para el amor que no podía menos de inspirar á todos cuantos la veían...»

Francisco escuchó estos renglones con marcada atención, y se le quedaron para siempre impresos en la memoria.

Su entrada interrumpió la lectura.

Antes de referir el efecto de su visita, justo es decir algo sobre estos nuevos personajes que se han presentado en la escena, y á hacerlo voy sin demora.

Era la madre de Cadenas una señora de unos cincuenta ó cincuenta y cinco años: matrona que desplegaba el más digno continente, y descubría los restos de una belleza, que en sus primeros años la habían hecho notable en la ciudad que le dió el ser.

Tersa y fresca su tez todavía, el único síntoma de decadencia física que en ella se notaba, era el color de sus cabellos de un

blanco nevado, que todavía espesos y abundantes, le servían de adorno, aunque de un género caprichoso.

Vestida siempre de negro desde la muerte de su marido, é impresa en su semblante cierta espresion profunda de gravedad, que rara vez era depuesta, se asemejaba en su continente digno y sério á la idea que se forma de la superiora de un convento.

Ejemplar en su conducta, durante todo el curso de su vida, rígida en el cumplimiento de todos sus deberes, y de una piedad á toda prueba, la madre de Francisco era un ejemplo vivo en su resignado sufrimiento del poder de la religion y de la fuerza de sus doctrinas, para sobrellevar como es debido, las más sensibles pruebas á que el cristiano puede estar sometido.

Enlazada por amor con un hombre digno por todos estilos de la compañera que habia elegido, madre tierna, y amantísima de una dilatada familia, en una posicion, sino brillante, suficientemente desahogada para ponerla al abrigo de toda contingencia, esta mujer tan favorecida durante algunos años por la suerte, perdió uno por uno todos los dones que el destino le concediera.

La parca cruel cortó el hilo vital al digno padre de familia, y la muerte, una vez introducida en este hogar, cual sediento tigre no se sació con solo una vida: uno por uno, como acometidos de una epidemia apenas con el intervalo de meses el uno del otro, los hijos todos de esta segunda Niobe, fueron arrebatados, con la excepcion del mayor y la menor.

Su jardin tan ameno, su jardin tan florido, tan lozano, fué asolado por la guadaña devastadora, y la madre inclinó la cabeza á la disposicion del Señor, y resignada dijo: «Tu voluntad se haga.»

Un vástago dañado, un vástago ya con el gérmen de la corrupcion profundamente introducido, y una frágil planta con un leve soplo de vida, tan delicada que la más ligera brisa podia marchitarla: estos fueron los únicos restos que de tan florido jardin á la madre le quedaron. ¡Pobre madre! ¡cuánto le habian hecho sufrir durante el curso de su desdicha!

El vástago dañado, porque el alma purificada de la madre se horrorizaba de la suciedad del vicio!

La planta frágil, porque introducida ya

en su seno la semilla del mismo mal que habia acabado con la vida de sus hermanos, la madre diariamente contemplaba la venida de la muerte!

Perdido con el padre de familia el bienestar de que jamás durante la vida de éste, habia dejado de disfrutar, los vicios y enormes dispendios del hijo mayor completaron la ruina de la viuda.

¡Triste cosa es la ingratitud de los hijos!

Triste cosa es para una madre que ha sacrificado por un hijo su tranquilidad, su bienestar, su todo en el mundo, ver que este hijo por cuya causa es ella desgraciada, desatiende el deber que tan sagrado debia ser, y paga con la más negra ingratitud los beneficios que de ella ha recibido!

Dolor es para un corazon materno que dificilmente se puede pintar.

Y era tal el dolor para esta madre purificada, que solo la resignacion de su espíritu podia sobrellevarlo.

Se habia levantado á la entrada de su hijo, y en tanto que vá á su encuentro, mientras él avanza lentamente hácia el testero de la habitacion donde se hallaba situado el velador, digamos algo sobre la frágil planta

que embebida en su labor y en la lectura que la entrada de Francisco habia interrumpido, ni siquiera habia alzado los ojos para mirar á su hermano.

Parecia esta niña enferma un lirio blanco, no solo en la pureza de su color y la trasparente delicadeza de su tez, sino igualmente en la fragilidad de su cuerpo casi infantil en sus proporciones.

Negro su cabello luciente, y negros igualmente sus ojos lánguidos y tiernos, parecian haber estado espresamente formados para el dolor. Eran tan tristes, tan melancólicos que daba pena observar su expresion lánguida, todo el conjunto de la fisonomía en extremo decaido el semblante, y casi dolorosa la misma sonrisa de los delicados lábios, era Elena en su apariencia dulcísima, aunque tan melancólica, la representacion de una vírgen de los Dolores.

Doliente siempre y acostumbrada al sufrimiento desde su niñez, se sabia que estaba enferma solo por el aspecto que revelaba el gusano roedor que chupaba el jugo de esta planta delicada, cuya frágil existencia tan sólo el amor maternal y su constante cuidado hubieran alcanzado á sostener.

Embebecida en su costura y en la lectura, como ya se ha dicho, ni aún levantó los ojos á la entrada de su hermano, pero al fijar la vista en Gonzalo cuando este interrumpió su agradable ocupacion, notó la presencia de aquel.

Gonzalo Figueras, de quien ya he hecho mencion y cuyo parentesco con D. Alvaro Montoya es conocido, era un jóven que contaria unos veintitres ó veinticuatro años, y nada se parecia á su tio. De una figura simpática, llena de vigor y carácter, y al mismo tiempo de inteligencia, atractivo é interés, debia especialmente atribuirse el mayor mérito de su apariencia, á la expresion de sus ojos, de un azul subido, que á veces de un color indeterminado, tan pronto parecian negros como morados ó de color azul celeste, y cuya fascinacion era casi maravillosa por la vida, inteligencia y sentimiento que estos ojos despedian.

Bien formada su cabeza y poblada de cabello de un castaño oscuro, despejado el color de su tez, aunque sin participar en nada de los tintes suaves y matizados propios de la mujer; fina y sedosa su barba y bigote, una boca perfecta y una brillante dentadura com-

pletaban su retrato, al que no hay más que agregar una presencia gallarda y los modales más distinguidos para que su apariencia personal nada deje que apetecer.

Hijo único de una hermana de Montoya, que ya en el tiempo de la prosperidad de éste habia contraído matrimonio con un distinguido comerciante que merecia el más alto concepto entre sus compañeros, habia tenido Gonzalo la desgracia de quedar huérfano hacia algunos años.

Educado con el mayor esmero por su padre, que le inculcó los sentimientos é ideas más elevadas, y le inspiró la sed ardiente del saber, el jóven bebió con avidez de la ciencia derramada por los lábios paternales; y dotado por naturaleza de una alma esquisitamente sensible al entusiasmo y á la inspiración, ávido cultivó los tesoros de la imaginación, y pasó los primeros años de su vida dedicado á recoger la semilla que más tarde habia de producir tan brillantes frutos. Rico el vergel, y ya dispuesto á verter una abundante cosecha, la muerte de su padre (su madre habia muerto ántes) cortó los vuelos de su inspiración, y el jóven se encontró de la noche á la mañana trasportado de su Eden á un

mundo de oscuridad, donde habia de mirar como sacrilegio el culto á que hasta entónces se habia consagrado.

Planta exótica en aquel jardin sombrío, á que habia sido trasladada, planta que requeria para vivir el calor del sol y el aire libre, cuando el huérfano fué instalado en la mansion de su tío, y establecido en su escritorio por poco se muere de fastidio y de tristeza.

Y Gonzalo hubiera tal vez correspondido á los deseos y á las esperanzas en él cifradas; Gonzalo, á pesar de su aficion á la gaya ciencia, de su inspiracion divina y conocimiento con las musas; Gonzalo, á no dudarlo, hubiera de seguro correspondido á aquellas esperanzas, si en vez de aquel espíritu vulgar y exclusivo que delante se le puso, y cuyo ejemplo tan triste efecto hacia en él, hubiera dado con otro ser ménos limitado en sus aspiraciones, cuya profesion hubiera formado un medio, pero no el principio y el fin, el sólo objeto de la vida; pero aquella aridez de corazon, aquella desnudez de pensamientos, aquella vida estéril para todo, ménos para el lucro, no era capaz sino de una profesion que semejante resultado produjera, odiosa y des-

preciable; y á Gonzalo se le hizo, no sólo odiosa y despreciable, sino hasta insufrible.

Sin embargo, la sobrellevó por dos años, é impulsado por la necesidad la hubiera tal vez sobrellevado veinte más, si al cabo de aquellos dos años, el descubrimiento de su desventurada vena poética, no hubiera desengañado á Montoya de su poca capacidad mercantil.

Desde entónces, condenada como crimen imperdonable la más leve omision, la más pequeña falta, y la brecha abierta entre él y su tío cada dia más implacable, al fin y al cabo produjo un completo rompimiento.

El sobrino fué expulsado de la casa: desterrado de aquel templo, en cuyo servicio tan indigno sacerdote habia sido; y D. Alvaro, juzgándose un héroe en el sacrificio que de todo sentimiento humano hácia al exclusivismo, y á la mezquindad de las ideas se creyó acreedor á una corona de laurel.

Pobre, pero no falto de recursos en sí mismo, el desterrado, una vez fuera de aquel jardin sepulcral en cuyo recinto tan mala acogida tuviera, se dedicó al cultivo de sus propias flores, y en su ameno vergel no halló sino ricos manjares, humilde cosecha, que en

el principio de su trabajo le produjo los mejores resultados.

Pero triste y precaria casi siempre la suerte del poeta, pronto se desengañó Gonzalo de la ineficacia de las musas para socorrer las necesidades de la vida; y aunque constante en su culto, la experiencia le acreditó la ninguna esperanza que ellas podían ofrecerle de adelantos en el mundo.

Grandemente interesada en su suerte la madre de Francisco Cadenas, cuando inhumano D. Alvaro le arrojó como un malhechor á la calle, en su humilde morada le ofreció un albergue, y en su corazón de corazones, un abrigo maternal.

Con cuánta gratitud no fué acogida la generosa oferta, es inútil decir; ni se necesita tampoco afirmar que si bien el jóven aceptó esta guarida, la aceptó resuelto á no degradarse en el abuso, y á corresponder por todos los medios á su alcance tan noble desprendimiento; y la honradez de su corazón le sirvió hasta para precaverle contra los riesgos de la juventud.

Nada de cuanto le producía la fecundidad de su ingenio fué jamás, durante el tiempo de su residencia en casa de la viuda, invertido

do sino en el servicio de ésta, y si bien el hijo con que el cielo la habia dotado, ingrato desatendia el deber que más sagrado debe ser para el hombre, el hijo que habia adquirido hacia todo cuanto á su alcance estaba para reparar esta gran desgracia; y la viuda tierna y reconocida, casi le amaba cual si su hijo fuera; y porque así le amaba le affigia tan íntimamente el que hubiera sido tratado con tan grande severidad.

Firme, constante y decidida en su servicio, desde que el jóven moraba bajo su techo, nadie sabe cuánto habia trabajado para ablandar el corazon de su tio; pero inútiles hasta aquí todos sus esfuerzos, esta última carta que á su hijo habia escrito y que á su casa le habia traído, referente al asunto de Gonzalo y á otro, para ella de igual ó mayor entidad, era el primer móvil que habia pre-dispuesto favorablemente á Montoya, cuya buena disposicion venia Francisco, como ya se sabe, solícito á comunicar, esperanzado de que esta fausta noticia habia de neutralizar el efecto de su repulsa en el otro asunto de la carta, del que á su vez se hablará.

Dejamos á la madre saliendo al encuentro de su hijo, que lentamente se dirigia al tes-

tero de la sala, donde se hallaba el velador, y á cuya aproximacion habia Gonzalo suspendido su lectura y Elena su labor para fijar los ojos en el recién venido y dirigirle sus correspondientes saludos, saludos, al parecer, de poca cortesía.

Cadenas no se habia hecho jamás amar de su hermana; le importunaba aquella delicadeza de salud, aquel cuidado y esmero que era preciso tener con ella, y desahogaba el enojo producido por esto, tratando á la inocente con la mayor aspereza: aspereza que le producía por parte de la pobre criatura, si no una completa aversion, á lo ménos un invencible terror que á veces hasta la ponía mala.

Felizmente para ella poco frecuentes, y casi siempre en extremo cortas las visitas de su hermano, tenia la infeliz tiempo suficiente de reponerse de los efectos de una ántes que llegara el tiempo de la otra; y tiernamente consolada después de alguna de estas ebulliciones de egoísmo, por los atentos cuidados de Gonzalo y el infatigable cariño de su madre, fácilmente se extinguía el mal recuerdo.

Gonzalo por su parte, sabia que le debía al cajero una gran parte de los rigores de su

tio, cuando en el principio de su instalacion en la mansion de este último, temió aquel que el prestigio de la propia sangre le derrocasse de ese lugar de preferencia, de cuya conservacion tan celoso era; y aunque después cerciorado el hombre de confianza de la seguridad de su propia posicion, y del ningun temor que debia abrigar de que otro le reemplazase, habia sido depuesta la enemistad que en los primeros tiempos le inspiró el jóven Figueras; éste, sin embargo, atribuyéndole con razon el principio del rigor de que habia sido víctima, y nada predispuesto por este motivo á mirarle con ojos de preferencia, como se puede suponer, le trataba con la menor amistad posible, y desconfiado se resguardaba contra todas sus insinuaciones.

Por lo tanto, nada debe extrañarse que el recibimiento que hizo á Francisco fuese tan frio, ni que al soltar el libro donde leia, fijara al propio tiempo los ojos en su compañera, y le comunicara lo poco grata que le habia sido la inesperada visita.

Próximo ya el cajero al velador, ocupó un asiento, y su madre en pié todavía, le dirigió de una vez la palabra:

—No te esperaba por cierto tan pronto,

dijo, y aunque deseosa de verte por el mucho tiempo que ha pasado desde tu última visita, y por el sumo interés que me inspira la contestacion de la carta que te envié esta mañana, sin embargo, no te juzgué tan eficaz.

—¿Conque tenia V. deseos de verme? preguntó Francisco por toda respuesta, descubriéndose una sonrisa maliciosa en su fisonomía. ¡Quién me lo hubiera dicho! Señora madre, dijo en tono de broma, es V. una gran diplomática; pero su digno hijo no le va en zaga.

—No conozco otra diplomacia con mis hijos, contestó la madre con una dignidad que hubiera hecho honor á una matrona espartana, más que la diplomacia de la verdad. Cualquiera otra seria degradante.

El hijo conoció que su madre no estaba para bromas, y por lo tanto, varió de táctica.

—Traigo una noticia fausta que á todos nos habrá de llenar de júbilo; fueron sus primeras palabras después de las que su madre habia articulado.

—¿De veras? se atrevió á preguntar la tímida Elena.

—Dínosla de una vez, añadió ya ménos valiente y algun tanto temblorosa su voz, asustada ella misma de su osadía.

Sus ojos lánguidos buscaron los de Gonzalo, y aunque los de éste se hallaban fijos en otra dirección, Elena expresó en su mirada la idea de que la fausta nueva había de ser referente á su compañero.

—Y esta fausta noticia, continuó diciendo el cajero con aire de suma importancia, es la que presuroso me ha traído, por ser el primero en comunicársela.

La madre aún en pié, dejó caer una mano sobre el hombro de su hijo, é interrumpió con este movimiento su discurso.

Francisco la miró al soslayo con ese modo de mirar tan traicionero que tenía, y conocedor del significado de aquella caricia materna, contestó á ella con un movimiento negativo y brusco de cabeza.

La viuda le lanzó una mirada suplicante señalando al mismo tiempo á su jóven hermana; pero el cajero, aparentemente resuelto á rehusar lo que aquellos ojos pedían, se retiró fuera del alcance de la mano que le tenía asido el hombro, sin dignarse siquiera conceder una mirada á aquel expresivo rostro, cuyo mudo lenguaje era, sin embargo, tan claro para su entendimiento.

Desapercibida por los jóvenes esta escena

muda, fija toda la atencion de ambos sólo en las palabras de Francisco, al verle aproximar su silla más á ellos; interpretaron su accion de la manera más natural, y continuaron prestando atentos oidos al resto del apenas interrumpido discurso.

El cajero siguió de esta suerte:

—Solicito en la causa de la amistad, entregado con todo mi corazon á tu servicio, Gonzalo, dijo fijando sus miradas en el jóven Figueras, y más que nada deseoso, añadió volviéndose ahora en direccion á su madre que después de la terminacion de la escena muda, se habia dejado caer sobre una silla á alguna distancia de él; y más que nada deseoso, repitió, de servir al interés tan íntimo que mi madre toma en tu suerte, he trabajado hoy con tanto empeño en la causa que á todos tanto nos interesa, que me atrevo á asegurar como muy inmediato el más feliz resultado.

Gonzalo se levantó de su asiento, y con una exclamacion de júbilo y un movimiento espontáneo de su corazon, se arrojó sobre el cuello, no del mensajero de la fausta nueva, sino de la noble matrona cuyos brazos maternales le habian amparado durante todo el tiempo de su desgracia.

—Madre mia, fué su primera exclamacion, sea V. una y mil veces bendita por cuanto por mi ha hecho, y crea que mi mayor motivo de felicidad en recobrar los medios de labrarme una independenciam en el mundo, se cifra en la esperanza de poder algun dia recompensarle la deuda que con V. he contraido.

La viuda le estrechó contra su corazon, y Gonzalo sintió que el beso impreso en su frente por aquellos lábios era casi sagrado.

Francisco Cadenas extraño á todo sentimiento noble, Francisco Cadenas extraño á todo sentimiento que no tuviera su origen en el egoismo, Francisco Cadenas ajeno á los impulsos generosos y espontáneos del corazon que no pueden pasarse sin un desahogo, concedió una sonrisa de sarcasmo á aquella efusion del jóven, y contempló con cinismo la reciprocidad de aquellos dos corazones.

—Señora madre, dijo después que á su placer se hubo burlado de esta escena, tan distinta de la que en silencio acababa de pasar entre él y su madre; señora madre, repitió en ese tono chancero que generalmente usaba al dirigirse á ella: su hijo no puede

complacerla más de lo que lo ha hecho, y seguro estaba yo al acudir aquí esta noche, del júbilo que había de ocasionarla.

Y solícito, al parecer, por congraciarse con ella, así como de merecer de Gonzalo la más profunda gratitud por la parte que había temado en la defensa de su causa, elocuente y persuasivo, refirió la perseverancia con que un día tras otro había trabajado, y la seguridad en que descansaba de que sólo merced á sus esfuerzos y prestigio, se lograría al fin alcanzar el objeto, que él como nadie deseaba.

Aunque receloso siempre Gonzalo, y desconfiado de sus buenas intenciones, los acentos al parecer verídicos en que esta noche se expresó, merecieron algún más favor de lo que usualmente recibían sus protestas, y el jóven, mejor dispuesto hácia él de lo que jamás se había sentido, le manifestó sentimientos algo ménos hostiles.

Abstraída la madre durante la larga conversacion que había seguido á la efusion espontánea de los sentimientos de Gonzalo, yacía sumerjida en el más profundo silencio y entregada por completo á sí misma; se conocía bien que algo le preocupaba fuertemente

el ánimo, y que la pobre señora no podía hacerse superior al peso que la oprimía.

Cerca de las nueve serian cuando el cajero, después de repetidas protestas acerca del pronto aviso que habia Gonzalo de recibir de los buenos deseos de su tío, se dispuso á marchar.

Dió la mano al jóven, pasó junto á su hermana, felizmente para ella sin concederle siquiera una mirada, y con suma indiferencia se despidió de su madre, que sin que él se apercebiera de ello, le siguió fuera de la estancia, y allí, decidida y resuelta, le asió de una mano y le condujo casi á la fuerza á una habitacion interior, donde lo que entre ellos pasara, no fuese posible llegara á los oidos de nadie.

CAPÍTULO IV.

Introducidos la madre y el hijo en esta habitacion, fué el primer cuidado de la viuda cerrar la puerta con llave; y esto hecho, miró á Francisco con fijeza.

El cajero se estaba riendo.

—Francisco, exclamó la viuda, desentendiéndose de esta risa sarcástica. Francisco, repitió en acentos firmes y resueltos; no te me escapas hoy. No. Por más que quieras evadirte, por más que te hayas esforzado por parar el golpe no lo habrás de evitar. Solos nos hallamos; nadie nos habrá de escuchar ni de ver; y por mi hija, tu desgraciada hermana, tu madre sacrifica hasta su decoro y dignidad.

—Me trata V. como á un niño, fué la contestacion de Francisco, y cree imponerme con esas frases retumbantes que para nada le sirven. Cree forzarme por esos medios á satisfacer todas sus exigencias como si no tuviera más que cinco años; y se equivoca usted, señora, añadió con decision. Estoy cansado de esa repeticion de exigencias, y me falta la posibilidad de satisfacerlas.

—La posibilidad! exclamó su madre con sorpresa: dí más bien la voluntad, el corazon! Ah! añadió con amargura: si otro recurso tuviera, de seguro no habria de valerme de tí! Pero no tengo más remedio. Víctima voluntaria seria yo de tu ingratitud; pero... dejar á mi hija morir!... Eso no, Francisco; eso no, exclamó con energía. Morirá cuando Dios quiera: cuando el Señor me la reclame, cual me reclamó mis otros hijos; humilde y resignada entónces se la entregaré; pero no, miéntras que en mis manos esté su conservacion. Seria yo una madre muy culpable si tal permitiera, y cuéstemelo que me costare, no lo habré de permitir.

El hijo se encojió de hombros y se paseó con impaciencia por el cuarto.

—No me atiendes, Francisco? preguntó su

madre aproximándosele. Seria horrible que tu hermana se muriese por tu causa. Serias un fratricida. La maldicion que recibió Cain te caería á tí tambien encima... ¿No te horroriza semejante pensamiento? preguntó clavando los ojos en el rostro del impávido oyente.

El cajero continuó sus paseos, y persistió en su obstinado silencio y encogimiento de hombros.

—Mira, Francisco, continuó la madre siguiéndole los pasos y caminando á la par de él.

Mira, Francisco, hijo mio, repitió con dulzura esperando que la dulzura habia de hacerle alguna impresion; tu pobre hermana sufre, y sufre de una manera espantosa, y quisiera poderla aliviar, y aliviarla está en tus manos.

—¿Soy yo médico? preguntó el cajero de repente valiéndose de su tono chancero para distraer la cuestion.

—No te chancees, replicó la madre, sobre tan grave asunto, porque has de tener presente, que es asunto de vida ó muerte. Vida moral, que íntimamente ligada á la corpórea, habrá de perecer con ella en la

frágil criatura por cuya salvacion te pido.

—No comprendo á V., interrumpió Francisco.

—No era mi intencion, replicó la viuda, hacer á nadie participe de mi secreto; no era mi intencion comunicártelo á ti; pero puesto que la necesidad me obliga á ello, puesto que la triste revelacion que te voy á hacer me ofrece una esperanza, tal vez de que tu corazon se ablande... escúchame, Francisco, y deja que tu alma se apiade de mi dolor. Tu hermana sufre.

—Lo sé, interrumpió Francisco con impaciencia; nunca he ignorado que desde la niñez el gérmen que acabó con la vida de mis demás hermanos corroe igualmente su existencia; pero eso nada nuevo es para mí; ignoro qué causas pueden mover á V. á que me lo repita con tanta frecuencia últimamente, y á que con tanto ahinco se valga de este trillado pretesto para encubrir sus tan constantes exigencias.

La madre se sonrojó de vergüenza por su hijo, y de indignacion al mismo tiempo; pero vencida ó disimulada su conmocion, serena volvió otra vez á tomar la palabra.

—Un mal nuevo, un mal cuyo padecer

habrá grandemente de contribuir al aumento del que tiene ya en sí, un mal que todavía alcanza remedio, y remedio humano que en tu mano está, se ha presentado en Elena; y de ese mal es del que tanto me he ocupado últimamente, aunque con tan tristes resultados... Francisco, exclamó la madre, interrumpiéndose y dando articulacion á estas palabras con el más profundo dolor: dos meses hace que inútilmente imploro tu clemencia: dos meses que en vano apelo á tu corazon para que salves á tu hermana. Siempre evadiendo tan justa súplica, el tiempo que por inercia se ha pasado, no sirve más que para aumentar ese mal que aún todavía se puede remediar. Tu hermana ama, dijo con suma tristeza; y ama sin correspondencia! Este es su mal. Este es mi secreto. Y salvarla de este amor es mi único afan! Por salvarla de él quisiera sacarla de aquí y llevarla léjos, muy léjos del objeto que la preocupa, donde la separacion y la distraccion produjeran el olvido de lo que sin remedio, á no echar mano de este recurso, habrá irremisiblemente de hacerla sucumbir, víctima de sus propios sentimientos. Triste es nuestra posicion, Francisco, nadie mejor que tú debe saber la inefica-

cia de mis propios medios para hacer frente á los dispendios precisos á esta traslacion; y nadie mejor que tú deberá conocer la justicia de mi reclamacion; reclamacion, que más justificada ahora que eres dueño de la causa poderosa que la motiva, no podrás rechazar.

Francisco habia escuchado á su madre con el mayor silencio, y al parecer hasta con profunda atencion, aunque sin por eso detener los paseos que daba de un extremo á otro de la estancia; pero cuando la viuda terminó su discurso, este silencio profundo fué de una vez interrumpido, y el eco de la habitacion repitió un sonido ruidoso y prolongado que sonó con horror en el corazon de la madre.

Era una risa de sarcasmo, que parecia salida de la boca de un demonio: una risa que fué interrumpida sólo para dar lugar á la articulacion de estas palabras:

—Morirse de amor una mujer... y un escrúpulo de mujer como la criatura esa...; qué ridiculez! De nuevo volvió á congelar la sangre de la viuda con su espantosa risa.

La madre miró al hijo con horror; pero se acordó de la clemencia divina, y se acordó á tiempo para no lanzarle su maldicion.

En su lábio espiró toda palabra ofensiva;

en su corazón se estinguió todo sentimiento de horror, y la virtuosa mujer recobró de una vez toda su digna serenidad de mujer y de madre.

Se dirigió á la entrada de la habitacion, abrió la puerta que algunos momentos ántes cerrara con tanto cuidado, y en acentos serenos dió á su hijo permiso para retirarse.

¡Quién explicar puede el bochorno de este hijo: su humillacion ante su digno proceder!

Inclinada la cabeza sobre el pecho, con los ojos bajos, el hombre de mundo, el hombre que no respetaba á nadie, pero que tan respetado se creia y tan superior en su naturaleza á todo el linaje humano, aceptó el permiso que se le otorgaba... pero lo mismo que un perro expulsado por su amo, dejó el hijo la presencia de su madre.

Y cuando de vista le perdió, sólo entonces se acordó esta madre de que lo era, para rogar á Dios por el casi parricida.

Con este instinto maternal que adivina, ese instinto de madre que lee como en un libro en el fondo del corazón de aquellos á quien se ha llevado en su seno, con ese instinto casi sobre humano, y del que como las demás madres habia sido dotada la madre de

quien hablo, el secreto del corazon de su hija habia sido adivinado con anticipacion. Secreto para todos los que la rodeaban, secreto aún para la misma interesada, que no se habia cuidado en su inocencia de analizar sus propios sentimientos, pero claro como la luz del dia para el corazon de su madre, una espina más ha sido agregada á la corona aquella sobrellevada con tanta resignacion; espina que en balde se esforzaba la madre por arrancar de sí, en tanto que adversas circunstancias, se conjuraban contra la situacion.

Severa consigo misma, cual lo es siempre la verdadera virtud, juzgándose la única responsable de este mal, por haber aunque inocentemente, proporcionado los medios que lo produjeran, era por lo tanto infatigable en sus esfuerzos para remediar con tiempo los extragos, que una vez hechos en aquella frágil existencia, no habrian de ser jamás reparados...

¡Pobre madre!

Habia sido el sueño dorado de sus últimos años conservar la última planta de su desolado jardin; habia sido la única ilusion de su triste vida estudiar el cuidado de este lirio

blanco, y cobijarlo con sus esmeros contra la inclemencia y crudeza de toda especie de sufrimiento; pero introducido por su propia mano el gusano que debia corroer el tallo de esta débil planta, fácil es comprender el remordimiento que desgarraria su corazon y la constancia y empeño que habria de haber empleado para contrarrestar los efectos de aquella mal aventurada hospitalidad que tan funestos resultados tuviera.

Ineficaz, sin embargo, hasta aquí todo género de empeño, toda clase de esfuerzos, el último golpe que en la repulsa de su hijo habia recibido destruyó de una vez todas las esperanzas que se atreviera á alimentar. Discreta, prudente y dominada siempre por la razon, ninguna culpa atribuia al inocente causador del nuevo tormento que agujoneaba su corazon... y en verdad: ¿qué culpa podia atribuirse al que jamás habia en conciencia hecho el más mínimo esfuerzo por despertar un sentimiento del que no sentia ni el más leve soplo?

¿Qué culpa existia en él mas que la de la fuerza magnética de su atraccion y la de un corazon en extremo sensible, que habia procurado reemplazar por completo en el rega-

zo que le habia adoptado aquel lugar vacio por la aspereza y despego del hijo verdadero?

En justicia, la propia rigidez de conciencia de Magdalena (la madre) prohibiéndole acriminar semejante proceder, jamás habia ni por un momento pensado hacer al autor víctima del sentimiento que habia inspirado, expulsándole de su hogar; y si bien trabajaba para lograr este fin, lo habia hecho aun antes, á impulsos solo de su corazon y del interés que el jóven le inspiraba, libre de todo sentimiento egoista, é igualmente lo hacia ahora, con el mejor propósito y con el doble objeto de conseguir la realizacion de los deseos que el mismo jóven abrigaba.

Una niña todavía Elena, cuando Gonzalo Figueras habia sido instalado bajo el mismo techo que la cubria á ella; más niña aún que otras de su misma edad, por efecto de su delicada naturaleza, el jóven, fácil á impresiones, habia consagrado todo el afecto fraternal que hubiera concedido á los hermanos que nunca tuvo, á esta tierna criatura, tan dependiente del cariño de los demás, cuyo afecto y exquisitos cuidados habian lentamente trabajado de tal manera en aquella tierna existencia, é introduciéndose de tal suer-

te en su corazon, que compañero de su desarrollo habia sido ese sentimiento que la inocente aun no se habia cuidado de analizar, pero que á los ojos maternales (á ningunos otros) estaba tan patente, cual si los lábios de su misma hija le hubieran hecho la confesion.

—En tus manos, Señor, pongo mi causa, fueron las últimas palabras de la viuda, después que hubo orado largo rato, por el hijo que inhumano clavara más hondo todavía el puñal introducido en el corazon de su madre: en tus manos Señor, que sabrán disponer lo que mejor conviniese: en tus manos la entrego, repitió con fervor. Has visto Dios mio, continuó diciendo, los esfuerzos que he hecho por contrarestar este mal que yo misma me he traído encima. Has visto la perseverancia y decision con que he trabajado para conseguir el deseado fin, y cuán inútiles han sido mis reclamaciones todas. Has permitido las repulsas de mi hijo, has permitido que su corazon ensordezca á todo sentimiento humano; y señales son estas de que tu voluntad se resiste al logro de mis afanes. Cúmplase la que sea, Señor, dijo con la más profunda humildad que á todo me sabré resignar, y tu mi-

sericordiosa clemencia sabrá concederme la necesaria paciencia y fortaleza que nunca hasta aquí me han faltado, para sobrellevar las penas todas que me han sido impuestas.

La oracion fortalece el espiritu más débil, apacigua al más agitado, da valor al más cobarde, y fortifica con renovada fuerza al de por sí fuerte y valeroso.

Cual si en su alma no hubiera habido lucha de ninguna clase, cual si de sus lábios ahora tan serenos, no hubiera estado á punto de salir una maldicion, cual si en su corazon tan tranquilo y valeroso ahora, no hubiera aparecido sentimiento alguno de desaliento, de indignacion, y hasta de horror, así serena se presentó la madre en la salita donde aun permanecian reunidos Gonzalo y Elena, tan en extremo tranquila, que después de algunos momentos de conversacion referente á las buenas esperanzas presentadas por Francisco, fué la primera á proponer al jóven Figueras la continuacion de la agradable lectura que la visita del cajero habia interrumpido.

Aderezada la bugía que esparcia sus reflejos sobre el grupo, ocupadas las señoras de nuevo en su labor, Gonzalo volvió á abrir el

libro, y de nuevo volvió á empezar por la sentencia suspendida á la presentacion de Francisco; «y aquella mujer hermosa, que se habia sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era aun vírgen para el amor que no podia ménos de inspirar á todos cuantos la veian...» cuya sentencia, como ya se ha dicho, quedó impresa de un modo tan inestinguible en la memoria del cajero que por efecto de un magnetismo inesplicable, al propio tiempo que Gonzalo la volvía ahora á leer, bullia en el recuerdo de Francisco de la manera más admirable, y no sólo en su recuerdo, no sólo en su imaginacion, sino en todas las fibras de su cuerpo y le comunicaba multitud de pensamientos, deseos y sensaciones, que le producian una excitacion casi febril.

Con él nos encontramos en las inmediaciones del teatro adonde dirigia sus pasos, preocupado, no como se debería esperar de la ineficacia de su interés por el sobrino de su principal para neutralizar el efecto que en su madre habia de hacer su inhumana negativa, á las reclamaciones tan justas y naturales que ésta habia hecho, sino fuertemente dominado por el recuerdo de la sentencia que Gon-

leía que por efecto sin duda de alguna asociación, se había estampado de tal suerte en su memoria, que por más que hacia no le era posible desecharla de sí.

Bullendo, pues, todavía en toda su fuerza el recuerdo de esta sentencia, bullendo con un hervor espantoso, penetró Cadenas en el teatro, y sin vista, ni oído, ni sentido para otro objeto mas que para la idea que en su mente bullia, dirigió los gemelos á un palco de los principales.

Se ejecutaba aquella noche una de las óperas favoritas de Rossini que había traído una numerosa concurrencia, entre la cual se encontraban nuestros dos conocidos: el anciano Aguilera y su jóven y hermosa hija Isabel, que, como nadie, gozaba de los sonidos armoniosos debidos al maestro de los compositores.

Alma formada para experimentar en toda su fuerza las más delicadas sensaciones, amaba Isabel la música con delirio.

¡La música! arte delicioso que hace vibrar las cuerdas más sensibles del corazón; armonía encantadora que conmueve el alma y despierta los más tiernos afectos; que con la magia irresistible de sus melodiosos sonidos dá

vida á sentimientos y pensamientos inefablemente dulces y tiernos; mudo lenguaje del corazon, que sólo puede comunicarse de corazon á corazon, que despierta recuerdos tal vez distantes y largo tiempo olvidados, que llenamos de mil asociaciones diversas, que ligamos á nuestros mejores sentimientos... ¿qué otro arte te sobrepuja?

Goza la supremacía, pues que á tanto llega tu irresistible encanto que hasta el espíritu elevas, y suban al cielo tus melodiosos acentos, intérpretes tantas veces del corazon, y en el cielo formen una plegaria elocuente para que clemente la Providencia mire con misericordia aquellos corazones cuyos pensamientos y recuerdos, á manera de incienso, suben á la mansion celeste envueltos en los sonidos de la armonía!

¡Cuáles no eran las sensaciones que la música no despertaba en esta noche de que hablo, en el alma de Isabel!

Allí sentada, en aquel teatro, fija toda su atencion en la representacion, y por completo abstraída en cuerpo y espíritu, en íntima relacion su corazon con la armonía que escuchaba, esa armonía encantadora que tiene la facultad de hablar un lenguaje tan inte-

ligible para el alma, la jóven se entregaba á la diversidad de sensaciones en ella despertadas.

Unas veces placenteras, otras melancólicas, unas veces ardientes y apasionadas, y otras puramente tiernas y sensibles, la música elocuente, al despertar un mundo de pensamientos y recuerdos, le recordaba esta noche toda la historia de su vida, su niñez tan desgraciada, la infelicidad de su pobre padre, su amor maternal á las criaturas que habia prohiado, las aspiraciones, ilusiones y esperanzas que su inocente corazon se habia atrevido á formar á su entrada en la juventud: sus deseos, sus sueños y castillos en el aire; y después la lucha que padeciera en el conocimiento profundo del valor del sacrificio á que habia estado destinada; su amor tan inmenso por los objetos de su cariño, superior á todo otro sentimiento, y sacrificio heróico que por los objetos de este amor habia hecho de todas las ilusiones, esperanzas y deseos que se habia atrevido á alimentar!

Tristes pensamientos estos, melancólicos recuerdos: era indudable que la aspereza de su marido aquel dia con sus hermanos, habia hecho una gran impresion en Isabel, y que

por efecto de ella y los temores engendrados en su corazón, se sentía esta noche como nunca ántes, con el ánimo predispuesto á pensar en la inmensidad del sacrificio á que se había entregado.

¡Pobre mujer!

Allí, sentada en aquel teatro, callada y abstraída, mezclaba los ayes del corazón con los sonidos melodiosos de la música, entónces su confidente, sin siquiera acordarse del lugar en que se hallaba, ni de la concurrencia que la rodeaba, ni ocuparse sobre todo de la multitud de gemelos que fijos en ella admiraban su hermosura.

Su padre la acompañaba en la parte de gozo que la armonía producía, y silencioso como ella, aunque por diferentes causas, ni una ni otro habían cruzado la palabra hacia ya largo rato.

Cerca de la conclusión del último acto, la puerta del palco fué abierta con suavidad, y dió entrada á Francisco Cadenas.

El cajero, se me había olvidado decir, vestía siempre con la mayor elegancia, y en esta noche, á no ser por el mirar traicionero y la espesura y unión de las cejas, hubiera podido pasar por un buen mozo, porque su

vestido, en extremo perfilado, nada dejaba que desear, ni podía nadie ménos de confesar que le sentaba á las mil maravillas.

Sus maneras distinguidas, su amabilidad con las mujeres (ménos con las de su propia familia, como ya se ha visto), su trato agradable, y privilegiado entendimiento, le habian granjeado un lugar preferente en la opinion de la consorte de su principal, cuyo lugar cultivado con esmero por todos los medios á su alcance, ya en muestras de deferencia por el anciano Aguilera, ya en afectuoso cariño con los niños, le aseguraban invariablemente el más amistoso agasajo, que no fué ménos expresivo esta noche al presentarse en el palco, risueño y engalanado, con todo el poder de sus atractivos.

Terminado el amistoso recibimiento de la jóven, ocupó Cadenas una silla á su lado, y obediente á los deseos de Isabel, de que no interrumpiese con su conversacion la atencion que no queria apartar de la escena, puesto en union con ella, parecia cifrar todos sus pensamientos en el punto mismo que monopolizaba los de la jóven.

Cualquiera á lo menos lo hubiera creído, pero no se habrá olvidado el modo peculiar

que tenia Francisco de mirar, y nadie se sorprenderá al saber, que si bien en la apariencia atraia el foro por completo la atencion del cajero, sus ojos tan traicioneros, no se desviaban un momento de la viña de su amo.

Francisco Cadenas, nada escrupuloso de conciencia, estaba quebrantando á sabiendas el noveno mandamiento.

Quién lo hubiera jamás pensado, al verle en la apariencia tan indiferente y circunspeto!...

La *prima donna* interpretaba deliciosamente una plegaria sublime con que terminaba la ópera.

Era una plegaria cantada en coro, en la que sin embargo podia lucir la tiple sus vastas facultades, y en esta noche que reunida al parecer en el mismo punto la atencion del cajero y de la mujer de su principal, ambos parecian igualmente impresionados de la música, la *prima donna* sublimó á tal punto el canto, que no podia ménos de conmover á la persona ménos sensible.

Cual si de su alma misma hubieran salido aquellos acentos tan melodiosos, cual si ellos hubieran formado parte del sér de Isabel, cual sino pudiera más y hubiera con ellos

lanzado todo su fluido, así, medio ahogada con la impresion que recibiera, exhaló la jón una articulacion confusa é imposible de reprimir, y dejó caer su mano con un movimiento casi convulsivo sobre el brazo de Cadenas.

Choque eléctrico, sensacion galvánica, que estremeció el sér de este; fiebre ardiente que como un fuego abrasador circuló por sus venas... El cajero se volvió de repente hácia la mujer de su principal, y la miró por primera vez aquella noche de frente y con firmeza.

Terminada la plegaria, los ojos de Isabel se encontraron con los de él, y un subido carmin coloreó inmediatamente sus mejillas.

Separó vivamente su mano, y exclamó:

—Pensé que era mi padre. Dispense V. la equivocacion.

—No hay de qué, respondió Francisco, algo chasqueado ante la verídica explicacion dada á aquella accion que tanta efecto le habia hecho; y cauteloso, precavido, y maestro en el conocimiento del sexo, se prometió un poco más de cautela en adelante, para evitar una desgraciada contingencia, ántes de haberse hecho dueño de la presa que codiciaba.

Cuidadoso de alejar todo género de sos-

pechas en la jóven, caso de que ésta hubiera concebido el menor motivo de alarma, ni aún se mostró solícito, como otras veces habia hecho de ofrecerle el brazo hasta el carruaje, dejó que se valiese del de su padre, y aunque como siempre ocupó un lugar al lado de ella, se cuidó á tal extremo de llevar á cabo su objeto, que la mujer más maliciosa y más fácilmente abierta á los halagos del amor propio, se hubiera dado por completo desengañada acerca de los sentimientos que creyera haberle inspirado.

Estuvo tan animado, tan chistoso y entretenido, que divertidos el padre y la hija, sintieron ver llegar el momento de entrar en casa.

D. Alvaro estaba aún levantado y esperaba con impaciencia al cajero, acostumbrado todas las noches á pasar un par de horas en su compañía: horas las más apreciadas del dia para él, por ser estas las horas en que eran arregladas sus cábalas mercantiles.

Tenia D. Alvaro una sala pequeña, especie de santuario donde se hacia ordinariamente inaccesible á todo el mundo; pero en el que daba entrada de vez en cuando al hombre de confianza, para tratar con él del co-

mercio: allí se instalaron esta misma noche el principal y su dependiente, y allí se pusieron á deliberar sobre esos mismos asuntos.

A no dudarle, fué una conversacion en extremo interesante, la sostenida entre los dos: á no dudarle, ninguno de ellos, con especialidad el jefe, dejó de encontrar los asuntos de que hablaban los únicos dignos de ocupar la atencion humana; pero como que la esencia de esta conversacion versó sobre infinidad de negocios nada interesantes para mis lectores, y que ninguna referencia hacen á los asuntos que tenemos entre manos, pasaré por alto la cuestion de corresponsales, de cargamentos de duelas, del tanto por ciento, de los pagarés y de los quédanos, y me concretaré puramente á referir la parte de esta conversacion que hace relacion á uno de los personajes de mi historia.

Después de discutidos y arreglados los objetos primordiales, y casi exclusivos de la vida del comerciante, su dependiente tuvo por conveniente instruirle de la visita que habia hecho á la casa materna y de las esperanzas que habia comunicado á Gonzalo Figueras de una pronta reconciliacion con su pariente, cuya comunicacion recibida con la

más ejemplar benignidad por D. Alvaro, le mereció la siguiente respuesta:

—Has hecho bien, Francisco, en aprovecharte de mis buenas disposiciones de hoy; y lo que quisiera era que de una vez hubiera quedado todo arreglado, porque Isabel y su padre han tomado el negocio por su cuenta y no van á dejarme descansar hasta verlo concluido.

—En fin, añadió con resignacion, como que nadie me puede obligar á conservarle á mi lado, si veo que de nada le han servido los cuatro años que han pasado desde que le eché de mi casa, poco se pierde. Venga aquí de una vez, y manos á la obra. Díselo de mi parte, que cuanto ántes es mejor; pero que se guarde bien de cometer una falta, porque á la primera omision á la calle va. Nada de consideraciones ni indulgencias. Cumpla estrictamente con su deber, y entónces correrá de mi cuenta. Nadie mejor que tú, Francisco, debes saber que á mi lado prosperan... —los árboles todos, interrumpió el cajero en chanza, cuyas ramas se inclinan en la propia direccion que las de V.;—y ciertamente, continuó diciendo con formalidad, nadie mejor que yo puede dar testimonio de ello. Seguro

estoy de que Gonzalo, después del escarmiento que ha tenido, sabrá hacerse acreedor á los beneficios que hace cuatro años no supo apreciar.

Así lo espero, contestó Montoya, y espero además, Francisco, que tomarás sobre tí el iniciar á mi sobrino en lo que le corresponde hacer, y que tus buenos ejemplos y consejos le encaminarán al deseado fin. Cuanto ántes, dijo en seguida, deseo que quede todo arreglado, y te suplico seas intérprete con mi sobrino de las condiciones precisas de obediencia, atencion y exclusiva ocupacion de los negocios que le impongo con la mayor rigidez; y estas condiciones espero que las cumplirá con la más escrupulosa exactitud, así por su propia conveniencia, como por la sumision que de su parte me debe.

—Así lo haré, contestó el cajero, y seguro estoy de que no tendrá V. en esta ocasion motivo para arrepentirse de su benevolencia, convencido, como estoy, de que Gonzalo habrá de corresponder en un todo á las esperanzas que en un tiempo se cifraron en él.

—Veremos, veremos, contestó D. Alvaro paseándose por la salita; no te las prometas tan felices todavía. El muchacho tiene una

cabeza dura, vizcaina como la de su padre, y un carácter caprichoso como el de su madre que tanto me dió que hacer cuando vivia soltera conmigo; y, por lo tanto, nada propicias estas cualidades á amoldarse á mi placer, no son grandes ni fundadas las esperanzas que abrigo de hallar á mi sobrino otra cosa de lo que antiguamente era.

—Pues yo, señor, replicó el cajero, me atrevo á asegurar que en Gonzalo se ha efectuado una completa trasformacion.—La desgracia, continuó diciendo el dependiente, amolda todos los caracteres...

—Méenos el de mi sobrino, interrumpió con viveza D. Alvaro; ¿qué muestras ha dado durante estos cuatro años que acaban de pasar, de otra cosa, sino de un orgullo invencible y una altanería jamás dispuesta á mostrarse abatida? Dime: ¿ha hecho el menor esfuerzo por reconciliarse conmigo? ¿Ha puesto algo de su parte para reconquistar el puesto que por su propia omision perdió? Contéstame con franqueza, ya que por lo visto, juntamente con mi mujer y mi suegro, has tomado el cargo de abogar por mi sobrino, y dime si no tengo sobrada razon para desconfiar absolutamente de él.

—Otra vez, Sr. D. Alvaro, fué la respuesta del cajero, otra vez me atrevo á contradecirle en su opinion, y con franqueza le digo que me fundo para ello en razones convincentes, que de seguro habrán de destruir todas las que V. tiene para mirar la cuestion bajo el punto de vista que lo hace. Llama V. orgullo invencible y altanería á lo que yo no puedo menos de apellidar el proceder más noble.

El comerciante se paró delante de su dependiente, manifestando la mayor sorpresa en su semblante.

—¡Proceder noble! repitió. No te comprendo, dijo en seguida; y como para poder mejor prestar atencion á la esplicacion de estas, para él tan confusas palabras, ocupó un asiento junto al de Francisco Cadenas, y le suplicó con instancia le otorgase el gusto de hablarle con claridad.

El cajero, aunque procurando siempre dominar á su principal, cuidaba constantemente en la apariencia de manifestársele en extremo deferente y solícito por complacerle: por lo tanto, afable y condescendiente, se dispuso á dar la esplicacion más terminante de las palabras que habia dicho.

De esta suerte emprendió su discurso.

—Si Gonzalo hubiese sido expulsado de esta casa por algun motivo fundado en justicia...

—No: dijo interrumpiéndole D. Alvaro. No era bastante la ineptitud. Era preciso que el dichoso niño hubiera cometido algun gran crimen para justificar mi proceder; era preciso que hubiera falsificado mi nombre, ó que me hubiera robado la caja: ó, en fin, que hubiera hecho otro primor de este jaez, y entónces tal vez hubiese habido motivo fundado para lo que hice. De otra manera, no. No era sino un acto de injusticia. Tú lo dices. Tendrás razon. Yo soy un imbécil. Nunca sé lo que me hago. Para eso estás tú ahí: para enmendarme la plana; y se levantó encolerizado de su silla, y emprendió de nuevo los paseos por el cuarto.

Cadenas conoció que habia dicho demasiado; pero astuto y conocedor de su principal, supo dar la vuelta necesaria á las palabras que habia soltado, y de esta suerte contestó á la salida de tono de su jefe.

—Mal interpreta V. mis palabras, señor D. Alvaro, dijo, y no se toma la molestia de escuchar el fin del discurso que apenas he principiado.

—Decia, y lo repito, continuó Francisco, levantándose de su asiento y reuniéndose con Montoya, que si Gonzalo hubiera sido expulsado de esta casa por algun motivo fundado en justicia... segun su propio juicio...

—Ya eso varia de especie, se apresuró á decir D. Alvaro. La cuestion es otra. Dispensa. No habia comprendido el sentido hasta ahora.

Cadenas continuó: segun su propio parecer, repitió con énfasis, hubiera sido entonces un acto de justicia hácia V. y de obligacion en él poner en juego todos los medios que estuvieran á su alcance, no sólo para alcanzar una reconciliacion y conquistar de nuevo el puesto que por su propia culpa habia perdido, sino igualmente para mostrarse dispuesto á reparar su error. Pero, como iba á decir, aunque nada penetrado de la justicia que asiste á V., la paciencia y la resignacion con que ha sobrellevado su sentencia de destierro, manifiestan en mi parecer, no un alma orgullosa y un espíritu altanero, sino como ya he dicho ántes, un noble proceder que no puede menos de honrarle.

—¡ Ah! dijo de repente el comerciante, cual si semejante idea jamás le hubiera cruzado

por la imaginacion; ¿con que por lo visto, el niño ese se ha creído hasta aquí víctima de una injusticia? Ahora me desayuno yo de eso. Jamás lo hubiera imaginado.

—Pues, señor, contestó el dependiente, así ha sido. Gonzalo jamás se ha penetrado de la justicia de la determinacion de V.

—¿Y aún todavía persiste en su error? preguntó D. Alvaro interrumpiendo á su cajero.

Cadenas no sabia qué responder.

Abochornado de la conducta inhumana que con su madre habia tenido aquella noche, pero dominado fuertemente por el amor propio, que jamás le permitia confesar un error, ni descubrir la menor señal de arrepentimiento, deseaba (preciso es hacerle justicia) coadyuvar, aunque indirectamente, al logro de los deseos de la viuda; aunque por otra parte deseaba de este modo mostrarse digno y hacerse simpático á los ojos de la mujer de su principal, por conquistar su amor. Hé aquí todo el secreto del empeño de Cadenas.

Conocedor profundo del corazon de la mujer, comprendia perfectamente que la única manera de interesar á la mujer que amaba,

era demostrar nobleza de sentimientos, y ser como ella, tierno y cariñoso.

Cadenas alcanzó por fin de su principal la respuesta apetecida, y quedó convenida desde luego la vuelta de Gonzalo á la casa de su tío.

¡Cuál fué la satisfaccion del cajero al ver felizmente acabada su empresa, es difícil de expresar; y cuál su regocijo al pensar en la dulce sonrisa que tan generoso proceder le habia de merecer de la mujer que amaba, sólo puede percibirlo la imaginacion de los enamorados!

CAPÍTULO V.

El hombre discurre, vacila, trabaja y se afana por el logro de cualquiera objeto que se propone; se hace ilusiones y concibe esperanzas, sin tomar jamás en cuenta que por mucho que forje su imaginacion, hay un poder invisible y superior que dispone de los acontecimientos todos, tal vez de la manera más en oposicion con la prevision, la esperanza y el deseo del individuo.

Por más que cavile, por más que medite, por más que se afane en arreglar por sí los incidentes de la vida, si alguna vez le es concedida la sancion de sus planes, la mayor parte de ellas se la rehusa ese poder superior é invisible, y toma á su cargo disponer de los acontecimientos.

Un guerrero valeroso que en la lid bizarro cual ninguno, espuso cien veces su vida, cifra su ambicion en adornar su pecho con las distinciones á que se ha hecho acreedor y, cuando la suerte propicia se dispone á favorecer sus designios, viene desapiadada la Parca, y las distinciones sirven para adornar un ataud.

Una madre amorosa contempla extasiada el sueño tranquilo de un tierno niño, y forja mil halagüeñas imágenes de un porvenir venturoso, léjos de sospechar que el tierno y cándido infante que ahora sonrie tan inocente á su vista, habrá de llegar á ser un hombre manchado de vicios, tal vez de crímenes, que llegarán á hacerle horrible su vida.

Un padre noble y honrado, lleno de virtudes, cifra su ventura en la pureza é inocencia de su hermosa hija, y duerme tranquilo y descuidado, sin pensar que sus afanes todos para nada le habrán de servir, si alevoso ladron se propone robarle la riqueza única que en el mundo aprecia.

Y quizás el hombre que ménos ha pensado en su suerte, el que no se ha acordado de pedir embelesos é ilusiones á la imaginacion se encuentra con que ciega la fortuna, ávida

le concede lo que jamás soñó en pedirle.

La madre de Cadenas habia pensado mucho en la suerte del sobrino de Montoya, y habia trabajado por mejorarla, movida por el doble impulso del interés por el desgraciado, y el amor de madre, pero siempre sin éxito, y cuando quizás habia renunciado á ver coronados sus esfuerzos y renovaba sus tentativas sin esperanza, se hallaba próxima á ver realizados sus deseos.

Gonzalo, por su parte, inspirado por su noble orgullo que no cede ante la injusticia, jamás habia dado un sólo paso en su provecho, ni se habia asociado á ninguna pretension para con su tio; de modo que recibió una sorpresa cuando le fué anunciado que este se hallaba dispuesto á una reparacion.

Pasado el primer movimiento espontáneo de su corazon al recibir de los lábios de Francisco la noticia de su rehabilitacion; pasada aquella reaccion repentina que le impulsó á desahogar su efusion en los brazos que tan maternales se le habian manifestado, se sintió el jóven Figueras agitado por infinidad de sensaciones, entre las que no era la ménos fuerte el temor de ver de nuevo sus aspiraciones contrariadas.

Sin embargo, fuerte por la razón y más fuerte aún por la voluntad, la mañana siguiente se encontró dueño de sí mismo, y dispuesto á acomodarse sin réplicas al poder de las circunstancias.

Y en aquella misma mañana tuvo la plena confirmación de las esperanzas concebidas y la realización de sus temores. Su tío le ofrecía por medio de Francisco Cadenas el puesto mismo que ántes había ocupado, y la esperanza de una buena suerte si se comprometía el jóven á cumplir con la más escrupulosa exactitud las condiciones todas transmitidas por el cajero.

Comunicadas por escrito estas condiciones, y propuestas para ser admitidas ó rechazadas, inmediatamente meditó el jóven con atención sobre ellas, pesándolas en la balanza de sus propias fuerzas, y formó su resolución de una vez. Respondió á la carta de Francisco favorablemente, se propuso acudir luego al puesto con que se le brindaba, y quiso hacer partícipes de esta resolución á Magdalena y á su hija, y hacerlas saber su inmediata separación del círculo donde tan dichoso había vivido.

La madre se hallaba sentada á alguna dis-

tancia de la hija ocupada en su labor; y esta última, medio tendida en un confidente, leía en completa abstracción de todos los objetos que la rodeaban.

A la presentación de Gonzalo, suspendieron ambas su ocupación, y penetradas por la expresión del semblante del joven y la carta de Francisco, que traía en la mano, del objeto que le ocupaba, ántes que hubiera tenido tiempo de hablar, madre é hija lo adivinaron todo.

La viuda dió articulación á sus sentimientos en frases expresivas, y su hija, aquel tierno y blanco lirio, inclinó la cabeza como el lirio del campo cuando el aire crudo lo azota, y humedeció con sus lágrimas el libro manuscrito que tenía en la mano.

Eran las poesías de Gonzalo.

Ignorante hasta aquí la inocente del sentimiento que la dominaba, esta inesperada separación, este primer sufrimiento, le descubrió por instinto el estado de su corazón.

Niña casi hasta este momento, la primera sensación de dolor que experimentó la convirtió en mujer, y en mujer que comprende la necesidad de disimular las sensaciones con que nadie cuenta.

Replegó su dolor, y como una mártir sofocó sus lágrimas.

Su madre entretanto, ocupada de Gonzalo, hallaba tanto que decirle, tanto, tan difícil de expresar, teniendo tan poco tiempo para ello, que no era posible se cuidase de otra cosa sino de esta inmediata é inesperada separacion; y en efecto, habia tanto, tan difícil de expresar en las protestas de amistad, en los consejos maternales y en las promesas de constante cariño é interés, que sólo podian darles verdadera expresion las lágrimas sinceras de puro afecto que los ojos de la viuda derramaron sobre Gonzalo.

Si las lágrimas derramadas sobre la cabeza de un jóven fueran un bálsamo que preservara de todo pesar ó desgracia, Gonzalo hubiera emprendido su nuevo género de vida bajo los mejores auspicios; pero estas lágrimas sobre su cabeza derramadas, y la profunda afliccion que tanto se esforzaba por disimular aquel jóven corazon que acababa de hacerse dueño de sus sensaciones, no pudieron ménos de hacer la despedida lo más triste posible.

Magdalena le abrazó repetidas veces y le colmó de bendiciones; y el lirio blanco incli-

nada la cabeza sobre el pecho, dejó que la enlazara entre sus brazos é imprimiera un beso en su fina frente, tan fina que parecía de mármol.

Y en vano era que el lirio blanco hiciese por dominar sus sentimientos, y sofocase su triste llanto, y que el jóven pusiera de su parte cuanto le era posible por procurar manifestarse sereno y animado y esperar los mejores resultados, porque todos estos esfuerzos fueron en los últimos momentos inútiles.

Sin atreverse á pronunciar el último «adiós», se desprendió Gonzalo de los brazos que tan tiernos y amistosos se le habían manifestado, y ahogado con sus sensaciones y desgarrada el alma al dejar para siempre la casa que había sido como suya por cuatro años, y aquellos corazones de madre y hermana tan afectuosas, llegó á la calle.

Era muy justo en él este sentimiento de la separación; era muy justo que retribuyera con su afecto aquel interés, aquella bondad, aquella benevolencia de que tan grandes pruebas había recibido, y no era sino muy comprensible que al dejar un bien real y verdadero por otro incierto y dudoso, que se presentaba con todas las apariencias del mal, su

corazon padeciera y se necesitara toda su fuerza para no entregarse al desahogo del llanto.

En fin, dominados estos sentimientos tan naturales, y pensando en su próxima entrevista con su tío, y de todo lo perteneciente á su inmediata instalacion en la casa de donde hacia cuatro años habia sido expulsado, así como de los medios de que habia de valerse para evitar la repeticion de semejante contratiempo, presuroso dirigió los pasos á la casa de D. Alvaro, en la cual habian pasado con este mismo motivo la mañana, como es de suponer, fuertemente preocupados todos los miembros de la familia.

El veterano se frotaba alegre las manos: alegre, y como si hubiera alcanzado un triunfo en el campo de batalla, así se manifestaba con el triunfo que él suponía conseguido por su generosa intervencion.

D. Alvaro, satisfecho de su condescendencia, juzgándose tan magnánimo cual lo hubiera sido la nacion británica, si un ministro (1) indigno de representarla no hubiera manchado las páginas de su historia con su

(1) Lord Castlereagh.

sentencia rigurosa contra el héroe (1) que noble se le entregó, ufano se paseaba por su escritorio, esperando con afán el momento crítico en que había de hacerse evidente su grande generosidad.

Risueña y placentera Isabel con la idea de que en el mundo hubiera un desgraciado ménos, también ella, como era natural, gozaba; y simpático su corazón por todo lo que creía bondad, por todo lo que juzgaba sentimiento noble ó generoso, fuéronle concedidas al cajero la sonrisa apetecida, la mirada de simpatía cariñosa é inocente que le recompensaron por completo de todos sus afanes en el servicio de la causa del bien.

Participando, pues, todos de un mismo sentimiento, y complacidos de la reconciliación, prometía ser el recibimiento de Gonzalo algo diferente de lo que él se esperaba.

Serian las doce del día cuando el cajero entró en el escritorio particular de D. Alvaro para anunciarle que el importante momento había por fin llegado.

El sobrino estaba á la puerta, y no espe-

(1) Napoleon.

raba mas que las órdenes de su tío para presentarse.

—Que entre, pues, fué el mandato del principal, y no bien fueron estas palabras articuladas, introdujo el dependiente al jóven á su presencia.

Sereno Gonzalo, con su noble cabeza erguida, se dirigió al asiento ocupado por don Alvaro, y le alargó una mano.

Impávido el comerciante, sin un débil latido siquiera en su corazon de piedra, al asir entre las suyas la mano por cuyas venas corría su misma sangre, el recibimiento que concedió al jóven no pudo ser más frio.

Preparado Gonzalo de antemano, y nada nuevo para él aquel temperamento inalterable para todo ménos para el interés, no le sorprendió el recibimiento, aunque contribuyó y no poco á oprimir más la losa que pesaba sobre su corazon.

—Supongo, fueron las primeras palabras del comerciante, después que Gonzalo hubo ocupado un asiento, que el señor de Cadenas te habrá ya impuesto de todo lo que de ti se espera, si es tu deseo, como parece, volver á ocupar el puesto que por tu propia culpa perdiste ahora cuatro años. Francisco, con-

tinuó volviéndose al hombre de confianza y señalándole con la mano un asiento; testigo eres de mi generoso proceder con este jóven, hijo único de mi hermana Rosario: testigo eres de la generosidad con que le acojo, y de que le hago un recibimiento como nunca podia esperarse, y que por ningun estilo se merece.

Con aire de magistrado, dichas estas palabras, el magnánimo comerciante tomó de nuevo aliento y continuó hablando, dirigiéndose unas veces á su sobrino y otras á su dependiente, segun el sentido de sus palabras.

—Hace cuatro años, Gonzalo, dijo que por tu propia causa fuiste expulsado de aquí, y ni tú ni yo pensamos entónces que habíamos jamás de volvernos á ver; pero generoso hoy contigo, todas tus pasadas faltas, tus grandes culpas, te son perdonadas; y el señor de Cadenas es testigo de la promesa que te hago de satisfacer tus más ambiciosos deseos, si rígado prometes cumplir todas cuantas condiciones te han sido trasmitidas. Francisco, testigo eres de mis palabras, así de esta promesa como de otra que igualmente hago, de no tener la más leve sombra de indulgencia con su primera omision, pues en cuanto sea

cometida, sea de la clase que fuere, hará imposible para siempre todo trato entre nosotros; Gonzalo, añadió con aumento de importancia, me conoces lo bastante para saber que esto que he dicho lo llevaré á cabo. Deseo que hoy mismo te instale el Sr. de Cadenas en tu puesto, y confio en que mi generosidad habrá de merecer de tí toda la gratitud y consideracion á que es acreedora.

¡Oh mezquindad del corazon, incapaz de comprender, ignorante, la generosidad verdadera!

¡Oh delicadeza, completamente extraña al hombre vulgar, que destruye todo el mérito de sus mayores beneficios por el modo de hacerlos!

Cuál fuera el efecto de este lenguaje en Gonzalo es fácil de suponer.

Preparado para él, pero sin embargo, resentido de su dureza y groseria, no halló otra respuesta que darle sino el silencio, temeroso de que al romperlo de una vez y para siempre, perdiera todo lo que con la prudencia y el sufrimiento acababa de conseguir.

Montoya en tanto ocupado de informar á su cajero de los deberes que habia de imponer al jóven, le otorgó, ante todo, permiso para

presentarle á la nueva familia que aún no habia visto; y sin haber tenido el gusto de oír ni el metal de la voz de su sobrino, dejó este su presencia, y precedido del cajero se dirigió á las habitaciones donde con afán se le esperaba.

En el gabinete elegante que en otro lugar se ha descrito, habia de tener efecto el recibimiento del desterrado, que por lo cordial no podia ménos de causar en el corazón del jóven la más agradable impresion. Todos le esperaban.

El veterano lucia su mejor uniforme para celebrar la victoria; Isabel se sonreía placentera con animada espresion en su semblante, y los niños, inquietos é impacientes, se deshacian por la llegada del momento deseado.

Por fin, el ruido de pasos le anunció, y ántes aún que hubieran tenido todo tiempo de disponerse con debida serenidad para la deseada recepcion, se presentó el que esperaban precedido de Francisco Cadenas, que con su habitual soltura y despejo hizo la debida presentacion de Gonzalo á los diferentes miembros de su nueva familia.

Le recibieron como á un hijo, como á

un hermano, como á uno de su própia sangre.

Sus desgracias se lo habian hecho querido ántes de conocerle, la injusticia con que habia sido tratado lo habian convertido en un objeto del más vivo interés, y fué un verdadero amigo desde el momento en que se vió su simpática presencia y afabilidad.

El corazon de Gonzalo se ensanchó: sintió que la esperanza renacia en su pecho, que las ideas se le esparcian, y que la losa de su corazon se levantaba.

Conoció que la vida del espíritu podia ya tener su existencia en aquella mansion tan lóbrega para él en otro tiempo.

Ante aquel anciano tan noble, tan afectuoso, tan paternal como ofrecia ser; ante aquella mujer tan afable, tan simpática, que ya tierna le tendia en sus palabras, en sus miradas, en su espresion, la esperanza de un afecto maternal, ó le presentaba en su confianza y naturalidad la perspectiva de una hermana cariñosa.... ¿qué extraño es que Gonzalo depusiera de una vez todo género de temor, toda tristeza de pensamiento y cifrase las más ardientes esperanzas de felicidad en su futura suerte?

Hora deliciosa fué la hora pasada por el jóven en esta compañía: cuando la voz del cajero le anunció la precision de ir á cumplir con sus deberes le parecia imposible que el tiempo hubiera pasado tan pronto.

Reanimado su corazon, valiente por completo para arrostrar ahora la dura prision y la tristeza del calabozo en que habia de pasar tantos dias, y con la esperanza del dulce respiro que habia de vez en cuando de serle concedido en aquel paraiso que acababa de conocer, su instalacion en el escritorio fué inaugurada bajo los mejores auspicios

Solicito Francisco Cadenas en el servicio de su causa, de una vez le inició en sus obligaciones, y dispuesto el jóven á corresponder á los propios deseos que lo animaban, se prestó diligente á cuanto de él era exigido, y en su aparentemente adquirida aptitud casi satisfizo las exigencias de su mismo tio.

Y en tanto que se impone del significado de tantos términos cabalísticos para él, iniciado hasta aquí puramente en los de la gaya ciencia en las imágenes, en el ritmo y en el métro, digamos algo de la impresion que de él han recibido los que tan cordial agasajo le otorgaron.

Aguilera se deshacia en sus elogios, llegando su entusiasmo hasta el punto de ofrecerse dispuesto á dar una mano por recobrar la vista un momento, seguro de que la fisonomía del recién llegado habia en un todo de corresponder á la idea que se habia formado.

Los niños por su parte, jamás habian conocido un jóven semejante; é Isabel, por la suya, revelaba, aunque con más reserva que los demás, la buena impresion que como ellos habia recibido.

Ya cerca de anochecer salió el preso de su calabozo, como sale un pájaro de la jáula, y sediento de aspirar otra vez el aire puro y embalsamado del paraiso que habia visto aquella mañana, dirigió los pasos al gabinete.

La luna, cuyos rayos penetraban por los cristales del balcon, lo iluminaba débilmente con su plateada luz; así es que Gonzalo, al entrar, creyó que la habitacion estaba desocupada; pero no tardó en conocer que Isabel ocupaba un asiento cerca de la ventana.

—Señora, dijo entonces, sentándose á su lado, mucho celebro encontrar á V. aquí, para darle las más expresivas gracias por la benévola acogida que esta mañana me dispensó. Siendo yo un extraño para V., es de apreciar doblemente el interés que á V. y á toda su familia he merecido; así es que las espresiones me faltan para comunicarle toda la fuerza de mi agradecimiento.

—¡Pobre favor! dijo Isabel; los impulsos naturales del corazon ni la más leve sombra de gratitud merecen.

—¡Ay! exclamó Gonzalo con entusiasmo, no se expresaria V. así, de seguro, si conociera el mundo como yo le conozco. Lanzado en él en medio de mil escollos; lanzado con anticipacion á la lid de la vida, he hecho conocimiento con todos los sentimientos del corazon humano, y por eso, señora, he aprendido á apreciar en todo su valor los que animan el proceder de Vds. Sólo en el mundo, desde bien corta edad, continuó diciendo Gonzalo, fuertemente impresionado de la simpatía que creia hallar en la mujer con quien hablaba y entregándose á la expansion de su corazon, temprano me faltaron los dulces lazos que dan

á la juventud todo su realce y esplendor: huérfano...

—¡Huérfano! interrumpió Isabel con tristeza, ¿de madre?

—De padre y madre, contestó el jóven con un profundo suspiro. La cruda suerte me privó de los autores de mi sér, apenas habia entrado en la adolescencia, y sólo me dejó para luchar contra los peligros que delante se me ponian, no solamente la juventud y la falta de esperiencia, sino las aspiraciones de mi alma, nada apropósito para avenirse con la rutina vulgar de la vida.

Isabel le escuchaba con creciente interés en tanto que de esta suerte se expresaba; y cuando tomó él aliento, respiró ella tambien.

¡Pobre mujer! revelaba la historia de su propio corazon en las palabras de Gonzalo, vivia otra vez en ellas la vida corta de sus propios instintos y aspiraciones: instintos y aspiraciones, que tanto se habian esforzado por apagar, el convencimiento de su deber y los impulsos de su virtud.

Y aprovechándose el jóven de la simpatía que habia despertado, seguia en sus desahogos, sin conocer que derramaba hiel en aquel corazon tan puro.

Le contó la historia toda de su triste vida, las aspiraciones que habian formado los sueños de su juventud, la lucha que en el mundo habia sostenido, la aridez que encontrára en la existencia de pura vejetacion, las tendencias nobles, grandes y elevadas de su alma ardiente, y, por último, puso remate á la fuerte impresion que inhumano estaba haciendo, describiendo exactamente los sentimientos del alma, que en perfecta armonía con la suya, habia al fin y al cabo de corresponder á sus sensaciones y realizar para él los sueños todos de su imaginacion.

—Este hallazgo, señora, concluyó diciendo, ha de resarcirme de los demás males de la vida, ha de embellecer todos los objetos á mi vista, ha de dar encanto á los hechos más vulgares, y constituye mi esperanza, única de felicidad sobre la tierra. Para mi la posicion es un medio, es un principio, por mejor decir; pero los goces del corazon son el fin, el objeto de la vida!

Isabel se cubrió el rostro con las manos. Felizmente la creciente oscuridad sirvió para ocultar su movimiento espontáneo, y aún cuando Gonzalo la miraba de lleno, pasó la accion desapercibida.

Lanzado el jóven en la arena, donde tan vasto campo tenia para estenderse se hizo la conversacion larga é interesante, y aunque silenciosa y retraida Isabel, dejaba á Gonzalo en completa posesion del terreno y su interés en escucharle era tan irresistible, que la luna cansada dejó de alumbrarles; y la noche oscura los cubrió con sus tinieblas, y las luces artificiales reemplazaron el lugar del astro de la noche, y todavía la cuestion continuaba.

Cuestion de sentimientos, cuestion llena de escollos, de precipicios espantosos, donde rara vez deja de resbalarse el pié: era esta la primera vez en su vida que la veia Isabel analizada, tal cual ella la habia analizado allá en los dias de sus ilusiones. A no haberse contenido, como supo hacerlo, ante las descripciones que Gonzalo hacia, ante aquellos cuadros seductores que delante la presentaba, hubiera exhalado su alma gemidos de dolor; pero, presente siempre á su imaginacion la ley que habia de seguir su vida, la dura cárcel en que se habia encerrado y... cuando ya su corazon no pudo mas, y conoció que abusaba demasiado de sus fuerzas, dió la conversacion por terminada, y Gonzalo, prudente,

retirándose, la dejó en libertad para recoger sus extraviados pensamientos.

Su cabeza estaba hecha un caos y creyó que iba á perder el juicio.

Sed ardiente que devora un corazon de fuego; sed ardiente que encuentra el agua pura refrescante de una fuente que habia de una vez de aplacar sus ánsias, y tiene, sin embargo, por precision que huir de ella por temor al veneno que oculta!...

Anhela reposo el viajero tras el cansancio de dias y de dias, y si se le brinda con la cama que ántes ha ocupado un enfermo, tiene sin remedio que resistirse á su convite por temor del contagio!... Corazon que un corazon encuentras semejante á tí, pero tarde para que te puedas entregar libre á tus simpatías, tu mal no tiene comparacion con ningun otro en el mundo!

Isabel se dejó caer sobre el sofá del gabinete al perder á Gonzalo de vista; pero pronto, reponiéndose presurosa, dirigió los pasos á su tocador, y al punto, recorriendo con la vista los objetos que conservaba para los casos de prueba, le pareció que severos la contemplaban cual si estuvieran enojados con ella.

El sofá de badana, las humildes sillas, la pobre mesa, los tiestos de flores: sus dioses Lares á quienes jamás habia ofendido, pero que celosos se resistian á la más leve sombra de ofensa, y severos la amonestaban para preservarla de cometerla, y que á tiempo, valiéndose de sus tiernas, aunque tan rígidas amonestaciones, á tiempo clamando por la causa, para cuya defensa habian sido conservados, la salvaron con sus silenciosas amonestaciones del precipicio que tenia abierto á sus piés. Entró en sí la jóven, comprendió el riesgo á que se habia incauta expuesto, sondeó la seducción poderosa de que pudiera ser víctima..... sí: víctima de su propio desprecio; y por completo dueña de la situacion, se prometió la más rigurosa cautela para conservar dignamente el lugar que la correspondia.

CAPÍTULO VI.

D. German del Castillo era un comerciante respetable, cuya probidad y honradez, en una palabra, cuya limpia hoja de servicios en la carrera mercantil le habia dado la más digna nombradía.

Esencialmente bueno, en toda la acepcion de esta palabra, sus experimentadas virtudes y la bondad de su corazon, le otorgaban la estimacion general; así como la modestia que realzaba sus cualidades alejaba toda especie de envidia ó enemistad.

Hombre de negocios, pero no entregado exclusivamente á ellos, las tres cuartas partes de su existencia estaban dedicadas al bien de la humanidad.

El primero para socorrer al desgraciado, encabezaba siempre con su nombre las donaciones de la beneficencia, las suscripciones á favor de la desvalida viuda, del huérfano infortunado; y su mano generosa, buscando incesantemente dónde derramar el consuelo de sus beneficios, le proporcionaba, como se puede fácilmente suponer, el respeto y la consideracion de todos.

Formando este D. German del Castillo una de las partes necesarias para la unidad de mi todo en la historia que entre manos traigo, es mi deseo que cuanto ántes haga el lector conocimiento con él, y, por lo tanto, sin más demora nos pondremos á su lado en la noche misma del día en que Gonzalo Figueras habia sido instalado en el escritorio de D. Alvaro Montoya.

Era D. German un hombre de unos cuarenta y cinco ó cincuenta años, mas bien grueso que otra cosa, y cuyo aspecto, saludable y robusto, parecia anunciar la salud y robustez del corazon. Intérprete su fisonomía, abierta y franca, de los sentimientos benévolos y honrados que formaban la base de su carácter, esta perfecta uniformidad de su físico con su moral, revelaba de una vez el espíritu tan puro

y libré de todo cieno terrestre que animaban su ser.

Plácido y risueño, se ocupaba en esta noche de que hablo en revisar varias anotaciones que cubrían la mesa, delante de la cual se hallaba sentado.

Una bujía despedía sus claros reflejos sobre su espaciosa frente, y la mostraba tan tersa y pura que parecía la cabeza de un joven.

Tenia en la mano una pluma, y tan pronto escribía como repasaba los innumerables apuntes que tenía delante.

«A la beneficencia el mes pasado, leyó para sí, 1.000 rs.—A la viuda del portero, su mesada de cajón.—A la familia del botero, 500 rs.—El patron Boleta me pide adelantados 1.000 rs: preciso será dárselos. Siempre que reflexiono, continuó diciendo para sí, cuando me hacen estas peticiones, lo que hubiera sido de mí si el difunto Flores no me hubiera favorecido con aquel adelanto que me puso en camino de labrarme una posición. Felizmente no lo he olvidado, y su memoria me sirve para hacer con los demás lo que conmigo han hecho. ¡Ay, añadió, si el hombre no tuviera memoria, sería un sér en ex-

tremo desgraciado. Sin recuerdos, sin asociaciones, no podia ménos de ser una fiera, y cada cual no viviria más que para sí.

—¡Hola! ¿qué es esto? dijo de repente interrumpiendo el curso de sus reflexiones, y asiendo entre sus manos un papel que aún no habia observado. ¡Letra de la viuda! ¿Qué querrá conmigo?

Y al punto, abriendo la carta, se impuso de su contenido, que era este: «Quiero ser la primera en comunicar á V. la fausta noticia de haberse efectuado la reconciliacion de Gonzalo con su tio, cuyo acontecimiento, profundamente penetrada del interés de V. por el que tan digno es de merecerlo, estoy segura de que le habrá de proporcionar el mayor contentamiento.»

Una sonrisa radiante separó los lábios del comerciante, que se llevó el papel con efusion á la boca.

Si el ósculo fué ó no impreso en la carta, si en la esencia fué dirigido al papel, ó enviado á la que habia trazado caracteres tan bien recibidos, es difícil determinar; lo cierto es que D. German se sintió diez años más joven y que á no ser porque las canas se lo impedían, hubiera tal vez desahogado su alegría

haciendo unas cuantas piruetas por entre las diferentes mesas, cajones y sillas que llenaban la habitacion; pero tuvo que contenerse al oír golpes que daban á la puerta de su cuarto.

Sin embargo, estaba de Dios, como se suele decir, que esta expansion tuviera lugar y de la manera más ámplia: estaba de Dios que los sentimientos excitados en el comerciante por el contenido de la carta que aún tenia en la mano, se desahogáran con la mayor plenitud, y el ángel bueno que benigno se sonríe y favorece los sentimientos generosos del que tanta parte toma en la felicidad ajena como en la propia, permitió que la persona introducida por D. German á su presencia no fuese otra que el mismo Gonzalo Figueras.

En un abrazo estrecho, un abrazo que concentró los sentimientos todos de su alma, le expresó el comerciante al jóven el conocimiento del cambio que en su suerte se habia verificado, y la satisfaccion que le habia producido; y el jóven, agradecido, correspondió hasta donde pudo á sentimientos tan afectuosos como apreciables.

—Ha sido mi primer deber, fueron las primeras palabras de Gonzalo, acudir á hacer á V. participe de mi buena suerte. Agrade-

cido á los testimonios de amistad, que sin mérito alguno de mi parte, le he merecido tan invariablemente, ántes de nada he querido ser el primer portador de la noticia que sabia habia de ser tambien recibida, y aunque por lo que puedo juzgar, se han anticipado á mi intencion, espero, sin embargo, que no habrá esto de destruir el objeto de mi venida.

D. German, por toda respuesta, le volvió á abrazar, y le condujo á un asiento; y una vez sentados ámbos, recibió el comerciante de los lábios del jóven la extensa relacion de su feliz reconciliacion con su tio, y todos los pormenores relativos á su nueva instalacion en el puesto de donde habia sido expulsado.

—Seguro estaba yo, exclamó D. German, después que Gonzalo hubo acabado su historia, seguro estaba yo de que esto habia de suceder. Bien te lo habia predicho. No lo habrás echado en olvido. Esto te enseñará que el mundo no es tan malo como se le quiere hacer aparecer. Nadie mejor que yo, continuó el comerciante, como tú sabes, ha tenido ocasion de conocer á D. Alvaro, y la esperiencia y el conocimiento del corazon humano, me han enseñado á perdonar las faltas de que tan culpable le he hecho por tantos años de mi

vida. Ignorante de las propiedades, cuya existencia desconoce en sí, y que por lo tanto no acierta á descubrir en los demás la falta de sentimientos, la dureza que despliega, deben ser juzgadas con indulgencia, porque no las conoce. ¡Oh! exclamó con la más profunda convicción; ¡si pudiéramos todos adquirir el último convencimiento de que la mayor parte de las faltas no debe atribuirse á perversidad de corazón, grande habia de ser el cambio que se verificase en la naturaleza humana! Comprada esta convicción que en el día poseo, prosiguió diciendo el hombre benévolo, comprada al precio de muchos años de felicidad, que he sacrificado á la ágría meditacion de los daños que habia recibido, le doy gracias á Dios que me la ha concedido, estando aún en tiempo de resarcir el que he perdido en meditar.

Gonzalo escuchaba estas palabras con la más profunda admiracion, y sin separar los ojos un momento del rostro lleno de benevolencia que tenia delante.

Contemplando á D. German, Gonzalo con un brazo apoyado en la mesa, la mejilla en la mano y concentrada su atencion por completo en lo que oia, revelaba como nunca su ex-

presiva fisonomía toda la belleza de su carácter singular.

D. German le miraba con indecible placer, y cuando hubo articulado las últimas palabras, no pudo contener los sentimientos de que estaba poseído, y añadió conmovido:

—¡Gonzalo, cómo te pareces á tu madre! Me la recordabas de tal manera en este momento, que creía tenerla delante. Mucho la amé, exclamó enseguida; pero estas son veces, añadió en chanza limpiándose con disimulo algo que le empañaba la vista. Hablemos de tí, de tus planes y esperanzas, que es lo que más nos interesa por ahora, y dejemos la historia de mis amores para mejor ocasión; y una forzada sonrisa acompañó á estas palabras, que espresó bien y terminantemente lo nada indiferente que le era aún el asunto que se esforzaba por tratar con fingida ligereza,

—Y sin embargo, contestó Gonzalo desentendiéndose de este tono de indiferencia, y respondiendo á los recuerdos despertados en aquel corazón tan excelente, y sin embargo, repitió, de nada le sirvió á V. su grande amor....

—Para hacer al objeto de él mia, delante

de Dios y de los hombres, contestó el comerciante entrando insensiblemente en la conversacion á que tan diferente queria manifestarse, de nada me sirvió; pero para conseguir su correspondencia, su amor tan exquisito y puro como el de los ángeles, para eso sí; si amor llenaba todos los deseos de mi corazon apasionado, me hizo la vida entónces un paraíso delicioso; pero era yo pobre, Gonzalo, continuó diciendo é interrumpiendo con tristeza el curso de su historia; y el hermano rico de la pobre Rosario, tuvo por un crimen entregarla á mis amantes brazos. Mi padre se unió con él, y por el delito de haberla amado fui desterrado de casa y patria, y condenado á pasar en afliccion y tristeza los primeros años de mi desgraciada juventud: afliccion y tristeza que no sirvieron para otra cosa sino para fomentar el sentimiento, por el cual soportaba todos los sinsabores que me habia producido. Engañada vilmente la mujer que amaba, apartado su corazon del mio por las calumnias que la malevolencia y la intriga se complacieron en levantarme, cuando al fallecimiento de mi padre volví á mi patria y á mi amor.... me encontré sin Rosario. ¡Se habia casado!..... con un hombre, añadió el no-

ble D. German, más digno mil veces que yo de merecerla; pero que sin saberlo, clavó una espina en este corazón ya tan delicado. Un hombre, prosiguió diciendo, que la hizo en extremo dichosa, que no tuvo otro objeto en el mundo mas que la felicidad de ella, que la colocó en una posición mucho más ventajosa de la que yo entonces pudiera haberle ofrecido y cuyas cualidades excelentes no podían ménos de hacérmelo apreciable.....; contra quien jamás, exclamó con energía, abrigué el más mínimo rencor. Toda mi hiel fué vertida sobre D. Alvaro; todo mi ódio, todo mi rencor en él se cifraron únicamente, y por muchos años le aborrecí. No se cómo en la violencia de mis pasiones entonces no rematé con un crimen el colmo de mis desventuras; pero Dios misericordioso se propuso salvarme, y á su poderosa intervencion le debí el que mis pasiones se aplacáran. Quiso que la casualidad me llevara á conocer á la familia de Cadenas en una época en que pudiera atestiguar los pesares inmensos con que se dignaba abrumar á esta familia ejemplar, para que en el ejemplo de la sublime resignacion con que una débil mujer sobrellevaba sus pruebas, aprendiera yo á sobrellevar las

mias, y á avergonzarme de la pequeñez y cobardía de mi miserable espíritu. ¡Grande lección aquella! Una madre privada de una vez de todos sus hijos; arrancados los pedazos de su corazón, como arranca un ráfaga de viento las hojas todas de un árbol lozano; su sufrimiento obró portentosamente en mí. Me convirtió en otro sér... pero, exclamó en este momento conociendo el ensanche que estaba dando á su corazón y temeroso de haber abusado demasiado de la paciencia de su jóven amigo; dispensa, Gonzalo, que me haya entregado á estos recuerdos tan poco interesantes para tí. Me he distraído y olvidado por completo de lo que por ahora me interesa mucho más que todas estas majaderías, añadió en tono chancero. Está visto, me voy poniendo viejo, y á pasos ajigantados. Estas reminiscencias son señales mortales, y no hay que resistirse á su evidencia.

—No me prive V. del placer de escucharle, exclamó Gonzalo, profundamente interesado en los sentimientos del antiguo amante de su madre; no tema V. abusar de mi paciencia ni crea V. asuntos de ninguna importancia para mí, los que tanto le realzan á mis ojos, y tan noble ejemplo me presentan.

¡Quién pudiera aprovecharse de él y aprender de una vez tan saludable lección! añadió el joven con entusiasmo; ¡cuánto más felices no seríamos en el mundo y cuánto más no contribuiríamos á la dicha de nuestros semejantes!

—En efecto, contesto D. German, en efecto, repitió, mi vida agoviada hasta entónces, estéril y completamente inútil, se trasformó por completo ante la gran lección que de Magdalena recibí. Conocí que hasta entónces no habia sido otra cosa mas que un egoista; que no habia caminado más allá de los límites de mis propias pasiones; que habia malgastado el tiempo de que tan estrechamente se nos ha de tomar cuenta en el mundo venidero; y conocí más que nada el objeto para el que la vida nos está concedida: para viajar y caminar entre nuestros semejantes y trabajar cada cual en su esfera segun sus fuerzas y alcances, para el bien de la humanidad. La humanidad, que debe ser el pensamiento primordial de la vida, y del que jamás hasta entónces me habia dignado ocuparme; y comprendí al hacer este conocimiento, todos los medios de felicidad que el mundo pudiera aún concederme, y me lancé á buscarlos conducido por la luz de la misericordia que me habia sido inspi-

da. Los encontré, Gonzalo, prosiguió diciendo el comerciante, los encontré en el negocio nuevo que emprendí: en el negocio del bienestar comun, en la caridad, en la clemencia, en la benevolencia: en el propio negocio de la vida que hasta entónces habia desconocido y que me enseñó al propio tiempo á deponer toda la mezquinidad de sentimientos y rencor concentrado que abrasaba mi corazon. Perdoné á D. Alvaro, y le perdoné sin esfuerzo; y aunque jamás nos hemos vuelto á hablar, aunque jamás ha podido él hacerse superior á los daños que me causó, sin embargo, todo género de resentimiento ha desaparecido por mi parte, y no le deseo sino una completa felicidad. Contribuye á ella Gonzalo, continuó diciendo el protector de la humanidad, por cuantos medios estén á tu alcance y está seguro de que no habrás de reportar sino nuevos motivos para contribuir á tu propia ventura. Grande hubiera sido mi dicha en haberte ofrecido los medios de labrarte la posicion independiente que todo jóven ambiciona alcanzar; pero detenido, como tantas veces te he dicho, por el temor del perjuicio que mi proteccion pudiera acarrearle y los sentimientos de delicadeza respecto á D. Alvaro, de que no era po-

sible prescindiese jamás sino de palabra, he podido manifestarte toda la fuerza de mi interés, todo el extremo de mi afecto; pero seguro puedes estar de que te amo á tí como pudiera amar á mi propio hijo. Recuerdo vivo de la única mujer que amé, áun cuando ningún otro título te recomendara á mi afecto, bastaria este para conseguírtelo. Cuenta, pues, con él, hijo mio, con toda confianza, y hoy en tu prosperidad juzga de mi contentamiento por el que llena tu propio corazon y por el que pudiera llenar el de tu propia madre. Mira en mi afecto los restos de aquella mujer en cuyo regazo se cobijó tu infancia; mira en mi cariño las reliquias sagradas de un amor que no puede jamás extinguirse; y cuenta siempre conmigo como si me tocara ocupar el lugar de los padres que has perdido.

El jóven le estrechó ambas manos entre las suyas.

—Lo mismo que si en V. hubieran resucitado los autores de mi sér, lo mismo le contemplo, fué la respuesta de Gonzalo: jamás, desde el momento en que tuve el gusto de conocer á V., he recibido otra cosa sino pruebas indudables de los sentimientos que tanto me favorecen; y ante pruebas tales, ¿qué

puedo sentir y manifestar sino la más justa gratitud y el recíproco afecto á que tan acreedor se ha hecho V.? Débil mi voz para expresar los sentimientos que me animan, la benevolencia que le distingue á V. sabrá hacerme justicia.

D. German se levantó de su asiento y por toda respuesta puso una mano sobre la cabeza de su jóven amigo.

—Eres un excelente muchacho, exclamó, y el espíritu de tu madre no puede ménos de velar sobre tí.

El reflejo de la luz en la cabeza de Gonzalo pareció en este momento aumentado, y cual si una claridad sobrenatural iluminára su pura y tersa frente, así á lo menos se le presentó la ilusion al hombre benévolo.

¡El espíritu de Rosario á no dudarlo difundia su hálito sobre su hijo, y desde el cielo bendecia á su primer amor con toda la fuerza de su alma purificada!

—¿Vamos á ver á Magdalena? fué la pregunta que interrumpió el silencio que habia seguido á las últimas palabras de D. German, y contestada afirmativamente por el jóven, los dos se dispusieron á hacer la visita.

D. German envolvió su robusta persona

en una capa, buscó su sombrero y baston, y seguido de Gonzalo salió del cuarto de la casa y dirigió los pasos á la morada humilde donde aprendiera aquella gran leccion de que tan bien habia sabido aprovecharse.

Era una noche oscura y en extremo fria, y un aire violento hacia correr á la gente por las calles como impelida por una fuerza irresistible.

Embozados en sus capas con los sombreros calados, apenas se distinguian las caras de los transeuntes, que no se tomaban la molestia de mirarse, ni se dignaban, aún cuando se conocieran, tomarse el trabajo de saludarse, sino que semejantes á fantasmas negras corrian sin cuidarse unos de otros, cada cual en direccion á su destino.

Incorporado D. German y Gonzalo á este cuerpo de negros espíritus, no menos sensibles que los demás al aire crudo de la noche, no ménos presurosos eran por lo tanto sus pasos hácia la morada donde el hombre, ahora tan benévolo, habia adquirido toda la ciencia de su virtud, y donde su maestra entonces contemplaba triste á la hija que tanto amaba, sin saber de qué medios valerse para servir la causa de su amor.

Largo rato hacia que no le habia dirigido la palabra.

—Elena, dijo al fin con suavidad. ¿Qué tienes, hija mia? ¿Qué cambio se ha apoderado de tí hace algunas horas... desde esta mañana? añadió la madre con intencion. Ni una palabra has articulado en todo el dia. Ni una sonrisa ha separado tus lábios. Ni una vez han buscado tus ojos los míos. Díme lo que tienes: dímelo, vida mia.

—Madre, madre, exclamó el lirio blanco levantando la cabeza que habia tenido inclinada sobre el pecho y fijando sus ojos llenos de lágrimas en el rostro de Magdalena, ¡soy muy desgraciada!

La madre se pasó una mano por los ojos antes de contestarle.

—Pero piensa, exclamó, cuánto más no lo serias sino tuvieras quien te amara. Piensa cuán querida has sido y eres siempre, no sólo de mí, sino de todos los que te conocen.

Lo he pensado: y porque lo conozco y lo siento, me llega tanto al corazon. ¡Todos tan amantes conmigo! ¡Todos tan cuidadosos!

Perpleja la madre, no podia ni comprenderla ni acertar de qué modo dirigirse á ella.

—El estar enferma, hija mia, contestó sin

saber de qué medios valerse para adquirir la confianza de su hija y preservarla al mismo tiempo del gran mal que tanto la aterraba; el estar enferma, vida mia, repitió, es una gran desgracia...

—Nunca la he sentido, interrumpió la pobre niña, jamás la he sentido en su plenitud. Nunca, nunca. Algunas veces he deseado ser como las demás para atreverme á esperar... Madre, exclamó interrumpiéndose y ocultando la cabeza entre las manos, no puedo expresar lo que atesoro aquí, dijo apretándose el pecho, lo que me abrasa y consume y no puedo desechar de mí. Madre mia, tan cariñosa, míreme V. con indulgencia, porque no lo puedo remediar.

La madre la entendió de una vez y permitió á sus lágrimas correr á la par que las de su hija.

Se aproximó á ella, y la niña la asió ambas manos entre las suyas.

—Tan buena, tan desgraciada, y yo cruel aumentando sus desventuras!...

—No hay en mi alma, respondió la viuda, un sentimiento que no esté cifrado en tí; y no hay nada en el mundo de que no seria capaz por obtener tu dicha..

—No está en la mano de V. exclamó su hija con desconsuelo, el concedérmela. El corazón de V., tan tierno, en vano querria llenar el gran vacío: en vano querria aliviarme del peso que me ahoga. Yo no sé lo que es, pero hasta hoy no lo he sentido.

Fué un bien para ambas que el risueño D. German se apareciera á la puerta de la salita; fué un bien para todos que su plácida y bondadosa fisonomía llamase al propio tiempo la atención de la madre y de la hija, porque lo que hubiera seguido á aquella extraña confesion es difícil de determinar.

Suspendida por esta aparicion, la viuda se dirigió al encuentro de su amigo, y Gonzalo Figueras que le seguia los pasos, penetró al propio tiempo en la habitacion.

Fué un momento dichoso aquel en que volvieron á verle; fué un recibimiento de familia el que le concedieron; y el lirio, con su presencia, olvidó que el peso que le oprimia procedia de él.

Levantó la cabeza, le contempló risueña y cual si el pesar que la abrumaba no proviniera del conocimiento que tenia del sentimiento que sin estímulo de nadie, ni esperanza de correspondencia, existia solitario y ais-

lado en su pecho, así la presencia de Gonzalo llenó de imágenes halagüeñas la mente que durante su ausencia no había podido ménos de atormentarse con los crudos pensamientos de la desnuda verdad.

Elocuente y comunicativo el jóven Figueras, refirió por extenso los acontecimientos todos de aquel día, cuyos más minuciosos pormenores tan interesantes eran para sus amigos; y se hizo, como es fácil suponer, muy larga la conversacion de aquella noche.

El aire recio azotaba los cristales de los balcones, y los silbidos del viento se hacian casi lúgubres en aquellas horas de oscuridad; además, como ya se ha dicho, hacia un frio extremado; pero indiferentes los cuatro, que en amistosa conversacion pasaban el tiempo en casa de la viuda de Cadenas, á todas las señales exteriores de desagrado que la naturaleza presentaba... aquellos cuatro corazones tan sanos y llenos de vida, desafiaban con su valor la temperatura que marcaba el termómetro.

Las horas pasaban volando.

Como en un panorama presentadas por la imaginacion del jóven: los acontecimientos del día, las personas con quienes había hecho

conocimientos, etc., etc. Dueñas madre é hija de la situacion, cada cual á su modo, veian inaugurada la futura felicidad del que tanto interés les inspiraba, y entretenidas con el asunto, era ya avanzada la hora cuando Don German dió la órden de marcha, y la visita se terminó.

El frio á su misma altura, de nuevo prestó alas á los piés de los caminantes, y de nuevo emprendido el camino, á los pocos momentos entraba D. German en su casa, y Gonzalo pisaba los umbrales de la que debia de alli en adelante considerar como suya.

CAPÍTULO VII.

Mi historia pasa á una especie de estudio ó gabinete del cual voy á hacer una lijera descripcion.

En una habitacion pequeña, cuyo alhajamiento consistia en un sofá que adornaba un testero, una biblioteca, algunas sillas, y un bufete que ocupaba el centro del aposento: un bufete de caoba, lleno de gavetas, donde guardaba su dueño sus más importantes papeles, y junto al cual se hallaba sentado en este momento, entregado á una profunda meditacion.

Con los piés encima de un brasero, los ojos fijos en las brasas, las cejas más que nunca cerradas... la dura y siniestra expresion

del semblante del cajero pronosticaba que nada bueno ocupaba su imaginacion.

Se mordía las uñas en su abstraccion, y parecia que absorbía toda su atencion el brasero que tenia delante, como absorbe el crisol la atencion del alquimista.

«Aquella mujer hermosa, decia su imaginacion que le recordaba tenaz las palabras que jamás habia olvidado; aquella mujer hermosa que se habia sacrificado en toda la fuerza de su juventud y belleza, era una vírgen para el amor, que no podia ménos de inspirar á todos cuantos la veian.» ¡A todos! repitió interiormente el cajero mordiéndose más las uñas, y más fijamente aún contemplando las brasas que tan fuertemente le atraian. Pero ella no podrá amar mas que á uno, dijo así mismo en respuesta, y por via de consuelo: á uno sólo podrá amar una mujer como esa; y ese seré yo, exclamó alzando en este momento los ojos con triunfante espresion en su semblante, cual si se dirigiera al mundo entero que tuviera frente de sí. Otra más hermosa, otra más encantadora, jamás inflamó mi deseo, prosiguió para sí. Mujer privilegiada, cuyo seductor encanto me embriaga y martiriza al mismo tiempo; mia has de ser, exclamó en alta

voz, cuéstemelo lo que me cueste. Desde que te vi, continuó su soliloquio; desde que te vi tan bella, tan refulgente como la luz del sol derramada sobre la lóbrega mansión de tu marido, te amé con ese amor ardiente, voráz, abrasador, que consume y no tiene treguas ni remedio. Con ese amor que no se experimenta más que una vez en la vida; con ese amor inextinguible que no tiene otro término más que vencer ó destruir.

Inflamados sus ojos por la excitación de su pensamiento y el efecto de la lumbre que tan fijamente contemplaba se aumentaba por momentos el enrojecimiento de sus pupilas.

—Por merecerte, por conquistar tu corazón virginal, prosiguió, hartó he hecho, hartó he dominado mis naturales tendencias, y tiempo es de reclamar la recompensa. ¿Cuál no ha sido mi esmero con ese viejo ciego, tan terco y voluntarioso? ¿Cuál mi paciencia con esas criaturas tan detestables? (porque aborrezco á los niños), dijo como entre paréntesis: Dios sólo sabe el objeto único que á ese esmero y á esa paciencia me ha movido. Harto he fingido, hartó he sufrido en los trabajos que me he impuesto, y tiempo es ya de respirar. ¡Ah! ¡ah! dijo de repente soltando la carcajada;

como la he engañado! Me cree la quinta esencia de la virtud; y el golpe maestro de la reconciliacion de Gonzalo con su tio ha acabado de recomendarme á ella. Desde que he hecho esta buena obra me trata con mucha más deferencia, me manifiesta sus sentimientos con la más ingénua franqueza, y se me presenta amiga; y el terreno está lo mejor dispuesto que se puede desear para que mi diestra mano ponga la mecha al combustible que mis virtudes han estado hacinando en el pecho de esa mujer.

El cajero se levantó, y resuelto á poner manos á la obra, se disponia á hacer un tocador esmerado: un tocador que debia de realzar todos sus atractivos naturales, cuando la puerta del estudio fué abierta, y la entrada de una mujer interrumpió por lo pronto las intenciones hostiles del ladron, que acababa de formar la resolucion de robarle la viña á su amo.

La mujer que asi tan sin ceremonia se presentó en presencia de Cadenas, era una jóven de unos veinte y cuatro ó veinte y cinco años, cuya figura rehecha y facciones pronunciadas la daban un carácter señaladamente audáz y determinado, en perfecta armonía con sus maneras desenvueltas.

Era morena, pero de buen color; y esta propiedad daba tal realce á la espresion y brillo de sus ojos negros, que causaba miedo mirarlos.

Su nariz, aunque pequeña, era alta de nacimiento, y propendia un poco á la forma aguileña; y su boca, en medio de cierta espresion marcada que la caracterizaba, descubria al menor movimiento un mundo de seduccion y gracia.

Negro y brillante su cabello y apartado de la cara, peinado caprichoso á la usanza del siglo pasado, que le sentaba á las mil maravillas, contribuia no poco al aumento de su belleza.

Vestida con descuido, pero con cierta originalidad que parecia distinguirla en todo, habia en el adorno de su persona una amalgama de colores, lo más caprichosa que imaginarse puede.

Enaguas de un negro azulado, justillo carmesí, mangas blancas, toquilla, junquillo y zapatos de color de rosa: tal era su traje, al que no hay más que agregar que una mantilla mal prendida, que al momento mismo de su entrada en el estudio de Cadenas fué tirada con descuido sobre una silla, dejando á su

dueña lucir por completo su bella persona y traje especial.

Interrumpido Francisco en el propósito de prender fuego á la mina que tan dispuesta se creía ya, con invencible desagrado recibió esta inoportuna visita; pero dominando su disgusto, le dirigió un saludo cordial.

—No esperaba tan alto honor, fueron sus primeras palabras, y seguramente debo sentirme muy satisfecho.

—Francisco, exclamó la muchacha avanzando hácia él y clavando sus ojos de azabache en el semblante del cajero: Francisco, hace tres dias que no te veo....

—Y hubieran sido cuatro, interrumpió Cadenas, á no haberte dignado venir á hacerme una visita hoy. Pero, en fin, puesto que tan grande favor te merezco, recibe mis más expresivas gracias.

La muchacha se mordió los labios y sin decir una palabra ocupó una silla junto al brasero.

Cadenas habia vuelto á ocupar la suya, y ámbos, sentados de frente, se miraron en silencio por algunos segundos.

—Mira, Francisco, exclamó la jóven con una espresion en extremo resuelta; sin tu

amor no puedo vivir, y para eso he venido, para decírtelo.

Sus ojos brillaban de tal modo, sus mejillas encendidas la embellecían hasta tal punto, su dentadura reluciente daba tal gracia á sus lábios de coral, que imposible parecía que aquella mujer tan linda tuviera que pedir lo que á ella debiera habérsela ofrecido.

—Francisco, repitió notando el desvío con que el cajero la escuchaba: hace tres días que no te veo y que no vivo. Te he creído enfermo, te he creído hasta muerto.... y cuando he sabido que vivías y que estabas sano y bueno, los celos me han vuelto loca. ¿Amarás á otra, Francisco? preguntó clavando sus ojos que parecían despedir chispas en el rostro del cajero; ¿será posible que ya no me ames? dijo casi gritando y levantando al mismo tiempo las manos hácia Francisco y revelando en sus alterados acentos la más violenta excitación; ¿será posible? repitió; pero no, se contestó con aumentada fuerza; no puede ser tal cosa; ni lo será jamás. Si tal sucediera, si á otra amaras, la mataría y te mataría á tí, y luego me mataría yo...

—Mercedes, Mercedes, exclamó el cajero con templanza, parando con su calma

la violenta explosion de la jóven; cálnate.

—¡ Calmarme! replicó Mercedes, ¿y es esa toda la satisfaccion que te merezco? ¿Es esa toda la explicacion que me das de tan extraño cambio?

Cadenas contemplaba las brasas y se mor-
dia las uñas.

Mercedes aproximó mas su silla á la de él, y continuó de esta suerte:

—Tres años hace que te amo: que eres mi vida, mi mundo, mi cielo, mi todo: tres años que no he vivido más que en la atmósfera que tu respiras, que no he gozado más que de tus placeres y tus gustos; que no he sufrido más sinsabores que los tuyos; que no he tenido afecto, sentimiento ó pensamiento que no se haya referido á tí; y que, esclava tuya, no he tenido otro objeto en la vida más que tu amor, considerándome feliz si conseguia la más indiferente de tus caricias. Bien lo sabes, Francisco, continuó diciendo con la misma energía; bien sabes el trato que de tí he recibido; bien sabes cuán cruel te has manifestado; pero mi amor, tan fuerte é inestinguible, todo te lo ha perdonado. Sabes bien que como un perro he besado la mano que me castigaba; sabes bien que como un reptil me he arrastrado sobre el

suelo que pisabas, feliz algunas veces con sólo besar tu huella; pero era porque creia en tu amor!... y él me bastaba para sobrellevarlo todo. Ahora dudo. Dos meses hace que te encuentro variado; que te veo meditabundo; que te veo, no como ántes, violento, sino hastiado, cansado, aburrido de mí, dijo con un penoso esfuerzo, y no lo puedo resistir. He batallado largo tiempo contra mis propias observaciones, contra mis propias cavilaciones; he querido convencerme de que padecia un engaño; he querido contradecir toda la evidencia de mis sentidos; pero, exclamó con desesperacion, tu ausencia me ha quitado la venda. Vuelvan tus violencias, Francisco, vuelvan tus durezas, tus crueldades, castígame como quieras, prosiguió diciendo con acentos de agonía y dejándose caer de rodillas á los piés del cajero, pero ámame por María Santísima!...

Francisco la miró de lleno y la encontró tan hermosa en su desconsuelo, que no pudo ménos de estampar un beso en la ardiente, boca; pero un beso sin pasion, un beso frio, cuya sensacion no pasó de los lábios.

Beso, sin embargo, que devolvió la vida á la jóven: que la trasportó de nuevo á toda

la ilusión de aquella existencia ficticia que hacia tres dias habia perdido, y que la hizo derramar un torrente de lágrimas.

Mercedes idolatraba al cajero y era capaz de hacer cuantos esfuerzos existieran en el poder humano para conservar el amor que tan necesario le era, pero seguro podia estar Cadenas de que una vez privada de él, las consecuecias no habian de serle indiferentes.

Humilde esta mujer de nacimiento, descuidada su niñez, y falta de todo género de educacion, jamás habian hallado sus violentas pasiones el menor freno.

Desconocida, pues, para ella la necesidad de dominarlas, y por entero entregada á los instintos é impulsos de su naturaleza, era esclava de su exagerado carácter.

Despertadas ó desarrolladas estas pasiones por un hombre, cuyo privilegiado entendimiento ejercia sobre ella el más extenso predominio; cuya superioridad de inteligencia le habia convertido á los ojos de Mercedes en un semi-dios, todos los sentimientos de su impetuoso corazon se cifraban en él, y no habia nada de que no fuera capaz por la sensacion de su amor.

Halagada en el principio de sus relaciones

por la lisonjera preferencia del hombre que para obtener un fin, fuera de la clase que fuera, sabia tan eficazmente poner en juego los más seductores resortes, fácilmente se habia dejado cautivar por la suave red de su singular atraccion; y tarde ya para sacudirse del yugo que la oprimia, cuando aquella red se convirtió en una jaula de hierro, en valde hubiera querido resistirse á su prision: amaba ya con todas las potencias de su alma, con un amor tan fiero que difícilmente lo podria arrancar de sí. Bien se ha visto en sus acciones todas, y fácil es comprender la naturaleza de ese amor ante pruebas tan evidentes.

El éxtasis causado por aquel beso; el éxtasis de la reaccion produjo tal diversidad de sensaciones en aquella mujer tan apasionada, que parecia una demente.

Tan pronto lloraba como reia; tan pronto era una mujer como una niña: tan pronto se mostraba tierna y amorosa, como juguetona é infantil; y recobrada de una vez toda su perdida confianza, no era posible que dejasen de hacer alguna sensacion en Cadenas los síntomas inequívocos de la pasion de que era objeto.

Pero, sin embargo, fuertemente preocu-

pado de otros pensamientos, y más que nada deseoso de hallarse en libertad, si bien se esforzó en corresponder á estas manifestaciones, no por eso disimuló su deseo de verlas terminadas; y presto dueña Mercedes de su voluntad, sumisa y rendida, esclava (en tanto que en su amor creía), á la primera insinuacion de su querido se separó de él, y le dejó para que con ámplia libertad se olvidara por completo de ella, y no se ocupara de otra cosa sino del nuevo amor despertado en su pecho.

No podía darse un dia más hermoso.

El aire tiene toda la suavidad balsámica concedida á este hermoso clima; la mar movida algunas veces por el blando aliento de la brisa del Sud, brillaba con los rayos del sol, y otras, sosegada y tranquila, reproducia los innumerables barcos de mil tamaños que surcaban por la bahía, ó que anclados elevaban con sublime majestad sus palos hácia el brillante sol: una lluvia ligera que habia caido por la mañana habia refrescado los árboles y las plantas, limpiándolos de toda suciedad; fresco, verde y ataviado con sus mejores galas

invernigas el poco campo que cuenta Cádiz extramuros de la ciudad, llamado Puerta de Tierra, convidaba á disfrutar de sus pobres galas; y algunos pedestres, aprovechándose gustosos de la hermosura del dia, extendian su paseo ya por el centro, ya por las sendas laterales de este pobre remedo de campo, que por mas que el hortelano trabaje y se afane jamás perderá su aridez: entre los concurrentes al paseo, se hallaba un grupo de personas que tenemos el honor de conocer.

Dirigíase este grupo por la senda de la izquierda y lo componian el anciano Aguilera, su hija Isabel, los dos satélites de esta y el dependiente principal de Montoya, Francisco Cadenas, que apeados del carruaje á la entrada del paseo, ideaban extender su escursion á pié por la agradable playa.

Conducido el ciego tan pronto por uno como por otro de sus hijos pequeños, que querian disputarse el privilegio de servirle de lazarillos, andaba entre tanto el cajero junto á Isabel, esforzándose por alimentar la buena impresion de que tan seguro creia estar.

Aunque falto de corazon, y falto de todo espiritualismo, su vasta comprension y su privilegiado entendimiento le habian hecho co-

nocer los medios más eficaces para conquistar la opinion de aquella naturaleza tan diferente á la suya; de tal modo con este efecto se habia conducido, que ignorante Isabel de su verdadero carácter, tenia de él un concepto equivocado, é inocente se prestaba con su sensible candor, á halagar las imágenes todas de aquel alma corrompida. Le creia dueño de los más generosos sentimientos; le creia su amigo; le agradecia su esmero y paciencia con su padre y hermanos, y nada le parecia bastante para recompensarle los méritos que á su vista tenia contraídos.

De ahí su deferencia y su ingénua confianza, que tan mal interpretadas eran por el que aspiraba á otro género de recompensa; y de ahí la seguridad que Francisco tenia en el buen resultado de su empresa.

Habia hecho un tocador esmerado; y ciertamente engalanada su persona con la mayor elegancia, y animado su semblante con la excitacion de sus sentimientos.... Francisco Cadenas para cualquiera mujer hubiera sido en este dia acaso irresistible; pero Isabel le escuchaba con indiferencia.

Fuertemente preocupada de la impresion que le comunicaba la belleza del dia, y los

pensamientos despertados en su alma por el aspecto de la naturaleza, hubiera deseado oír imágenes más sencillas y poéticas que las que aquel hombre le presentaba; hubiera querido que la dejase gozar más á sus anchas de la escena grande y tranquila que tanto la impresionaba, ó que hubiera respondido á sus impresiones con pinturas más aproximadas, más al temple de su espíritu que aquellos cuadros atrevidos y brillantes con que trataba de embriagarla, y que léjos de hacer el efecto deseado, no servían sino para destruirlo.

Lentamente caminando, de vez en cuando detenía Isabel los pasos para contemplar más á placer la extension de la mar para aspirar el aire húmedo de las aguas, para observar el juguete de los rayos del sol en la plácida bahía, para medir con la vista el despejado horizonte, para admirar la costa, y entregarse á toda la expansion de sus puras sensaciones.

Francisco se sentía á cada instante más excitado; sentía que los momentos tan preciosos se le escapaban, y que sus resortes indirectos ningún efecto habían hecho todavía.

Era preciso no perder tiempo; era necesario hablar con toda claridad para que aque-

lla mujer tan inocente le comprendiera, y el cajero se dispuso de una vez á descorrer el velo de su inocencia y pureza.

Sentado el anciano Aguilera sobre un monton de tierra, dejaba á sus jóvenes conductores en libertad para correr aquí y allí y entretenerse en cojer conchas de la playa, y feliz con la alegría de ellos, chupaba con descuido su pipa, en tanto que Isabel, igualmente dichosa que él con el contento de las criaturas, tan pronto contemplaba la escena ante su vista, como fijaba en ellos sus tiernas miradas, y complacida se sonreía de sus inocentes juegos.

En una de estas ocaciones, al separarse sus ojos de los niños, se encontraron con los del cajero, y la aterró la mirada fija y llena de Francisco, aún sin adivinar la causa de tan extraña sensacion.

—Señora, dijo este de repente, su amor hácia esas criaturas me hace daño.

—¿Por qué? preguntó Isabel con la más natural sorpresa.

—Porque le absorbe demasiado, fué la respuesta del cajero.

—¿Hay mal en amarlos como á mis propios hijos? ¿Hay mal en darles el lugar de la

madre que no han conocido? No me lo diga V., añadió enseguida, por cierto que no me he juzgado jamás acreedora á reprension por abrigar estos sentimientos; y de V., amigo mio, añadió en tono chancero, ménos que de nadie lo podia esperar.

—¡De mí! exclamó Francisco.

—Sí; de V., replicó la inocente Isabel; porque en V. creí descubrir cierta simpátia hácia mi modo de sentir, revelada en sus mismas caricias y en la paciencia para con esas criaturas, y esto me habia hecho formar bien diferente opinion.

—¿Y quién le dice á V., señora, exclamó Cadenas, que mi modo de sentir no sea como el de V.? ¿Quién le dice que mi alma no sea compañera de la suya?

Los acentos con que fueron articuladas estas palabras, estremecieron de tal modo á la jóven, que todavía sin conocer las intenciones del cajero, la impelió sin embargo su instinto de mujer á dar algunos pasos en direccion de su padre.

¿Quién le asegura á V., exclamó de nuevo Cadenas con los mismos acentos que habia empleado ántes, que no hayamos tenido desde el momento de conocernos, cierta afinidad

que, aparte de nuestro conocimiento, no haya formado la estrecha union de nuestras almas?

Isabel por toda respuesta siguió aproximándose á su padre.

Francisco estaba indeciso; pero pronto formó su resolucion.

—Señora, dijo con decision, deténgase V. un momento.

Sorprendida Isabel se prestó maquinalmente á su voluntad, y el cajero prosiguió hablando con aumentada violencia de esta suerte.

—No es que la condeno, exclamó como deseoso de aclarar las palabras con que habia abierto la conversacion; no es que la condeno, repitió, por el exceso de amor que esas criaturas le inspiran; al contrario, admiro y venero esos nobles y desprendidos sentimientos que tanto la realzan; pero me hacen daño, dijo con exaltacion, porque me consume la envidia.

Miró á Isabel de lleno, y con tan inequívoca mirada, que al punto trajo á la memoria de la jóven la escena del teatro, la mirada de entónces y otros incidentes insignificantes hasta aquí, pero de suma importancia en el momento presente, que de una vez le revelaron el estado de las cosas.

Pero por si acaso no se habia hecho por completo dueña de la pasion inspirada en aquel hombre tan violento, las palabras que siguieron á las anteriores, acabaron de una vez de confirmar sus sospechas.

—Isabel, exclamó el cajero en un estado terrible de excitacion, al parecer, ya no dueño de sí mismo, y cayendo de rodillas á los piés de la mujer que amaba. ¡Isabel, te adoro! Te amo, dijo, y no hay poder humano que te separe de mi amor. Tres meses hace que me devora esta pasion; tres meses hace que no vivo sino en tu presencia, y no puedo mas. ¡Ámame, ámame ó arráncame el corazon!....

El efecto que estas palabras produjeron en ella es indefinible. Se quedó como si un rayo hubiera caido á sus piés, y sintió que circulaba fuego por sus venas.

Cadenas la asió con violencia del vestido y trató de apoderarse de una de sus manos; pero este movimiento devolvió á Isabel toda la fuerza de accion que habia perdido y la llenó de la más profunda indignacion.

Como á un reptil asqueroso rechazó al hombre que tenia á sus piés, y sin dignarse concederle una sola palabra, con la dignidad

de una reina ultrajada se dirigió en busca de su padre.

La marea estaba creciendo y el agua iba ganando terreno lentamente, y lentamente disminuía el espacio de tierra; y sin que el cajero se apercibiera llegó el agua al sitio donde se hallaba aún de rodillas.

La frialdad de sus piernas le hizo volver en sí.

Se vió mojado y al punto se puso en pié.

Isabel se hallaba ya reunida con su padre y hermanos; y observó Francisco que se disponían á emprender la marcha sin cuidarse de él.

Este marcado desaire faltaba para acabar de inflamarle; y ciego de ira y necesitando hacer sentir á algun objeto el ímpetu de su cólera, hizo trizas el pañuelo que tenia en la mano. Esparcidos sobre la playa quedaron los pedazos, y este desahogo aplacó por lo pronto sus irritadas pasiones.

Vió su juego perdido.

Conoció toda la fuerza de la indignacion despertada en aquel alma pura.

Conoció todo lo que él habia perdido para con la mujer que tanto trabajo se tomara por conquistar.

Conoció la falsa y violenta posición en que por su propia imprudencia se había colocado; su poca previsión en entregarse tan por completo á merced de una persona que podía perderle si así lo quería, y al punto determinó la línea de conducta que le convenia adoptar en tan apuradas circunstancias.

Era un hombre dotado de una imaginación fecunda en recursos, que con sola una ojeada media la más complicada situación, y que descubria instantáneamente los medios más eficaces y oportunos para zanjar toda especie de dificultades.

Audáz y determinado, formó de una vez su resolución, y dueño por completo de sí, cual si ningún efecto le hubiera hecho la escena que acababa de pasar, fué á reunirse con Isabel.

Apoyada la jóven en el brazo de su padre, habia ya emprendido la marcha de vuelta, pero caminando lentamente tuvo el caíero tiempo de reunírsele ántes de que hubiera adelantado mucho terreno.

Apercibida de su proximidad por el ruido de sus pasos, un subido carmin coloreó su mejilla, aún ántes que Francisco se hiciera invisible, pero dominándose al verle cerca

de sí, le miró con profundo desden y continuó en silencio su camino.

Cadenas en tanto aparentaba la más completa indiferencia, y al parecer desentendiéndose de todo lo que acababa de pasar entre ellos, emprendió una animada conversacion con el anciano, y esforzándose como nunca lució hasta el extremo los recursos que sabia sacar de su fino trato.

Era tan notable su talento, sabia sacar tan buen partido de él, poseia tan perfectamente el arte de promover con los que hablaba las conversaciones que más pudieran interesarles, que rara vez dejaba de inspirar admiracion en aquellos á quienes deseaba agradar; y hábil como nunca en este dia para congraciarse con el militar, lo consiguió por completo.

Parecia saber tanto de milicia como el mismo Aguilera: parecia entender tanto como él de batallas, ataques, defensas y sitios, y serle todo esto tan familiar como los detalles de la vida mercantil.

Gerona, Bailén, la Albuera... de todos estos lances de guerra hablaba como si en todos ellos se hubiera encontrado, y como si las balas del enemigo hubieran silbado sobre su cabeza como sobre la del veterano; parecia ha-

llarse Francisco en su elemento al ocuparse de las glorias de las armas españolas.... y en verdad, poseído tan íntimamente como él sabía hacerlo del objeto que le preocupaba, no era posible dejara en cualquiera ocasion (tratara del objeto que fuera) de producir el objeto que se proponia.

Siempre predispuerto á su favor el anciano militar, ahora quedó encantado de él como nunca.

Y los niños juntamente como él, colmados de atenciones por el hombre que sabia con tanta facilidad acomodarse, segun su antojo, á todas las condiciones, edades y gustos, se manifestaron no ménos satisfechos.

Solo Isabel, concentrada en la profunda indignacion que la poseía, era la que dejaba de participar de estos sentimientos; abstraída y silenciosa, como sino escuchara los discursos sostenidos á su lado, ni viera los cuidados prodigados á las personas á quienes tan tiernamente amaba, tenáz se resistia á desplegar los lábios en lo que duró su escursion á pié, y hasta que se metieron todos en el carruaje, en el cual lentamente volvieron á la casa de D. Alvaro, á la casa de su marido, donde la jóven apenas hubo entrado corrió á

encerrarse en su tocador; y una vez allí, oculta de todos los ojos, se arrojó sobre el sofá de badana y desahogó el peso de su indignacion en un torrente de lágrimas.

Lágrimas de vergüenza y despecho, lágrimas de hiel que arranca el pensamiento de la humillacion.....!

Sumergida la cabeza en el humilde sofá, en raudales corrian estas lágrimas, acompañadas de profundos sollozos, como si el corazón de Isabel se le fuera á salir del pecho.

—Lo merezco, dijo al fin levantando la cabeza y alzando los ojos al cielo; lo merezco, Dios mio, y por eso me humillas tanto....

Y atormentada por este pensamiento, volvió de nuevo la pobre mujer á llorar amargamente.

Los dioses lares la miraban compadecidos de su extremo rigor consigo misma, y tiernos siempre con ella, la mostraron tan grande benevolencia que lograron al fin templar la amargura de sus pensamientos.

Algun tanto tranquila, pudo formar hilacion de estas ideas atormentadoras, pudo meditar despacio en la situacion en que se veía colocada, sondear y medir los diversos sentimientos que agitaban su alma, y calcular

cuál debería ser su proceder en posición tan violenta.

Su corazón virtuoso la prohibía buscar una reparación por el ultraje que le había sido ofrecido, é inexorable y severo le imponía la dura pena de sofocar en las profundidades de su alma el insulto recibido, y ahogar bajo el peso enorme de la alarmada conciencia, todo género de resentimientos y justa indignación.

Misterios del corazón aún puro; misterios incomprensibles para el corazón viciado. Lo que no es más que un hálito para el alma corrompida, se convierte en huracán espantoso para el alma virtuosa; lo que no es más que un arroyo para el uno, se transforma en Océano inmenso para el otro; lo que no es sino una débil y casi indistinguible sombra para el espíritu encenegado en el vicio, se trueca en fantasma aterrador para el espíritu, todavía virgen en el pecado.....

Lo que por esa virtuosa mujer pasaba era bien pequeño; pero ella le daba gigantescas proporciones, siguiendo la inspiración de su alarmada conciencia que déspota se abrogaba el derecho de dirigirla.

Y obediente Isabel á su dictámen, ahogó

de una vez la deseada expansion de su corazon, sofocó toda señal exterior del sentimiento despertado en su alma por la declaracion del cajero; y resuelta á no comunicar á nadie lo que entre ellos habia pasado, y más que nada decidida á hacerle frente por si sola, y á conducirse segun el mismo Francisco se conducia.... Dueña, en fin, por completo de sí, se dirigió en breve á reunirse con su familia en el comedor.

Encendidas sus mejillas y más que nunca brillantes sus ojos, jamás habia aparecido tan radiante su privilegiada hermosura.

Los ojos de Cadenas se inflamaron súbitamente, y aunque al soslayo, la miró con avidéz, y se mordió los lábios con rabia.

Impaciente D. Alvaro porque le habia hecho esperar, y displicente la reprendió por su tardanza, y Gonzalo Figueras, que jugaba con los niños, á su entrada en el comedor suspendió su entretenimiento para hacerla el recibimiento más amistoso.

Ignoro por qué ha de ser incluida la hipocresía en el número de las cualidades malas.

Ignoro por qué no ha de haber cierta distincion entre las diversas especies de hipocresía que encierra el corazon humano.

Ignoro por qué la hipocresía (no tiene otro nombre) desplegada por la mujer en tantas ocasiones de su vida, haya de ser mal apreciada, y no haya de ser admitida en el número de las virtudes, si la mejor entre las mujeres es en cierto sentido la más hipócrita.

No porque finja el bien, sin sentirlo, no porque quiera aparecer mejor de lo que es, sino por la faz tan diferente á la verdadera que se vé continuamente en un sentido ú otro obligada á presentar... faz que presenta unas veces impulsada por los sentimientos del deber, otras por los de la consideracion, otras por los del amor, otras por los de la dignidad del sexo, sin que haya ojos bastante suspicaces para descubrir en la sonrisa de una boca, ó en la cadencia de la palabra, la sangre que esta sonrisa ó esta palabra hacen á veces brotar en el corazon.

¡Quién comprender podria entónces lo que pasaba por Isabel!

¡Quién adivinar podria el destrozo de su corazon, al mostrarse durante la comida, como nunca ántes en su vida, feliz y placentera!

¡Quién traducir podria en las alegres imágenes que de su boca salian, en las festi-

vas sonrisas que á estas palabras acompañaban, la sangre, los sentimientos que brotaban de su corazón lastimado!

Colocada á la misma altura que el cajero, lanzada al mismo terreno en que él se había refugiado se desafiaron con las mismas armas y ninguno quedó vencido.

CAPÍTULO VIII.

Algunos dias habian pasado desde lo ocurrido en el capítulo anterior; y sosteniéndose firme Francisco Cadenas en la posicion que habia tomado, parecia cual si por completo se hubiera olvidado de aquella escena; y hasta tal punto, que habia conseguido por su astucia disminuir el objeto de su recuerdo en la misma Isabel, y confundirla no poco respecto á si la declaracion escuchada con tanto desprecio, habia sido una realidad ó meramente una ilusion de sus sentidos.

Se mostraba tan respetuoso, tan deferente y comedido; tan natural siempre en su presencia, que la inocente se esforzaba en balde por analizar los sentimientos que lo

animaban; y aunque alarmada su delicadeza, cuidaba de continuo estar en guardia no era posible, sin embargo, que tan bien estudiado proceder dejase de hacer su debido efecto, y que en su consecuencia, algo estinguidos sus celos, se sintiera otra vez restablecida á aquel lugar, de donde en los primeros momentos de la impresion comunicada por la pasion de Francisco, su propia severidad parecia haberla derribado.

Una mañana se hallaba sola en el gabinete sentada cerca del balcon, donde la presenté en otra ocasion: un balcon elevado desde donde se veia la calle y se distinguia á lo lejos el mar.

Reflejaba el sol en las aguas y en varios botes que cruzaban por la bahía; al derramar igualmente su luz sobre las torres de las casas contiguas y la cúpula de una iglesia que hacia frente á la casa de Isabel las hacia brillar como oro puro.

Penetraba un rayo hasta el interior de la habitacion y desaparecia en un retrato colocado en uno de los frentes del gabinete, y al cual contemplaba entonces Isabel absorta.

Era el retrato de una joven de la figura

más interesante que imaginarse puede, y con unos ojos azules, de una belleza tan extraordinaria, que aún en el lienzo fascinaban á cuantos fijaban la vista en ellos. Isabel sentia esta fascinacion, cuando fué interrumpida por la entrada de Gonzalo Figueras.

Sobrecogida al parecer por esta inesperada visita se sonrojó, y en acentos algo agitados dirigió al jóven un saludo.

Gonzalo por su parte experimentó la misma sensacion que ella, porque no esperaba encontrarla, le contestó tambien un poco alterado; pero reponiéndose ámbos inmediatamente, trataron de mostrarse á cual más indiferente.

—No esperaba tan temprana visita, dijo Isabel en tono casi chancero.

—Ni era mi objeto hacerla, contestó el jóven Figueras.

—Bien á la vista ha estado, exclamó la mujer de Montoya con la misma espresion de confianza.

—Buscaba... dijo Gonzalo.

—¿A quién? preguntó Isabel.

—El retrato de mi madre, contestó el jóven.

Isabel volvió á sonreirse, y bajó confusa

la vista sin atreverse á aventurar una respuesta.

El retrato de mi madre, repitió Gonzalo, de esa madre á quien dicen que tanto me parezco: esa pobre madre, cuya juventud fué tan desgraciada como lo ha sido la mia, añadió con un profundo suspiro.

—Ha sido, sí; interrumpió Isabel, pero media una distancia inmensa entre lo que fué y lo que es; entre el pasado y el presente.

—No es eso tan exacto, señora, contestó el jóven con amargura: cuando los males presentes son acaso mayores que los pasados, la vida se hace insoportable.

Isabel le contempló con el mayor asombro.

Llena siempre de compasion por el que sufre; llena de simpatía hácia los sentimientos excitados en aquel corazon tan vehemente, iba á prestarle generosa el bálsamo de su consuelo; iba á derramar benéfica los tesoros todos de su compasion: de esa cualidad sublime de la mujer, la única á que espontáneamente y con toda libertad le es permitido entregarse, cuando la imponente voz de su alarmada conciencia tirana la detuvo, é inflexible le hizo contener su efusion.

Inclinada la cabeza sobre el pecho, fijó

los ojos en el suelo, indiferente en la apariencia á todo sentimiento, se mostró Isabel tan inmóvil en el alma, cual lo aparecía en el cuerpo, y en valde esperó Gonzalo una palabra de consuelo ó simpatía.

—Señora, dijo al fin, la importuno con mis sentimientos: soy bien imprudente.

—Mas lo soy yo, contestó Isabel aún con la cabeza baja, en permanecer aquí, puesto que V. desea encontrarse solo.

—¡Ah! no lo crea V. La soledad me aterra, dejando que se apoderen de mí los pensamientos que me atormentan el alma; y lo que quiero es huir de ellos y de mí mismo.

—Pero Gonzalo, exclamó Isabel tratando de conciliar su razon con su sentimiento y de decir algo análogo á las circunstancias de que parecia el jóven quererla hacer partícipe, esforzándose al mismo tiempo por manifestarse lo más indiferente posible, ¿no me ha dicho V. repetidas veces que desde su instalacion en esta casa se hallaba tan completamente feliz que no aspiraba á otra cosa mas que á la continuacion de su presente ventura? ¿No me ha repetido veinte veces que al volver á poner aquí los piés lo hizo con el corazon oprimido, la esperanza muerta en el pe-

cho, y el pecho y el espíritu atormentado de mil penosos pensamientos, semejantes á los que preocupan al preso en su camino á la cárcel, y que después despierto á las ventajas de su posición, á la luz de la razón, al conocimiento de todos los bienes reales y verdaderos que habían adquirido, habían desaparecido por completo todos los temores siniestros que ántes lo combatían y tan desgraciado porvenir le presentaban?

—Cierto, dijo Gonzalo, cierto que todo eso he dicho y mucho más. Todo eso he sentido y á la vista de todos ha estado la ventura en que rebosaba mi alma; trabajaba casi desde la infancia por el dolor; pero, señora, añadió con un doloroso esfuerzo clavando sus ojos fascinadores en el rostro tan apacible en la apariencia de Isabel, y concentrando todo el fuego de su alma ardiente en la más apasionada mirada; señora, repitió, he jugado con fuego y me siento arder.

El rayo del sol que jugueteaba en el retrato de la madre de Gonzalo, caía ahora sobre la cabeza de Isabel, y aumentado por su efecto el dorado del cabello, la pureza de la frente, y el brillo de los ojos encantadores, cegó esta visión tan por completo la ra-

zon del jóven Figueras, que sabe Dios á dónde le hubiera conducido su impresion, si en aquel momento la voz de los niños no hubiera á tiempo interrumpido sus arriesgadas consecuencias. Voces del cielo enviadas, voces de ángeles cuyos acentos inocentes interrumpieron aquella escena tan peligrosa; y cual si trasformados en querubines, se hubieran presentado los niños que voceaban, así fué el efecto que su presencia produjo en Isabel.

Se refugió en sus brazos, los colmó de caricias, los bendijo con todo su corazon, y luego cediendo en la apariencia á sus instancias, pero en realidad obedeciendo á la alarma nuevamente despertada en su pecho, se alejó del gabinete y se refugió en el santuario de su tocador, dejando á Gonzalo avergonzado de lo que se habia atrevido á proferir, y presa de un tumulto de pensamientos que bullian en su mente.

La siguió con la vista hasta que desapareció, y dejándose entónces caer sobre el asiento mismo que habia ella abandonado, concentró sus miradas en el retrato de su madre.

El corazon del jóven necesitaba un desahogo.

Hacia dias que sufría atrozmente.

Hacia dias que ardia en su pecho una hoguera devoradora.

Hacia dias que en balde luchaban los resortes todos de su razon por apagar la llama que voraz lo consumia; y en aquella mañana la imágen pura de su madre como espíritu amonestador se habia cruzado por delante.

Su ángel bueno se le habia presentado piadoso, y solícito el jóven por aprovecharse de la tierna amonestacion, habia corrido presuroso para valerse de ella, cuando la intervencion maldita del espíritu del mal puso por delante la tentacion en aquel encuentro desgraciado.

Sin embargo, salvado el jóven de su locura al punto mismo de cometerla; salvado en el momento de pasar el Rubicon, por la mediacion milagrosa de aquellas inocentes criaturas, una vez que se encontró salvo en la ribera, de nuevo se apoderó de él el ángel de la misericordia, y tierno le condujo á la contemplacion de aquella suave imágen, cuyo puro recuerdo deberia servirle de resguardo contra la tentacion.

Gonzalo, pues, concentró su mente, su corazon, su vida, en la contemplacion del

retrato de su madre; y tal fué la ilusion de sus sentidos, que creyó ver brillar los ojos del retrato, moverse los lábios, latir el pecho y extenderse los brazos hácia él, cual si la madre comprendiera lo que su hijo le pedia.

—Madre mia, dijo cayendo de rodillas y extendiendo las manos como fuera de sí en direccion de la pintura; madre mia, ten compasion de tu pobre hijo, y sálvale de perder el juicio. Sálvale de sus propios pensamientos, y eleva á Dios una súplica de piedad por el que no tiene fuerzas suficientes por sí para consumir su grande sacrificio.... La amo, mi Dios!... dijo aún de rodillas; ¡la amo como nunca he amado ántes; con toda la pureza de la juventud; con todo el ardor de la más exaltada pasion!... Espiritu celeste, espíritu soñado, allá en las ilusiones de mi fantasía, imágen que jamás llegué á creer realizable, ángel puro de amor, que he encontrado ya tarde para mi dicha, ¡te adoro!... ¡y debo morir, añadió con desesperacion, ántes que decírtelo!... Madre mia, repitió de nuevo evocando la memoria tierna de aquella madre tan virtuosa; madre mia, derrama tu piadosa intercesion sobre mí, y házme tan fuerte en la vir-

tud como lo fuiste tú; sálvame de hollar los sentimientos sagrados del parentesco, los de la hospitalidad, los de la gratitud, los lazos del deber, los de la religion. Respete yo la propiedad agena, añadió; sea mudo mi lábio á la voz de la pasion, y jamás el más ligero hábito de este corazon, ya tan culpable, empañe el alma vírgen de esa mujer tan pura... ¡Dios mio! exclamó recapacitando en las palabras que habia osado preferir; he estado á punto de descubrir esta pasion tan criminal, á punto he estado de derramar en su puro oido la voz sensual de un sentimiento tan culpable!... Sólo una intervencion milagrosa me ha salvado; y sólo el poder de Dios me puede libertar de la repeticion de semejante ofensa, y la sombra sagrada de tu virtuosa memoria separarme del precipicio á donde mi alma obcecada quiere lanzarse.

¡Piedad, piedad, Dios mio! exclamó con aumentado delirio, si la razon me llega á faltar. Pero nó, prorumpió de repente sobreponiéndose á su excitacion; nó, repitió con entereza, no será así jamás. La voz del deber dispondrá de mí, la voz de la conciencia me prescribirá su ley, y sumiso á su dictámen las habré siempre de acatar. Lo juro una y

mil veces por el recuerdo de mi amada madre, por la memoria sagrada de mi padre, y ese Dios que me escucha, y que mi juramento escribe en su sagrado libro, sabrá concederme la fuerza necesaria para cumplirlo.

Se levantó del suelo más tranquilo.

Su corazón sufría, pero no luchaba; y dueño ya de sí mismo, dirigió los pasos á su propia habitacion; y en la regeneracion que habia sufrido en la fuerza de su entusiasmo por el martirio que heróico se imponia, se desahogó del peso que oprimia su pecho, entregándose á las imágenes de su fecunda imaginacion.

Imágenes atormentadoras, imágenes dolorosas, que esculpidas en la mente, trazadas en el corazón con caracteres de fuego, débilmente bosqueja la pluma esforzándose en vano por interpretar en toda su extension y verdad la lucha de los sentimientos. Estas imágenes empañaban de tal manera la vista del jóven, que cual sobre un paño negro creia ver impresos los conceptos que escribia.

Eran lágrimas que de vez en cuando le enturbiaban los ojos.

Alma ardiente, llena de fuego y entusiasmo, amaba con todas las potencias del alma virgen y nueva en la pasion.

Alma pura é ignorante del riesgo que corría, habia jugado incauta con fuego, y víctima era de sus voraces llamas.

Alma poética llena de ilusion y de idealismo, que se encontró ya tarde con un alma semejante á la suya; y alma encerrada en una mujer que sufría la misma sed que al jóven devoraba.

Sed ardiente que tiene sin embargo que huir del agua, porque para ella toda el agua es veneno; sed de amor que el deber, el honor, los sentimientos más sagrados prohíben por todos estilos satisfacer.

Pero Gonzalo á pesar de su pasion era hombre y pasados los primeros momentos de la expansion á que se habia entregado, adquirió de nuevo la fuerza que era natural: la fuerza varonil y los elementos de que el hombre dispone para sufrir ménos que la mujer en todos los casos de la vida.

No así Isabel, débil mujer privada de las forzosas obligaciones que tantos medios de satisfaccion proporcionan: ella, concretada puramente á la vida interior del corazon, á sentir, á sufrir y á sacrificarse, vió un abismo á sus piés abierto y no pudo hacer otra cosa que llenarlo de suspiros y de lágrimas.

Harto temprano despertada al sentimiento que jamás debería haber conocido para hacer ménos pesada la cruz que con tan admirable denuedo se habia propuesto sobrellevar: desde el momento de encontrarse con Gonzalo, habia creído ver descender del cielo una vision etérea.

Resumidos en aquel tipo materializado todos sus ensueños de doncella, las ilusiones más lisonjeras de su mente, cual la primera sonrisa que ilumina la faz de la inocencia, así la presencia del jóven Figueras habia aparecido como una luz para iluminar su corazon. Luz derramada sobre el alma vírgen de Isabel desde el momento de divisarla, se sabe bien cuán grandes habian sido sus esfuerzos por alejarla de sí, y no se la debe por consiguiente hacer criminal, si á pesar de sus afanes, ardia aún inextinguible aquella hoguera tan súbitamente encendida, y si el conocimiento de la correspondencia de esa llama, contribuia y no poco á aumentarla.

¿Quién podia desentenderse de aquellas palabras arrancadas del fondo del alma de Gonzalo?

¿Quién podia desentenderse del significa-

do de aquella mirada tan apasionada, y quién podia hacerse insensible á ella?

¡Me ama! habia dicho el corazon enamorado de Isabel.

¡Me ama!... y su alma extasiada por un momento, se habia atrevido á llorar de alegría; pero presto, contemplando el abismo abierto á sus piés, y midiendo su inmensa profundidad, no vió frente á sí mas que la agonía del dolor, y sus lágrimas de alegría fueron trocadas por lágrimas de amargura.

¡Y esta era la misma mujer, á quien tan profundamente indignara el conocimiento de la pasion despertada en el pecho del cajero!

¡Esta era la misma mujer que tan humillada se sintiera ante la declaracion de aquel amor, y que descubria ahora pensamientos tan distintos!

Pero habia esta diferencia entre las dos pasiones: que la una habia sido juzgada por la fria y desapasionada razon; en tanto que en la otra, por desgracia, el corazon estaba interesado: de ahí los resultados distintos.

Los niños la habian notado tan demudada que habian huido de su presencia, y, sola Isabel al tiempo mismo que Gonzalo evocaba la intervencion de su madre para que le sal-

vara de la pasion que le dominaba, imploraba ella tambien una intercesion poderosa para que la salvara de lo mismo.

Unidos sus votos, y empleadas tal vez las mismas frases por ámbos, á un tiempo, sin duda, subió al cielo la invocacion de cada cual; y tal fué el efecto de la oracion en Isabel; tal la victoria que sobre sí misma ganó, que tranquila y serena pasó el resto del dia, y cuando llegó la noche, pudo caer de rodillas á los piés de las camas de sus hermanos, mirarlos risueña y placentera como en los dias en que se resolvió á sacrificarse por ellos, y besar sus inocentes frentes, sin que pensamiento alguno bochornoso le impidiera derramar sobre ellos su aliento.

CAPÍTULO IX

—Madre mia, ¿no vé V. ese sol tan pálido, ese cielo tan brumoso, esa atmósfera tan cargada que presagia tanto mal? le decia un dia el lirio blanco á su madre en tanto que sentadas ambas en su humilde salita se entregaban á la labor que rara vez se hallaba fuera de sus manos; ¿y no la ahoga á V. un cielo tan encapotado? ¿No le oprime el corazon, no le disminuye la vida? añadió ahogándose la pobre niña con la opresion, que hacia levantar con violencia el vestido que cubria su delicado seno. A mí me mata, añadió enseguida.

—¿Sufres mucho, vida mia? preguntó Magdalena fijando los ojos con ternura en la desgraciada criatura.

—No lo puedo expresar. Un ahogo, una opresion, una inquietud al mismo tiempo, cual si me faltara el sol, el aire, el alimento y el sueño. Esto es lo que tengo, dijo cruzando los brazos sobre el pecho. ¡Eso es lo que tengo, y me voy á morir!

La madre la miró con el mayor desconsuelo, pero nada la dijo.

—¡Me ahogo! dijo la doliente niña. Me ahogo, repitió lanzándose á pesar de su debilidad con fuerzas sobrenaturales hácia la ventana y esforzándose por abrirla. ¡Aire, aire, que me muerdo!

Magdalena la siguió en sus movimientos y abrió de par en par los cristales del balcon.

Elena extendió los brazos al cielo y abrió la boca para aspirar más de lleno el aire tan apetecido.

Estaba tan pálida, y era tan delicada y vaporosa su apariencia, que cualquiera hubiera temido verla desvanecerse.

Tal vez así lo pensára su madre, porque como una paloma extiende sobre sus hijuelos sus alas maternas, así extendió ella sobre el frágil cuerpo de su hija la proteccion de sus brazos amorosos.

La enlazó entre ellos é imprimió un beso

en la luciente cabellera; y más aliviada la pobre niña con el ambiente que habia aspirado, volvió más tranquila á ocupar su puesto, y entregarse otra vez á su labor.

Entretanto no separaba la viuda su vista de ella, y adivinando todo lo que por su espíritu pasaba, leyendo como en un libro los sentimientos de su inocente corazón, no veia mas que una imágen grabada que por completo absorbía el sér de Elena.

Tan débil en el cuerpo como en el alma, tan tierna en lo físico como en lo moral, tan incapaz del más mínimo esfuerzo para sacudirse de los males del alma, como su naturaleza lo era para sacudir los del cuerpo, la pobre niña, lirio blanco, doliente, gemía falta de fuerzas para luchar consigo misma.

Dias hacia que inclinada la cabeza sobre el pecho, cual la inclina la flor sobre su tallo, falta del riego necesario para su sustento, en balde se buscaba el modo de hacerla erguir la dolorida frente, falta del sol cuyos rayos vivificaban su sér, del jugo que ayudaba á sostener su vida.

Con ella sufría su tierna madre: más aún, porque, como se sabe, se creía delincuente de la presente infelicidad de su hija, y en balde

ponia en juego la fuente inagotable de su ternura para aliviarla del peso que la oprimía; pero, ¿qué recurso le quedaba?

Falta de todos los medios para cortar el mal en su principio, falta de egoismo para sobreponer su afecto de madre á los sentimientos de la amistad y de la benevolencia, la dureza de su desnaturalizado hijo, y la tierna consideracion que le siguió otorgando á Gonzalo, no habian servido mas que para aumentar el cúmulo de sus pesares.

Triste, meditabunda, por efecto de la creciente melancolía de su hija, no separaba la vista de ella, y bebía con amargura los sufrimientos engendrados en el corazón de aquella criatura más amada por ella que ninguna otra cosa en el mundo.

La veía inquieta, sin sosiego, y cual si esperase la llegada de alguno, agitada por el menor ruido y sobrecojida cada vez que sonaba la campanilla de la casa ó creía percibir el sonido de pasos en la escalera.

Sin fuerzas para dominar sus sensaciones retratadas en su fisonomía, en sus actitudes y en sus movimientos, no era difícil adivinar la causa de su invencible malestar.

Hacia ocho días que Elena no había visto

á Gonzalo, y siendo su felicidad verle, áun cuando no fuera mas que media hora todos los dias, la inexplicable ausencia del jóven que desde su instalacion en la casa de su tio no habia dejado pasar un solo sol sobre su cabeza sin visitar á la familia que consideraba como suya, la habia puesto en este estado de afliccion.

En balde se situaba la pobre en la ventana un dia tras otro para divisarle desde léjos; en balde rogaba á Dios se lo trajese; en balde humedecia de noche con sus lágrimas su almohada y de dia su labor: Gonzalo no parecia; y ocho dias se habian pasado de esta suerte: ocho dias que habian casi agotado el débil soplo de vida que sostenia el cuerpo de la niña enferma.

Se estaba sonriendo.

Cadáver casi en la lividez de su rostro, y ángel del Señor ya en el lustre de sus ojos melancólicos y la espresion seráfica de su fisonomía, semejante á la idea que nos formamos de los elegidos para el cielo....., era evidente que como el lirio del valle, impotente para resistir el azote del rudo vendabal, el azote del sufrimiento iba á acabar con la vida del lirio blanco.

Su madre lo conocía, y con la muerte en el corazón aspiraba con avaro cariño las últimas dulzuras del amor maternal.

Su corazón en los ojos, en los labios, en las palabras todas que de su boca salían, todo su ser concentrado en su hija, sus afectos y pensamientos reunidos, se vertían sobre un solo foco.

—Acuéstate un poco, ángel mío, dijo al fin la madre, notando por momentos mayor decaimiento en el semblante de Elena; acuéstate y el descanso te aliviará.

Dócil la niña, se recostó sobre el sofá; y en breve, cediendo á una invencible languidez, un sueño pesado le cerró misericordioso los cargados párpados.

Magdalena se sentó á su lado y la contempló con el mayor dolor.

—¡Tan joven y ya tan desgraciada!

Aniquilada por la enfermedad que cruel minaba su seno, aniquilada más aún todavía por los días de sufrimiento que tantos extragos habían hecho en su naturaleza, parecía más que nunca infantil y angelical su suave y melancólico rostro, tranquilo ahora por efecto del reposo.

Cruzadas las manos sobre el pecho, su

misma postura contribuía á asemejarla á alguna imagen sagrada, ó á un ángel lanzado al mundo, que en su tranquilo sueño surcaba dichoso la region donde moran los espíritus de los perfectos.

Y tal vez aumentada por este mismo aspecto sobrenatural la alarma de la madre, llena de temor, contemplaba á su hija desgraciada, sin distraerse de su contemplacion, hasta que un golpe que sonó en la puerta le obligó al fin á abandonar su triste distraccion para dar entrada al que la solicitaba, que no era otro que nuestro amigo D. German del Castillo.

¡D. German del Castillo! la visita más oportuna que podia haberse presentado, y cuya aparicion fué saludada por Magdalena con el mayor placer, en medio del pesar que affigia su corazon y de la sorpresa que no podia ménos de causarle esta oportuna presentacion.

Verdad es que el magnetismo especial concedido á la benevolencia, para acudir á donde más falta hace, forma cierta ligazon misteriosa entre el desgraciado y el que se ocupa de él, que muy frecuentemente opera casos semejantes á este. Nada debe, pues, ex-

trañarse la bien acogida visita del amigo de la viuda, en una ocasion en que deseaba ella desahogar el peso que oprimia su corazon, y conocia que con nadie mejor que con él lo podia hacer.

Informado D. German del sueño de Elena, en silencio, y de puntillas siguió á su amiga á la salita donde dormia; y allí sentados ámbos, ántes de decirse palabra, la contemplaron juntamente; la madre esperanzada, en medio de su temor, de que el reposo de que estaba disfrutando le comunicaria algun alivio, y D. German sorprendido de la notable variacion que descubria en la pobre niña.

Examinados con interés los extragos tan visibles del mal, no necesitó la madre hablar para que su visita conociera que el lirio blanco se estaba muriendo; y á su vez contemplando él á la viuda con el más sincero dolor, no necesitó ella tampoco de palabras para comprender lo que por él pasaba.

Pero, ¿cómo ha sido esto? exclamó al fin D. German profundamente conmovido y midiendo en toda su extension los sentimientos maternales puestos á prueba. No hace ocho dias que la ví... tan diferente... que no parece la misma...

—Ocho dias que han pasado para matarla, fué la contestacion de la madre.

Temerosa de perturbar el descanso de la dormida niña, le pareció mejor continuar la conversacion donde pudiera hacerlo con toda libertad, y acompañada de D. German, pasó á una habitacion inmediata, desde la cual podia ver á Elena, y al mismo tiempo no estorbar la placidez de su tranquilo sueño.

Era este cuarto el dormitorio de la viuda: un cuarto pequeño, alhajado con grande humildad, libre de toda malicia, de todo lo que entra bajo la incumbencia de los deleites de la vida, ostentando únicamente (aparte de lo absolutamente necesario) el símbolo de nuestra sacrosanta religion colocado en un tosco altar de madera, se asemejaba á la celda de una religiosa.

Aproximado el corazon á Dios por la desgracia, y elevado el espíritu por el sufrimiento sobre todas las pasiones mundanas, el corazon y el espíritu de Magdalena no se hallaban ligados al mundo, ni afecto alguno terrestre por frágil hilo, que estaba próximo á romperse.

Vivia, pues, más con Dios que con los hombres, y no debe, por consiguiente, extra-

ñarse el carácter impreso en todo cuanto le pertenecía.

Allí instalada con su amigo, ó mejor dicho, con su discípulo que tan grandemente habia sabido aprovecharse de sus lecciones, entró en materia.

Le contó á D. German toda la historia del corazon de su hija; la culpa que le correspondia por haberle dado á conocer el gusano roedor que habia de chuparle el jugo, el aislamiento del sentimiento despertado en el corazon de Elena, la ignorancia de él en que estaba el mismo Gonzalo, la pobre estimacion que habria de hacer de este afecto engendrado sin su anuencia, y los efectos lamentables de la inexplicable ausencia que tan funestos resultados prometia tener.

—Y era feliz mi pobre hija, fueron las últimas palabras de la madre, con verle sólo por media hora todos los dias. Se contentaba con eso, y no aspiraba á otra cosa. En el principio de la separacion pasaba el ángel mio los dias enteros sumergida en la más honda tristeza, echando de ménos la constante presencia de aquel, que sin conocerlo, amaba tan entrañablemente, sin saber qué hacerse sin él; pero gradualmente habituada

después á la privacion, llegó á consolarse con el rato que le veia. Pero privada hasta de eso, German, exclamó la madre con desconsuelo, la voy á ver morir ante mis ojos, sin tener medios de salvarla: la voy á ver morir como he visto morir á los demás; y con doble dolor, porque no es la voluntad de Dios quien me la quita, sino mi propia irreflexion.

D. German no se atrevia á mirar á la viuda; contemplaba meditabundo el extremo de su baston, y trazaba con la contera signos cabalísticos en el suelo.

—Yo no culpo á Gonzalo, prosiguió diciendo la madre; ninguna culpa puedo atribuir al que ningun esfuerzo ha hecho por engendrar el sentimiento que ha despertado. ¿Qué culpa en verdad tiene el que ha amado como hermano, si se ha equivocado su amor por el de amante?

Meditabundo D. German, con la vista fija en el suelo y ocupado todavía en sus signos cabalísticos, preguntó:—¿Y está V. segura de que no la ama?

—Como á una hermana, se apresuró á contestar la viuda. Tierno y considerado con ella por compasion á su desventurada situacion, desde el momento de conocerla, la ha

colmado de cariño y de cuidados; y todavía cuando viene, con la franca confianza de un hermano la sigue siempre tratando; pero esto, á pesar de que en la apariencia la vivifique, á pesar de que parezca á primera vista constituir toda la felicidad de que es susceptible esa pobre criatura, no es en la esencia, sino un veneno lento que pausadamente va circulando por sus venas, y que al fin y al cabo habrá de acabar con ella.

—¿Y está V. segura, persistió D. German alzando ahora sus ojos honrados y fijándolos en la viuda, de que Gonzalo no la ama mas que como á una hermana? ¿Lo puede V. afirmar con toda seguridad?

—Todo ménos jurarlo, respondió la viuda.

—¡Elena es tan linda! prorumpió D. German, volviendo otra vez á los signos cabalísticos; ¡es tan linda! continuó diciendo como para sí, dando un golpe en el suelo con su baston, que no lo puedo... y no lo quiero creer, añadió con energía.

Magdalena le miró con asombro, y sintió naciente placer, halagada por la esperanza que le presentaba; pero por lo mismo, deseosa de hallar un verdadero estímulo para ella, recordó los ocho dias que acababan de pasar,

circunstancia tan opuesta al pensamiento que con tanto afán quisiera acoger.

Conocía bien, á lo menos lo había conocido hasta entónces, el estado del corazón de Gonzalo: sabía que ni un soplo del sentimiento que hubiera querido ver allí engendrado lo empañaba, y sin embargo, se asió de la idea de D. German como se ase el que se ahoga en una tabla.

—¿Usted... lo cree? dijo con afán. ¿Usted cree que Gonzalo tal vez la ame? agregó con medrosa timidez y en acentos balbucientes.

—Me parece casi imposible que no sea así, respondió el comerciante, y la ausencia que tan mal efecto hace en V., tal vez no sea mas que una prueba del sentimiento de que tanta desconfianza tiene.

—¡Y mi hija será salvada!... exclamó la pobre madre con ojos húmedos, y radiante de alegría su todavía tan bello semblante; ¡y mi hija será salvada! repitió cruzando las manos y elevándolas á la cruz que tenía delante: ¡gracias, Dios mio por tanta merced!

D. German la contemplaba con el mayor interés, y se pasó la mano por los ojos.

—¡Caramba! dijo, dando otra vez con el baston en el suelo; pues no estoy llorando como un chiquillo!

El tiempo se le hacia escaso para el gran propósito que le habia preocupado en tanto que la viuda le hablaba: el tiempo se hacia escaso para llevar á cabo el pensamiento que se le habia ocurrido; y deseoso su activo corazon de acometer cuanto ántes la más noble empresa, terminó la visita con la brevedad posible.

Sus palabras habian de tal suerte consolado á la viuda, que cual si con ellas hubiera recibido la vida de su hija, rebosó su corazon en la más profunda gratitud.

Las frases debilitan á veces el sentimiento, y un abrazo le dijo más al amigo de lo que pudieran haber hecho los discursos mejor estudiados; cuyo abrazo, devuelto por otro que encerraba toda la benevolencia de aquel corazon excelente, comunicó á la viuda las mismas esperanzas de que se hallaba él henchido.

Juntos salieron del dormitorio, y en silencio atravesaron la salita.

Aún dormia Elena, y ámbosla volvieron á contemplar con la misma atencion que ántes.

Jamás le habia parecido tan linda á don German.

Jamás se habia sentido tan enternecido á la vista de una criatura dormida.

Jamás habia experimentado sentimientos tan semejantes á los de padre.

De puntillas, como habia entrado, volvió á salir del cuarto, y cual si llevara alas en los piés, así bajó la escalera de la casa, atravesó el patio, y en menos de dos segundos se encontró en la calle.

Atento al objeto en que meditaba, hubiera querido volar de una vez á su propuesto fin; pero de continuo interrumpidos sus pasos por los innumerables mendigos que salian al encuentro y la infinidad de personas que le paraban para dirigirle alguna palabra amistosa, serian ya cerca de las tres de la tarde cuando penetró en su morada y dirigió los pasos al escritorio.

Trabajaba aún en su carpeta el único dependiente que D. German tenia, y á la entrada de este se puso de pié, lleno de respeto y deferencia.

—Quieto, quieto, exclamó el principal acompañando estas palabras de una caricia en el hombro del subalterno que hizo latir el co-

razon de este con la más viva gratitud. No hay que incomodarse, agregó con su usual afabilidad.

Este dependiente hubiera dado su vida por su principal; y su historia, una de las páginas más brillantes en la vida de su gefe, merece bien ocupar un pequeño lugar en esta narracion.

Colocado Antonio Rosales en el escritorio de D German desde jóven, habia cometido hacia años una de esas faltas que en la carrera mercantil no reciben la más mínima indulgencia.

En un momento de locura, en uno de esos momentos de maldicion que suele tener el hombre en el curso de su vida, le robó á su principal una crecida cantidad de dinero.

Robo doméstico, accion la más desleal del mundo y acreedora al más severo castigo en el que no habia recibido más que mercedes del hombre que ya en aquella época habia emprendido el negocio que formaba el objeto primordial de su vida; halló este delito, sin embargo, la mas ejemplar lenidad.

—No soy clemente porque mi objeto sea, habia dicho el hombre benévolo, encubrir el vicio y fomentar su crecimiento; sino porque

pienso que una falta sola, sea de la clase que fuere, no basta para calificar á un hombre; porque creo que es mejor justicia la que previene y corrige, que no la que castiga: cuyo axioma maduramente reflexionado y admitido en el código humanitario de este hombre virtuoso y puesto en práctica de la manera más generosa en el caso de su dependiente, le valió una hoja más de oro en la historia de su vida.

Bien entendida al propio tiempo, en toda su extension la justicia de este código, cuidó de amonestar al jóven con severidad imponente, pintándole con los más terribles colores la enormidad de su delito; y consumando su obra con el noble castigo de no retirarle su confianza y de conservarle cual si nada hubiera pasado en el puesto de que tan vil abuso habia hecho, consiguió la más cumplida recompensa.

El corazon de Rosales, aún no viciado, salió regenerado de tan generosa venganza, y el hombre que tal vez hubiera llegado á convertir en vicio, lo que no fué sino la tentacion de un momento de locura, el hombre que tal vez estaba destinado á acabar sus dias con oprobio en una cárcel ó en un patíbulo,

por efecto de esta milagrosa intervencion fué desde aquella época un ejemplo de honradez y fidelidad.

¡Bienaventurada clemencia, bien entendida justicia!... ¡cuán benéficos resultados habria de producir la frecuencia de ejemplos de esta clase!...

Pero por desgracia, hay pocos D. Germanes en el mundo. Identificado estaba D. Antonio Rosales desde entónces con su principal, pero identificado como lo pudiera estar un perro, siempre á los piés de su amo humilde y obediente, dispuesto á sacrificarlo todo por él... esta adhesion (la más grata recompensa para D. German) no era uno de los más débiles eslabones de la cadena de recuerdos buenos, que tanto contribuian á solazar su provechosa existencia.

Celoso siempre Rosales de todo lo que á su gefe atañía, estudioso de sus gustos, de sus deseos, de sus sentimientos y hasta de las variaciones de espresion de su fisonomía, no era posible que se le pasase por alto en este dia, en que se ha hecho conocimiento con él, que algo preocupaba fuertemente el ánimo de D. German; pero lleno como siempre de respeto y miramiento, tuvo buen

cuidado de no prepasarse en lo más leve.

—Pluma y papel, había dicho el comerciante después que hubo acariciado el hombro de su dependiente, y ocupado enseguida un banco inmediato al de Antonio se puso á escribir. Oblea, Antonio, dijo á los pocos segundos. Y ahora, añadió levantándose, llevarás estas cartas inmediatamente á su destino.

Iniciado el dependiente en todo lo perteneciente á su jefe, sorprendióse no poco de ver la carta dirigida á Gonzalo Figueras en la casa de D. Alvaro Montoya; pero mudo siempre para la expansion de sus propios sentimientos, y con una fé ciega en todo lo dispuesto por su principal, sin palabra ó gesto indicativo de su sorpresa, incontinenti se puso en movimiento para cumplir su comision.

CAPÍTULO X.

Pensativo y agitado D. German cuando desapareció su dependiente, principió á dar paseos por el escritorio, cual si la actividad de los movimientos tuviera la facultad de tranquilizar la inquietud del espíritu.

Más que nunca animada su fisonomía por cierta espresion celestial, superior á toda regularidad de facciones: sello infalible impreso en el rostro de los que se aproximan más en sus obras á las intenciones de Dios, se manifestaba casi sublime el hombre benévolo en estos momentos de agitacion.

Trató unas cuantas veces de sentarse delante de su carpeta, pero imposibilitado de dedicarse á nada en tanto que Antonio

Gonzalez no volviera, desistió del empeño, y sin permitirse otra distraccion que la de asomarse á cada momento á la ventana, pasó la media hora más larga que habia pasado en su vida.

Por fin, en uno de esos momentos en que aplastada su cara contra los cristales no parecia ni siquiera que tenia facciones, una sonrisa que dejó ver hasta el último hueso de su blanquísima dentadura, dió á conocer el término de su inquietud; y ligero entónces (como si le hubiera quitado veinte años de encima, ó lo menos tres arrobas de carne) corriendo al encuentro del dependiente, le vió acompañado de Gonzalo Figueras.

Mudo siempre Antonio, sumiso y rendido, esclavo, jamás importuno ni imprudente, no bien compareció en el escritorio, volvió diligente á ocupar su puesto en la carpeta; y libres enteramente el principal y su joven amigo, condujo el primero al último á su escritorio particular.

A pesar de la entereza de su carácter, manifestaba el joven Figueras tan grande alteracion en su aspecto, en medio de sus esfuerzos por mostrarse sereno, que indicaba claramente que nada bueno presagiaba del

llamamiento á que con tanta exactitud habia acudido; pero sin embargo, ocultando en sus palabras los sentimientos que le combatian, con forzada indiferencia preguntó las órdenes de D. German.

—Antetodas cosas, dijoeste por respuesta, toma asiento.

El jóven obedeció la órden ocupando una silla frente á la butaca del comerciante, y sin mas preámbulos entabló D. German la conversacion.

—Gonzalo, fueron sus primeras palabras, tal vez te parecerá una impertinencia la pregunta que te voy á dirigir; tal vez te parecerá una libertad, que por ningun estilo me corresponde, y tal vez, lo que es peor que todo eso, me crearás un pobre viejo lelo, que no sabe lo que está diciendo; pero desearia, jóven amigo mio, que me contestases con toda claridad, si tu corazon es libre.

Si un rayo le hubiere caido encima, no hubiera sido mayor su efecto que la impresion de estas palabras en el jóven, que cual si con ellas hubiera recibido un golpe de parálisis, permaneció por algunos segundos como petrificado en su asiento.

Rojo un momento, pálido al siguiente,

bastante niño aún para conservar todavía mucha de la virginidad del corazón, creyó por un momento ver realizados sus más siniestros temores y descubierto el secreto que tan sagrado consideraba.

Morados sus ojos ahora, toda su alma se concentró en su mirada; y penetrante, leyendo en el fondo del corazón de D. German, se sintió reanimado al descubrir la ninguna malicia encerrada en la pregunta que le había dirigido.

Tranquilo, pues, por este lado, y solamente sorprendido sin atinar con el objeto que pudiera envolver, se preparaba á dar una contestación ambigua, cuando de nuevo volvió D. German á dirigirle la palabra.

Tu fisonomía te ha descubierto, dijo. Esos colores, esa mirada todo me lo revelan, y no necesito que los labios lo corroboren. ¡Quién no ama á los veinte años! añadió.

Gonzalo estaba sobre áscuas, y parecía haber perdido el uso de la palabra.

Profundamente convencido D. German de que los sentimientos del jóven habían de corresponder en un todo á los deseos que animaban su propio corazón, pareciéndole imposible que los encantos del lirio blanco fuesen

desapercibidos ó mal apreciados en su pureza de alma, volvió á dirigirse á Gonzalo, y á confundirle no poco con el tenor de sus palabras.

—Bien lo esperaba, dijo, y por cierto que no era posible fueses indiferente á la constante presencia, al constante trato de una criatura tan interesante. ¡Tan linda, tan inocente, tan pura y tan desgraciada!. .

Gonzalo creía soñar.

—Seguro estaba yo, continuó el comerciante, de que sólo un sentimiento de delicadeza te habia retraido hasta aquí de descubrir el estado de tu corazón: la situación tan delicada de esa criatura...

El jóven creía que D. German habia perdido el juicio.

—La situación tan delicada de esa criatura, repitió, te habrá hecho sepultar en las profundidades de tu pecho el sentimiento en él nacido; pero, continuó diciendo con energía, correspondido tu amor, como jamás te podias imaginar, el deber más sagrado te obliga hoy ya á confesarlo. Todo sentimiento delicado, todo género de temor ó de obstáculo desaparece de una vez ante la imperiosa necesidad de devolverle la vida á esa

pobre desgraciada que se está muriendo de amor por tí... ¡Elena te ama!

—¡Elena! exclamó Gonzalo.

D. German le contempló con el mayor asombro, y examinó con atención las alteradas facciones del jóven, que después de haber articulado el nombre de Elena con los acentos más llenos de tristeza, se habia quedado como anonadado y presa de la más profunda melancolía: inclinado su demudado rostro sobre el pecho, fijos los ojos en el suelo y cruzadas las manos sobre las rodillas, cual si le agobiara el más grande de los pesares y no tuviera fuerzas para luchar contra él.

Por fin, algo repuesto levantó la cabeza, y mirando á D. German de lleno, dijo que no lo podia creer..

—¡Que no lo puedes creer! contestó el comerciante; ¿que no puedes creer lo que mis propios sentidos han atestiguado? ¿Lo que mis propios oídos han escuchado? ¿Lo que una madre, una madre que todo lo sabe, que todo lo adivina, me ha asegurado? ¡Ah, Gonzalo! exclamó por primera vez despierto á la realidad; ¿conque es cierto lo que tan imposible me parecia? ¡No la amas!

—¡No! fué la respuesta de Gonzalo.

—Y ella te ama, sin embargo, se apresuró á decir D. German; y se está muriendo de amor por ti. Te ha amado siempre sin saberlo la inocente criatura: te ha amado con ese amor concedido sólo á los ángeles, nada semejante al sentimiento creado en el pecho de los mortales; y como el campo, falto de sol se seca y se marchita, así fenece ella privada de tu presencia. Ocho dias hace que no te vé...

—Ocho dias, interrumpió Gonzalo, como hablando para sí, que he estado fuera de mí; y no he tenido sentido para nada.

—Ocho dias, prosiguió diciendo el comerciante, sin poner atencion á las palabras del jóven, que han bastado para asesinarla. La acabo de ver, y la he visto casi en la agonía.

—¡Dios mio! exclamó Gonzalo abrumado con el peso que le habia caido encima! ¡Dios mio, esto mas! y ocultando el rostro entre las manos, un sollozo se escapó del fondo de su corazon.

D. German no tenia misericordia, y lanzado ya en la arena le contó cruel todo lo que de los lábios de Magdalena habia sabido aquella mañana, celoso en la defensa de su causa,

clavándole al jóven hasta el puño la daga con que le atravesaba el corazon.

—Plazo cumplido, deuda pagada, Gonzalo; fueron sus últimas palabras; justo es que la deuda de que tan acreedor le eres á Magdalena, se la pagues y de la manera más ámplia. Justo es, que una vez que el destino ha puesto en tus manos los medios más eficaces para resarcirle el bien que de ella has recibido; justo es que de ellos te valgas para servir, no sólo á la causa de la gratitud, si no la del mismo deber en que todos estamos de conservar por todos los recursos á nuestro alcance la vida de nuestros semejantes; debes pensar, Gonzalo, que en faltar á estos deberes tan sagrados, faltas igualmente á todos los afectos más naturales del corazon. Dí: ¿no te mueven á compasion los sufrimientos de esa pobre niña? Dí: ¿no te mueven á amarla el candor y la inocencia de su alma pura? Dí: ¿no te mueve á llorarla el pensamiento de que tu desamor le causa la muerte?

—Se ama á una hermana con la mayor ternura, fué la respuesta del jóven, y se la ama tanto, que daría uno la vida por salvar la suya, como yo la mia por salvar la de Elena; pero, agregó con un esfuerzo doloroso, lo que

de mi se exige es mucho más que la vida, es el corazón, que no es mio; añadió con amargura. ¡Ah! continuó diciendo, ¿por qué no lo he sabido ántes, y entónces nada de esto hubiera sucedido? ¿Por qué no me hicieron conocer el sentimiento á que tan ciego he sido? ¡Ah!... ¿por qué cuando aún estaba en tiempo no salvaron á Elena, y á mi tambien? Hubiera sido una misericordia entónces, miéntras que ahora no es más que una maldicion: una maldicion, repitió, que me hace aparacer á mis ojos un mónstruo de ingratitud, deslealtad é iniquidad. Hollar los sentimientos más sagrados del corazón, y hollarlos con pleno conocimiento de lo que hago. ¡D. German! añadió con vehemencia, este es mi sino, y en balde busco fuerzas para contrarestarlo.

D. German le interrumpió.

—Detente, dijo. No prosigas clamando de esa suerte contra la voluntad del destino; ni te escudes con su influjo para perseverar en tu obstinado propósito de negar el asentimiento á lo que con tanta instancia te pido. Fuerte la voluntad humana, cuando así lo quiere, para someter á su ley las pasiones más violentas, la voluntad, Gonzalo, impera sobre todos los instintos, y á ella únicamente debes

culpar si cruel rehusa salvar la vida de que puede disponer.

El jóven sufría horriblemente, y en balde imploraba con lo espresion angustiosa de su semblante la clemencia de su juez: D. German continuó impertérrito de esta suerte:

—¿Hábras de ser vívora, Gonzalo, para el seno maternal que te cobijó en tu desgracia? ¿Te habrás de manifestar ingrato á todos los beneficios que de esa familia has recibido? ¿Inhumano habrás de ser y hasta cruel dando la muerte cuando en tu mano está el conceder la vida? Seria un crimen espantoso, Gonzalo, agregó, y no, no lo puedo creer que seas tu capaz de cometerlo.

Los ojos de Gonzalo estaban llenos de lágrimas.

El comerciante continuó hablando.

—Poca cosa te se pide.....

—¡Poca cosa! dijo para sí Gonzalo. Poca cosa: ¡el corazon!....

—Un sacrificio tal vez, prosiguió diciendo D. German, tal vez sólo de meses. De meses, ¿me has oido? preguntó. Destruida y por tu causa, más aún que por el mal que mina en su seno, la naturaleza frágil de Elena, lo que de tí se pide no es sino un débil respiro

para esa vida tan acabada; no es sino una débil oscilacion para esa moribunda luz, una débil oscilacion para que se prolongue un poco la existencia que harto temprano deberá terminar.

Las lágrimas que ántes llenaban los ojos de Gonzalo, corrieron ahora por sus mejillas.

—Amo á otra, fueron sus únicas palabras; ¡amo á otra y no puedo disponer de mí!...

Fueron sus acentos tan desgarradores, aunque al mismo tiempo tan decisivos, al articular estas palabras, tan hostiles á las esperanzas y deseos del comerciante, que D. German conoció la inutilidad de insistir más sobre el asunto.

Fijó sus honrados ojos en el jóven con tan profundo disgusto que ni aún semejanza á su madre le encontró en aquel momento, y deseoso de huir de la contemplacion de aquella criatura tan culpable á sus ojos, empezó á dar paseos por el cuarto, meditabundo y contristado.

A los pocos momentos imitó Gonzalo su ejemplo, y lentamente aproximándosele le dirigió la palabra.

—¡Le he disgustado á V.! dijo. No necesito que los lábios me confirmen lo que tan á la

vista está; pero justo es, D. German, que el que como V. debe conocer lo que yo sufro, me conceda alguna indulgencia. Usted ha amado, y ha amado con todas las facultades de su alma, con un amor constante, fuerte é inextinguible, que ni las amenazas, ni la pérdida de todas las ventajas de la posición, ni el destierro, ni la infelicidad, ni aún más que todo eso, la pérdida del objeto amado, lograron jamás debilitar; y por lo tanto, nadie mejor debería comprender la naturaleza del amor encerrado en mi pecho, que como el de usted así superó todas las contrariedades que se le interpusieron, así supera no sólo las contrariedades de la suerte, sino hasta el mismo reclamo de todos los demás afectos del corazón.

—Son otras las circunstancias, interpuso D. German por toda respuesta.

—El amor desconoce circunstancias de toda especie, replicó Gonzalo.

—La mía era una cuestión de orgullo, de capricho y de arbitrariedad, prosiguió diciendo el comerciante, y la tuya es cuestión de vida ó muerte.....

—¡De vida ó muerte, para quien me ama! interrumpió Gonzalo.

D. German le miró con fijeza.

—¿Tanto amas á la otra? preguntó.

—Concentrado mi sér en el de ella, la luz de su presencia y el aliento de sus lábios forman toda la felicidad de mi vida. Por ella respiro, por ella recibo cuantas sensaciones experimento, y su reflejo da colorido á cuantos objetos me rodean; imposible me seria desear de mí la imágen que tan necesaria me es. Tal es el amor que por ella siento, comparable solo, D. German, al que V. experimentó por mi madre; por lo que fué el de usted, juzgue V. de lo que es el mio, y tenga misericordia de él.

Todo la lógica del hombre benévolo desapareció ante la evocacion de estos recuerdos; y aunque fuerte todavía en sus deseos de ganar el bien propuesto, le faltaron las expresiones para continuar abogando por él.

Gonzalo se aprovechó de su ventaja, y siguió hablando de esta suerte:

—Siendo pueriles á mi entender todos los sentimientos engendrados en Elena, porque su naturaleza no es posible dé de sí otro género de sentimiento, á no dudarlo, la imaginacion de V. le ha exajerado el valor de esa passion de que quisiera hacerme participe, y por

lo tanto el calor que ha desplegado en el servicio de su causa fácilmente se le puede disculpar. Solamente le suplico medite con des-pacio lo que acaba de pasar entre nosotros, y piense con detenimiento en la posición en que me veo colocado, así como en los acerbos sufrimientos que la revelación de hoy no puede ménos de proporcionarme, para que el recuerdo de su amor por Rosario le ilumine para servirme de guía en estas circunstancias tan críticas, sin comprometer ni mi amor, ni los sentimientos sagrados de la amistad y la gratitud, á que sería yo un mónstruo si me atreviera á faltar.

Dichas estas palabras, y ántes que D. German conociese su intención, desapareció el jóven de su presencia; dejándole presa de los más complicados pensamientos, y hecho un mar de confusiones, sin saber qué partido tomar.

Gonzalo amaba á otra: Gonzalo no podía amar á Elena, y Elena no podía vivir sin su amor.

Duro é inflexible el jóven, le habia quitado á D. German todo género de esperanzas; y abatido como nunca el buen hombre con este desengaño, se entregó á la más profunda melancolía.

Pero meditó, no obstante, cómo Gonzalo le habia suplicado, sobre todo lo que entre ellos habia pasado; y entregado á esta meditacion, se olvidó por lo pronto de toda otra cosa en el mundo.

Presentes á su imaginacion aquella criatura doliente, tal como la habia visto algunas horas ántes, moribunda y casi en la agonia; aquella madre amorosa cuyo corazon atravesaba el agudo dardo del remordimiento y del dolor anticipado; y por otro lado, el amor ardiente de Gonzalo, tan fuerte, que en pos de sí arrastraba los sentimientos todos de su corazon: amor en su poderío semejante al que gobernó la propia juventud de D. German, se sentia el comerciante como jamás se habia sentido en su vida, postrado en la impotencia.

Sumergido en estos pensamientos pasó un largo rato, y hubiera tal vez pasado el resto de la tarde, á no haber sido interrumpido al cabo de media hora en sus tristes reflexiones por la entrada de Antônio Rosales en el escritorio particular.

Sorprendido el dependiente de los acaecimientos de aquel dia, sorprendido de la expresion de la fisonomía de su principal, á su

entrada en el escritorio, de la venida de Gonzalo, de la larga conferencia habida entre él y D. German, y sobre todo, del aparente olvido de su principal de todo lo perteneciente á su propia persona, venia á anunciarle que eran las cinco de la tarde, que el escritorio no se habia aún cerrado y que la comida hacia una hora le estaba esperando; cuyo anuncio produjo en D. German la más grande sorpresa, no tanto por la velocidad con que el tiempo habia corrido y el olvido de todo en que habia estado, cuanto por el nunca visto ejemplar de haberse propasado Antonio á esta ligera amonestacion.

Lleno siempre Rosales de deferencia y respeto, en su humilde adhesion, al que su regenerado sér deificaba, preciso era todo lo que habia sucedido, para que á tal punto se saliera de su centro, y precisa era la grande reaccion producida en D. German por esta causa, para concederle la fuerza necesaria para sacudirle del peso que le oprimia.

Libre algun tanto de él, y mostrándose más que nunca afectuoso con su dependiente, deseoso de resacirle las dos horas que habia abusado de su paciencia, le acompañó al co-

medor, é instalándose allí, trató de hacer los debidos honores á la comida que tanto tiempo hacia que le esperaba.

Pero indiferente á cuanto le ponian delante, sin apetito ni gusto para nada, preocupada por completo su imaginacion por la imágen de aquella doliente criatura que tanto le interesaba salvar, y el temor de la ineficacia de sus humanitarios deseos, jamás fué comida hasta tal punto desairada, ni existia recuerdo alguno en los anales de la historia del hombre benévolo (es decir, desde la época en que habia sido el bien de la humanidad el objeto primordial de su vida) de una noche pasada en tanta tristeza é inquietud como lo fué esta.

CAPÍTULO XI.

Tiempo hacia ya que la lucha del corazón de Isabel había empezado. Tiempo hacia ya que la más encarnizada contienda destrozaba por completo la tranquilidad de su espíritu, que semejante á las borrascas de la tempestad, tan pronto se entregaba á los espantosos embates de la tormenta como brillante, claro y refulgente aparecía bajo la luz del relámpago, el relámpago de la esclarecida virtud, la antorcha cariñosa, que cual la sombra de una madre ofrece siempre un seguro consuelo en su amoroso regazo.

Lanzada su alma en amoroso vuelo hacía aquella otra alma gemela suya, desde el momento de encontrarse con Gonzalo, y por

completo dueña de las sensaciones creadas en su corazón, de antemano tan desarrolladas y entendidas, con harta anticipación había empezado la formidable lucha, y harta cuenta se daba la infeliz del sentimiento culpable engendrado en su pecho.

Variado desde entonces el carácter de su belleza, desde entonces impresa en su semblante la más profunda melancolía y marcados dos surcos en sus mejillas por las continuas lágrimas, aunque aumentada al mismo tiempo la dignidad del semblante cual si lo adornara una aureola, emblema de pureza, se hacía más notable el contraste ofrecido en su porte exterior, que en completa contradicción con estas apariencias de tristeza y desaliento, jamás se había manifestado ni más lleno de complacencia y amor, ni más solícito en el cumplimiento de sus deberes.

¡Pobre Isabel!

Trocada la aridez de su vida por el agudo dardo del remordimiento que tenaz le corroía el corazón, tal cual pudiera una penitente se conducía ella, estudiosa siempre de reparar su delito y resarcir por cuantos medios hallaba á su alcance la falta de que tan culpable se creía.

Afanosa, pues, como nunca por llenar las sagradas obligaciones á que tan expuesta se hallaba á faltar: afanosa como nunca por desplegar las virtudes que más la ennoblecian, hubiera bastado sólo el digno esfuerzo de su espíritu para hacerla para siempre apreciable á los ojos de su marido; pero incapaz D. Alvaro de valuar estas elevadas virtudes, ante su vista pasaban como la luz ante las pupilas de un ciego.

Y grande aumento de virtud requeria Isabel cada dia, no sólo para sofocar el sentimiento despertado en su pecho sino igualmente para sobrellevar con debida resignacion los tormentos que agujoneaban su espíritu: los nuevos tormentos producidos por la constante irritabilidad de su marido con sus hermanos, que una vez desbordada como se vió en otro lugar, continuaba inexorable vertiendo sus poderosas corrientes: grande virtud, que el Todo Poderoso le concedió en recompensa de los heróicos esfuerzos que la pobre hacia por vencer los instintos de su corazon, y que en medio de todo, no podia ménos de convertirse en panacea eficaz para aliviar algun tanto los males que la torturaban.

¡Panacea eficaz, brújula de la vida, consuelo en todas las desventuras, cuál la columna de fuego que á los israelitas condujo á la tierra de promision, así la tea de la virtud ilumina el camino para la tierra del cielol.... ¡y dichoso aquel que su luz siga, aún por el más estrecho sendero, porque habrá de recoger la más cumplida recompensa!....

.....
 Dioses Lares, ¡cuán bañados de lágrimas habeis sidos en los días que han seguido al encuentro de Isabel con Gonzalo en el gabinete!

Dioses Lares, ¡cuán tiernos y cariñosos debeis mostraros con la mujer que os ha cubierto con tan ardorosos besos, y tan copiosas lágrimas!

Dioses Lares, únicos confidentes de su amor, miradla con misericordia, porque bien lo merece.

¡Gonzalo la ama!

Gonzalo no vive más que en la luz de su presencia.

Gonzalo no disimula, por más que se esfuerza para ello, el sentimiento que le domina; y este amor exquisito, este amor que embriaga á Isabel de deleite, este amor que rea-

liza los pensamientos todos de su imaginacion de doncella, este amor, conjunto de los ensueños, de las aspiraciones, de los sentimientos todos de su alma virgen, debe ser sofocado, debe ser repulsado, debe ser pisoteado, que ni un lento murmullo de su voz, ni un hálito suave de su aliento vayan á empañar el claro escudo de la esposa virtuosa.

Ocho dias han pasado, durante los cuales ha apurado hasta las heces el cáliz de la amargura, padeciendo no sólo sus propios males, sino atestiguando la fiera contienda sostenida por el hombre que la ama, que dotado de ménos abnegacion que ella, en balde interpone los resortes de la razon, la intervencion del recuerdo de su madre y los sentimientos más sagrados del corazon para batallar contra su apasionado anhelo, que á cada instante se halla á punto de precipitarlo.

¡Triste amor tan combatido!... las dificultades no sirven sino para aumentarlo; y reunidos á cada hora del dia, presentes siempre á los ojos el uno del otro, la imágen que absorbe los pensamientos de los dos va haciendo por dias irresistible la lucha.

Diferente es, sin embargo, el proceder de

los dos por efecto de la diferencia de circunstancias y de sexo: en tanto que la batalla va debilitando la fuerza del hombre, y que el aumento del amor va disminuyendo el emporio de la virtud, la contienda en el pecho de la mujer hace crecer el heroismo de su abnegacion.

Bañadas siempre en llanto sus mejillas, en tanto que los Dioses Lares atestiguan su expansion: cubierto de luto y tristeza el campo de su vida que el amor ha convertido en un inmenso desierto, pero conservando Isabel el lugar que le corresponde, fria é indiferente en la presencia de Gonzalo, eleva en su proceder calculado la más inexpugnable barrera entre los dos, que por entero le niega á él hasta el consuelo de sentirse amado.

Dichosa ella, en medio de todo, dueña del secreto del corazon que la ama; dichosa ella, que puede regocijarse por su grande sacrificio y conoce su valor en toda su estension.

Pero él... ignorante de lo que por ella pasa, ciego á los sentimientos que con tanto ardor corresponden á los suyos, privado de felicitarse como ella de la realizacion del más grande de los sacrificios, no tiene en sus sufrimientos ni el más triste de los consuelos!

Lleno de desconfianza, sin alcanzar á ver más que las dificultades que le aterran, acobardado por la misma fuerza de su amor, un amor lleno de adoracion, que dispone por entero de su vida... ¡era triste en verdad el espectáculo de su agonía!... agonía á la vista de todos, que aún sin adivinar ninguno la causa, era capaz de conmover un corazón de piedra; y que la conferencia habida con D. German del Castillo, no habia contribuido poco á aumentar. Gonzalo habia vuelto á la morada de su tío, presa de la más profunda melancolía, con el corazón oprimido como si una losa pesára sobre él y sobre su alma pendiese ya la culpa del prematuro fin del lirio blanco; en balde se esforzaba por admitir la fuerza de las razones con que habia rebatido á D. German; inexorable su conciencia (ese juez interior á quien ningun sofisma engaña) le reprendia severa la iniquidad de su proceder.

Pasada ya la hora de comer en aquella casa, cuyo sistema de puntualidad jamás sufría la menor alteracion, y que en ninguna ocasion otorgaba la más mínima consideracion ó espera á cualquiera de los miembros de la familia, consideró inútil el jóven dirigir

los pasos al comedor; y celebrando alegre en este momento el sistema riguroso que le evitaba el martirio de sobreponerse con tanta presteza á las sensaciones que le dominaban, tomó la direccion de su propia habitacion que se hallaba situada en el segundo piso,

Precisado á pesar por delante de las de Isabel ántes llegar á su destino, al aproximarse á la puerta del tocador que daba al corredor, le llamó la atencion el sonido de una voz irritada, que semejante á la de Estentor, parecia la de cincuenta hombres reunidos, y que á no dudarlo procedia del departamento de la mujer de Montoya.

Detenido por este ruido inusitado no tardó en descubrir en aquellos acentos alterados la voz de su tío, y lleno por este descubrimiento del más profundo terror, fué su primera intencion no seguir adelante hasta conocer lo que pasaba entre los consortes.

Pero contenido por un sentimiento de delicadeza, con aumentada celeridad continuó su camino; y habia ya dado algunos pasos cuando de nuevo fué interrumpido su curso por la repentina aparicion de Francisco Cadenas que salia de la salita de las cábalas de D. Alvaro, y que al parecer profundamen-

te preocupado, ni siquiera reparó en la presencia del joven.

Fruncidas como nunca sus cejas una raya sola parecían, siniestro era en extremo el mirar avieso de sus ojos, y descubiertos iban sus aflados dientes por la más maligna sonrisa: contempló el joven Figueras con extrañeza la espresion de la fisonomía del cajero, y no pudo ménos de conservarle por largo tiempo en su recuerdo. Pero ocupado como estaba por sus propios asuntos, sin concederle á Francisco otro pensamiento que el de la impresion recibida por su aspecto, siguió andando en silencio y sin otro incidente llegó por fin á su dormitorio, en tanto que Cadenas (dotado de ménos delicadeza que él), se arrimó á la puerta del tocador, y prestó oido atento á lo que en su interior pasaba.

—Has abusado de mí demasiado, fueron las primeras palabras que escuchó, y no lo tolero más. ¿Qué mujer en el mundo goza de mayor felicidad que tú? ¿Ni qué mujer se resiste á la voluntad de su marido como tú te has atrevido á hacerlo á la mia? Dí: ¿no he hecho todavía bastante por tí y por los tuyos? ¡Responde! gritó casi con ferocidad el irritado marido, ¡responde!

Un sollozo llegó á los oídos de Francisco, un sollozo desgarrador, que fué seguido por la voz apagada de Isabel, que en acentos balbucientes de esta suerte contestó:

—Más de lo que nos merecemos. Mucho, mucho más de lo que cualquiera de nosotros es acreedor á recibir hemos recibido de tí; pero no me digas, Alvaro, que hemos abusado de tus bondades, ni que he faltado á la consideración que me correspondía concederte, porque eso jamás ha sucedido. Cuanto he hecho, ha sido, como te consta, autorizado por tí; y duro es que me hagas tan injustas reconvenciones. Sabes bien las condiciones todas á que mutuamente nos avenimos al tratarse nuestra boda, y no debes haber olvidado que si mi familia entró conmigo en esta casa, fué porque tú así lo dispusiste, no porque yo lo hubiese solicitado. Duro me es, Alvaro, agregó con los mismos acentos balbucientes y casi ahogada por los sollozos; duro me es recordarte todo esto, apenas hallo palabras para expresártelo; pero es mi deber justificarme de tan inmerecida inculpación...

—Basta, basta, interrumpió la voz irritada de su marido; basta de reconvenciones que á tí seguramente no te corresponde ha-

cer, y no hablemos de lo pasado sino de lo presente.

—¡Alvaro! exclamó Isabel con acentos tan angustiosos que parecía haber concentrado su alma toda en la articulación del nombre de su marido; ¡Alvaro, ten misericordia de mí! Jamás, prosiguió diciendo en medio de los sollozos que de vez en cuando la interrumpían, jamás se ha levantado mi voz en oposición de la tuya, jamás ha contraestado la más leve de tus opiniones ni el más insignificante de tus mandatos; pero hoy que por primera vez lo hace, juzga cuán grande habrá de ser el impulso que la mueve: juzga cuán dolorosa habrá de serme su sentencia para que á este extremo me conduzca!...

—Lo he dicho y lo repito, fué la respuesta de D. Alvaro, que no lo tolero más, que tu obligación es someterte á mi voluntad, y que la mía es que los abusos tengan fin. Soy dueño de mi casa y solo yo mando en ella.

—Creí que me querías, interpuso la acongojada mujer por toda respuesta.

—Soy tu marido, contestó Montoya, insensible siempre á todos los llamamientos á la sensibilidad, y si me acuerdo de que lo soy para lo que á mí corresponde, tu deber es

recordar tambien que eres mi muier para cumplir igualmente con lo que á tí te atañe. No te saqué de la nada Isabel, continuó diciendo, para que te engrieras tanto, ni te coloqué en la posicion que ocupas para que te creyeras dueña absoluta de mi albedrio; y si tan generoso he sido hasta aquí que no te lo he dado á conocer, tiempo es ya de que comprendas tu verdadero lugar.

—Perdóname, Alvaro, articuló la jóven con la mayor humildad, si hasta aquí lo he desconocido: efecto ha sido sólo de mi ignorancia, pero no de mi voluntad.

Nada desarmado D. Alvaro por estas palabras, mas recibiendo en ellas aumento su brío para su cólera y tiranía, se volvió con el mismo acento á su mujer :

—Estoy cansado de las majaderías de tu padre, fastidiado del eterno bullicio de los niños, y aburrido de tus extremos con ellos: esos extremos que te roban la atencion perpetuamente, cuando mis asuntos son los únicos que deberian reclamarla; y que no te dejan ni aún cumplir respecto á mí los deberes que corresponden.

¡Ah, si el ojo traidor situado á la cerradura de la puerta hubiera podido vislumbrar la

expresion de la fisonomía de Isabel al escuchar estas palabras!

¡Ah, si aquel ojo traidor hubiera podido penetrarse de toda la angustia despertada en el corazon de la jóven por el extraño lenguaje de su marido! ¡en la contemplacion de aquella angustia, hubiera recojido el cajero la recompensa de todas sus maquinaciones maquiavélicas!.... pero privado de ese placer, sin otro goce por ahora á su alcance que el recreo del oido, con aumentada curiosidad lo arrimó otra vez á la cerradura para escuchar las siguientes palabras:

—Algun influjo secreto te inspira esas ideas, algun enemigo oculto conspira contra mí...

Un escalofrio circuló por el cuerpo de Francisco Cadenas, y un temblor nervioso hizo chocar sus miembros y dar sus dientes unos contra otros.

—Algun enemigo oculto, repitió la jóven, conspira contra mí, é impotente para resistir á sus maquinaciones, no puedo hacer otra cosa, Alvaro, sino pedirle á Dios que te inspire el conocimiento de la injusticia que conmigo cometes. Constantes mis esfuerzos por cumplir como corresponde con mis deberes;

ese Dios que me escucha sabe bien cuáles son los sentimientos que animan mi corazón, y cuál el esfuerzo que hago por implorar la misericordia á que tan poco acreedora me juzgo... misericordia que imploro, no por lo que valgo, si no por el amor de Dios, al cual no es posible sea ningun oido sordo.

El crujido de un vestido y el sonido ligero de pasos llegó en este momento á los oidos del cajero, é interceptada al propio tiempo su vista por la sombra de un cuerpo ante el agujero de la llave, vió en breve á este cuerpo caer de hinojos sobre el suelo y elevar las manos suplicantes en tanto que estas palabras acompañaban le expresiva accion:

—¡Alvaro! articuló la voz más temblorosa que habia Francisco escuchado en su vida; por ese amor tu misericordia invoco: por ese amor te pido no los eches de tu casa. ¡Un anciano ciego, unos niños inocentes!... ¡Piensa lo que va á ser de ellos separados de mi lado!... y un llanto convulsivo siguió á esta invocacion que era capaz de conmover el alma más empedernida.

Espantoso el dominio del depotismo sobre la debilidad: espantoso su crecimiento ante la escasez de fuerzas, é ineficaces por consi-

guiente para conmover á D. Alvaro las armas empleadas por Isabel, sus lágrimas fueron como leña para fuego.

—Cesa, mujer, de incomodarme, gritó el marido con acentos tan feroces que daba horror escucharle; cesa ó teme las consecuncias. Hoy mismo, ahora mismo saldrán todos á la calle. Soy el amo de esta casa, y á mi voluntad nadie se opone. Tienes dinero disponible para llevar á cabo mi resolucion esta misma noche, dijo, deseoso de zanjar de una vez toda especie de dificultades; te prevengo que tal como lo ordeno así habrá de hacerse. Dispon lo que mejor te parezca, determina lo que más conveniente encuentres; pero guárdate bien de desobedecerme, porque no lo habrás de hacer impunemente.

Esto dicho, el ojo situado en el agujero de la llave vió que la mujer aún de hinojos, de nuevo elevó sus manos suplicantes y que el marido, cada vez más furioso, contestó á aquel último ruego con una maldicion y con un movimiento brusco contra el cuerpo delicado apoyado en sus rodillas, que lo hizo caer en el suelo.

El negro corazon de Francisco Cadenas se estremeció lleno de satisfaccion; pero vi-

gilante siempre de la situación, y cuidadoso de que sus acciones no le comprometieran en nada, apartándose presto de la intermediación del tocador, dejó que D. Alvaro pasase á sus habitaciones ántes de proceder á gozar del placer de la venganza.

La venganza maquiavélica, la vil represalia que el hombre despreciado habia jurado en sus adentros á la mujer que amaba, y que maduramente reflexionada, lentamente urdida, y astutamente manejada, habia sido puesta en las manos más eficaces para su ejecución, y presentaba tan brillantes resultados!

La vil venganza, que en un principio no habia preocupado al cajero, alarmado entonces por otros pensamientos, pero que encendió el proceder de Isabel, proceder digno, pero altivo y desdeñoso.

La vil venganza, digna del mismo Belcebú, para cuyo logro ocurrióle á Francisco Cadenas el pensamiento de convertirse en un segundo Mefistófeles, y como él apoderarse del alma de su víctima para disponer de ella cual pudiera de un maniquí!

Represalia inhumana! acibarar la única dulzura de la vida de aquella mujer!

Represalia atroz! estimular los sentimien-

tos egoistas de D. Alvaro Montoya, y hasta despertar en sus limitados alcances la sombra de la desconfianza, é impelerlo con sus constantes razonamientos é insidiosas advertencias á clavar con sus propias manos el dardo en aquel seno tan amante de los suyos!... Sabia bien el cajero lo que hacia (conocedor del entendimiento de su principal y de la inflexibilidad de su corazon á todo sentimiento ó afecto humano) en convertirle en el agente visible de su venganza, que ahora empezaba á saborear.

Abierta la puerta, por la cual salió el marido, penetró el cajero sin obstáculo y se puso en presencia de la mujer á quien vió echada sobre el sofá, oculto el rostro entre las manos y cubierta como con un paño de oro con su desordenada cabellera.

Amor feroz el que en el pecho de Francisco ardia: amor capaz de todo por poseer ó destruir el objeto que lo habia inspirado; pero disimulado bajo la capa de la hipocresía que encubria de continuo el cajero, cual pudiera hacerlo la persona más indiferente, así se aproximó á Isabel y le dirigió la palabra.

Sobresaltada la jóven por el sonido de su voz, se descubrió el rostro de repente, le

miró con la misma repugnancia que hubiera podido hacerlo á una serpiente venenosa que hubiera tenido delante.

Verdad es que desde la escena de la playa, Cadenas habia sido para ella como el reptil más asqueroso; verdad es que lo que entónces sintió hácia él, habia seguido siempre sintiéndolo en el fondo de su corazon, y natural era que al verle junto á sí en unos momentos tan críticos, se despertara por completo toda la indignacion que le inspiraba.

Confundidos, y algun tanto adormecidos sus recelos por efecto, como ya se sabe, del estudiado proceder del hombre que tenia delante, pero nunca destruidos, la conducta de D. Alvaro aquel dia y los pensamientos extraños que se le habian escapado, despertaron de nuevo y en toda su fuerza la aletargada desconfianza de la jóven, que sabedora del influjo del dependiente sobre su principal, no habia podido ménos de hacerle reo de la más vil bajeza.

Inflamada por la más justa indignacion, no sólo le inspiró horror, no sólo repitió la mirada de ántes, sino que al propio tiempo se levantó del sofá como para huir del tocador.

Nada sorprendido de esto Francisco, previendo las sensaciones que habian de despertarse en la jóven, disimuló su mal efecto, y cual si no acertara á descifrarlas así, le volvió á dirigir la palabra frio é indiferente y á suplicarle admitiese el consuelo de su simpatía.

Convencida Isabel de que bajo los acentos de la amistad iba envuelto el triunfo del vencedor, y que su enemigo venia á insultarla en su desgracia, inmóvil como una estatua, escuchó el estudiado discurso, é íntimamente convencida de su falsedad, ni aún se dignó concederle una respuesta.

Nada intimidado Francisco por este proceder; nada acobardado ante la altivez y firmeza que osados se habian armado contra sus viles propósitos, como si no viera el mirar altanero ni hiciera alto en el despreciativo silencio, volvió de nuevo al ataque, y esta vez de tal modo, que no podia ménos de conseguirle el deseado resultado.

—Señora, dijo, veo que le importunan los sentimientos de conmiseracion que no puedo dejar de manifestar, y si en el alma siento la mala acogida de mi simpatía, más aún me pesa el que no haya conocido que si me he

atrevido á prestársela es porque tal vez en mi mano esté el concederle algun consuelo.

Detenida Isabel de una vez en su intento de alejarse de la estancia, desarmada de repente en su indignacion y libre por completo de los recelos que hacia un gran rato la atormentaban, acogió estas palabras su corazon como un rayo de esperanza. ¿Serian injuriosos é infundados los pensamientos que hasta aquí habian cruzado por su mente?

¿Serian inmerecidas calumnias las inculpaciones que al cajero habia levantado?

¿Seria meramente una ilusion de sus sentidos el influjo perjudicial del dependiente sobre su principal?

¿Seria tan generoso en su venganza como sostenida habia sido ella en su castigo?

¿Seria, en fin, posible que en sus manos estuviera el concederle ese consuelo que tanto necesitaba?

Las palabras del cajero se lo indicaban, y así se acogió la jóven á ellas con el mayor fervor.

Bullendo, pues, en su pecho una esperanza, y al mismo tiempo combatida por los diversos sentimientos despertados por el lenguaje de Francisco que de repente habia dispuesto

de su sér como por encanto, se sintió Isabel trasportada á los primeros tiempos de su conocimiento con Cadenas, culpándose generosa de la más imperdonable injusticia, y anhelante sólo de conocer la debida reparacion.

¡Alma pura, alma libre de doblez, alma ignorante de los resortes de la maldad y del anzuelo, oculto tras del cebo, dejóse seducir.

El cajero conoció por instinto ántes aún que la fisonomía de la jóven y su movimiento retrógado hácia el sofá se lo hicieran conocer; y lleno de la más íntima satisfacion por este descubrimiento, se sintió dueño de la situacion.

Junto á ella se sentó en el sofá de badana, el sofá tantas veces bañado con las lágrimas de Isabel, y cuando aún no habia tenido la jóven ni tiempo para tomar aliento, emprendió él la conversacion.

—Dias hace, dijo, que lo que ha sucedido lo estaba yo previendo; y aunque nada preparado para ver tan pronto la confirmacion de mis recelos, sin embargo, la perpétua irritacion de D. Alvaro me tenia en un continuo temor del golpe que le amenazaba á V. Confirmados demasiado pronto esos temores segun lo que ha llegado á mis propios oídos...

—A sus propios oídos! interrumpió Isabel sonrojándose llena de sorpresa y confusion.

—A mis propios oídos, repitió el cajero, que desde la sala de D. Alvaro, añadió con imperturbable serenidad, escucharon sin perder una sílaba todo lo que entre V. y su marido ha pasado y que sin quererlo, se han hecho dueños de la sentencia firmada contra su desvalida familia; pero cuyo único delito es haberse hecho perspicaces en el servicio de la amistad.

Cubierta la jóven de la noble vergüenza que le inspiraba el pensamiento de que los cargos que á su marido habia dirigido hubieran llegado á oídos ajenos; cubierta de vergüenza de que aquel altercado hubiese salido de los límites sagrados del tocador, y que Francisco Cadenas fuera depositario de semejante escena, no acertaba á decir palabra, ni á decidirse sobre el partido que le correspondia tomar en circunstancias tan difíciles.

Dueño cada vez más por consiguiente el cajero de la situacion, y avaro de sacar todo el partido posible de ella, resumiendo su apenas interrumpido discurso, volvió á dirigirse á la jóven de esta suerte.

—Conocedor, señora, de todo lo que entre

ustedes ha pasado, conocedor de los justos cargos que á D. Alvaro V. ha dirigido, por eso he venido á ofrecerle á V. mis consuelos y á mostrarme, exclamó con energía, tan amigo en su desgracia como no me hubiera atrevido á mostrarme en su prosperidad.

Aumentada la vergüenza de Isabel por este astuto lenguaje, más confundidas sus ideas por el tenor de estas palabras, y renaciendo á pesar suyo la dispuesta indignacion, se sentia inclinada á entregarse al ensanche de los sentimientos que la combatian; pero detenida por la esperanza que el cajero la habia ofrecido, detenida por el recuerdo de las primeras palabras que la habia dirigido, se tragó valerosa las lágrimas que la ahogaban, y como una mártir escuchó lo que aún le quedaba por oír.

—Profundamente interesado, habia continuado diciendo Francisco, en los sufrimientos que le habria de haber producido á V. el rigor de su marido, y la desconfianza, dijo con marcado énfasis, clavando al mismo tiempo sus ojos traidores en el demudado semblante de la jóven, y la desconfianza, repitió, que se ha despertado en su ánimo, nacida del exceso amor hácia su familia; desconfianza inaudita en un hombre como D. Alvaro, extraña

y peligrosa como V. misma en su falta de experiencia no puede imaginar, conozco, señora, mejor que nadie, que ella es quizás en este momento uno de los mayores tormentos que le punzan el corazón.

Fijos los ojos en su compañera, cual pudiera la serpiente fascinadora que por el poder de su mirada atrae el inocente pajarillo, saborear las torturas de su víctima, así saboreaba Francisco el martirio experimentado por el alma en quien derramaba el fluido de su maldad.

Era espantoso de ver la espresion de su semblante.

¡Era espantoso de ver el efecto de sus palabras insidiosas en el espíritu de la jóven que anonadada de vergüenza, y humillada en su pureza y rigidez ante el aguijon del roedor remordimiento, atendia á ellas cual á una amonestacion del cielo, sometiéndose resignada á la sentencia de su juez en expiacion de su no cometido delito!

Hermosa en su estado de sufrimiento, ostentando como nunca los tesoros de su belleza espiritual, allí sentada en el sofá, suelto aún el cabello que ondulante le caia sobre el rostro, y el vestido blanco que ceñia su esbelto

talle, cruzadas las manos sobre las rodillas y pintada la más profunda humildad en toda su persona, se requería toda la malignidad de Francisco Cadenas para negarla el consuelo de la clemencia.

—Sé bien, señora, había proseguido diciendo éste, la inutilidad de los ruegos de usted para desviar á D. Alvaro de la resolución que ha formado: sé bien los disgustos que la habrá de acarrear todo empeño por su parte; y porque conozco esto, yo, señora, exclamó en un tono enfático y poniéndose una mano sobre el pecho, como para dar más fuerza á su lenguaje, yo, señora, repitió, yo, Francisco Cadenas, á quien V. hasta aquí ha conocido mal, á quien ha calumniado en su corazon y en sus indirectas palabras... (Isabel se sonrojó conociendo la alusion) me alistó en el servicio de su causa; y por desvanecer la injusticia de sus sospechas y probarle la estension de mi amistad, le juro hacer cuantos esfuerzos estén en mi mano para destruir la rigurosa sentencia que contra usted se ha fulminado.

Recobrando de repente Isabel todo el brío de su corazon, y olvidada por completo de lo que ántes la ocupara, no pudo hacer

otra cosa, en su vigorizada esperanza, sino asirse de una de las manos del cajero, y sobre ella derramar las copiosas lágrimas que tanto tiempo hacia se esforzaba en contener.

Fria esta mano como el hielo, contraído y nervioso su chispeante tacto, logró al fin calmar los excitados sentimientos de la jóven, que algo más dueña de sí misma, pudo entonces conceder espresion á lo que en su pecho pasaba, y lanzada por entero en el terreno de la confianza y la buena fé, arreglar con Francisco el mejor medio para el logro de sus deseos.

—Francisco, le decia la inocente, le diré V. á mi marido que jamás volverán los niños á molestarle; que jamás le perturbará el ruido de sus voces, y que todo lo que dispusiese será hecho con tal que los deje á mi lado. Que imposibilitada de disponer de mi pobre padre como de ellos, algo habrá todavía de soportarle, pero que considere su gran desgracia, y que merced á esta consideracion le trate con indulgencia. Puesta mi causa en tan buenas manos, fueren sus últimas palabras, nada necesito recordarle. Harto bien comprende V. la situacion y la noble generosidad

de su conducta le recomienda para siempre á mi aprecio.

Culto el anzuelo cogió el cebo, y presa ya Isabel en la red que le habia sido tendida, el resultado de sus maquinaciones habia más que correspondido á las esperanzas del cajero, que lleno de satisfaccion se separó de la jóven y corrió presuroso á derrocar la fábrica que sus propias manos se habian ocupado en edificar.

crual sentencia de destierro fulminada contra
 los que tanto amada podía ser notada,
 que la única dulzura de su vida no había de
 serle robada neutralizada el efecto de sus
 sentimientos y misericordioso lo concedía la
 fuerza necesaria para sobrelevarlos.

Sin embargo presente siempre á su im-
 pugnación la idea de la conservación de
 tan preciosa en la vida del estero, de
 la desconfianza despertada en su marido,
 idea que según el mismo Francisco tan per-
 judicial podía llegar á serle causada todavía

¡La esperanza! ¡sueño de la vida, antídoto
 de todos los males, bálsamo consolador!...
 ¿Qué sería de nosotros si la ambrosía de tus
 alas no viniese á suavizar el ardor de nuestras
 almas!... ¡si tu sombra bienhechora no nos
 cruzára por delante, y tierna no nos mostra-
 ra un puerto de seguridad en medio del mar
 borrascoso de la vida!...

Isabel hubiera sucumbido á los diversos
 sentimientos despertados en su alma, si esta
 sombra bienhechora no hubiera apaciguado
 algún tanto la lucha de su corazón, y tendido
 tierna sobre ella sus alas de ambrosía; pero
 el pensamiento de que sus justos temores po-
 dian ser destruidos, el pensamiento de que la

cruel sentencia de destierro fulminada contra los que tanto amaba podia ser retirada, y que la única dulzura de su vida no habia de serle robada, neutralizaba el efecto de sus sentimientos y misericordioso le concedia la fuerza necesaria para sobrellevarlos.

Sin embargo, presente siempre á su imaginacion la idea expresada por D. Alvaro, y tan conservada en la memoria del cajero, de la desconfianza despertada en su marido, idea que, segun el mismo Francisco, tan perjudicial podia llegar á serle, causaba todavía su tormento:

... Combatida, pues, fuertemente su esperanza con este temor, era ya de noche cuando fué distraida de su abstraccion por la proximidad de pasos que penetraron en el tocador.

—Isabel, Isabel, dijeron al propio tiempo las voces unidas de sus hermanos, ¿dónde estás Isabel?

Sumergida la habitacion en la más completa oscuridad, no era extraña la inmovilidad de la hermana mayor, ni era poco difícil para los pequeñuelos dar con ella en el sofá; pero guiados por la dulce voz que presurosa habia respondido á su llamada, llegaron por

fin con toda felicidad Inés y Cárlos á la intermediacion de Isabel, y sin pérdida de tiempo acometieron con su usual denuedo la toma de la plaza.

Campeones invencibles, campeones valerosos, que ni áun la densa oscuridad arrojaba en sus empeños, boca, ojos, cabeza, cuello y manos cubiertos de amorosos besos á semejanza de descargas de metralla, recibieron el ataque de costumbre; y tierna correspondiendo la hermana madre á estas caricias, no parecia en su aumentado cariño, sino que habia perdido á sus amados hijos y los volvia ahora á encontrar de nuevo.

—¡Lloras, Isabel! dijo Inés que habia sentido la humedad de sus lágrimas al inclinar su suave mejilla contra la de su hermana. ¿Por qué lloras, hermana mia? Dime por qué lloras, tú que eres tan feliz y á quien no quiero yo ver nunca triste. Dímelo, insistió.

Isabel permaneció callada, y la pequeña Inés volvió otra vez á tomar la palabra.

—Pero hoy lloran todos en tu casa, exclamó, y ninguno me quiere decir por qué. Ninguno, ninguno, repitió, y eso que yo los quiero tanto, y nunca les oculto nada!

—¡Todos!..... prorumpió Isabel con sor-

presa, y con una fuerte palpitation de corazón.

—Todos no, fué la respuesta de Inés, pero otro además que tú, añadió exhalando un profundo suspiro; otro, á quien por mas que he hecho no he podido conseguir que me diga nada. El pobre Gonzalo, dijo enseguida, que hoy ni siquiera ha comido...

El lindo Carlitos, que hasta aquí habia permanecido indiferente en la apariéncia al diálogo de sus hermanas, no pudo en este momento contener el inocente pensamiento que cruzaba por su mente, y con timidez insinuó que seria muy probable entónces que Gonzalo llorara de hambre.

—Tu no entiendes de eso, prorumpió la sabia Inés, algo enojada de la interpretacion vulgar concedida á las lágrimas de su predilecto Gonzalo, y lo que extraño es que no comprendas que no fué el hambre lo que causó su llanto, sino que fué el llanto lo que le quitó el hambre. ¿No es verdad, Isabel? preguntó la perspicaz criatura apelando al juicio superior de su hermana.

Abochornado Carlitos ante esta severa reprehension, acostumbrado á venerar como oráculos las opiniones de su compañera, ocul-

tó en el seno maternal de Isabel el inocente rubor que cubrió con su linda cara.

Inés prosiguió hablando.

—¡Ay, hermana mia! exclamó; si hubieras visto al pobre Gonzalo como yo le vi, llorando lo mismo que uno de nosotros, se te hubiera partido el corazón.

—Pero tú, balbuceó la hermana mayor, ¿cómo... cuándo... dónde le viste?

—En su cuarto, contestó Inés. Cuando don Alvaro, nos echó de aquí, continuó diciendo, porque dijo le incomodábamos, y tuve tanto miedo que nos pegara, lloramos los dos como un par de tontos; pero pasado algun tiempo me acordé de Gonzalo y al instante fui á buscarle. Acababa de volver de la calle y aún con el sombrero puesto le ví desde el corredor tirarlo contra el suelo, y enseguida echarse sobre una silla, y apoyados los brazos en el velador, romper á llorar, casi... casi como yo lo hago cuando tengo rabia.

Isabel no pestañeaba, y su joven hermana sin tomar aliento continuó de esta suerte.

—Tuve tanto miedo al principio de verle en este estado, que no me atreví ni á moverme de mi sitio; pero notando pronto que su

llanto había perdido un poco de su violencia, cobré ánimo y lentamente me aproximé á su lado.

—Gonzalo, dije haciendo ademán de echarle los brazos al cuello, esperanzada de consolarle con un beso; Gonzalo mio, ¿por qué lloras?...

—Déjame, fué su respuesta, y en acentos tan alterados, que no parecía su misma voz tan dulce siempre; déjame, y no me preguntes por lo que lloro. Soy un infame, y la maldición de Dios me ha caído encima.

—Tuve tal miedo al escucharle, hermana mia, que no supe ni qué hacer, y confusa, me pareció la mejor medida alejarme de su lado; pero permanecer á su vista para un caso preciso, añadió Inés con suma importancia, cual si allá en sus adentros comprendiera algo más del caso de lo que se atrevía á confesar; cual si alcanzara el temor de que Gonzalo hubiera procedido á la ejecución de alguna medida extrema y se hubiera juzgado prepotente para evitarla... ¡y sabe Dios! si tal vez fué así...

¡Sabe Dios! si el espíritu desarrollado precavió algo más de lo que aquel cuerpo pequeño podía declarar.

En fin, sea de esto lo que fuere, los lábios no lo divulgaron, y la niña continuó sin interrumpirse su relacion.

—Me escondi detrás de su cama, y en breve oí que empezó á hablar para sí y á acriminarse de tal manera como si hubiera cometido todos los delitos del mundo. Se llamó parricida, fratricida, infame, ingrato, desleal... ¡hasta ladron doméstico! dijo la criatura con indecible espanto; y añadió que su vida era una maldicion, que adonde quiera que acudia, no hacia mas que sembrar la desolacion y la amargura; y que si no fuera... qué sé yo por qué (estaba tan asustada que no lo oí), se levantaria la tapa de los sesos... y su cara era tan de muerto al decir estas palabras, y su cuerpo temblaba de tal modo, que creí que se iba á morir... ¡Huy luz, luz, gritó la inocente, de repente estremecida por los recuerdos que habia evocado, que estoy viendo la cara de Gonzalo como entónces, y tengo miedo. Luz luz, repitió, y con gritos tan récios que llegaron á los oidos de los criados, que ántes de que se oyera otro sonido en aquel cuarto habian acudido á su llamada.

La clara luz de un quinqué iluminó el to-

cador, y difundiendo sus reflejos sobre el grupo del sofá, mostró á la mujer de Montoya con sus dos hermanos anidados como dos tórtolas en su seno, tan inmóvil que parecia una muerta; y su rostro tan cadavéricamente pálido, tan fijo en su abstraccion, que semejante al de una sonámbula en un sueño de espanto, tenia que causar horror á cuantos la miraban.

Los ojos abiertos y casi en blanco, el cabello en dos espesos mechones circundándole la cara, la espresion de esta cara indescribible: vergüenza, orgullo, ternura... y sobre todas estas espresiones prevaleciendo el más profundo horror... causaba miedo su apariencia.

Pero presto desvanecida esta espresion por una de dolor intenso, un mal comprimido grito salió de las profundidades del corazon de Isabel, que estremeciendo los oidos de sus tiernos hermanos, fué seguido por la completa postracion de la jóven, que cayó sin sentido sobre el brazo del sofá.

Los niños la creyeron muerta.
—Isabel, Isabel, dijeron las voces unidas de los dos; Isabel, Isabel, repitieron en coro y llenos de terror al ver la inmovilidad de

su hermana, colmándola de caricias y esforzándose con sus besos para hacerla volver en sí.

Pero inútiles las llamadas, ineficaces las caricias, impotentes los besos para conseguir su objeto, acabaron los inocentes por entregarse á todo el desconsuelo de su afliccion.

Arrodillados á los piés de su hermana, abrazados el uno al otro, cual si la hubieran perdido para siempre, derramaban el más abundante llanto, hasta que al fin, inspirada Inés de una idea repentina, se levantó del suelo para llevarla á cabo.

Salió del tocador, y atravesando veloz toda la casa en direccion del segundo piso, tomó el camino de las habitaciones de Gonzalo.

Gonzalo, el predilecto de su corazon; Gonzalo, el que siempre tendia una mano protectora sobre ella; Gonzalo, en cuyo cariño hallaba invariablemente un seguro consuelo contra la dureza que de continuo experimentaba de parte de D. Alvaro, y quien solícito en la causa del sufrimiento jamás prestaba oido sordo á su llamada, ¿quién mejor que él podia consolarla en su presente afliccion?

A él, pues, acudiendo, compareció en su

apuesto como una aparición, pero sumergida en aquel momento toda la atención del jóven en un libro que tenia en la mano, pasó desapercibida por algunos segundos esta inesperada presencia hasta que acercándosele la niña y echándole los brazos alrededor del cuello, comunicó su advenimiento desahogando el peso de su aflicción en el más amargo llanto, acompañado de sollozos y entrecortadas palabras.

Confusa su expresión y su articulación ahogada por las lágrimas, difícil era comprender el sentido de sus palabras; pero bastante explícito su dolor para despertar los más serios temores en su oyente, comprendió este por señales tan inequívocas, que algún mal amenazaba á Isabel, que su presencia era requerida, que la niña venia en su busca, y que ante todas cosas, debia obedecer su llamada.

No necesitó oír mas.

Todo lo que durante el curso de la tarde le habia ocupado, desapareció de su recuerdo como si nunca hubieran esos pensamientos tenido acogida en su mente; todas las amonestaciones del deber fueron desatendidas; todo el cúmulo de delitos que en formidable

aparato, severos se presentáran delante de su imaginacion, fueron deshechados, y el amor, ejerciendo un dominio absoluto, reinó preminente.

¿Qué es aquello tendido sobre el sofá; aquella figura pálida, inmóvil, que envuelta como un sudario en su vestido de muselina blanca, se presenta á los ojos de Gonzalo Figueras?

¿Qué es aquella aparicion para él que, cual detenido por un poder invisible y sujeto por una fuerza sobrenatural parado se queda á la misma puerta del tocador?

¿Qué es aquella vision para él que tal cual pudiera hacerlo un cuchillo, le traspasa el corazon, y frio como el hielo hace correr el sudor por todos sus poros? ¡Muerta Isabel!

¡Muerta la mujer que ama!

¡Muerta aquel ángel de pureza cuyo alienato ha sido idolatrado con tan íntima adoracion!... ¡y muerta, sin saber lo que encierra el corazon que sólo late por ella!

¡Ah! ¿por qué ha sido tan virtuoso?

¿Por qué ha sido tan tierno consigo mis-

mo y no se ha concedido un solo consuelo ya que todo lo tiene ahora perdido?

¿Por qué ha ocultado en las profundidades de su corazón ese culto que jamás sino en secreto ha recibido el incienso de su homenaje?

¿Por qué se ha hecho víctima de su nobleza y no conserva un recuerdo que dulcifique su pesar?

¿Qué era para él el deber? ¿qué el honor? ¿qué la generosidad?... ¿qué aún la sombra amonestadora de su madre virtuosa?

¿Por qué no desdeñó todo género de consideraciones?

¿Por qué no siguió los impulsos de su pasión?

Hubiera sido lo mismo tal vez.

¡Hubiera muerto Isabel; pero hubiera muerto sabiendo que la amaba; y en comparación á su agonía actual, hubiera sido esta... felicidad!

No la había amado bastante: todo lo que ella se merecía, cuando había podido disimular su amor...

¡Era su amor un amor cobarde, mezquino, pobre, indigno de ella; y por eso la dura suerte lo castigaba!...

Dioses Lares, Dioses Lares, llamadle á la razon.

Dadle á conocer su grande yerro: devolvedle el racionio, porque Gonzalo delira.

Si: delira en estas ideas que lo arrebatan y producen la desesperacion: desesperacion que le arranca al fin de su inmovilidad y le lleva presuroso hácia el sofá.

Demudado su semblante, desencajados los ojos, y como fuera de sí, separa á los niños que resguardan con sus brazos el inmóvil cuerpo, y cae de rodillas sobre el suelo.

No hay ya delito en su amor.

No hay ya medio de que este amor ofenda.

No hay ya recelo de que este amor sea rechazado.

No hay ya temor de que este amor perezca.

¡Purificado por la muerte, cual la flor que brota sobre un sepulcro, exhala su perfume sobre un cadáver!...

Los niños le contemplan aterrados; su aspecto es imponente.

Le creen demente, y abrazados el uno al otro, huyen de aquella escena, y dejan á Gonzalo sólo con la que ama.

Lirio blanco, pobre lirio blanco, ¡qué no

darias tú por una de esas palabras apasionadas que resuenan en el tocador!

Lirio blanco, cuál no sería el eco de tu corazón al escucharlas; y el éxtasis de tu alma al sentir sobre tu boca... ¿qué es aquello?

¡Un beso!

¡Sí: un beso de delirio sobre los pálidos labios, que lleva concentrada toda la pasión del corazón!

Dioses Lares, Dioses misericordiosos, ¿cómo autorizais semejante liviandad?

Levantaos rigurosos, levantaos, y opond vuestro escudo á toda ofensa; y amparad al ángel que ha descansado en vosotros.

Vigiladla Dioses Lares, y no la abandonéis porque parezca muerta...

¡Palabras inconexas, palabras delirantes, entrecortadas á veces, en tumulto otras, llenas de amor, de ternura, de pasión, de dolor, de remordimiento y de desesperación salen de aquellos labios tan llenos de agonía, y amorosos los brazos que jamás osaron, ni aún en sueños, extenderse hácia aquel cuerpo inanimado, ahora los estrechan contra el pecho, y con éxtasis que no tiene expresión, imprimen la ardiente boca sobre los lividos labios aque beso apasionado!

El primero y el último.

Los Dioses Lares despertaron al fin, y tuvieron misericordia de los dos.

Un débil latido del corazón, un hálito suave por entre el fuego de aquel beso apasionado, un movimiento apenas perceptible del exánime cuerpo... y el encanto de la escena cesó.

Vivia Isabel; y con la vida cesaba lo que autorizaba la muerte.

No había sido más que un desmayo; la postración de la naturaleza producida por el exceso de la excitación.

Y rápida la reacción, no bien sintió Gonzalo el latido de su corazón contra el suyo, y el hálito suave de la respiración contra su boca, que, cual si hubiera recibido un choque galvánico, como el ladrón cogido en flagrante delito, retrocedió con espanto, aterrado de lo que se había atrevido á hacer.

¿Dónde estaba ahora su valor? ¿dónde su osadía? ¿dónde su decisión? ¿dónde su desbordada pasión? ¿dónde, en fin, su remordimiento por haberse mostrado tan digno de ella?

En pié, con los brazos criminales cruzados sobre el pecho, y entreabierta la culpable boca, cuál si aspirára aún el aliento que ha-

bia bebido, á alguna distancia de Isabel, fijos en ella sus ojos, espera la confirmacion de sus temores.

El hábito es seguido por un suspiro, el latido del corazon es acompañado de una oscilacion visible en la muselina que cubre el seno, y ántes aún que el jóven Figueras haya tenido tiempo de coordinar sus desarreglados pensamientos, se incorpora Isabel y lanza en derredor una mirada vaga.

Se desvia el cabello que la cubre como un velo de oro, se pasa la mano por los ojos y por la frente, cual si acosada por alguna pesadilla se afanara por distraerse de ella; y de nuevo recorriendo con su vista todo el ámbito del tocador, y esta vez como en busca de algun objeto determinado, se fija por fin en el que inmóvil la contempla con miedo y con infinito amor.

Su rostro tan lívido se enciende de repente, sus ojos tan vagos adquieren como por encanto todo el fuego de su naturaleza, y temblorosos sus lábios, pero comprimidos por la agonía interna que destroza el corazon..., descubren en su color cárdeno, en el purpúreo color de la vergüenza, que Isabel conoce que de ellos se ha llevado la miel.

Ausentes las abejas que esta miel de continuo saborean: ausentes los inocentes autorizados para libarla, y en pleno conocimiento Isabel del fuego que por sus venas ha circulado, no necesita examinar el aspecto criminal del que está delante para confirmarse en sus sospechas.

Sabe que se decide en este momento una cuestion importante de su vida; sabe que la crisis de ella ha llegado, que los instantes son preciosos, y que de la virtud al crimen no le falta más que un paso.

Ha sentido estremecidas sus fibras por el fuego abrasador de lo que en su estado exánime creyó una vision: ha sentido en medio de su languidez, en tanto que era estrechada sobre el pecho que la ama, todo el deleite embriagador de la pasion: lo ha saboreado cual si nó fuera un delito, y sin remordimiento se ha entregado al éxtasis creyéndolo sólo un sueño.

Pero no son vision, no son ilusion de los sentidos, no son un sueño, las palabras que en un confuso eco á sus oidos han llegado, ni el amor y la desesperacion con que ha sido estrechada contra el corazon que la ama, ni aquel beso apasionado que sobre su boca ha sentido.

No es vision, no es ilusion, no es sueño, es la realidad; y la realidad doblemente de temer, porque la pasion desahogada sobre el cuerpo tenido por muerto, ha hecho una sensacion profunda que cual un rio que va á derramarse en el Océano, así vierte sus poderosas corrientes en el que la ha inspirado.

Pero calladas estas corrientes, escondidas bajo el follaje espeso del pudor, en la tranquilidad de la figura que examina el rostro criminal, en la aparente indiferencia que revela su actitud, en su mismo silencio y ausencia de toda expresion ó gesto de sorpresa, estriba la esperanza de su salvacion.

Es cierto que sus mejillas se han encendido, es cierto que sus hermosos ojos brillan con un fuego sobrenatural y que sus lábios cárdenos se mueven temblorosos; pero puede ser de indignacion ó de enojo; ó tal vez no sea otra cosa que el reflejo del quinqué, y no sensacion alguna que le sea á Gonzalo referente.

Así, al menos, lo piensa el jóven, y viene este pensamiento á aumentar su desconfianza y renacido temor.

Desea romper la violencia de la situacion, desea decir algo explicatorio de su presencia;

pero trabada su lengua por la expresion indiferente que en Isabel descubre, en balde se esfuerza por hallar palabras propias de la ocasion, en tanto que ella, igualmente turbada, pero como mujer más dueña de sus sensaciones, hace por manifestarse serena, y trata de dirigirle la palabra.

Débil, sin embargo, su voz para corresponder á los deseos que la animan, débil para interpretar los sentimientos que la mueven, los acentos espiran en sus lábios, y á los oídos del que con avidez bebe las palabras que de su boca salen, no llega mas que el sonido confuso de un lenguaje ininteligible.

La entrada de los niños rompe al fin las dificultades de la posicion.

Aterrados por el aspecto de Gonzalo, habian huido á una habitacion interior, pero repuestos de su miedo, venian ahora, ángeles buenos enviados por la mano de Dios, á hacerse conocedores de lo que en su ausencia pudiera haber ocurrido, y á salvar con su presencia el riesgo de aquella situacion tan violenta: violenta, porque, delincuentes ámbos... el uno con pleno conocimiento de su delito, la otra con el sentimiento de él en su corazon, ni uno ni otro se hallaban con fuer-

zas para resolverla. ¿Quién describir puede la alegría de aquellos dos corazones juveniles, al encontrarse con su hermana, que corrió á su encuentro y los recibió en sus brazos?

¡Quién no quisiera ser ella para sentirse así enlazado entre aquellos brazos tan sinceros, y besado por aquellos lábios tan puros! Cariño desinteresado, cariño puro, libre de todo ceno terrestre...: en el cariño de los niños, hay algo que nos trae á la memoria el cariño de los ángeles, y hay algo tan sagrado en su presencia, algo tan puro en su atmósfera, que es preciso ser completamente desalmados para no respetar la aureola celeste de que están rodeados.

Y tal fué la impresion comunicada á Gonzalo Figueras por la aparicion de Inés y Carlos, que los contempló con veneracion tan profunda, como si de sus hombros hubiera visto salir alas de serafines y fueran estas alas extendidas en torno de Isabel, y su ambrosía derramada sobre la cabeza de ésta.

—Te creíamos muerta, decia la expresiva Inés. ¿No es verdad, Gonzalo? exclamó dirigiéndose al jóven. ¿No es verdad, repitió, que cuando te traje aquí pensaste lo mismo

que yo? Y dí, continuó la impetuosa muchacha, no fué tu miedo y tu pesar tan grande como el nuestro al acercarte á ella?... Por que yo, añadió con seguridad, te vi los ojos llenos de lágrimas; y más que eso, la cara tan desencajada que parecias un loco. Y eso era prueba, añadió abrazando á su hermana y cubriéndola de besos, que quieres á Isabel lo mismo que nosotros. A Isabel, la más hermosa, la más cariñosa, la mejor de todas las personas del mundo... ¿No es verdad, Gonzalo mio?

El rostro de Isabel ardia, y el de Gonzalo estaba lívido; pero lívido y todo, revelaba lo que á Isabel no podia ya estarle oculto.

Despedian los ojos todo el fuego que abrasaba el alma; decian con su mirar profundo todo lo que en el corazon pasaba; y aunque muda la lengua, presentia Isabel lo que esa lengua queria decir y no podia articular.

—Para tí, né querida, fué la respuesta de su hermana mayor, para tí y para mi Carlos, soy la más hermosa, la más cariñosa, la mejor de las personas del mundo; para vosotros soy todo lo que tú quieras; pero para nadie mas.

—¡Oh! sí, interrumpió la aturdida criatura con vivacidad, para Gonzalo tambien. Si le hubieras visto en su afliccion, no te atreverias á decir semejante cosa.

—Gonzalo tiene un excelente corazon, prorumpió Isabel, dirigiéndose por entero á la niña y como si la persona á quien se referia no se hallara presente; pero, añadió con marcada intencion, no deben confundirse los sentimientos de la amistad con los demás. Le agradezco á Gonzalo el interés que ha manifestado, y de la parte que en nuestra afliccion ha tomado, exclamó acentuando fuertemente estas palabras; conservaré siempre el más grato recuerdo; pero, Inés mia, prosiguió siempre con la vista fija en la criatura y sin dirigirla nunca, ni por casualidad, á la persona que esperaba estas palabras con el alma toda pendiente de ellas, guárdate otra vez de abusar á tal extremo de su bondad.

Gonzalo no pudo por más tiempo hacerse el desentendido.

—Señora, exclamó interrumpiéndola dando articulacion á estas palabras con amargura difícil de reprimir, dirigiéndose al mismo tiempo al lugar donde se hallaba Isabel; si mi presencia la ha incomodado, si mi inte-

rés y compasion, añadió con acentos balbucientes la molestan...

La conmocion pintada en su semblante era tan visible, que hasta los mismos niños la notaron; é interrumpida su articulacion por el exceso de su agitacion en los brazos de los pequeñuelos que abandonaron á su hermana para acudir donde su instinto compasivo los llamaba, hizo Gonzalo lo que en tantas ocasiones de su vida hiciera la mujer que amaba: ocultar su turbacion, y enseguida, desprendiéndose de estos brazos cariñosos, se dirigió á la puerta de la estancia con el corazon latiéndole como si se le fuera á salir del pecho, pero con lentos pasos, cual si la abrigara la esperanza, en medio de su grande desaliento, de que alguna palabra amistosa habia de venir á derramar el bálsamo de su consuelo en su lacerado corazon.

¡Inútil esperanza, vana ilusion, no conocia á Isabel si semejante palabra esperaba!

No conocia bastante el elevado timbre de su virtud si creia que esa virtud era ménos perfecta.

No es virtud perfecta la que revela la lucha del corazon.

¡La virtud verdadera, más exigente, más

absoluta, no pide otra compensacion que la de la propia conciencia!...

Sin una palabra, sin un gesto ó movimiento que le hiciera volver atrás, á pesar del tiempo que Gonzalo concedió para ello, y de las innumerables veces que sus ojos buscaron los de Isabel, salió al fin del tocador; y sólo cuando tuvo ella seguridad de que se hallaba léjos, y de que la llave en la puerta le aseguraba contra toda interrupcion, sólo entónces fué depuesta la fingida indiferencia del semblante, y reveló en su espresion de agonía lo que le costaba al corazon el sacrificio á que habia sido llamado.

Pero sólo en la espresion del semblante: ni suspiro, ni lágrima, ni desahogo ó abandono alguno, se concedió aquella conciencia tan rigurosa.

Era muy grande el delito para no merecer la más severa de las expiaciones; y no era sino justo sobrellevarla, y olvidarse de sí misma, cual si nada de ello hubiera sido, ó en su corazon de corazones no hubiera encontrado el más mínimo eco.

Era hermosa de ver la humildad de su abnegacion: era hermoso de ver el desprendimiento completo de sí, y la nobleza de su pro-

ceder al desechar todo recuerdo propio para no ocuparse mas que de los demás y de lo que le correspondia hacer respecto á ellos.

¡Su marido, su padre, sus hermanos!

Obligaciones sagradas, obligaciones que jamás deberian ser desatendidas, y que debian llenar todo el lugar de su corazon... ¿Seria posible que con su propia omision fuera ella á faltar á estos deberes tan sagrados?

¿Seria posible que hubiese ya dado margen á que recelase su esposo? ¿á que su padre y hermanos fueran víctimas de este recelo?

¿Seria posible que ella que todo lo habia sacrificado por ellos fuera ahora á sacrificarlos por su culpa?

¿Seria posible que el veneno del pecado circulase ya por sus venas, y que el hálito impuro del delito estuviera á la vista de los demás?

¿Seria posible, en fin, que lo que el cajero habia insinuado, no fuera sino una insidiosa advertencia lanzada para precaverla contra lo que hubiera adivinado?

¡Horrible pensamiento!... negro y medroso fantasma, que cual el murciélago que perpetuamente gira alrededor de una ruina, venia de continuo á visitar su imaginacion: los

efectos de este pensamiento casi enloquecían á la jóven; provechosos al mismo tiempo, contribuían á afianzarla en sus renovados propósitos.

Propósitos que habian de enmendar todas las faltas que pudiera haber cometido; que habian de encubrir todas las omisiones, todas las negligencias, y destruir por completo todo género de recelo ó desconfianza en don Alvaro y sospecha en el cajero. Y si la intercesion de este último, como no dudaba un momento, conocedora de su influencia con su principal, le otorgaba el levantamiento de la sentencia fulminada; si por la intercesion de Francisco Cadenas era salvada del golpe cruel que habia tenido... entónces, ¿cuál no habia de ser su estudio para no volverse á exponer á semejante castigo, y cuáles no habian de ser sus esmeros por manifestarse digna de la merced que recibiera?

Seria no sólo como nunca sumisa y deferente; seria no sólo como nunca complaciente y cuidadosa de los gustos, de los deseos, de la voluntad de su esposo: seria más que eso: cariñosa, afectuosa, amante... ¡aunque él en su rudeza no se lo permitiera!

Sí: todo eso seria.

Su virtud era grande, su corazon tambien y su voluutad era inmensa, ilimitada.

¡Ay! ¡D. Alvaro, D. Alvaro, si por un momento hubieras podido comprender algo de las profundidades del corazon de tu mujer, si hubieras podido sondear su nobleza y generosidad, traducir los tesoros ocultos en aquella alma tan rica de virtudes, hubieras inclinado tu cabeza y aprendido mucho de lo que ignorabas en el negocio del corazon, tan superior al de los cupones!

CAPÍTULO XIII.

Puntual el cajero á la promesa ofrecida á la mujer de Montoya, de interponer la fuerza de su influjo para favorecer su causa, no bien se alejó de ella, se dirigió solícito en busca de D. Alvaro, á quien estaba seguro de encontrar sumergido en las delicias de su escritorio solazándose dichoso con sus libros y papeles.

Y en efecto, en su escritorio particular, monopolizada su atención por el libro de caja que tenía delante, le halló sentado ante su carpeta, con ojos, corazón y alma cifrados por entero en las entradas y salidas; sin que recuerdo, pensamiento ó sentimiento referente á la desavenencia con su mujer, para nada

ocupára en su mente el más insignificante lugar.

Francisco se le acercó, y ocupando en silencio una silla á su lado, esperó el momento oportuno para dirigirle la palabra.

—Buena cabeza, decia para sí el comerciante, en tanto que volvía las hojas del libro; excelente cabeza, cabeza privilegiada, cabeza sin igual. Todo exacto: todo bien. Ni la más leve falta. Ni el más pequeño olvido. Ni la más mínima distraccion. Ni el menor retraso. Bien, Francisco, bien.

—¿Qué hay con Francisco? exclamó de repente el cajero, valiéndose de las palabras soltadas por su jefe para entablar la conversacion.

—Que he estado repasando tus libros, contestó el comerciante, haciéndose conocedor por primera vez de la presencia de su dependiente, y me place verlos en tan buen orden: en tan buen orden como deseo, y tengo la satisfaccion de tenerlo todo en mi escritorio. Orden, puntualidad, exactitud, desde lo más grande hasta lo más pequeño, orden en las especulaciones y orden en las consignaciones, orden en las negociaciones, orden en las disposiciones. Este es mi lema, añadió dando con

el puño sobre la carpeta como para dar más fuerza á sus palabras; y este es mi sistema, que nunca aún me ha fallado.

—Cuyo lema, insinuó el cajero, cuidadoso siempre en la apariencia de estimular el amor propio de su principal y de mostrársele en extremo indiferente, pero en realidad, atento invariablemente al servicio de sus propios fines, provechosamente adoptado por los que siguen el buen ejemplo de V., contribuye y no poco, á que trabajando cada cual, en su limitada esfera, haya unidad en el todo como los resultados mismos le permiten á usted juzgar.

—Cierto, cierto, interrumpió D. Alvaro con viveza. Hablas por tí mismo, y la razón te sobra. Sé cuáles son tus servicios, cual el interés que en mis negocios tomas, cual la gran parte que en ellos te corresponde. No necesitas recordármelos para que te conceda la merecida justicia.

—Sí, necesito recordárselos á V. esta tarde, porque los motivos que me impelen á ello, harto poderosos, requieren bien la evocación de estos recuerdos.

Montoya fijó los ojos con sorpresa en su dependiente.

—¡Algún negocio ha fracasado! ¿y por tu culpa? preguntó.

—No, señor, se apresuró á contestar el cajero; no se trata ahora de negocios de escritorio.

—¡Bah, bah! exclamó D. Alvaro volviéndose á sumergir en el libro que tenia delante, pues entónces déjame en paz, y no me incomodes con pequñeces.

—Se trata de un negocio de otra especie, persistió Francisco, desentendiéndose de las palabras de su principal, y aunque tal vez sea una libertad en mí intervenir en cuestiones tan delicadas, sin embargo, mi interés, y sobre todo, mi autorizacion á exigir alguna prueba de esa justicia de que V. ha hablado, me impulsan á entrar de una vez en la materia. Sr. D. Alvaro, exclamó el cajero, para hablar con claridad é imponerle de una vez del objeto que me trae aquí, sepa V. que vengo enviado por su mujer.

—¡Por mi mujer! ¿y que tienes tú que ver con mi mujer?

—¡Como si Francisco nada tuviera que ver con ella!

—Que, ¿qué tengo que ver con la mujer de usted? exclamó el cajero. Nada más sino que

es la mujer de V. y que esto me basta para tomar la misma parte en todo lo que á ella pertenece, como en lo que á V. Sé, no importa cómo, añadió en un tono que rara vez usaba con Montoya, pero que una vez usado jamás admitia réplicas, lo que entre ustedes ha pasado. Sé, que incomodado con los niños y el anciano Aguilera, acaba V. de lanzarles la sentencia de destierro. Sé que, indiferente á los ruegos de su mujer de V., se ha sostenido firme en su rigor, y sé más todavía, que esto no debe ser. Que si bien la justicia favorece á V. hasta cierto punto...

—La justicia y la voluntad, prorumpió don Alvaro dando con el puño en la carpeta, y el derecho de disponer en mi casa lo que mejor me pareciere. Los niños me incomodan; el viejo me molesta, y estoy cansado de todos ellos. Mejor que nadie sabes, añadió deponiendo un poco la cólera con que se habia expresado, lo nada acostumbrado que estoy á las contrariedades y á la molestia; y si ahora has tomado sobre tí el censurar mi conducta, mal cuadra semejante proceder con la conformidad perfecta que hasta aquí ha habido en nuestros pareceres respecto al asunto mismo que tratas ahora de defender.

El semblante del cajero se coloreó ligeramente, y sus ojos traidores esquivaron las miradas de D. Alvaro; pero dueño siempre de sus emociones, con impávida serenidad contestó á Montoya:

—Aunque efectivamente ha sido completa la conformidad de nuestros pareceres, no debe usted, sin embargo, extrañar, Sr. D. Alvaro, que si bien he sentido con V. ciertas molestias, ahora que ha llegado el caso extremo, ahora que peso en todo su valor los resultados de esas molestias, me lleve el interés inspirado por el desamparo de Aguilera y su familia, y la compasion, á interceder por ellos.

—¡Bah, bah! interrumpió D. Alvaro con la más profunda indignacion, no me vengas tu con esas, que en tí no caen bien por más que hagas. Desamparo, interés, compasion... ¿No tienen dinero? ¿No le he dicho á Isabel que les dé cuanto quieran? ¿Qué más les hace falta?...; Caramba, Francisco, prorumpió de nuevo golpeando la carpeta, no he de hacer yo en mi casa lo que me dé la gana! ¿No he de hacer con mi mujer lo que me parezca? ¿No he de incomodarme si veo que no piensa mas que en esos malditos chiquillos y en ese con-

denado viejo? Tú mismo, añadió contemplando de lleno al cajero, ¿no has sido el primero á abrirme los ojos á los extremos de Isabel? Tú mismo, ¿no has sido el primero á decirme que me faltaba en atenciones, que me faltaba en deferencias, que la absorbían por completo esos otros afectos, y que ellos me robaban lo que era puramente mio de derecho? Dí, ¿tú mismo no me has dicho todo esto? ¿y no me has presentado en ello ideas que jamás me habian cruzado por la imaginacion? ¿y no han de haberme hecho efecto esas advertencias, que una vez despertadas, no he podido ménos de ver tan claras como la luz del dia?.. y ahora que sus efectos producen consecuencias tan naturales, ¿no es una falta de consecuencia inaudita el venirme con reconvenciones y abogar por una causa tan impropia de tu defensa?

—Cadenas, nunca falto de recursos en sí mismo, no necesitó muchos momentos de reflexion para contestar á este inesperado ataque.

—Sr. D. Alvaro, dijo, si mis concesiones á las opiniones de V. que no han sido otra cosa las que me he atrevido á exponer con referencia á los asuntos domésticos de que ahora tra-

tamos, habian siempre de merecer tan injusta interpretacion, Francisco Cadenas, exclamó con suma importancia, no osaria jamás presentar una idea que le fuera á V. referente. Apegado al interés de V. desde mis primeros años, é iniciado en todo cuanto le pertenece, identificado por completo con todo lo que le atañe, así en las cosas grandes como en las pequeñas, así en su vida exterior como en la interior, no es la justicia que de V. merezco la calificacion que ha aplicado á lo que, lo repito, no ha sido otra cosa más que concesion á la opinion siempre respetada de V. y resultados naturales de la perfecta identidad de que tan constantes pruebas le he dado en el curso de mi vida. ¡Abrirle yo á V. los ojos! ¡Hacerle patente las negligencias de su mujer, despertar sus recelos, presentarle la causa de ellos!... y ¡fijarla en unos inocentes, cuya impotencia debia hacérmelos tan sagrados! ¡Ay! ¡D. Alvaro, D. Alvaro! exclamó con bien fingida amargura, me hace V. una atroz injusticia, y me llega al alma su ingratitud.

—¿Quién si no Francisco Cadenas hubiera osado expresarse de este modo? ¿Quién si no Francisco Cadenas hubiera desmentido de tal suerte sus propias maquinaciones, y re-

negado con tanto descaro de sus insidiosas intrigas?

¿Y á quién sino á Francisco Cadenas se lo hubiera el comerciante permitido?

El cajero habia seguido hablando con los mismos acentos de resentimiento.

Me ha ofendido V. en lo más íntimo de mis sentimientos, y me ha hecho conocer por primera vez en mi vida, la poca esperanza que debo abrigar de que mis servicios encuentren jamás su verdadera apreciacion. Veo que me falta la confianza de que tan seguro he creído estar, y temo que así como mis palabras lo son, habrán tal vez de ser igualmente mal interpretadas mis acciones. Si es así, don Alvaro, si he acertado con la verdad, si mi posicion respecto de V. es otra de la que hasta aquí he creído, dígamelo. V. de una vez, que en nuestras relativas situaciones no puede haber confianza á medias; ni puedo yo ser otra cosa de lo que me he juzgado, ni una vez desengañado permanecer un momento más en esta casa.

El comerciante dió un salto en su asiento, sorprendida de ésta inespurada salida, puesto que no podia presumir que una cosa para él tan insignificante produjera resultados tan gran-

des; pero se dispuso á satisfacer el resentimiento de su dependiente.

Necesario este dependiente para el manejo de su escritorio; necesaria la rueda grande para hacer girar las piezas todas del mecanismo mercantil de D. Alvaro, la pérdida de Francisco Cadenas (en la imaginacion del comerciante) equivalia á la muerte para sus negocios, y sabedor el dependiente del poderio que el temor de perderle ejercia en su principal, era la amenaza de separacion el arma eficaz de que invariablemente se valia para servir á sus propósitos.

Arma poco gastada, arma manejada siempre á tiempo, arma dispuesta y reservada para los casos de empeño, jamás habia dejado de conseguir su intento, ni jamás habia sido empleada más á tiempo que en esta ocasion en que el cajero se habia propuesto triunfar, y en que su propia astúcia se habia vuelto contra él... Enseñada, pues, el arma cambió el aspecto de la cuestion.

—Dispensa, Francisco, exclamó Montoya, si mis insinuaciones te han ofendido; y no hablemos de falta de confianza, ni de malas interpretaciones, ni, sobre todo, de separacion. Penetrado de lo que dices, de la justicia que

te asiste, sé bien todo lo que te he merecido, y léjos de disminuirte mi confianza, no abriego en la actualidad otro deseo que el de manifestártela de la manera más ámplia, y destruir por entero los injustos recelos que jamás deberían tener en tí cabida, y recompensar como lo merecen los servicios que jamás he menospreciado.

—Poco exigente en mis demandas, fué la respuesta del cajero, desentendiéndose ya de la cuestion del resentimiento y volviendo presuroso al primer punto del debate, si al principiar esta conversacion hice por recordar á usted mis servicios, fué movido por los motivos más justos y el objeto más desinteresado, por hacer un servicio á la desgracia, sacrificando todo sentimiento propio.

—¡Bah, bah, bah! Francisco, interrumpió el comerciante, revelando su fisonomía la misma profunda indignacion de ántes; si sabes que te he dicho que á tí no te pegan esas cosas, ¿por qué me vienes con semejantes impertinencias? Nada te deben interesar asuntos de esta especie, ni debes mezclarte en ellos ni ménos oponerte á las disposiciones que he juzgado conveniente dictar.

—Es que, interrumpió Francisco, firme

siempre en su propósito y resuelto á salir victorioso, si por un interés de pura compasion me presté á servir de medianero en este asunto, y me lancé á merecer el encono de usted por favorecer la peticion de su mujer, impulsado ahora de un sentimiento más poderoso, cual es el de recibir una justa reparacion á las más ofensivas insinuaciones, le prevengo que ninguna reparacion me basta ni me satisface, mas que el acceder á mi solicitud; prueba única de confianza que habré de admitir, y acto de justicia respecto á mi ofendido honor, que de negármela, exclamó con entereza, habrá de producir una inmediata separacion entre nosotros.

—Pero, Francisco, Francisco Cadenas, prorumpió su principal asiéndole por un brazo, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho, mucho, replicó el cajero. Alarmada mi delicadeza, y resentido, como ya he dicho á V., por la mala interpretacion dada al asentimiento con que escucho sus opiniones, es un acto de justicia y de conciencia concederme lo que pido: el levantamiento de la sentencia impuesta á la familia de Isabel que no pido ya como una prueba de confianza, sino como una reparacion merecida á mi

ofendido honor; más aún, como una justa satisfaccion, que por mi parte me corresponde hacer, á los que sin la intervencion de mi voluntad han sido, no obstante, víctimas de mis culpas. Sr. D. Alvaro, añadió sonriéndose con malicia, siendo inútil resistir mi petition de frases, segun el juicio de V. impropias de mi persona, nada más le digo sobre el asunto. Determine V. lo que juzgue más conveniente. Es V. dueño de hacer lo que guste en su propia casa y de disponer de sus asuntos como mejor le parezca. Yo, por mi parte, me lavo las manos.

Pronunciadas estas palabras, se levantó el cajero de su silla y se dirigió á una ventana que daba á la calle.

Era ya casi de noche, pero situada la casa en una plaza, la vista de Francisco se extendió por un extenso ámbito en que aún podian distinguirse los objetos á la opoca luz del crepúsculo.

La torre de la iglesia fronteriza á la casa, se destacaba por entre las casas contiguas, y los árboles nuevos, recientemente plantados en esta plaza, parecian como hormigas á sus piés.

Habia gente paseándose por un lado y

otro; habia alguna ocupando los asientos que circundaban el recinto, y perceptibles á la vista perspicáz de Francisco Cadenas lo mismo las personas que los objetos inanimados, en tanto que D. Alvaro meditaba sobre las palabras que le acababa de dirigir, se entretenia éste en revisar las diferentes cosas que tenia delante, y con especialidad los grupos diseminados por todas partes.

Aunque le era imposible distinguir las facciones de los paseantes, podia, sin embargo, reconocer su calidad; y no bien habia estado Francisco entregado un par de minutos á este entretenimiento, cuando le llamó la atencion una pareja, hombre y mujer, que se hallaban sentados á alguna distancia de la casa.

Reparando en el aire de la mujer y en su figura difícil de confundir con otra, pronto reconoció Francisco á Mercedes, que al parecer profundamente interesada en la conversacion de su compañero, prestaba grande atencion á lo que éste la decia.

Francisco no pudo ver más.

La mano de D. Alvaro sobre su hombro le distrajo de su observacion, y con no mucha suavidad le separó de la ventana.

Oscuro ya por completo el escritorio, y oculta, por consiguiente, la espresion violenta del semblante del comerciante al dirigirse al cajero, pasó desapercibido por Francisco el sacrificio que de su dureza y orgullo brutal (no tiene otra calificacion) hacia á la necesidad.

—Francisco, dijo bruscamente y cuadrando mal la dureza de sus acentos con el tenor de sus palabras, convencido por tus razones de la justicia que te asiste, convencido del deber en que estoy de concederte alguna reparacion por las equivocadas interpretaciones que á tus asentimientos he dado, te concedo lo que he negado á mi propia mujer. Será levantada la sentencia impuesta á su familia, y esta misma noche quedará todo arreglado. ¿Estás satisfecho?

—Las palabras me faltan para expresar mi reconocimiento, contestó el cajero con júbilo inexplicable. No esperé ménos de D. Alvaro Montoya, ni es posible que tan grande concesion deje de encontrar su merecida recompensa en el amor de la esposa que se aumentará con sus atenciones y deferencias.

D. Alvaro se encogió de hombros, y pa-

reció dispuesto á dar la cuestion por terminada; pero empeñado Francisco en arreglarla por entero á su satisfaccion, é indiferente á la voluntad de su principal, procedió enseñada á trasmitirle todas las protestas y promesas que de parte de Isabel recibiera, y sólo cuando ya nada le quedó por decir tuvo por conveniente callar.

La noche estaba ya encima.

—¿Va V. á salir? preguntó el cajero.

—Busco mi sombrero y la capa, pero no doy con ellos.

Francisco Cadenas encendió diligente un fósforo, y prendió fuego á una bugía.

Y hecho esto, lleno de amabilidad procedió á buscar la capa y el sombrero de su principal; y no sólo se los entregó, sino que llegando su condescendencia al punto más extremo, le sirvió de ayuda de cámara, y le acompañó después con la luz en la mano hasta dejarle en la escalera del escritorio.

D. Alvaro estaba encantado.

Sensible como nadie á la adulacion, engraido como el que más con el prestigio de su posicion y riquezas, aunque acostumbrado á recibir el homenaje servil del mundo que tan grande culto rinde al ídolo de oro, le era

más grato que ningun otro el que le tributaba el cajero.

Francisco lo sabia, y porque comprendia bien su verdadera posicion sabia siempre sacar tan buen partido de ella.

.....

A los pocos momentos de la salida de Montoya, siguió el cajero su ejemplo, y embozándose como él en su capa, que al propio tiempo que le resguardaba del aire de la noche ocultaba su semblante sino queria ser conocido, dirigió los pasos al sitio donde habia visto á Mercedes.

La concurrencia en la plaza se habia disminuido, más fácilmente descubierta á sus ojos por este motivo la que buscaba, la vió en breve sentada en el mismo asiento en que la habia visto ántes con el hombre mismo á su lado.

Francisco se paró á alguna distancia; dió dos ó tres vueltas, ya por un lado, ya por otro; y por último pasó delante de la pareja, y sin que ellos lo notasen examinó al compañero de la jóven.

Era un hombre al parecer de mar, si habia de juzgarse por su apariencia, y cuyo rostro, iluminado por un cigarro encendido que

tenia en la boca, revelaba cierta rigidez de facciones, y color tostado que manifestaron su profesion.

Parecia bastante jóven, y este descubrimiento, aumentando el interés con que el cajero le examinaba, le hizo dar varios paseos delante de él, á pesar del riesgo que corria de llamar su atencion.

Conversaba con la mayor animacion, y aunque era dificil á la distancia que mediaba entre él y Francisco de percibir el sentido de sus palabras, dejábase conocer en la vehemencia de su gesticulacion que algun asunto de grande importancia le ocupaba.

Pasaron algunos momentos y empezaba ya Cadenas á perder un poco de la paciencia necesaria para satisfacer su curiosidad, cuando la pareja se levantó y salió de la plaza.

Tomaron el camino á la izquierda, y á los pocos segundos, pasando por la casa de D. Alvaro, siempre el cajero á la vista de ellos y siguiéndoles los pasos, se paró Mercedes y con la mano señaló las ventanas del escritorio.

Francisco conoció que se ocupaban de él.

Cargado el cielo de espesas nubes, por entre las que de vez en cuando lanzaba la luna su

amortiguada luz, ya sobre los cristales de los balcones de las casas, ya sobre los faroles de las calles, ya sobre las calles mismas, ya sobre alguno de los transeuntes, ó ya sobre la pareja que tenaz perseguia el cajero, entreteniase éste en observar los rápidos eclipses y las rápidas apariciones de la luna y la velocidad con que las nubes surcaban su camino por el espacio.

Blanquecinas unas, negras y cargadas otras, pero veloces cruzando todas por encima, por debajo, por delante y por detrás de la luna, parecian unas grandes locas abrumando á una modesta doncella con sus vueltas y re-vueltas desordenadas.

La plaza quedó léjos, y pasando por una y otra calle, la pareja delante y el cajero detrás, llegaron por fin á la casa de Mercedes, que se hallaba situada en la calle de la Alameda.

La jóven y su compañero se pararon á la puerta.

El hombre volvió á la misma vehemencia de gesticulacion que Cadenas habia observado en la plaza, y ostentando ella entónces la más excesiva indiferencia, acompañada de palabras que en balde quisiera el expía percibir,

se separaron, la mujer con unas *buenas noches* sonoras (las primeras palabras que á los oídos de Francisco llegaron), y el varón con un *adios* tan expresivo en su acentuación que pareció haber despertado el dormido eco de la Alameda.

Mercedes desapareció y á los pocos segundos pasó su compañero junto al cajero, que merced á las tréguas que las grandes locas acababan en aquel momento de concederle á la abrumada doncella y á los rayos refulgentes que derramaba ésta sobre el jóven, le pudo ahora reconocer de lleno.

Su rostro tostado en extremo expresivo, parecía agitado por algun sufrimiento difícil de reprimir, y la celeridad de sus pasos, y completa abstracción de todo objeto exterior en perfecta armonía con esta expresión, hacia evidente que no habia tenido para él resultado agradable su paseo con Mercedes.

A lo menos, así lo pensó el cajero, y doblemente estimulada su curiosidad por este descubrimiento, no bien perdió al hombre de vista, dirigió sus pasos á la mansión de la jóven.

Muchos días hacia que habia dejado de ocuparse de ella; muchos días que no habia

puesto los piés en su casa, muchos dias que indiferente á todas las instancias de ella, habia rehusado responder á las continuas cartas que le dirigiera y á los repetidos ruegos de volverle su cariño.

Desde que fué vista en la morada de él; desde que un beso frio bastó para apaciguar la borrasca de su corazon, desde entónces no habia vuelto el cajero á verla mas que de léjos.

En los alrededores del escritorio, en las cercanías de su casa, en la inmediacion de todos los sitios adonde tenia él costumbre de acudir, se presentaba ella como una sombra vagando á su alrededor; pero el cajero habia procurado huir de ella por todos los medios que estaban á su alcance, y merced á su astúcia lo habia hasta aquí conseguido.

Cerrada por completo su puerta á la presencia que en otro tiempo con tanto delirio saludara, precavidas y tomadas todas las disposiciones para contravenir á los efectos de esta presencia, ni una sola vez habia logrado la mujer desdeñada darle alcance.

¿Y por qué, se dirá, por qué después de tantas precauciones, ahora, á impulsos sólo de su propia voluntad, va el cajero á comparecer ante aquella de quien ha huido?

Porque le mueve una invencible curiosidad de saber lo que ha pasado entre ella y el hombre que la ha acompañado; porque siente algo que le anuncia que tal vez habrá de hallar en la satisfacción de esta curiosidad algún medio de libertarse del penoso persegui- miento de que tan hastiado está; y, en fin, porque obedecía á ese móvil oculto que, sin sentirlo, y á veces hasta sin quererlo, nos conduce caprichoso como conduce una ráfaga de viento las hojas secas de los árboles.

Llamó á la campanilla; y abierta inmediatamente la puerta, penetró en la casa; y cono- cedor del terreno se dirigió de una vez adon- de sabia que habia de encontrar á la jóven.

En una salita reducida, amueblada con decencia, pero sin pretension alguna de lujo, Mercedes se hallaba sentada junto al brasero, y su fisonomía estaba iluminada por una luz que ardia á alguna distancia sobre una mesa; luz que revelaba cierto cambio que no pudo ménos de hacérsele notable al cajero á la primera ojeada.

Más brillantes que nunca sus negros ojos, pero casi feroz su adquirida espresion, les faltaba muy poco para semejarse á los ojos de una hiena.

Más bajo su color, eran más delicados que ántes los tintes de su rostro, pero en cambio aumentada la dureza de los comprimidos labios, y ligeramente fruncidas las arqueadas cejas, como nunca audáz y resuelto era el conjunto del semblante.

Caprichoso, como siempre su vestido, lucia la misma saya negra azulada, el justillo carmesí con las mangas blancas, y la toquilla color de junquillo con que fué vista en la mansion de Francisco Cadenas; pero desordenado su peinado en el que tanto esmero empleaba de contínuo, le caian dos ó tres mechones sobre el seno.

Fijos los ojos en las brasas que tenia delante, en las manos la paleta, moviendo con violencia la lumbre, y hablando para sí palabras ininteligibles, semejaba á alguna hechicera entregada á sus sortilegios.

Francisco la examinó con despacio; y ahora que ya no la amaba, y que podia hacer el contraste de su nuevo amor con el antiguo; ahora que presente á su pensamiento la imagen de una y otra mujer podia hacer la distincion entre ambas, ni áun le parecia hermosa la que tenia delante, y se asombró de que alguna vez se lo hubiera parecido.

Los ojos en las brasas, la paleta en la mano, los movimientos en la lumbre cada vez más violentos... alzó por fin la vista y se levantó de repente, atravesó el vacío espacio, y cayó enseguida en los brazos de Francisco. ántes que éste pudiera evitarlo.

Un grito siguió, un grito difícil de explicar: un grito de sorpresa, de alegría y de delirio combinados.

CAPÍTULO XIV.

—¡Vuelves! ¡Me amas! ¡Estoy despierta, ó es esto sólo un sueño? exclamaba la apasionada jóven, en tanto que sus brazos enlazaban á Francisco, y que extasiada le contemplaba depuesto todo el ceño de su semblante é iluminado ahorá por la más viva alegría: Francisco mio, querido, dueño de mi vida, ídolo de mi corazon; te adoro... te idolatro y no puedo vivir sin tí. Por eso has venido, continuó diciendo con la más tierna afectuosidad, para volver la vida á tu Mercedes. Tuya, y de nadie más. Tu Mercedes: ¿oyes? que te ama con todo su corazon, y que no dejará de amarte miéntas tenga un corazon en el pecho... un corazon lleno de fuego, de

vida y de amor : todo para tí; que no tiene un pensamiento, un sentimiento, un deseo, una esperanza, ni una ambicion que no te sea referente; que no vive mas que en tu presencia, que no respira sino por tu voluntad, que no goza mas que en tus placeres, que no sufre sino tus pesares, y que quisiera tener cien vidas que ofrecerte, y deramar su sangre toda en prueba de su amor...

Preparado para todo Francisco, ménos para esta efusion; dispuesto á hacer frente á las quejas, á las reconvenciones, á los lamentos y las lágrimas, este exceso de pasion le cogió desprevenido.

Pero, sin embargo, dominando su sorpresa, trató de apaciguar algun tanto la excitacion de la jóven y lo consiguió con la aparente afectuosidad de sus palabras.

—Cálmate, Mercedes, dijo asiéndola por una mano y estrechándola con afecto entre las suyas. Cálmate, Mercedes mia, y no te dejes arrebatar de tan excesiva violencia, porque el que está delante de tí se ha hecho indigno de merecer los sentimientos de un corazon tan ardiente. Aplaca el ardor de tu alma y muéstrate como sabes que me gusta verte, no arrebatada y violenta como te acabo de ver.

—Perdóname, Francisco, interrumpió la jóven, si mi violencia te ofende. Perdóname si mi amor es más de lo que me pides; y enséñame á dominarlo: á ser todo lo que quieras. Habla, ordena, manda. Tu voz es mi ley; tu voluntad es mi guia, y por tu amor de todo seré capaz.

El cajero, por toda respuesta, la condujo al asiento que ocupaba ántes junto al brasero, y enseguida, sentándose en frente de ella, le preguntó de repente:

—¿Quién era ese hombre que te acompañaba esta noche?

—¿Le viste? exclamó Mercedes con una sonrisa llena de malicia y triunfo; ¿y dónde? preguntó.

—Delante de la casa de D. Alvaro, fué la contestacion del cajero.

—¿Y le seguiste? preguntó otra vez Mercedes con la misma sonrisa de triunfo que ántes; la verdad, añadió con coquetería, ¿nos seguiste?

—¿Para qué negarlo? prorumpió Francisco.

Mercedes soltó una carcajada.

—¡Si lo sabria yo! exclamó como hablando para sí; y no haberseme ocurrido ántes que el

mejor medio de reclamarlo era por los celos! ¡Pobre Gabriel; que inocente! Ni siquiera cayó en ello cuando le concedí la cita en la plaza.

—¿Hablabas? preguntó Francisco.

—No decia nada, contestó la jóven con aumentada felicidad en su animada fisonomía; soy tan feliz solo con mirarte, que no encuentro ni qué decirte. Y estás pálido, añadió examinando el rostro de Francisco con la mayor atencion. ¿Habrás estado enfermo? ¿Tienes algo? preguntó con indecible ternura.

—¿Me quieres decir quién era ese hombre que te acompañaba esta noche? fué la contestacion del cajero, desentendiéndose de toda la ternura encerrada en el lenguaje y en la espresion de la fisonomía de la jóven; ¿me quieres decir quién era, si ó nó? repitió Francisco bruscamente.

—¿Y quién te dice que no? ¿quién te dice que no te lo quiera yo decir?

—Pues acaba de una vez, replicó Cadenas.

—Ese hombre, exclamó la jóven, es como si fuera un hermano mio...

—¡Hola interrumpió el cajero; esas tenemos! Y no me habias dicho nunca ántes que tuvieras semejante hermano.

—Postizo, prorumpió á su vez Mercedes: hermano de nombre, nada más: del que no te habia hablado ántes porque no le habia vuelto á ver desde que te conocí á tí; y porque... mira Francisco, dijo interrumpiéndose, ¿ne te enfadarás conmigo si te cuento todo lo de ántes y lo de ahora tambien? ¡Soy tan feliz esta noche! exclamó cruzando las manos con arrobo, que todo te lo voy á contar: todo, para que veas, Francisco mio, lo que por tí he dejado.

Cadenas frunció en extremo las cejas, pero desapercibido el movimiento por Mercedes, habia seguido hablando de esta suerte:

—Ese hombre que me acompañó esta noche se llama Gabriel Boleta, y se crió conmigo en la casa de Misericordia, donde aprendimos á llamarnos hermanos, y donde nos prometimos en nuestros primeros años, que seríamos cuando creciéramos marido y mujer.

Francisco la escuchaba con creciente atencion.

Mercedes continuó:

—Nos amábamos como dos tórtolas; como si no hubiera nadie en el mundo más que nosotros y no tuviéramos otra cosa en qué pensar mas que en querernos con ánsia aguar-

dando á crecer, aprendiendo con afan á trabajar, sobrellevando con paciencia todos los pesares de nuestra vida, esperanzados mutuamente en la recompensa que nos aguardaba!... Crecimos al fin, yo más pronto que él; y era ya una mujer, como lo soy ahora, cuando Gabriel pensó que para conseguirme más pronto no debia perder tiempo en echarse á trabajar. La mar era su delirio; la mar era su ilusion, después de su Mercedes; la mar era su esperanza, y se hizo marinero. Lo que lloré entonces, Francisco, solo Dios la sabe. Lo que sufrí en la separacion, la intensidad de mi dolor al desprenderme de mi hermano, de mi marido, como siempre le llamaba, no lo puedo pintar. ¡La mar! ¡la mar! ¡Siempre estaban mis pensamientos en la mar! ahí mis esperanzas, ahí mis deseos, ahí mis ensueños, ahí mis sentimientos todos. En la mar mis ojos, en la mar mis oidos, el embate furioso de las olas me llenaba de horror y espanto, las rociadas contra la muralla frente de mis ventanas me estremecian de terror por los riesgos del Océano, y de noche y de dia, sin sentido para otra cosa mas que para mi amor, vida, alma y corazon surcaban con él de continuo el inmenso piélago. Años duró esto, durante los

cuales visitó Gabriel los países todos del mundo, constante siempre á su amor y trabajanda perseverante para alcanzar la recompensa que no habia de recibir.

—Se detuvo un momento como para arreglar sus ideas, y enseguida como si deseara de una vez acabar de decir lo que se habia propuesto, y le faltara el ánimo para expresarlo con calma, continuó con creciente animacion.

—Tres años hace, exclamó fijando los ojos en su oyente, que deberíamos estar casados...

—¡Tres años! interrumpió el cajero.

—Si: tres años repitió Mercedes; Gabriel, prosiguió diciendo, habia ya casi cumplido su matrícula, y no esperando más que eso para casarnos, teníamos fijado el tiempo para la vuelta de su último viaje, cuando quiso Dios...

—Que me conocieras á mí; interrumpió el cajero.

Mercedes le miró con la mayor ternura.

—Me acuerdo, dijo pasándose la mano por la frente, de que la primera vez que te ví fué un dia de fiesta. Me acuerdo, repitió, de que me seguiste en la calle, de que me dijiste que era hermosa, y que... y que, añadió en balbucientes acentos y con cierta timidez que rara

vez descubria, que habia nacido para ser se-
 ñora. ¡Yo! ¡Una expósita! ¡Una hija de la cuna!
 ¡Una educanda del Hospicio! ¡La prometida
 esposa de un marinero!... ¡Delirio!...

Lo que pasó ya lo sabes. Lo que trabajas-
 te, lo que te afanaste, lo que hiciste, ¿quién
 mejor que tú lo puede recordar?

Cadenas se movió con inquietud en su
 silla.

—¡Pero, lo que jamás supiste fué lo que yo
 sufrí en quererte: la lucha de mis sentimien-
 tos y la generosidad con que te los oculté...
 ¡La mar! ¡La mar! exclamó con creciente vo-
 lubilidad. Ya no era nada para mi la mar.
 Podían rugir las olas, rociar la muralla frente
 á mis ventanas, batirse como grandes jigan-
 tes en medio del Océano; todo me era igual...
 Francisco, exclamó interrumpiéndose, ¿me
 amas mucho? ¿tanto como entónces?

Cadenas movió la lumbre con la paleta que
 tenia en la mano, y por toda respuesta le
 preguntó:

—¿Y Gabriel qué hizo cuando se encontró
 sin tí?

—¿Gabriel? Se me habia olvidado. Volvió
 de su viaje al cabo de seis meses, y cuando
 supo lo que habia pasado, se volvió á matri-

cular, y sin verme se echó otra vez á la mar... ¿Me amas mucho Francisco? volvió á preguntar mirándole con la mayor pasion; ¿me amas tanto como entónces?

Cadenas meneó la lumbre.

—¿Y cómo es que ha vuelto aquí? dijo en contestacion sin alzar los ojos de las brasas.

—Porque ha cumplido su tiempo; y ya hoy en dia es patron.

¡Patron! repitió el cajero, ya eso es algo. Mercedes, añadió.

La jóven le miró con desconfianza.

—¿Y le has visto muchas veces desde su vuelta?... preguntó Cadenas.

—Nunca hasta esta noche. Como te dije, al saber lo que pasaba se fué de aquí sin verme, pero á su vuelta, hace un mes, me escribió para decirme que me queria hablar, y que, aun cuando no fuera mas que por la memoria de nuestra infancia, le concediera una entrevista. Hace un mes, Francisco, que estaba yo loca de desesperacion por lo que tu ya sabes, y sin sentido para nada; no lo tenia ni áun para hablar á Gabriel, hasta que después de mucho pensar, me vino la idea de atraerte por los celos. ¡Pobre Gabriel! exclamó interrumpiéndose y mirando las brasas con abs-

traccion, ¡quién te lo hubiera dicho jamás de tu Mercedes que esto hiciera contigo!... Sabrá, prosiguió de nuevo, volviendo á su voluntad, que nos has visto? ¿Sabrás que ha servido de instrumento á mis celos?

—¿Y qué te dijo Gabriel?... preguntó el cajero con marcado interés.

—Me dijo que me amaba todavía; que por mas que habia hecho no habia conseguido olvidarme, que rico en comparacion de lo que habia sido, no se abochornaba de la suerte que me ofrecia; y que si yo le queria seria mi esposo.

—¿Y qué le contestaste? prorumpió el cajero.

—Que te amaba á tí. Que te amaba con delirio: más que al mundo entero; más que á mi vida; más que á mi honor!... y que todo por tí lo sacrificaba.

—¿Eso le dijiste, Mercedes?

—Eso y mucho más.

—¿Y no has pensado un momento?... exclamó el cajero.

—En nada mas que en tí, interrumpió la jóven.

—¿Y no has pensado un momento, repitió Francisco, que todo en este mundo tiene fin;

que es preciso mirar para el dia de mañana, que por mucho que yo te quiera es preferible...

—¿El qué? exclamó la jóven clavando sus ojos con ferocidad en el cajero. ¿Qué es preferible á tu amor? Dilo.

—El de Gabriel, contestó Francisco. ¿Por qué despreciarlo, Mercedes? ¿Por qué desatender sentimientos tan nobles y generosos? ¿Por qué hacerse sorda á la voz de la naturaleza? ¿Por qué sostenerse en una posicion tan falsa, cuando otra más segura te brinda con sus halagos? ¿Por qué ser la víctima cuando puedes ser la dueña? Yo tu amante, mas que amante, tu amigo, te lo aconsejo. Yo, que tu bien deseo, yo que deseo tu felicidad como la mia propia, yo que por resarcirte el daño que te he hecho, no sé de lo que seria capaz, yo te aconsejo que te cases con Gabriel.

La mirade de un tigre, la de una hiena, la del animal más feroz, es fria en comparacion á la mirada de ferocidad que contestó á estas palabras... Era horrible la espresion del semblante de Mercedes.

Comprimidos los lábios, como faltos de toda accion, en balde hubieran querido articular una palabra: cadavérico el rostro, como si

toda la sangre del cuerpo hubiera refluído al corazón, y en perfecta inmovilidad toda la persona, á no ser por la espresion de los ojos, habria parecido la jóven convertida en una figura de hierro.

Cadenas estaba jugando con la paleta.

—Mucho te he amado, Mercedes, prosiguió diciendo sin mirarla y moviendo la lumbre al mismo tiempo, y por la mismo que esto ha sido, conozco lo que te mereces. Eras virtuosa: eras buena como la que más, y debias desde el principio haber sido la mujer de un hombre honrado. No supiste resistir; te faltó el valor; te sobró la ignorancia, y te creiste para siempre segura. Mucho te amé, repetió, pero tambien amaste tú á Gabriel: á Gabriel que te queria para esposa; y si yo he faltado, más faltaste tú.

Un rugido se oyó: un rugido como el de una leona enfurecida, y la figura de hierro se levantó de su asiento como una fiera.

Dió un paso; pero al parecer súbitamente arrepentida de su intencion, retrocedió, y al retroceder estendió los brazos hácia Francisco, con tal espresion en su fisonomía, tan oscurecida, tan desfigurada por la ira, que causaba horror mirarla.

El golpe sin direccion dió en el aire; y en pié la figura vacilante mirando al cajero con la mayor indignacion y temblando de piés á cabeza, con rábia y despecho:

—¡Tú me amaste, tú! exclamó con una mano elevada hácia Francisco; ¡tú, que me has dicho lo que acabas decirme! ¡tú que me aconsejas que me case con otro!... Mentira; jamás me amaste. Mil veces mentira. Eres un infame, Francisco.

Cadenas la miró sonriéndose, y esta sonrisa fué lentamente rompiendo en una risa sardónica.

Mejor hubiera sido su enojo que esta risa inhumana, y la mirada burlona y cruel que la acompañó.

—Cállate, Francisco, prorumpió la jóven; cállate por María Santísima, repitió llevándose las manos á la cabeza como para contener los violentos latidos de sus sienes, ó me vas á volver loca. ¡Hacer esto conmigo! ¡Yo, que tanto te amo! ¡Yo, que todo lo he dejado por tí! ¡El amor de mi infancia, el hermano de mi niñez, la suerte segura con un hombre honrado!...

La risa continuó.

Los ojos de Mercedes chispeaban, la cabe-

za le ardia, las sienes le latian á cada momento con mayor fuerza, y estrecho el seno para contener el henchido corazon, se alzaba con violencia contra el opresor justillo.

La risa continuó, y la mirada cada vez más cruel y desapiadada.

—Cállate, Francisco: cállate y no me mires así, volvió á decir la jóven, que no lo puedo aguantar.

Y en verdad no habia fuerza humana bastante para soportar tan inequívoco desprecio, tan inhumana retribucion.

Mercedes no podia mas.

Toda la ira que hasta aquí se forzara por contener, y los sentimientos de despecho allí aglomerados iban á estallar, y su estallido debia ser espantoso.

Dió un paso en direccion del cajero con las manos estendidas como habia hecho ántes; y como si empuñara alguna arma homicida y fuera á arrancarle el indigno corazon, así avanzó sobre él llena de furia y decision.

Sus ojos lo decian, su palpitante seno, sus encendidos lábios y cerrados dientes.

¿Llevaria algun puñal oculto entre sus dedos? ó cual fiera enloquecida, ¿era su intento valerse solo de sus garras?

Su ademán lo decía, su hirviente pecho, su rugiente seno y erizada caballera.

Pero... ¿qué es lo que ha hecho Francisco Cadenas?

La ha visto venir con los brazos estendidos, con chispeantes ojos y erizado pelo, y ha temido adivinar su intento.

La risa cesa de repente.

La ira le subyuga: sus pasiones le dominan; y de soberbia lleno, sentado aún junto al brasero, con la paleta en la mano, la dirige hácia ella...

Un grito horrible de dolor se oyó: un grito desgarrador: el dolor del alma y del cuerpo reunidos... y un surco sangriento corrió por el rostro de Mercedes que desapareció en el justillo carmesí.

Bien dirigido el golpe, la paleta la había herido la frente, de la que copiosa y rápida corría la sangre por el cadavérico rostro, sin que un movimiento de la jóven tratase de restañarla, ni aparecía señal alguna de vida en ella después de la articulación del grito desgarrador.

Sintiendo Cadenas su violencia, y aterrado de la inmovilidad de su víctima, se levantó de su asiento.

—Mercedes, dijo, Mercedes, repitió alzando la voz mas cada vez y disminuyendo la distancia que los separaba hasta hallarse completamente al lado de ella; Mercedes, volvió á decir con acentos atronadores dejando caer al propio tiempo una mano sobre el hombro de la jóven, la mano desapiadada que acababa de estampar sobre su frente el sello de su maldad, la mano desapiadada que no contenta con haber afeado el alma de aquella mujer, habia querido tambien disfigurarla el rostro.

Su tacto produjo el deseado efecto.

Ejerciendo un poder galvánico sobre Mercedes la hizo instantáneamente volver en sí.

Con un movimiento violento apartó esta mano, y enseguida con igual violencia humedeciendo el dedo índice de su propia mano derecha en la sangre de su herida, con otro movimiento veloz á que hubiera sido imposible resistir hizo con su sangre una cruz en la frente del cajero.

—Por esta cruz, dijo, hecha con mi propia sangre, que acabas con tu propia mano de hacer correr, te juro un ódio eterno. Véte; y con esa cruz hecha con mi sangre, llévate el peso de mi maldicion. Te maldigo, y plegue á Dios que recojas en esta vida las amarguras

todas que sobre mí has vertido, y que en la otra tus tormentos no tengan fin.

Sin otra palabra volvió la espalda al cajero y entrando presurosa en una habitación interior, se cerró por dentro con llave.

Cadenas creyó ver en el cuarto todo nadando en sangre: creyó ver sangre en el suelo, en la capa, en las paredes, en la mesa, en las sillas; y sintió un calofrío circular por sus venas, y sus miembros temblar convulsos.

Se limpió la frente é impresa en el pañuelo, con que se la limpiara la sangre de la cruz, estremecido lo echó en el brasero y lo dejó quemarse; y mas sereno cuando esto hubo hecho, sin detenerse un momento más salió de la casa.

El viento habia cambiado, y despejado ahora el cielo, libre por completo la luna de los nubarrones que ántes la acosaban, sola y aislada en el firmamento difundia sus claros reflejos en derredor.

La mar parecia de plata, y las naves ancladas en la bahía, gigantes dormidos sobre ella cual sobre un lecho de escamas.

Los árboles de la alameda estendian sus fantásticas ramas sobre el suelo, y suavemente mecidos por la brisa, lentamente susurra-

ban en el silencio de la noche, cual si le hablaran en secreto al cajero, y le repitieran molestos lo que entre él y Mercedes pasara.

Eran penosos sus pensamientos; eran atormentadores, y Francisco Cadenas no podia deshecharlos de sí.

¡La mar! Ahí estaba la mar que Mercedes tanto habia amado...

¡La mar por donde tantos años surcaran sus inocentes pensamientos!

¡La mar donde tantos años se halló cifrado su amor!... y en la mar fijos los ojos del cajero, en tanto que caminaba, de la mar creia ver salir el rostro vengador de la jóven con la herida que le hiciera en la frente, lanzándole su maldicion!

Llegó por fin á casa de D. Alvaro, y dirigiéndose á la salita particular del comerciante, donde tenian lugar sus conferencias cotidianas, le esperó allí con paciencia en tanto que Montoya, en compañía de su mujer, le otorgaba la solicitud debida á la intervencion del cajero, y recibia de ella las más ardientes protestas de enmienda y sumision.

Los niños no le incomodarian jamás; vivirian separados de él en habitaciones distan-

tes, donde sus inocentes voces no pudieran llegar á sus oídos.

Isabel dominaria su afecto hácia ellos, ó lo ocultaria en las profundidades de su corazón, de modo que jamás interviniera para robarle un átomo de las atenciones que de ahora en adelante prodigaría á su marido; y sino era tan fácil disponer del anciano Aguilera como de los niños, bien debía Montoya tomar en consideracion esta dificultad, y soportarla por el amor de Dios.

—¿Has acabado, Isabel? preguntó su marido después que la jóven hubo dado articulacion á los sentimientos que la dominaban.

—Sí; fué la respuesta de ella, pero lo que no te he expresado aún, es el extremo de la gratitud en que rebosa mi corazón, y deber es, Alvaro, hacerte conocedor de estos sentimientos. Si supieras, añadió echándose á sus piés y apoyando ámbos brazos sobre sus rodillas, cuál sería mi felicidad en abrirte mi corazón esta noche, si supieras Alvaro mio, lo que encierra este corazón, y el consuelo que reportaría en descubrirte sus secretos, ¡cuán dichosa me podrías hacer!

Era hermosa la espresion de su fisonomía al articular estas palabras, dichas con la ma-

yor ternura: el rostro cerca, junto encima del de su marido, los ojos puros y humedecidos, fijos en los de él, los labios separados, cual si esperaran una sola palabra para verter los secretos del henchido corazón... hablaba más por ella la expresión de este rostro, de lo que pudiera haber hecho el lenguaje más elocuente.

—¡Bah, bah, bah! fué la respuesta á esta apelación, si seré yo algun muchacho baboso para entender de esas cosas. Corazón, corazón, repitió; ¿qué tiene que ver el corazón con todo esto? Cumple con tu obligación y déjate de tonterías que no conducen á nada.

El rostro se desvió, los ojos fueron velados por las espesas pestañas, y cerrados instantáneamente los abiertos labios; el corazón se encogió en los confines del seno, y la jóven se levantó del suelo.

D. Alvaro abandonó su asiento al mismo tiempo, y sin otra palabra se alejó del tocador.

Isabel cayó de rodillas.

—¡Dios mío! dijo alzando los ojos al cielo, ¡dáme fuerza, y yo sola me bastaré!

CAPÍTULO XV.

El lirio blanco había pasado una noche cruel.

No había dormido un instante, y el médico le daba pocas esperanzas de vida.

Con estas noticias que tuvo D. German, formó de una vez su resolución.

Dió sus órdenes á Rosales para la marcha de los negocios durante su ausencia, que había tal vez de ser más larga que lo de costumbre, y se disponia á salir, cuando fué detenido á la puerta misma del escritorio por la entrada de un hombre que le cortó el paso.

Era un jóven de unos veinte y cuatro á veinte y cinco años, de una fisonomía marcada y tez sumamente tostada; esto último, unido á cierto aire familiar de los de su pro-

fesion, revelaba su clase de patron de barco.

—Señor D. German, dijo deteniendo al comerciante y extrayendo al propio tiempo de la faltriguera de su chaqueton unas cuantas monedas de oro: vengo á darle á V. las gracias por su bondad, y á devolverle el dinero.

—¡A devolverme el dinero! repitió el comerciante rehusándolo. ¡Tan pronto, Boleta! Nada de eso. No me corre prisa.

Es que, interrumpió el jóven, no me hace falta.

—¡Y hace poco me lo pedias con tanta instancia, Gabriel! No te entiendo.

—Hoy dia me sobra, contestó Boleta pasando una somhra por su abierta fisonomía; hasta ayer le necesité: pero hoy no lo necesito. La verdad, dijo con un esfuerzo, ¿para qué mentir? Pensaba casarme...

—Para eso lo queria el gran bribon, interrumpió el comerciante, dándole con el baston en el hombro, y no me lo quiso decir. Ya se vé, añadió, á nosotros los solterones nos tienen miedo los muchachos cuando piensan en en bodorrio, y tratan siempre de engañarnos. ¡Como si no supiéramos mejor que ellos lo que es querer á una muchacha y, añadió recordando su amor, quedarse sin ella!

—Lo propio, insinuó Boleta.

—¿Tambien á ti te la han birlado? preguntó D. German, no placentero como dice Larochefoucauld por haber encontrado una desgracia igual á la suya sino con verdadero sentimiento. ¡Pobre Gabriel! Solterito como yo.

—De seguro, contestó el patron con la más íntima conviccion; esa mujer ó ninguna.

—Bravo: bravísimo; y D. German espresó su aprobacion con otro golpe de baston. Ahora Gabriel, añadió, á trabajar con más afan; ahora Gabriel á cumplir más que nunca con tu deber para olvidar en la satisfaccion de las buenas obras las amarguras que no podrás ménos de padecer. El mundo entero tienes delante. Un hombre honrado halla siempre en qué ocuparse, y encuentra dónde emplear los sentimientos buenos de su corazon. Soy un viejo experimentado en esas cosas, y por eso te aconsejo ánimo, fé, y adelante; que ya recogerás el fruto. Ese dinero, prosiguió diciendolo, me harás el favor de quedarte con él por si acaso todavía se arrepiente...

—¡Mercedes! interrumpió Boleta. ¡Ah! no abrigo la menor esperanza. Para siempre la he perdido.

—No te desanimes todavía, persistió el comerciante.

—Firme, como un mastelero de gavia, la conozco bastante para saber lo que de ella debo esperar; y seguro estoy de que aunque me volviera á amar, jamás me lo dejaría conocer.

—Tú no conoces á las mujeres, insistió don German. Paciencia, corra el tiempo y veremos. Guárdate, sin embargo, el dinero, continuó, resistiéndose á recibirlo por más que el jóven se esforzaba por hacérselo admitir, y consévalo, que todavía va á gastarse en los dulces de la boda.

No habia modo de resistir semejantes instancias, y aceptada la generosa dádiva, en forma de préstamo, salieron juntos del escritorio el comerciante y el patron hasta llegar á la calle, donde cada cual tomó diferente direccion. Boleta se fué á donde sus negocios le llamaban, y D. German á la casa de Magdalena.

Reinaba un silencio profundo en el humilde entresuelo, interrumpido solamente por el gorjeo de un canario, cuyos delicados trinos herian los oidos del comerciante; y entornada la puerta de la salita, penetró don

German en ella ántes que nadie fuese sabedor de su llegada.

Estaba abierto el balcon y un rayo de sol penetraba por él y se perdía en el sofá sobre el que se hallaba acostada Elena envuelta en ropas tan blancas como su tez; su madre cerca, contemplándola con la mayor tristeza, en tanto que el canario desde su jálula, colocada en la ventana, indiferente á la escena que tenia delante, gorjeaba sus melodiosos trinos.

La madre movía los lábios cual si se hallara entregada á la oracion, é impresa en su semblante en medio de la tristeza que la dominaba, la más profunda resignacion, no necesitó hablar para que D. German comprendiera á la primera mirada lo que pasaba en su interior.

—Dios lo quiere, decia, Dios lo ordena, y El, que así me prueba, sabrá por qué lo hace y me dará las fuerzas necesarias para sobre-llevarlo.

D. German preguntó qué tal noche habia pasado Elena.

—Ha sido una noche cruel, contestó la madre como le envié á V. á decir, insomnio y delirio, delirio tristísimo que no sé cómo he tenido fuerzas para escuchar.

D. German no sabia qué decir.

—¿Y duermes ahora? preguntó.

—Hace un rato que descansa. Mas tranquila al amanecer, se empeñó en levantarse, y falta de ánimos para contrariarla, aquí la traje en los brazos como cuando era niña; y hace una hora que se quedó dormida.

Trinos y más trinos el canario, y por último, un gorjeo tan agudo que despertó al lirio blanco.

—Maldito pájaro. Imprudente pájaro, dijo el comerciante amagándole con su bastón.

La niña doliente entretanto, abiertos ya sus ojos, los fijaba con inexplicable ternura en el canario, é indiferente al parecer á toda otra presencia, le dirigia la palabra, aunque en acentos ininteligibles.

—¿Quieres algo vida mia? preguntó Magdalena inclinándose sobre ella y besando su alabastrina frente abrasada por el calor de la calentura.

Elena no le contestó, y fija la vista en el pájaro, como falta de sentido ó pensamiento para otro objeto, continuó hablándole:

—Canta, canta; pudieron al fin entenderle su madre y D. German; canta canario mio: el canario que él me dió, que cuando viene por la calle le conoce de léjos. ¡Que no me le qui-

ten! ¡Que le vea! Que le oiga yo cantar, por que canta para anunciar á Gonzalo. ¡Gonzalo! repitió, que hace ocho dias que no viene. Madre, exclamó en acentos más rícos, que venga Gonzalo: que venga ó yo me muero.

El canario volvió á gorjear.

—Viene, viene. Ahí está ya, prorumpió desviando los ojos del pájaro, y alzándolos al cielo, iluminado su demacrado rostro por una sonrisa angelical. Mi canario me lo dice y voy á recibirle.

Hizo un movimiento como para incorporarse en el sofá, pero desfallecida dejó caer la cabeza sobre la almohada, y como una muerta la estrechó su madre entre los brazos.

A no dudarlo, D. German era un mándria.

Estaba llorando como un niño, y fuera de rábía, porque se avergonzára de mostrarse tan débil, de despecho contra el imprudente canario, ó por la causa que fuera, lo cierto es que dió con el baston contra el suelo; dijo algo que se parecia á «caramba» ó cosa semejante, y preso al parecer de la más decidida resolucion, sin despedirse de la viuda, desapareció de su presencia y se fué á la calle.

CAPÍTULO XVI.

El escritorio de D. Alvaro Montoya era citado entre los escritorios mejor montados de Cádiz; y ciertamente el buen arreglo, la puntualidad, la exactitud y el espíritu de orden que en él se descubrian, hasta en los más minuciosos detalles, no podian ménos de justificar aquella calificación.

Marchaba todo este escritorio como un relój; é iniciados los diversos dependientes que encerraba en el sistema de su principal, marchaba no sólo con la exactitud del relój, sino al propio tiempo con su mismo misterio.

No se oía una voz, no se veía movimiento alguno mas que los precisos; no se escuchaba ni siquiera el ruido de las pisadas, cuidadosos

todos siempre de andar de puntillas; no se veía una sonrisa en la boca de los dependientes; ni parecían estos en realidad otra cosa que autómatas que sabían escribir y contar.

Si la necesidad obligaba á alguno de ellos á dirigir la palabra á D. Alvaro, lo hacía ordinariamente en acentos tímidos, con los ojos bajos y con el aire de un reo que espera la sentencia de muerte.

Si la persona de D. Alvaro era atisbada á diez varas de distancia, bastaba esto para hacerlos á todos sumergirse hasta las orejas en su ocupacion y no respirar hasta haberle perdido de vista.

Si su voz era oída en el cuarto inmediato, cada cual temblaba por la reprimenda que le esperaba y el lenguaje soez que tenía que oír, y á más de esto, esclavizados estos infelices desde las siete de la mañana hasta las once de la noche al trabajo, sin trégua de ninguna clase, se hacía su vida todo lo más miserable que puede hacerse la de un jóven privado de todo recreo, de todo ensanche, de todo desahogo y respiro en la edad en que la naturaleza más lo desea, y es más natural concedérselo.

Ganaban su dinero, es cierto, que no tra-

bajaban de balde; y que los que no recibían estipendio eran remunerados en sus tareas por los conocimientos y la experiencia que adquirían; pero ganado por unos el dinero y por otros los conocimientos y la experiencia á costa de todo recreo, de todo placer, de toda distracción y halago, y algunas veces hasta á expensas de la salud, no bastaba dinero alguno, ni género de conocimiento ó experiencia para resarcir semejantes sacrificios.

Arido el trabajo, por lucrativo que sea, cuando no concede tréguas al descanso; árida la vida puramente del interés, que niega la entrada á todo otro sentimiento humano, y realizado en el sistema del acaudalado Montoya, y en la marcha de su escritorio su propio modo de ser, el jardín sombrío en que tan mal jardinero había sido Gonzalo Figueras en los primeros días de su juventud, se asemeja á una cárcel donde, aunque invisible, cada dependiente arrastraba una opresora cadena, excepto Francisco, que siempre libre, donde todos eran esclavos, siempre dominante, donde todos eran dominados, y siempre seguro de sí mismo, donde todos desconfiaban, audáz y resuelto osaba hacer frente á su principal; y merced á su saber y astucia, ejercía sobre

él el más irresistible predominio; y dotado de inagotables recursos ofensivos y defensivos, manejaba al hombre de hierro como á una máquina. En aquella mañana misma en que hemos seguido los pasos de D. German del Castillo á la casa de Magdalena, estaba sentado como de costumbre ante su carpeta dedicado á trabajar en su dilatada esfera para contribuir á la unidad de aquel todo, que sin sus poderosos auxilios no podia marchar.

Separado el cajero de los demás dependientes por una barandilla de caoba que formaba cierta division en el escritorio, que hacia mayor el mostrador de los cobros, se podia decir que ocupaba Cadenas un departamento suyo, aislado, desde donde, alerta á todo lo que á su alrededor ocurría, llevaba vigilante el timon de los negocios de su jefe.

Recargado de trabajo, y autorizado por su principal, le auxiliaba en sus tareas el sobrino de Montoya, que sumiso á las disposiciones de su tio, á pesar de su repugnancia á establecerse á las inmediatas órdenes del cajero, sin réplicas habia admitido el puesto en el espacio de escritorio destinado á Francisco, y allí pasaba su noviciado esforzándose

diligente por corresponder á cuanto de él era exigido.

Aunque no satisfecho de Francisco, habia depuesto sus antiguas antipatías, y en paz y concordia, aunque sin amistad, corria la vida de ámbos, soportándose mutuamente con la mejor gracia posible en la estrecha union propia de los cargos que ejercia.

Vecinas sus carpetas, separadas solamente por el mostrador de los cobros que encerraba la doble propiedad de gaveta, triste cosa hubiera sido haberle faltado á uno ú otro la prudencia necesaria para sobrellevarse; y digno de elogio era, principalmente en Gonzalo, el predominio que su buen juicio ejercia sobre las tendencias de su imaginacion.

Frente uno de otro, como de costumbre en esta mañana á que me refiero, el cajero y el ayudante, ni una palabra habia salido de la boca de uno y otro desde el momento de ocupar sus respectivos puestos: ámbos revelaban en su fisonomía que no era lo que les preocupaba el trabajo de su escritorio.

Distinta, sin embargo, la espresion de ámbos semblantes, se traslucian en el de cada uno los acontecimientos de la noche anterior: el decaimiento del rostro de Gonzalo, el sello

de profundo sufrimiento impreso en él, excitaba el interés más íntimo, en tanto que la marca de cinismo grabada en la fisonomía de Francisco Cadenas inspiraba la más profunda repugnancia.

Con la pluma en la mano de cada cual, suspendían ámbos frecuentemente y al mismo tiempo su escritura para seguir la corriente de sus pensamientos; y más de una vez sorprendidos mutuamente en sus distracciones, salían de ellas y volvían al trabajo al encontrarse sus miradas.

Sumergidos en el más profundo silencio, como se ha dicho desde el momento de ocupar sus respectivos puestos, formaban en esta mañana asunto del mayor asombro para el resto de los dependientes, que cohibidos por el terror de entregarse al menor ensanche y hasta al pobre desahogo privilegiado prescribía tan inaudito silencio, sin atreverse á esponer señal evidente de asombro.

Las once de la mañana serían, cuando un acontecimiento siempre grave en el escritorio, á pesar de su frecuencia, interrumpió este extraordinario silencio, é hizo al propio tiempo retirar todas las miradas disimuladas; este acontecimiento no fué otro que la entra-

da de D. Alvaro Montoya en el departamento de Francisco Cadenas.

El cajero soltó la pluma, Gonzalo Figueras abandonó su asiento, y los autómatas, más que nunca diligentes y aplicados, sumergiendo las cabezas sobre las carpetas escribían con tal ferocidad, que parecían dementes.

Montoya se sonrió satisfecho.

Era un gusto inspirar sentimientos tan agradables.

Era una satisfacción suprema verse tan temido.

Era un motivo imponderable de triunfo y orgullo producir semejantes efectos.

El hombre debe ser siempre rey despótico, sin otra ley que le rija más que la del dinero.

¡El dinero! juez supremo, ley universal, único tridente para gobernar el Océano de la vida, brújula de los destinos del mundo.... bárbara es tu lógica, maléfica, detestable tu influencia.

Cadenas inquirió la voluntad de su jefe.

Buscaba D. Alvaro unas letras de cambio cuyo paradero ignoraba.

—Gonzalo sabrá de ellas, fué la contestación de Francisco.

—Estarán en la gaveta, se apresuró á decir el sobrino.

—¡Estarán! repitió el tío con una voz de trueno que estremeció á los autómatas; como si eso bastara. ¿No lo sabes de cierto? ¿Es ese el modo de cumplir con tu obligacion? Bonito ejemplo para esa parva de zopencos, dijo, refiriéndose á los infelices dependientes.

¡Pobres autómatas! Se pusieron rojos, pálidos y trémulos de indignacion, de orgullo, de vergüenza y de rábia; y á tanto extremo se sumergieron entre las carpetas, que parecian haberse quedado todos sin cabeza.

Entretanto se habia dirigido Gonzalo al mostrador y tirado de la gaveta.

El comerciante contempló á los zopencos con la satisfaccion de un milano, y con pasos pausados y medidos, como saboreando la caza, abrió la puertecilla que separaba el departamento de Cadenas y compareció ante ellos.

—¡Hola! dijo aproximándose á la víctima más inmediata, ¿qué está Vd. haciendo?

El autómata número uno, un muchacho nervioso, sintió circular un calofrio por su cuerpo, y chocarse sus rodillas.

—Una carta de crédito, iba á contestar el

infeliz, pero trabada la lengua, ni carta ni crédito salieron de sus lábios.

—Ca-re-ta, fué lo que dijo, ó á lo ménos á careta le sonó al principal, ó quiso que le sonara; y de esta suerte fueron tranquilizados los pobres nérvios alterados.

—Caretta ha dicho el muy sándio. ¿Y qué quiere decir careta? Hable Vd. récio, que yo lo oiga, que no tengo ganas de preguntar las cosas dos veces, Rudo, inepto; no hay que esperar nada de él, fueron sus últimas palabras, dirigidas al parecer á sí mismo, pero sobradamente inteligibles para la persona á quien se referia; y enseguida pasó á la víctima número dos, que se hallaba estendiendo unos conocimientos.

¡Pobre autómeta! cayó sobre él, como un torrente.

—¡Los conocimientos que debian haber estado listos ayer! el demonio se lo lleve á usted. ¿En qué ha estado Vd. pensando?

—Es que, tartamudeó el dependiente, no hacian falta hasta hoy.

—No me venga Vd. con esas, prorumpió el comerciante. Sé mejor que Vd. lo que pasa. Sé que aquí nadie hace mas que lo que le dá la gana; y sé mas que nada, que esto no durará

mucho tiempo. Gente nueva; y ya me las compondré con ella. El que gana su dinero, prosiguió, debe saber cómo lo gana, y no abusar de este modo.

—Es que, volvió á decir el dependiente con nunca vista audacia tratando de disculparse, el barco no se ha ido todavía.

—Esa no es cuenta de Vd. Aquí se cumplen mis órdenes, y nadie tiene derecho siquiera para pensar. Y sobre todo, haga Vd. el favor de callarse y no responderme.

El autómatá sabia que otra palabra que articulara lo llevaria á la calle: sabia que una sola bastaria para hacerle perder su colocacion; y se acordó de la familia que mantenía: su madre y tres hermanas desvalidas.

Tragóse, pues, las espresiones que se le venian á los lábios, y lívido su rostro, reveló sólo en esto los sentimientos que le agitaban.

Pasó el milano á la víctima número tres; un muchacho de quince años que copiaba cartas.

¡Qué bocado tan delicado este tierno pajarito!

¡Qué gusto saborear sus tormentos y destrozarle entre sus garras!... pero el milano se contentó sólo con mirarlo y permanecer de-

trás de él un rato, observando su escritura á ver si le cogia en alguna falta.

Verdad es que con esto sobraba.

El pobre chico se sentia como si estuviera cerca de algun tigre sediento de su sangre, en muda agonía, esperando el temido momento.

Corria sin embargo, su pluma, y con tal velocidad, que parecía la pluma de algun hechicero; y clara y limpia como nunca su letra, evidente era que el ángel bueno de los niños piadoso le guiaba la mano, y misericordioso le evitaba la realizacion de sus temores.

—Señor D. Alvaro, dijo la voz del cajero, aquí están ya las letras: á cuya voz, atendiendo inmediatamente el principal, la caza se terminó y el milano volvió á dirigirse al departamento de Francisco con extrema satisfaccion de sus tiranizadas victimas.

—Aquí están ya, dijo Gonzalo, entregándole un rollo de papeles.

—Un poco de más cuidado de aquí en adelante, contestó su tio, y que no se repitan semejantes negligencias.

El sobrino soportó la injusticia con la más profunda humildad.

Montoya se apoderó de las letras, y acto continuo estendiéndolas sobre el mostrador, las contó: una, dos, tres, hasta veinte y cinco; esto hecho, después de haber apartado unas cuantas, volvió á formar el rollo con las restantes.

—Me quedo con cinco, dijo, que no haya equivocacion. Cinco, ¿han entendido Vds. añadió dirigiéndose simultáneamente al cajero y á su sobrino. Sobran veinte: cuarenta mil reales cada una. Suma total: ochocientos mil reales.

Gonzalo las volvió á meter en la gaveta, y alejándose enseguida el tio, respiraron los autómatas, tornó el sobrino á su asiento, y Francisco Cadenas, nada descompuesto por la presencia que á los demás tanto desarreglara, volvió á su antigua posicion.

Lleno el escritorio de gente compuesta de los diversos dependientes de D. Alvaro, ó de los que tenian con él relaciones mercantiles, penetró una persona en el recinto sin que Cadenas ni Gonzalo fuesen sabedores de su advenimiento, hasta que la tuvieron completamente encima; y esta llegada produjo en ámbos tan extraordinario efecto, que les hizo levantarse repentinamente de sus sitios, y

dirigirse simultáneamente en direccion del recién llegado, el jóven presa del mayor sobresalto, y Francisco del más visible asombro.

Nada desconcertado, sin embargo, el que entraba por la impresion que hiciera, empujó la puertecilla, les dirigió la palabra, y al propio tiempo tendió una mano de amigo al jóven Figueras.

—Mucha sorpresa debe causar á Vds. mi presencia aquí, dijo. Bien lo comprendo, y conocidas por todo el mundo las antiguas rencillas, y la arraigada enemistad de tantos años, no es extraño lo que en V. se descubre. Pero no perdamos tiempo. Los momentos son preciosos y no deben despediciarse. Sr. de Cadenas, dijo, dirigiéndose al cajero; anúncieme V. al Sr. D. Alvaro, que yo le sigo á V. los pasos.

Francisco retrocedió con espanto.

D. German le miró por algunos segundos con atencion; ¿no se atreve V.? preguntó.

—La verdad, replicó Cadenas, iniciado por D. Alvaro en la historia de su pasada vida y profundamente penetrado de la imposibilidad...

—Nada hay imposible, amigo mio, interrumpió el comerciante, pero, en fin, añadió

con una sonrisa llena de benevolencia, si le molesta á V. hacerlo, nada he dicho. Tomaré la responsabilidad sobre mí, y es cuenta concluida.

Y sin otra palabra, el antiguo amante de Rosario, que conservaba grabados en su memoria hasta los últimos rincones de aquella casa, en un tiempo templo de su amor, se dirigió al escritorio particular de D. Alvaro, dejando al cajero y á Gonzalo llenos de sorpresa y curiosidad.

Era un acontecimiento tan imprevisto é inesperado como enigmático; y natural era que lo mismo uno que otro no pudieran por lo pronto ocuparse de otra cosa: el cajero á viva voz y haciendo vanas conjeturas acerca de las causas que lo produjeran, y Gonzalo en íntima conversacion consigo mismo, casi presintiendo el verdadero móvil.

.....

.....

Cuando D. German compareció ante su antiguo enemigo se hallaba éste leyendo una carta, y el que debería haber sido su hermano político tuvo tiempo de examinarlo algunos segundos ántes de haberse el otro apercebido.

Algunas eran las veces, desde la época de su rompimiento, en que se habían vuelto á ver; pero siempre de paso en la calle, y por consiguiente no había tenido ocasión D. German de examinar el efecto que hubieran hecho los años en su enemigo hasta este momento en que á placer le contemplaba y hacia el descubrimiento de la suavidad con que el tiempo había tratado aquella naturaleza de hierro.

Lo mismo se hallaba en la apariencia que treinta años ántes; y á D. German le parecía estarle viendo tal como le veía en el tiempo de sus amores: duro, tenáz, inclemente, tiránico, amargando la vida de su hermana; no cual le veía ahora á solas con sus pensamientos y por el prisma de la indulgencia.

Pero esto duró poco tiempo.

Presto, acordándose el hombre regenerado de lo que era y no de lo que había sido, fué rechazado aquel recuerdo importuno, y revistiéndose diligente de la armadura de su virtud y caridad... cuando los ojos de D. Alvaro se apartaron de la carta y recayeron en la inesperada visita... era un misionero de paz, un ángel de clemencia, un enviado de la misericordia, el que tenía delante, no el ene-

migo de los antiguos tiempos, que á pedirle venia la retribucion debida por sus pasadas perfidias.

Sin embargo, no pudo Montoya reprimir una exclamacion de sorpresa, ni posible le fué tampoco contener la espresion iracunda de su semblante, así como el movimiento espontáneo de su mano, indicando la puerta de salida.

Despertada su cólera, herido su orgullo con la intrusion, toda la dureza, toda la implacabilidad de su naturaleza, todo el exagerado espíritu de su importancia personal, y más que nada, todo el rencor arraigado que ineficaz el tiempo para extinguir, yacía aún en su pristina fuerza en el fondo de su corazon de piedra, todo esto se reunia para descargar sobre el recién llegado.

Pero contenido este ímpetu por la impasibilidad de D. German, por la noble dignidad revelada en su continente, por la invencible fortaleza y serenidad de su porte, y, sobre todo, por la espresion resuelta de su semblante y la admirable calma con que, haciéndose superior al efecto que produjera se habia quitado el sombrero y ocupado el asiento que no se le habia ofrecido, enmudeció D. Alvaro y esperó que su contrario hablase.

—Muchos años hace, exclamó éste inmediatamente, después de haber tomado asiento y apoyando al propio tiempo ambas manos en su baston, muchos años, repitió, que lo que entre nosotros hubo para siempre he olvidado. Muchos, Sr. D. Alvaro, que hubiera querido manifestárselo á V. y cortar tan desagradable enemistad; pero detenido en dar este paso por el justo temor de ser tachado de adulador á la posicion y á las riquezas, necesitaba de un móvil fuerte para anteponerlo á todo género de delicadeza. Lo que fué, continuó diciendo, contemplando de nuevo á su oyente, Dios lo dispuso porque así conveniria; y justo es que evitemos ya entre nosotros las consecuencias inútiles de causas que ya no existen.

D. Alvaro se agitó en su silla, pero resuelto á no ceder una línea, rehusó conceder una sola palabra de respuesta.

D. German continuó:

—Grande seria mi dicha si ántes de comunicar á V. el objeto de mi venida aquí, quedara inaugurada nuestra amistad: grande seria mi felicidad si todo género de recuerdo desagradable fuera de una vez depuesto entre nosotros, y la amistad enlazara nuestras ma-

nos, Sr D. Alvaro, exclamó el hombre benévolo iluminada su noble fisonomía por la más radiante espresion, levantándose al mismo tiempo de su asiento y dando un paso en direccion de su contrario. Olvidemos lo pasado. Perdonémonos ámbos, y seamos amigos.

Los ojos puros se fijaron en el semblante de Montoya, y la mano honrada fué estendida hácia delante.

D. Alvaro se dejó caer sobre el respaldo de su poltrona; y respondiendo con ojos de piedra á la serena mirada de D. German, y rechazando con altivo continente la oferta de aquella noble mano, se expresó de esta suerte:

—Es inútil tanto preámbulo, D. German; y fuera mejor que declarase V. de una vez el objeto que le ha traído aquí, á donde nadie le ha invitado que venga y donde jamás debería haber vuelto á poner los piés, y no perder el tiempo en vanas palabras que para nada le sirven.

El hombre virtuoso se sonrojó; pero firme en su resolucion, de nuevo volvió á su asiento; y tomando sereno otra vez, la palabra con la sublime confianza de la rectitud de conciencia, contestó lo siguiente:

—Si fuera aún, D. Alvaro, lo que fui allá en los tiempos de nuestra juventud; si fuera aún el hombre arrastrado por el ímpetu de las pasiones sordo á la voz de la razon, á las prescripciones de la caridad, de la benevolencia y de la misericordia como en aquella época era, jamás hubiera vuelto á pisar el umbral de esta casa; pero regenerado mi corazon cuando aún estoy en tiempo de reparar los yerros de mi pasada vida, Dios, que sabe el espíritu que me guía en este paso de hoy, sabrá concederme la fuerza para dispensarle á usted las palabras que me dirigè.

—El objeto, el objeto, interrumpió D. Alvaro dando con el puño cerrado sobre la mesa que tenia delante, y pronto, que mi tiempo no es de desperdiciar.

D. German aproximó su silla y apoyando de nuevo ambas manos en el baston.

—Usted tiene un sobrino, dijo.

—Gonzalo Figueras, contestó Montoya.

—El hijo de Rosario, añadió D. German.

D. Alvaro frunció las cejas.

¡Rosario!... su única hermana á quien tan mal habia tratado, á quien sus viles engaños habian separado de su primer amor, y cuyas lágrimas habian hecho correr tantas veces...

El recuerdo evocado por D. German al pronunciar su nombre era terrible.

Montoya volvió á moverse con inquietud, y su contrario continuó.

—El hijo de Rosario, repitió, que albergado por V. cuando quedó huérfano, pasó los primeros años de su juventud bajo el techo mismo que le cubre ahora...

D. Alvaro se preguntó interiormente á lo que conducía todo esto.

—Pero que expulsado de aquí, prosiguió D. German, hará ahora cuatro años, encontró un asilo de familia en la de Francisco Cadenas, el cajero de V.

La admiracion de D. Alvaro continuó:

Más enigmático para él á cada instante el objeto de la visita, más misteriosas le parecían por momentos las palabras que oía.

—En la madre de Cadenas, prosiguió el hombre benévolo, halló Gonzalo un afecto maternal, y en el hogar aquel el calor del suyo propio.

D. German tomó aliento.

—Había en aquel hogar, continuó diciendo, á más de la madre, una hermana tierna y candorosa que niña aún cuando Gonzalo la conoció, le prodigó amante el afecto más acendrado.

—¿Y qué tengo que ver con eso? no pudo ménos de decir Montoya con mal disimulada impaciencia.

—Ya lo verá V. después. Afecto puro de hermana aquel creado por la inocencia, la adolescencia lo convirtió en un sentimiento más vivo, y tarde ya para remediarlo. Elena sucumbe á su amor por Gonzalo. Elena, repitió D. German con la más melancólica espresion en su semblante; Elena, la última planta del vergel de Magdalena; la única delicia de su corazon de madre, ¡y quedarse sin ella! No; eso no: es preciso evitarlo, añadió con energía; es preciso salvar á esa frágil flor, señor D. Alvaro, y si V. se propone ayudarme con su influjo, devolveremos una hija á su madre. Gonzalo, prosiguió diciendo con creciente fervor y poseido por completo de sus sentimientos, ciego á la inmóvil indiferencia pintada en la fisonomía de su oyente, rehusa tenaz presentarse al dictámen de la misma humanidad, y resuelto á dejar á Elena morir ántes que sacrificarle unos cuantos dias de su vida, firme se resiste á la fuerza de mis ruegos, y á esos sentimientos naturales de gratitud que deberian impelerle á recompensar el bien que de Magdalena ha recibido. D. Alva-

ro, continuó, Elena se morirá sin remedio; su mal no ofrece esperanza, pero dulce su muerte con el amor de Gonzalo, será horrible sin él. Tréguas, tréguas á tanto padecer. Yo no pido otra cosa. Interponga V. su influencia con su sobrino. Haga V. valer los derechos que le corresponden. Abogue V. por la causa de la humanidad, y haga V. á Gonzalo marido de Elena.

D. Alvaro dió un salto sobre su asiento.

—¡El marido de Elena! exclamó. ¡Casarse mi sobrino tan jóven! ¡Cortarse la cabeza á los veinte años! Ni por pienso. No espere usted semejante cosa. La única prueba de juicio que hasta aquí ha dado Gonzalo, y creer que yo habia de prestarme á destruirla!... Tengo el pesar de ver, Sr. D. German, que los años, en vez de aplacar ciertas tendencias desarregladas, en V. no han servido más que para aumentarlas. ¡La juventud, la edad del trabajo, la edad de emplear las facultades, y fundar los cimientos para el porvenir del hombre, sacrificarla á los cargos de familia; embotar el entendimiento por las obligaciones y los embolismos anexos al estado de casado! ¡Barbaridad! Si fuera capaz mi sobrino de cometer semejante locura, le volveria á echar á la ca-

lle. Lo haria; sí, repitió y con tal fuerza que no dejaba género de duda, y le veria cubierto de miseria y de infelicidad con placer, y cuando á mi puerta llegara mendigo un bocado de pan á pedir, implacable, se lo negaria.

D. German sin alterarse contestó á esta violenta ebullicion con su tranquilidad usual.

—Un casamiento de un par de meses: esto es lo que á Gonzalo propongo y harto debe usted conocer la justicia de mi peticion. Cuestion de vida: cuestion excepcional, y que destruir debe todo género de opiniones ó preocupaciones: por la vida de un semejante, debe el hombre sacrificar sus más arraigadas ideas. Piense V. un momento en lo que llevo dicho: Piense V. un momento en la situacion de Elena y en la muerte que la espera sin dulzura de ninguna clase. Morirá, porque su mal no tiene remedio; y porque esto sé, mayor es la fuerza con que por ella abogo.

—He dicho ya mi parecer, contestó Montoya con altivez, y no necesito repetirlo; es inútil tratar de hacerme cambiar de opinion con el anuncio de la muerte de esa niña; y le prevengo á V., D. German, que en los asuntos de mi familia no necesito intervenciones.

Articuladas estas palabras, se levantó

Montoya de su asiento, en tanto que D. German ocultó el rostro sobre el baston, ahogado con el peso de sus sentimientos.

Pasaron algunos minutos en silencio, y D. German fué el primero á romperlo.

—¿No me ofrece V. ninguna esperanza? persistió. ¿No me promete V. pensar con detencion en el asunto y hablar de él con Gonzalo?... No se acuerda V., dijo al fin clavando los ojos en su oyente á quien miraba de pié con una espresion que hizo al otro bajar la vista, ¿no se acuerda V., repitió, que hay un Dios en el cielo, y que sus propios lábios nos recomendaron que con los demás hiciéramos lo que con nosotros quisiéramos que se hiciese? Esto no más le digo á V., añadió. Mañana tal vez sea V. pobre: mañana tal vez le conceda el cielo una hija tierna, frágil, doliente, que ame como Elena, y en cuyo amor estribe su vida. Mañana tal vez exista otro Gonzalo que á esa hija haga sufrir. Piense V. en mañana, D. Alvaro, y el pensamiento de ese mañana le hará tal vez clemente hoy.

D. German se puso en pié; tomó su sombrero, y sin otra palabra salió del escritorio particular y penetró en el general, donde su

vuelta era esperada con la mayor ansiedad por Gonzalo y Francisco Cadenas.

Sin reparar sin embargo en esto, ó lo que era más probable, opuesto á satisfacer la excitada curiosidad, se despidió de ellos en silencio, y saludando cortesmente á los autómatas, dejó aquella parte de la casa; y con el propio conocimiento del terreno que habia manifestado algunos momentos ántes, dirigió los pasos al piso superior, á la sala de recibo, desde donde hizo pasar recado á la señora de la casa de que tenia que hablarla con precisión.

CAPÍTULO XVII.

¡La voz de los recuerdos! ¡El eco despertado de los pasados tiempos!

¡El resucitado teatro de los primeros amores! ¡La imágen fresca y pura de la vida con los dulces y placenteros tintes de su rosada aurora!

Tales fueron las visiones que cruzaron por delante de D. German; tales fueron las imágenes resucitadas en su todavía jóven corazón: toda la historia de su juventud vió reproducida.

Allí la ventana donde le esperaba Rosario; más allá el confidente donde tantas veces se sentó á su lado y le dijo lo mucho que la amaba.

Aquí la mesa de la labor donde la veía trabajar, allí el sitio desde donde leía él en alto, en tanto que ella le escuchaba contemplándola con la mayor ternura.

Mas allá una mesa cargada de flores; en el extremo de la sala el piano con los papeles de música... y la fresca, jóven y bella siempre en su imaginacion la figura de su amada, de nuevo la veía, ya en la ventana, ya en el confidente, ya en la mesita de la labor, ya aspirando el perfume de las flores, ó ya extrayendo los sonidos armoniosos del piano.

Mucho habia cambiado la sala desde entonces: grandes y notables eran sus variaciones; pero insignificantes para apagar la luz de los recuerdos: el rico damasco, el fino cortinaje, los magníficos espejos y todos los demas objetos de lujo y capricho no habian podido borrar las huellas de lo pasado y la sala se presentaba á la imaginacion de D. German como si no hubiera sido despojada de su mueblaje antiguo.

Nada desagradables, sin embargo, los despertados recuerdos, tranquilos y libres de toda amargura por la regeneracion operada en el corazon, suaves, y apenas teñidos de una ténue sombra de tristeza cruzaban por la

mente del hombre virtuoso, hasta que derrocada la aérea fábrica por la entrada de Isabel, fueron estas visiones de lo pasado trocadas por la realidad de lo presente.

Jamás habia visto D. German á la mujer de Montoya; pero nada ageno al renombre de su hermosura y esclarecida virtud, y predispueto á encontrarla lo que efectivamente era, habia sido esta predisposicion el móvil verdadero de su visita.

Cuán bella le pareció con su aéreo cuerpo, sus largos y dorados rizos, su pura frente, sus negros y rasgados ojos, cubiertos entonces de melancolía, y con sus rojos lábios y delicados dientes.

Jamás habia visto criatura mas ideal

¡Pobre de Rosario si hubiera vivido y contara D. German algunos años menos!

—Señora, fueron las primeras palabras del comerciante apenas se presentó Isabel y dirigiéndose á su encuentro, personalmente desconocido para V., pero seguro de que no sucederá otro tanto con el nombre que llevo, German del Castillo.....

Un débil sonrojo cubrió las mejillas de la jóven.

—Abrigo la esperanza de que el conoci-

miento de este nombre habrá de servirme para que V. me dispense por la libertad que me he tomado en solicitar esta entrevista. Sabedora tal vez de las rencillas de nuestras familias, seguro estoy de que sorprenderá á usted mi presencia en este sitio; pero muertas para mí las antiguas enemistades y resentimientos, y lanzado á servicio de una causa superior á todo sentimiento propio, digna del mayor interés, vengo á implorar su auxilio y eficaz cooperacion.

Isabel le contempló con la mayor sorpresa; pero ya interesado el corazon, luchando por responder á esta llamada.

—Señor, dijo indicándole al propio tiempo un asiento, siéndome familiar el nombre de D. German del Castillo (Gonzalo se lo habia dicho) que ha sonado en mis oidos con elogios, experimento el mayor placer en conocer personalmente á quien lo lleva. Nada extraña á las antiguas desavenencias á que se refiere V. tendria la mayor satisfaccion, si de mí dependiera, en reanudar los rotos lazos; y si el objeto de la venida de V. es el deseo de destruir las pasadas rencillas, pondré en juego para conseguirlo cuando esté de mi parte.

—Gracias, señora, por esta deferencia y

por esos sentimientos que tanto la realzan; gracias, señora, repitió D. German, por la esperanza que la bondad de V. me ofrece de que no habré de implorar en vano.

El comerciante meditó un momento, en tanto que Isabel examinó su honrada y noble fisonomía.

No habia sido exagerada la pintura que de ella se le habia hecho, la pintura de este espejo del alma benévola, y le parecia extraño á la jóven no haberla reconocido á la primera ojeada.

—Señora, dijo al fin D. German saliendo de su abstraccion; lo que de V. deseo es el influjo de una mujer sobre su marido.

Bien poco era el de la que tenia delante, aún á pesar de recibir de su esposo cuanto era capaz de dar de sí; pero ignorante el nuevo conocido de esto, y guiado por lo que de él haria una mujer como Isabel, no es extraño que se espesara de este modo.

—El influjo de una mujer sobre su marido, repitió D. German, no en favor mio, sino en favor de una desgraciada...

—¡Una desgraciada! interrumpió la jóven vivamente interesada. ¿Quién? ¿Cómo? Podré yo sola socorrerla sin necesidad de re-

currir á otra persona? Dígamelo V. ¿Qué es lo que debo de hacer?

—Influir con su marido de V. Nada más. Pero, exclamó D. German, interrumpiéndose, estoy hablando con enigmas, y preciso es contar mi historia desde el principio, para que comprenda V. bien lo complicado de las circunstancias en que nós hallamos, y obre como mejor le parezca y como no dudo que su noble corazón le dictará.

—¡Una historia! prorumpió Isabel con creciente interés, revistiéndola su imaginación de los colores más poéticos.

—Una historia, repitió el comerciante, que voy á referir á V. sin más preámbulos, callando por ahora los nombres de sus personajes.

El tacto especial de los buenos, que aún sin la agencia de los sentimientos ó de las ideas acompaña invariablemente sus más insignificantes acciones, se mostró patente como nunca en esta ocasión de la vida del hombre benévolo.

Hubiera sido una inhumanidad herir desde el principio los oídos de Isabel con el nombre cuyo eco hubiera hecho desaparecer toda la serenidad de su espíritu; y el ángel bueno

que susurra sus consejos en el oído de los elegidos, piadoso y compadecido de ella, inspiró á D. German.

—Un jóven, exclamó éste, dando principio á su historia, de un mérito singular, pero mal favorecido por la suerte, esperimentó en los primeros años de su vida los más grandes sinsabores. Huérfano, desvalido, sin parientes ni recursos de ninguna clase, hubiera tal vez sucumbido al rigor de su desdicha, ó al ahogo de los vicios, si la piadosa intervencion de una familia virtuosa no le hubiera salvado de tan profundos abismos. Este jóven, señora, amado y cuidado por aquella familia, cual si la suya fuera, pasó feliz en el seno de aquel hogar algunos años, hasta que quiso Dios que su suerte variara. Dejó de soplar el viento adverso, y se mostró despejado el horizonte. Este jóven, dotado de un corazon sensible, y fácil á impresionarse, habia amado, como á la suya, á la familia aquella: á los padres como á padres, y á los hermanos como á hermanos; y tierno y reconocido á los beneficios que le prestáran, les prometia fiel la debida retribucion. Pero, añadió el hombre recto, fáciles de desatender algunas veces las promesas más sagradas, fáciles de olvidar con el cambio

de fortuna las obligaciones de la gratitud, este jóven tan lleno de mérito, de tan singular perfeccion, al ofrecérsele la ocasion de retribuir su deuda, rehusa cumplirla.

—¡Cómo! exclamó Isabel profundamente interesada é indignada de semejante proceder.

—Lo dicho, respondió D. German; este jóven tan lleno de mérito, de tan singular perfeccion, al presentársele la ocasion de pagar su deuda, rehusa cumplirla. Sabe que es amado.

—¿De alguna de sus hermanas adoptivas? interrumpió Isabel.

—Justo, señora. Una jóven inocente, cuyo corazon sencillo le ama más que á su propia vida, y que por amor de él, triste perece. Perece, sí, repitió el comerciante, y lo sabe él: le consta, porque el que es incapaz de mentirse lo ha asegurado, y de rodillas casi le ha pedido por la vida de esa criatura desgraciada, por la vida de algunos meses, y por una agonía apacible, porque su muerte está decretada.

—¡Inhumano! ¡Cruel! prorumpió la jóven; ¡y la deja morir, y puede salvarla y no lo hace! ¡Horrible monstruosidad! Me extremece el

pensamiento. ¿Y qué causas alega para semejante iniquidad?

—Que ama á otra, constestó D. German, y que por esa otra es capaz de sacrificar hasta su mismo honor...

—¡Ah! exclamó Isabel con simpática expresion en su semblante; ¡ama á otra!... ¿algun sentimiento anterior quizás?

—No señora. Si bien le he comprendido, es nuevo el sentimiento que le preocupa, y por el misterio que de él hace, tal vez, tal vez, léjos de merecer ser acariciado, merece, sin duda, ser pospuesto á las prescripciones del deber, de la humanidad, de la gratitud, en fin. Sé bien, dijo interrumpiéndose, cuán erradas, cuán injustas serian mis exigencias en otras circunstancias; pero autorizado por la imagen de la muerte, que tan inmediata veo, y por el dolor sagrado de una madre, que culpable se cree de la desgracia de su hija en la proteccion que ofreció al desamparado, no es sino justificable cuanto llevo hecho; y justo es, señora, que la virtud de V. y el influjo de su persuasion se reúnan, para ayudarme á conseguir el deseado fin. He hablado con don Alvaro; le he expuesto el relato de los hechos, esperanzado de que su auxilio no me

faltaria; pero inflexible á mis ruegos, y rehusando tenáz cuanto de él he pedido, mis esperanzas se cifran en V. que no dejará de prestar oído á las desgracias de una mujer.

Extraña é inexplicable la espresion del semblante de Isabel en tanto que D. German hablaba, ahora, cuando se esperaba su respuesta, articularon los lábios de la jóven una sola palabra apenas inteligible y pronunciada con el mayor esfuerzo.

—Gon-za-lo, dijo.

—Lo ha adivinado V., exclamó D. German, Gonzalo Figueras: ese es el nombre del jóven, y Elena Cadenas el de su hermana adoptiva que se muere de amor por él: hé aquí, señora, explicada la causa de mi visita. Interponga V. su influjo; haga uso de su corazon de mujer; de ese noble corazon de mujer tan valeroso adalid en la causa de la desgracia, y Dios, señora, añadió el noble German, le concederá la más grande de las recompensas, la satisfaccion de haber hecho una buena obra.

La cortina que separaba la sala del gabinete, fué recorrida en este momento, y al propio tiempo que una vocecita suave articuló el nombre de Isabel, apareció á la vista

de D. German sobre la pared de la habitacion la imágen de su primero y único amor. ¡Rosario, la madre de Gonzalo, tal cual se la representaba siempre, jóven, fresca y bella en la alborada de su vida!

¡La madre de Gonzalo, la victima del despotismo y de la malévo la intriga!

¡La madre de Gonzalo, el cordero sacrificado á la vil calumnia y á la sordida avaricia!

¡La madre de Gonzalo sacrificada, hizo brotar en D. German la idea de que un sacrificio semejante estaba preparando él!

Reconvencion inesperada; reconvencion nacida de la espresion de aquel semblante nunca olvidado; reconvencion que por la primera vez resonaba en el corazon de D. German. La imágen de Rosario, tan semejante á la de su hijo, le trajo á la memoria todo lo que de los lábios de éste habia escuchado la tarde anterior; la apelacion al primer amor de D. German, á sus sentimientos relativamente á los que le habian robado la mujer á quien amaba, y todas las razones que defendian el amor de Gonzalo; oculto, culpable ó como fuera.

Rápidas las transiciones del corazon, rá-

pidos los cambios que se verifican en el alma por alguna idea que se presenta por primera vez, y difíciles de seguir los diversos pensamientos que confusos pasan por la mente, sería trabajo inútil querer analizar todos los que se despertaron en este momento en la mente de D. German.

¿Era justo lo que hacia?

¿Era justo que él, que tan fiel habia sido á su amor, tan indiferente se mostrara al del hijo de su amada?

¿Era merecido que levantara toda la fuerza imaginable contra él y no pensara un momento en sus antiguos padecimientos, y no tuviera misericordia de los del hijo de su amada?

¿Era todo esto que llevaba hecho lo que de él debería esperar la mujer que habia perdido?

Duda, desconfia, se arrepiente de todos sus sentimientos y acciones, y lleno de remordimiento no acierta á salir del estado de abstraccion en que la vista del retrato le ha puesto.

Elena, Magdalena: la muerte de la una, y el dolor de la otra, no son ya mas que una débil sombra en el paisaje que delante tiene; y

Rosario, lo que de él esperaria Rosario, es el pensamiento que le preocupa.

Entretanto ha respondido Isabel á la llamada de uno de los niños, habia vuelto á ocupar su asiento tranquila en la apariencia, pero teñidas sus mejillas de unas manchas rojas, y reemplazada la melancolía de sus ojos por un extraño brillo.

Contemplando á D. German, cree adivinar los nuevos pensamientos que asaltan su imaginacion: cree descubrir en aquella fija abstraccion algo de las ideas que le atormentan, y se propone tranquilizarlo sin tardanza.

Suave su voz, pero entera, y nada alterada, sus acentos armoniosos hicieron al comerciante volver en sí.

—Interesada, como V. puede figurarse, en la triste historia que me ha referido, interesada, como solo una mujer puede estarlo por los sentimientos de otra, y segura de mi influjo no sólo con mi marido, sino igualmente con Gonzalo Figueras, solemnemente prometió á V. el logro de sus deseos. Fácil de destruir, prosiguió diciendo con el mismo acento con que le habló á su padre cuando destruyó los recelos que habia concebido por la

felicidad de su hija cuando se prestó esta á dar la mano á Montoya, y evocando como entonces toda la fuerza de su virtud para decir otra vez una mentira engarzada en oro y digna de ser admitida en el número de las virtudes; fácil de destruir, repitió, el frágil baluarte en el que se defiende Gonzalo para rehusar lo que de él se solicita, y suficiente una palabra mia para derrocar el débil amor, al que su ignorante confianza tanto valor concede, la palabra que de mis lábios salga, de una vez conseguirá el objeto. Aislado, desatendido y más que aislado y desatendido despreciado.... (la voz le faltó al articular esta palabra) el amor de que nace su resistencia, cuando él sepa que no es correspondido, el despecho y la bondad natural de su corazón dispondrán de él como todos deseamos.

D. German la comprendió de una vez.

No necesitó oír más.

La admirable serenidad, la tranquila compostura del semblante, su perfecta calma, la entereza de la voz al hacer esta encubierta confesioa, y descubrirle el estado de las cosas, le tranquilizó por completo.

¿Cómo no haberlo imaginado ántes?

¿Cómo no haber adivinado que vivir con

Isabel y no amarla era una cosa imposible?
 ¿Cómo no haberse penetrado de todo esto la tarde anterior, cuando las palabras de Gonzalo tan claramente se lo indicaban?

¿Y cómo no venerar sobre todo, pureza y virtud tan superiores á toda tentacion?

D. German contempló á la jóven con el más profundo respeto, casi tentado á echarse á sus piés y besarle la ropa.

Pero darse por entendido hubiera sido una vileza; confesarle que era comprendida una villanía; y detenido el buen hombre por estos motivos, no sólo negó toda expansion á sus sentimientos, sino que interiormente hizo voto solemne de callar para siempre el secreto tan extrañamente descubierto.

Era notable la apariencia de la jóven en estos momentos.

Inspirada por la fé, sostenida por la esperanza futura, valiente y heróica cual los mártires de los antiguos tiempos sentenciados á la arena para combatir con las fieras, con la propia resignacion y denuedo que ella se conducia, esta mártir del corazon, en la lucha que habia emprendido.

D. German no podia separar la vista de ella áun sin conocer el mérito de su abnega-

cion, esperanzado sin duda de ver aparecer una aureola en su frente.

Hubo algunos instantes de silencio que fueron reemplazados por las amistosas protestas del comerciante, y las sinceras manifestaciones de la jóven acerca del placer con que habia hecho su nuevo conocimiento, expresiones de satisfacion, de una y otra parte, indicadoras de la simpatia que mútuamente se habian inspirado.

¿Tendré el gusto de volver á ver á V.? preguntó Isabel.

—Grande pesar me causa, señora, no abrigar semejante esperanza. Olvidado por mí lo ocurrido entre nuestras familias, y deseoso de manifestarlo, he ofrecido la mano de amigo al Sr. D. Alvaro; pero rechazada esta mano, y tal vez con justa razon (no seré yo quien impugne el proceder ageno, y mucho ménos en causa tan inmediata), seria bochornoso que me empeñara en acudir adonde no soy deseado. Imposibilitado de cultivar una amistad que tan grata me seria, no abrigo otra esperanza que la de que alguna circunstancia imprevista me conceda esta satisfacion. Hasta entónces, señora, despidámonos. Será efecto puramente de la casualidad que nos volva-

mós á ver, pero recordaré siempre con placer esta visita.

El comerciante se despidió; y aún resonando sus pasos en los oídos de Isabel, pensó esta entre sí cuán distinta hubiera sido su suerte (á pesar de la diferencia de años) en haber tenido por esposo á D. German del Castillo, en vez de D. Alvaro Montoya.

Con el mismo brillo en sus ojos, las mismas manchas sanguíneas en sus mejillas, y rojos sus labios como los de un calenturiento, pero prevaleciendo sobre todas estas señales de febrilidad la admirable serenidad, la tranquila compostura del semblante, su calma perfecta, la entereza del continente, y la noble heroicidad del martirio estampada en su pura frente.... era sublime el aspecto de la mujer-ángel al entrar en su tocador.

CAPÍTULO XVIII.

Lo mismo que se mudan los telones de un teatro y se cambia la escena, á imitación de lo que pasa en el teatro del mundo, de la misma manera se mudan las escenas de mi historia.

Mirad en derredor, y ved si el lugar en que nos hallamos se parece en algo á los que hasta aquí se han recorrido.

Mirad en derredor, y admirad lo que este recinto encierra.

¡Luces, el perfume de flores, la armonía de la música, el susurro de la conversacion, la belleza y la juventud!

La belleza en su primer albor, tierna, cándida é inocente, llena de alegría y locura,

bailando al compás de la música, sin un pensamiento más allá del wals, de la polka; la belleza en su segundo período, más grave y pensativa, indiferente al baile, admirada de haberlo en algun tiempo amado, preocupada su alma ahora de un objeto superior; la belleza en su tercer período en toda la madurez de su hermosura, tranquila y desapasionada, contemplando risueña la escena que pasa á su alrededor; y la belleza ya marchita, volviendo á saborear el albor de la vida en los recuerdos que despierta la animacion del baile.

¡Un baile!

Un baile con sus luces, el perfume de las flores, la armonía de la música, los aéreos movimientos de los bailarines, el susurro de la conversacion, la mirada encantadora, el tacto de una mano amada, el lento murmurar, el lánguido suspiro... escena seductora que embriaga los sentidos y reviste la imaginacion de los más fascinadores encantos: un baile es la escena presentada ahora en el teatro de mi historia.

Infinidad de jóvenes lindas y graciosas envueltas en ligeros vestidos de gasa ó tul de variedad de colores, giran aéreas, van y vienen cual mariposas fantántiscas, tan pron-

to apareciendo en un punto como en otro de la sala; ya rápidas girando con sus compañeros al son del wals voluptuoso ó ya lánguidas desliziéndose en el grave rigodon, confundidos y mezclados sus diversos colores de celeste, rosa y blanco.

Numerosos espectadores de la festiva escena tapizan las paredes: ellos con sus negros fraques, ellas con sus vestidos de terciopelo, raso y otras ricas telas, brillante pedrería y variados adornos, desafiando toda la fuerza de las luces; y diseminados aquí y allí infinidad de grupos, el murmullo de sus voces presta las últimas pinceladas á la animacion del cuadro.

Propios para el efecto á que estaban destinados los salones del baile, se recreaba la vista al contemplar su elegante apariencia, y el gusto desplegado en su alhajamiento.

La señora, en cuya casa se verificaba este baile, notable por su inteligencia en estas cuestiones de tan grande importancia en la ciencia de la sociedad, habia agotado en esta ocasion los recursos de sus reconocidos conocimientos, y nada dejaba que desear.

Bien á la vista estaba, y bien halagüeño deberia ser para ella observar el buen efecto

de sus disposiciones, así como la visible satisfacción descubierta en los que componían la reunión.

Hacia ya algun tiempo que habia empezado el baile, cuando vários jóvenes que se ocupaban caritativos en sostener el quicio de una de las puertas de entrada, perdieron algun tanto el equilibrio de sus posiciones para dejar el paso libre á una señora y un caballero, cuya presentacion así entre estos amables sostenedores de la puerta, como entre las demás personas reunidas en los salones, pareció excitar la más viva atencion.

Fuera esto causado por el contraste que ofrecia la pareja, por la belleza de la dama ó por el lujo de su vestido: fuera por la causa que fuera, lo cierto es que su entrada produjo un movimiento general de ojos y de lábios.

Era notable en verdad el contraste de aquellas dos figuras; las gigantescas proporciones de la fisonomía vulgar, tosea, casi brutal de él, no hacian juego con la delicadeza, la esbeltez y el semblante puro, delicado y espiritual de ella: era notable en verdad la union de dos seres tan diferentes; y era comprensible, en toda su extension, el murmullo general que en la sala resonó en cuanto se presentaron.

Llevaba ella con la mayor elegancia un vestido ligero de tul de seda blanco con multiplicadas guarniciones aéreas, vaporosas, sa picadas de multitud de brillantes, que en caprichosas caídas, lo adornaban á imitación de guirnaldas naturales; y cubria su ebúrnea garganta, torneados brazos y dorada cabellera de rizos largos y ondulantes, la misma rica pedrería colocada con el más esquisito gusto, armonizando el lujo con la sencillez, y el vestido propio de sus años con las alhajas propias de su estado de casada; era este tocador de lo más escogido que se podia dar, y no era sino natural que unido á la belleza de la que lo llevaba se atrajese la atención de la concurrencia.

Pero despertada esta atención, no tanto por el elegante tocador y la belleza de la dama, cuanto por la extrañeza de su presencia en sociedad, y en la compañía del gigante sobre cuyo brazo se apoyaba, era en realidad la causa verdadera de las miradas y cuchicheos, que á medida que la pareja recorría el primer salón, é internaba en el segundo, en busca de la señora de la casa, se aumentaban por momentos.

—¡Qué linda! decía una de las columnas

humanas situadas á la puerta. ¡Qué ojos! Qué aire! ¡Qué dolor verla entregada á semejante animal!

—Pues señores, á remediarlo, decia un jóven de voz aflautada y aire sumamente fátuo, acariciando al propio tiempo una pera descomunal cargada de cosmético, que adornaba su demacrada fisonomía; á remediarlo, repitió siempre con la mano en la perilla, como indicando dónde existia el remedio verdadero para el mal tan deplorado; en el irresistible encanto de su insoportable persona.

—¡Quiá! contestó otro del grupo de columnas, no hay que pensar en semejante cosa. Inflexible esa mujer, segun he oido decir, á todo género de insinuaciones, seria inútil trabajar para ablandarla.

—No niego su hermosura, repuso de nuevo el jóven de la pera, pero bien examinada, hay tanta frialdad en su apariencia, tanta altivez y desden al mismo tiempo, que lo que es para mí, bien pensado, no es más que una hermosa estátua.

—¡Por qué no es coqueta! fué la exclamacion de otro de las columnas. Ya se vé: cada cual á su gusto. Pero mucho me temo que á tu estátua le sucediera lo que á Pigmaleon con

la suya, si no fuera por el terror que te infunden estas virtuosas. Están verdes; no me gustan: así dijo la zorra cuando no pudo coger las uvas. Haces bien en seguir su ejemplo.

Una risotada general á espensas del dueño de la pera, volvió á descomponer el equilibrio de las columnas; y oyéndose enseguida los primeros compases de un rigodon, que llamaba á los caballeros al lado de sus parejas, quedó el grupo diseminado, entretanto que los que formaban la tapicería seguian aún ocupados del asunto mismo que los otros abandonaban.

—¡Qué sacrificio! decía una señora cuarentona, masa enorme de carne, terciopelo, plumas, flores y moños, dirigiéndose á su vecina! ¡Qué sacrificio haber casado á esa muchacha con ese viejo! El interés: nada más que el interés. Los padres por orgullo y las hijas para tener coches y brillantes. ¡Son muchas niñas las del dial! Se les figura que pierden tiempo, y se agarran de una áscua ardiendo. Nosotras, con algunos más años que ellas, lo tomamos con más cachaza; y, sobre todo, á pesar de no estar yo ya en mis quince, y de mi estado de viuda desvalida, pude haber tenido esa misma suerte, añadió la masa de

carne bajando los ojos con rubor; y la desprecié por la diferencia de edad.

—No sabia yo que D. Alvaro, prorumpió la vecina, jóven picaresca que se proponia divertirse á espensas de su compañera, fuera tan coqueton. ¿Con que la pretendió á usted tambien? Se conoce que es aficionado á lo bueno, el muy ladino.

—Tanto como pretenderme no. Eso no lo podria decir; pero señales habia de ello, que á una mujer de mi perspicacia no era posible se la escaparan. Verbi-gracia: pasaba todos los dias por mi casa....

—Para ir al café, que está en la misma calle, dijo para sí la jóven.

—Luego nos encontrábamnos en la iglesia á la misma hora; y una vez.... me parece que fueron dos, pero no lo recuerdo, me dió el agua bendita, y dijo algo que....

—Seria algun requiebro, prorumpió la vecina, alguna cosa así como rosa ó clavel.

—No lo pude oír bien; pero me miró de un modo tan expresivo y marcado, que eso solo me bastó para conocer lo que no se atrevia á declarar.

—¿Y cómo fué que las cosas no pasaron más adelante?

—Porque hube de reflexionar á tiempo la poca analogía de nuestras edades, así como otras varias circunstancias que no es del caso recordar; y me pareció mejor darle calabazas.

—Y nadie se las pidió, dijo interiormente la jóven. Por supuesto, añadió con la más picaresca sonrisa, se casaría con la otra de puro despecho.

—Así parece, contestó la viuda, volviendo á su rubor y abanicándose con coqueteria; vea V. las consecuencias de mi desden. ¡El sacrificio de esa pobre inocente! No me lo puedo perdonar.

—Es muy linda, exclamo la jóven atizando el fuego.

—Demasiado delgada, replicó la masa de carne con el más profundo desprecio.

Un caballero se aproximó en este momento.

—¿De quién se trata? preguntó.

—De la mujer de D. Alvaro Montoya, contestó la viuda con marcado desden; esa jóven flaca que hace un rato se presentó.

—La estrella de la noche, prorumpió el caballero. La mujer más linda que he visto en mi vida. ¿Es la primera vez que se presenta en sociedad?

—Su marido no la frecuenta, respondió la óven, y en extremo circunspecta la conducta de ella, vióse lo más retirada del mundo que le es posible, en conformidad á los gustos de él. La he visto algunas veces en el teatro y en paseo con su padre y hermanos, pero siendo raras hasta estas ocasiones, sorprende más por lo tanto su presencia aquí esta noche.

—¿Y cuál será la causa de tan inesperada aparicion? preguntó el caballero.

—Las relaciones mercantiles de D. Alvaro con el señor de B. (el caballero en cuya casa tenia lugar el baile), y las consideraciones debidas á su ventajosa posicion social que Montoya acata del mismo modo que la suya es acatada. A no dudarlo, prosiguió la jóven, este es el móvil de la presencia de los esposos, y el tiempo nos lo habrá de acreditar. De seguro, á semejanza de los cometas que no aparecen sino de siglo en siglo, la estrella de la noche, como V. la ha apellidado, se eclipsará á nuestros ojos para no volver á brillar.

La conversacion fué interrumpida por la aproximacion de Isabel, que apoyada en el brazo de la señora de la casa, recorria los salones, seguida por media docena de aspirantes; al honor de bailar con ella.

—No bailo, era su contestacion.

—¿Ni un par de vueltas?...

—¿Ni el placer de una sola?...

—No bailo, repetia Isabel.

—¿Habr  V. de mostrarse tan dura?

—¿Será V. tan inexorable?

—No bailo nunca. Gracias, señores; y el movimiento arrogante de la cabeza, y la seriedad del semblante apoyaron su determinacion.

Los jóvenes se retiraron.

Las mariposas giraban con más locura que nunca, y la música parecia estar tan loca como ellas.

Las luces brillaban con esplendidez, el perfume de las flores llenaba el espacioso recinto con su fragancia.

Las jóvenes, excitadas por el baile y conversacion, se mostraban debilmente engalanadas por momentos; y el baile con todos sus atractivos se hacia   cada instante más embriagador para los sentidos.

Mucho tiempo hacia que Isabel no experimentaba el efecto de su seducccion: desde que se habia casado, y reproducidas por las imágenes presentes las escenas de sus primeros años, cuando en medio de los pesares de su

vida una escena semejante á esta le hacia olvidar por lo pronto el peso que oprimia su corazon virginal, le ofrecian sus recuerdos y sensaciones actuales el más triste de los contrastes.

¡Pero no lo revelaba su fisonomía: no; léjos de descubrir su rostro lo que en su mente pasaba, fija en su semblante se hallaba aún aquella misma espresion de la mañana: el brillo en los ojos, las manchas sanguíneas en las mejillas, el color encendido de los lábios, y sobre todas estas señales de febrilidad, prevaleciendo la admirable serenidad, la tranquila compostura, la calma perfecta, la entereza del continente, y la noble heroicidad del martirio estampada en su frente pura!

Martirio cuya hora se aproximaba, disponiéndose la víctima á sufrirlo con valor.

La campana de una iglesia sonó.

Extraña fantasía de la imaginacion excitada: creyó Isabel oir en ella una solemne llamada y llena de terror, contó una, dos, tres, hasta doce campanadas.

El eco de la última resonó en su corazon cual el choque de una máquina eléctrica, y estremeció su ser.

Gonzalo Figueras apareció á la puerta de

la sala y se encontró con los ojos fijos y paralizados de Isabel, como pudieran hacerlos de una vision sobrenatural.

El jóven se dirigió hácia ella.

Isabel le habló con su acostumbrada naturalidad (tan admirablemente fingida) y hasta quiso embromarle por su tardanza; pero Gonzalo le contestó en muy diferente tono.

—Falto de humor para diversiones, fueron sus palabras, y dispuesto más bien á huir del mundo, y de todo lo que me pueda representar lo que hubiera podido ser mi vida y lo que ya no es posible que sea jamás, si aquí he venido, señora, es bien á pesar mio y como el que sabe que camina á su perdicion. Si aquí he venido, repitió, es porque mi mala estrella así lo quiere, y porque es inútil luchar con el destino

La señora de la casa, en cuyo brazo se apoyaba Isabel, fué llamada en este momento al otro extremo de la sala.

—Caballero, dijo dirigiéndose al jóven Figueras, entrego á V. su hermosa tia. Guárdela de las asechanzas del enemigo.

Articuladas estas palabras desapareció la señora, y el brazo de Isabel fué colocado por Gonzalo en el suyo.

Es inexplicable lo que este sintió al contacto de aquel brazo y al verse solo con la mujer que amaba, en medio de una reunion numerosa.

Gonzalo creia soñar.

Tranquilo el continente de la jóven, plácida la espresion de su semblante, confiada la actitud de su brazo, la ilusion era completa.

Lo que podia haber sido era efectivamente por un breve instante; y Gonzalo saboreaba la más deliciosa ventura. Pero temeroso de perderla, temeroso de romper con la primera palabra que articulara el encanto de su ilusion, ni áun á respirar se atrevia; y semejante al que en sueños goza de una vision agradable y siente en sí el vago temor de verla desvanecida al despertar, de la misma manera, con el mismo afan y por las mismas causas conservaba él su inmovilidad.

La masa enorme de carne suspiró al pasar esta pareja por delante de ella.

—¡Cuánto mejor hubiera sido haberla casado con el sobrino que con el tío, dijo volviéndose á su agraciada vecina!

Isabel sintió el temblor del brazo de Gonzalo contra el suyo, y apresuró el paso.

—Tenemos que hablar largamente, dijo

rompiendo de repente el silencio, y dirigiéndose, sin consultar el beneplacito de su compañero, á un divan que se hallaba desocupado.

Gonzalo volvió en sí.

Despertó á la realidad, y preso de un vago presentimiento se entregó pasivamente á lo que de él parecia esperarse.

Las parejas se cruzaban por delante, la música derramaba su armonía por los salones, las flores su perfume; pero ciego á todo Gonzalo, insensible en este momento á cuanto á su alrededor ocurría, no comprendia mas sino que habia llegado un momento importante de su vida; que de aquel divan adonde se dirigia, no habia de levantarse con los mismos sentimientos que se sentaba.

El por qué se lo ocultaba su mente, pero el hecho lo presentia su corazon.

¿Quién no ha sentido alguna vez en su vida este vago pensamiento de lo que va á suceder? y ¿quién no comprende lo que por Gonzalo pasaba?

—He visto hoy á un íntimo amigo de usted, fueron las primeras palabras de Isabel al ocupar el asiento. He recibido la visita del mejor amigo que tiene V. en el mundo, añadió con

marcada intencion; y el asunto de que él me ha hablado, es el de que habrá de tratarse entre nosotros.

Nada preparado Gonzalo para esta introduccion, léjos de imaginar lo que habia sucedido, léjos de sospechar la visita de D. German, le cayeron estas palabras encima con la fuerza de un rayo, y realizaron sus más íntimos presentimientos.

Aturdido por la sorpresa, contempló á Isabes con espanto, como si le causara horror lo que de sus lábios escuchaba.

La jóven sintió el magnetismo de su mirada, y cual si de fuego fueran sus pupilas, así se comunicaron su ardor abrasador. Pero impávida en la apariencia, continuó:

—He hablado largamente de V. con D. German del Castillo; y he sabido con dolor lo que jamás hubiera esperado.

—Soy un mónstruo ¿no es verdad? interrumpió Gonzalo, adivinando lo ocurrido con tal mezcla de desesperacion, despecho y sarcasmo en sus acentos, que á no ser por la armadura que resguardaba á Isabel, la hubieran estremecido estas palabras.

—No he dicho tal; ni lo puedo pensar jamás. No he dicho más sino que me causa dolor lo

que jamás hubiera esperado: que fuese V. indiferente al amor de un ángel. ¡Un ángel, prosiguió Isabel fijando ahora los ojos en el jóven; á quien no es posible deje de mirar con la mayor ternura, y que debia serle un objeto tan sagrado! Todo lo sé, todo; y si me he resuelto á hablar del modo que lo hago, bien debe usted considerar la fuerza del interés que me inspira para abrogarme el derecho de dirigirle mis consejos como pienso hacerlo. Mis consejos de amiga, Gonzalo, de hermana, de madre; que no tienden mas que á encaminarle á la senda que le corresponde seguir. La senda del deber, la de la gratitud, la que la voz misma de su propio corazon, á no dudarlo, imperiosa le señala. Obedezca V. su llamada, Gonzalo: obedezca V. esa voz interior que le dicta lo que debe hacer; obedezca V. el dictámen de su propio buen juicio, de su excelente corazon, de ese corazon con el que cuento para hacer triunfar la causa en mis manos puesta: la causa que con toda mi alma he abrazado y, se lo aseguro, no tendrá jamás motivo para arrepentirse.

—¡Amiga, hermana, madre!... ¡y este es su consejo... No lo esperé de tan noble corazon. Hermana y madre; y me quiere sacrificar! No

lo creyera de V. Isabel; ni lo pensara jamás. ¡La senda del deber, la de la gratitud, la voz de mi propio corazón! Mucho se engaña usted, señora, en confundir mi juicio con mis sentimientos. Todo la sabe V., añadió, todo, y de esa suerte se espesa!... ¿Sabe V. lo que es amor? ¿Sabe V. lo que es sentir esa pasión abrasadora que absorbe todo el ser del hombre, que abarca todos sus sentimientos, todos sus pensamientos, y no le deja uno solo desocupado? El deber, la gratitud, repitió; ¿qué son una ú otra cosa en la balanza de la pasión? ¡Qué son! una gota de agua en el océano; un grano de arena en la extensión del mundo...

El martirio se iba haciendo sublime.

Pues esta pasión superior á todo otro sentimiento humano, esta pasión que mata todo género de consideraciones, toda clase de sentimientos... que arrolla, si menester fuese, hasta el honor mismo: esta pasión, señora, la siento yo y por ella sacrifico lo que más caro debería serme en el mundo.

—¡Pobre Elena!

Isabel no se atrevió á articular una palabra más.

—¡Amo á otra! fué la contestación de Gonzalo.

La víctima gimió interiormente, pero radiante la espresion de su rostro, radiante con el sello sublime de la predestinacion impresa en él, desde que su martirio comenzára, como una mártir de los antiguos tiempos conquistaba su palma, ésta conquistaba la suya.

—Y ella ¿le ama á V.? preguntaron los cárdenos lábios con la más impasible indiferencia.

Las parejas giraban celeste, rosa y blanco, confundidos como nubes vaporosas; el susurro de la conversacion llenaba la estension de los salones mezclado con los instrumentos, el perfume de las flores hacia una atmósfera de aromas; las alhajas relucian como luces brillantes; pero para Gonzalo lo que tenia delante era un caos.

La confusion, el desórden; y bajo sus piés gimiendo con abierta boca, un negro y profundo abismo disponiéndose á tragarle.

Un solo paso, y el abismo le sumergia.

Una palabra incauta, y todo era perdido.

Gonzalo sintió que un vértigo se apoderaba de él.

Sintió el movimiento de sus piés hácia el abierto abismo, y vió la masa negra informe

de los objetos hacinados á su vista, girar y girar en confusion á su alrededor.

El peligro era inminente.

El abismo en medio de sus horrores encierra una seduccion poderosa: una fascinacion irresistible que atrae su alma sin casi poderlo resistir.

Y turbándose por momentos sus sentidos; turbia la vista, palpitante el corazon, y perdida casi la cabeza, va á lanzarse al abismo cuando la escena de repente cambia, del caos sale una imágen blanca, tranquila, inmóvil, absorbiéndolo todo.

Una imágen que le contempla con fija y paralizada atencion: sus ojos deslumbradores clavados en los de él, pero sin otra espresion que la de la más perfecta tranquilidad.

Una imágen tan serena, tan indiferente, que una estatua no hubiera podido mostrarse más impasible.

La virtud con todo su aplomo, con toda su fortaleza, con toda su tranquila composura y firme confianza asentada sobre la frente, reposando en los ojos, resplandeciendo en la sonrisa y dominando toda la persona.

—¿Y ella le ama á V.? repitió la melodiosa voz, siempre entera y sin alterarse.

—Nó, fué la contestacion salida, al parecer del fondo de algun sepulcro; tan extraños eran los acentos con que el monosilabo fué pronunciado. Me detesta, añadió el jóven con profundo despecho y concentrada agonía.

—¡Y por ese amor tan mal correspondido, dijo la mártir siempre con la misma serenidad, huella V. otros sentimientos tan apreciables, otras consideraciones tan sagradas. ¡Ah, Gonzalo! Yo, su amiga sincera, yo que le quiero á V. como la más cariñosa hermana, con todo su interés, con todo su afectuoso cariño, yo se lo aconsejo como lo pudiera hacer ella, que deseche de sí ese malhadado amor; que lo arroje de su pecho, como pudiera hacer con una víbora dañina; y siga á la clara estrella del deber, que semejante á la que en otro tiempo señaló el camino de un bendito portal, le habrá de conducir por la senda de la dicha.

—¡Usted me lo aconseja! V. me lo aconseja que desheche de mi pensamiento el amor tan mal correspondido; que lo arroje de mi pecho como si fuera una víbora dañina: ¿y sabe usted lo que hace al aconsejarme esto?

—Lo que haria su mejor amiga de V. Lo que haria su propia hermana. Lo que haria

su misma madre, esa madre virtuosa de quien tantas veces he oído á V. hablar; esa madre cuyo recuerdo tan sagrado es para el corazón de su hijo.

Los ojos del jóven se humedecieron, é Isabel conoció su ventajosa posición.

—Si no le quisiera á V. con el más puro y desinteresado cariño, si no me inspirára, como ya he dicho, el propio interés de un hermano, con todo su tranquilo y razonado afecto, tan distinto del sentimiento que le ofusca á V.; tan dueño de sí mismo y tan apto para medir la extensión y profundidad de las cosas, no osaría intervenir en asuntos de esta naturaleza. Fuera como uno de tantos testigos, indiferente á las acciones y sentimientos de los demás, pero impulsada del más sincero cariño, movida del más vivo interés por los sufrimientos que en la mano de usted está el remediar, no es sino justificable la parte que en el asunto tomo. Si grande ha sido la estimación en que le he tenido á usted, y muy favorable la opinión que me ha merecido, aún ganará V. en mi concepto y en mi estimación, si se conduce como hombre fuerte, haciendo el sacrificio que tanto le cuesta. Pero si sucede lo contrario, ¿qué es

lo que se puede esperar?... No me culpe usted después si la amiga deja de serlo, si la hermana rechaza al hermano, y la antigua amistad es reemplazada por la frialdad y la indiferencia, porque el responsable de todo será V., y no podrá V. hacerme reconven-
ciones.

¡Perderla por completo!

¡Perder hasta el consuelo de su amistad, el alivio de su cariño, el bálsamo de su simpatía, el elixir de sus palabras!

¡Horrible pensamiento!

¡Sacrificarlo todo!... ¡y de una vez!...

Obedecer sus consejos, hacerse digno de ella, ¿no es aproximársele?

Mostrarse lo que ella le juzgaba, y continuar mereciendo su estimación, ¿no es preferible?

Alcanzar el todo, ¿no era una imposibilidad tan grande como apoderarse de las estrellas?

La pura frente, los tranquilos ojos, la resplandeciente sonrisa y aplomo del semblante, formaban su mejor respuesta.

Herméticamente cerrado aquel corazón virtuoso, hubiera sido en balde poner en juego los recursos más esquisitos de la seducción:

ni el hábito más suave hubiera jamás empañado el bruñido de su pureza.

Gonzalo se persuadió de ello por completo.

Lo habia siempre presentido, pero no lo conoció en toda su estension hasta este momento.

Mudo su lábio de una vez, callada la voz tumultuosa de la pasion, y reflejado en los confines de su pecho como una víbora enroscada, el amor, cuyo venenoso aliento no podia desde allí empañar el lustre de aquella virtud acrisolada, cedió el jóven á la mujer que amaba, como un noble romano (1) ejemplo de firmeza y sostenimiento, y con la misma magnanimidad que él cedió á los ruegos de su madre.

«Has salvado á Roma, pero perdido á tu hijo,» fueron las palabras del romano.

Has salvado mi honor, pero sacrificado mi corazon, fueron las de Gonzalo, y el martirio se consumó.

La palma fué conquistada; la corona ciñó las sienes, y el mártir se sublimó.

—Disponga V. de mí, dijo el jóven. Haga usted de mí lo que mejor le parezca. Su vo-

(1) Coroliano.

luntad es mi ley, y á todo sabré someterme. Nada soy, nada siento. De hoy en adelante el corazon murió en mí y la vida de la imagnacion pereció para siempre.

—Empezará la de la razon; la vida real y verdadera, y el fruto abundante de la cosecha sembrada, le respondió Isabel. La cosecha, cuyos primeros granos me jactaré de haber sido la primera en sembrar; y cuyos dulces productos me complaceré en ver. Es vacío pobre é incapaz para llenar las aspiraciones del corazon el amor sin correspondencia; es triste y sombrío su aspecto; tétrica su naturaleza; y por poderoso que sea, impotente para sobrevivir aislado por largo espacio de tiempo; miéntras que el amor puro é inocente, el amor intenso y verdadero que habrá usted de trocar ahora por la malaventurada passion tan enemiga de su reposo, tan ponzoñosa para su corazon, habrá de satisfacer por completo los deseos todos de su alma. Esto le pronostico: esto le auguro á V. con la plena confianza de que no me equivoco, y el tiempo, amigo mio, nos lo dirá.

—Dejémonos de porvenir, Isabel. Olvidémosle, y vivamos sólo en el presente. Un cáos el pasado, otro cáos el futuro... nada más veo,

nada quiero ver mas que lo que alcanza la vista hoy. Las ilusiones, las esperanzas, las imágenes, los sueños, se los traga voraces el golfo que de aquí en adelante me separa de mi ser. Vivamos hoy esta vida que mi destino me señala, y no nos ocupemos de lo que pudo haber sido ayer, ó de lo que puede ser mañana. ¡Cuán alegres continuaban girando las mariposas!

¡Cuán indiferentes á las emociones de aquellos dos corazones volteaban á su alrededor!

¡Cómo se aumentaba la animacion del cuadro!... y ¡cuán ignorante estaba del tesoro que poseia D. Alvaro Montoya!... Allí sentado en uno de los extremos del primer salon, en íntima conversacion con el señor de la casa, cambios, letras, fondos, títulos y cupones, formaban el asunto de sus debates!

¿Que era para él la alegre escena que pasaba á su alrededor? ¿Qué era para él la armonía de la música, la alegría de la juventud, los goces de los demás? ¿Qué habia para él, en fin, en el mundo más que el negocio del tanto por ciento?

Entretanto no sufría la conversacion en el divan la menor interrupcion.

—Y no solo, continuaba Isabel, deberá V.

cuanto ántes acudir á devolver la vida á esa pobre niña, y la esperanza á esa desgraciada madre, sino que al propio tiempo, será preciso hacerlo de modo que su delicadeza no sufra. Preciso es evitarles ese martirio, y realizar con la mayor perfeccion la obra que va V. á acometer. Bajo un solo nombre puede V. comparecer en aquella casa: bajo un solo aspecto puede V. ser admitido.... pero, exclamó interrumpiéndose, no necesito instar sobre este punto. Sé bien cuánto puede dar de sí el corazon de V. y en sus manos de lo que le corresponde hacer.

Presente todo á su imaginacion de mujer, presente todo á su corazon tan grande, nada descuidaba; y sin embargo las fuerzas le alcanzaron hasta el fin, y no le faltaron ni la voz, ni la espresion del semblante, ni el tranquilo continente.

Nada le faltó.

Era admirable su valor; y el espíritu que desde la noche anterior la sostenia, la acompañó hasta la consumacion de su obra.

Fatigada después, se reclinó sobre su asiento, y no articuló una palabra más.

Gonzalo se estaba ahogando.

Habia representado su papel con tan ex-

trema violencia, que le faltaban las fuerzas para continuar en él.

Cumplidos sus más íntimos presentimientos, abandonó el divan; y sin permitirle sus empañados ojos apereibir objeto alguno á su alrededor, desapareció del baile.

Isabel continuó en su postracion; pero despertada de ella, como media hora después de la desaparicion de Gonzalo por la aproximacion de D. Alvaro que le anunció su voluntad de retirarse, volvió á manifestarse firme y serena para atravesar los salones.

Las mariposas que estaban sentadas formando la tapicería, que formaban columnas, la masa de la reunion, en fin, fijaron, de nuevo la atencion en ella, y nuevamente fué objeto de conversaciones y de la más inequívoca admiracion; así es que se alejó la jóven del baile, en medio del pesar de la numerosa concurrencia.

Las columnas le abrieron paso con el más profundo sentimiento; las mariposas la hicieron asunto de sus más entusiastas elogios.

En tanto llegó Isabel á su casa....

Abierto el balcon de su tocador y débilmente iluminada la habitacion por una mo-

ribunda luz, lucia con esplendor el estrellado firmamento.

El aire de la noche era frio, porque empezaba aún la primavera; pero, insensible Isabel á su efecto, con su ligero vestido de baile se dirigió á la ventana, y fijó los ojos en las multiplicadas estrellas que tachonaban el cielo, tan brillantes como la noche en que se resolvió á su primer sacrificio.

Pero cansada su naturaleza, falta ya por completo de fuerzas, sucumbió de una vez.

Un sollozo imposible de reprimir salió del fondo de su corazon, y un torrente de lágrimas inundó su rostro.

Las estrellas, únicos testigos de aquel llanto; las estrellas, sus únicas confidentes las estrellas mudas consoladoras de su afliccion, no ménos piadosas en aquella ocasion del primer sacrificio, lograron por fin lo que entónces; y como si sobre el alma martirizada hubieran derramado el bálsamo de su consuelo, sensaciones otra vez experimentadas, que nuevamente devolvieron la tranquilidad á la jóven que pudo en breve irse á reunir con su marido, dueña otra vez por completo de sí misma.

CAPÍTULO XIX.

¡La noche!... los pensamientos que duran-
te sus horas silenciosas atormentan la ima-
ginacion... ¿quién desconoce y ha dejado de
experimentar su melancólico efecto?

Pero, ¿dónde hay algo que iguale al vacío,
al malestar, al desconuelo que el despertar
ofrece después de una noche fecunda en dolo-
res y tormentos?

¡La mañana! el peso de la realidad, el sen-
timiento doloroso de lo que acongoja ¿es
efectivamente cierto y no vision fantástica ó
pensamiento acalorado de la excitada mente?
¿no es una cosa bien triste? ¿qué noche puede
compararse á lo que la mañana trae consigo?

Esa vaga, indefinible, pero tan pesarosa

sensacion que el corazon recibe con la luz del dia; ese peso abrumador que agobia al espíritu; esa invencible inquietud que oprime todo el ser; ese desconsuelo que abarca el horizonte de la vista intelectual, las potencias todas del alma, ¿qué comparacion admite con los pensamientos de la noche?

La mañana llegó para Gonzalo Figueras, y concentradas sus sensaciones todas de la noche anterior en este indefinible sentimiento que la aurora de otro dia trae consigo, le encontró entregado á toda la amargura de sus sufrimientos.

¡La realidad, la desilusion, el desengaño, las esperanzas perdidas, los sueños desvanecidos, la vida árida, estéril y sin objeto!... hé aquí los pensamientos que torturaban su imaginacion: hé aquí los causantes del mal estar que oprimia su corazon.

Siéndole imposible permanecer en la cama en este estado, no bien entró en su cuarto la sonrosada claridad del amanecer; se levantó, y vistiéndose presurosamente, salió de su habitacion sin propósito determinado, y sólo con la idea de cambiar de terreno y de librarse del peso de sus pensamientos.

¡Cambiar de terreno cuando el mal que

experimentaba procedia de sí mismo! ¡cambiar de terreno cuando el teatro de sus sufrimientos se hallaba dentro de su persona!

¿Podia huir de sí?

¿Era posible esto?

Discurrió, sin embargo, algunos minutos por un lado y otro, dió sus paseos por toda la estension del piso en que se hallaban situadas sus habitaciones, y por último, dirigiendo los pasos á la azotea de la casa, siempre inquieto, siempre presa del mismo invencible mal estar, dejó aquí que sus pensamientos lrigieran.

Era una mañana hermosa.

Claro y despejado el cielo, ni una nube oscurecia el horizonte; bajo aun el sol, derramaba sus rayos sobre la mar y la hacia aparecer como un paño de oro; los bajeles se diseñaban en lontananza apenas movidos en la tranquila bahía, serena como una fuente; los pájaros gorgeaban sus himnos matutinos; la brisa pura de la mañana embalsamaba el aire; la blanca ciudad, tranquila y sosegada, elevaba al cielo las torres de sus casas, y las cúpulas de sus iglesias, apenas teñidas de algun reflejo dorado; las companas repicaban sus to-

ques de mañana, invitando á los fieles á acudir á su llamamiento.

Pero Gonzalo contemplaba todo esto sin tomar parte en ello.

Fuertemente preocupado, pasaba la vista ya sobre el estenso mar, ya sobre los bajeles anclados, ya sobre los dorados rayos, ya sobre las torres contiguas, siempre con igual indiferencia, porque todos los objetos eran ineficaces para distraer la corriente de sus ideas.

Anoche aún soñaba; anoche aún abrigaba una halagüeña esperanza; anoche aún á pesar de sus temores y desconfianza, alimentaba el consuelo de la ilusion y el encanto de la duda; pero hoy, perdido el mentido sueño, desvanecida la halagüeña esperanza, confirmados los recelos todos, marchito el consuelo de la ilusion... la duda ha dejado de existir.

La mujer que ama, ¿es capaz de hacer lo que Isabel ha hecho?

La mujer que ama ¿es capaz de ocultar hasta tal extremo el secreto de su amor?

La mujer que ama ¿es capaz de sacrificar al objeto querido?

No: le decia su corazon de hombre á Gonzalo.

No: le repetia su voluntad varonil.

Pero su corazón de hombre y su voluntad varonil así le hablaban porque Gonzalo, como la generalidad de los de su sexo, desconocía el carácter verdadero de la mujer, la fuerza de su abnegación y su heroísmo cuando el deber la impone sacrificios enormes, sacrificios rara vez comprendidos, privados hasta de la recompensa de darse á conocer.

Pero ¿qué extraño es que así sea, cuando su mayor mérito consiste en el pudor que los oculta?

¿Qué extraño es que pasen desapercibidos, cuando nada les concede su virtud en galardón?

Mudo el amor propio en la mujer, la compensación otorgada al hombre en cambio del más insignificante de los sacrificios que él consume, le es á ella negada por su propia delicadeza; por eso su heroísmo se desconoce, y sus sacrificios no se aprecian ni se comprenden.

Isabel no le amaba: estos eran los pensamientos del joven Figueras; Isabel le profesaba puramente un afecto fraternal...

¡El velo de su ilusión había sido descorrido con inhumana prontitud; y la verdad desnuda de todo halago había sido descubierta á sus ojos!

¡El amor en toda la fuerza de su naturaleza, en toda la plenitud de su idealismo, en todo su ardor desengañado!

La venda quitada, la esperanza perdida, el objeto amado lleno de frialdad é indiferencia, respondiendo con los asentimientos de la amistad á otro sentimiento más ardoroso, sordo á la voz de la pasión sedienta de correspondencia, y avaro de sus favores, ni conceden el más pequeño á quien los busca con ardor.

Que ame á otra; que sea el marido de otra ha sido el consejo de Isabel y ha prometido cumplirlo.

Ha prometido seguir la voz de su corazón de amiga y cuanto ántes entregarse á su obediencia.

El cumplir la voluntad de Isabel, el manifestarse sumiso á su dictámen y dispuesto á conservar el aprecio que le merece, ¿no es hacerse digno de ella?

¿Habrá de sacrificar estos sentimientos juntamente con su amor? No.

Sería horrible perderla por completo, y le falta el ánimo para ello.

Además, su palabra esta empeñada, y su destino así lo quiere.

Cúmplase la voluntad del hado...

El sol se había elevado en el horizonte, en tanto que este tumulto de pensamientos cruzaban por la mente del joven; y calorosos sus rayos le obligaron al fin á abandonar la azotea.

Despiertos y levantados ya al volver á su habitacion algunos de los miembros de la familia, le sorprendió sobre manera encontrarse en su camino con los niños, que alegres le salieron al encuentro y se arrojaron en sus brazos.

—Somos vecinos, dijo la viva Inés adivinando incontinenti la natural sorpresa del joven. Desde ayer, ya no dormimos junto á Isabel.

—¿Y cómo es eso? preguntó Gonzalo tal vez presintiendo la verdadera causa.

—D. Alvaro no quiere, respondió la niña. Isabel no me lo ha dicho, pero yo lo he conocido. A mí nada se me escapa, añadió con el aire de importancia que tan gracioso la era, y el pobre Carlitos ha estado llorando toda la noche. Si no fuera por mí no sé lo que hubiera sido de él. Es la primera vez que duerme lejos de Isabel y no lo puede resistir.

—¿Y por qué ha sido esto? volvió á preguntar Gonzalo.

—Bien lo sé yo, Gonzalo mio. Porque ni D. Alvaro ni otra persona que yo conozco nos quieren para nada.

—¡Otra persona! ¿Y quién puede ser esa otra?

—Una persona que ántes nos colmaba de caricias, que jugaba con nosotros y tomaba nuestra defensa cuando alguien nos reñía; pero que hace algun tiempo ha dejado de querernos y no trata mas que de buscar ocasiones para mortificarnos y hacer que D. Alvaro se incomode con nosotros. ¡Como si no lo conociera yo!

—¿Y quién es esa persona?

—Francisco Cadenas. Tanto como le queria ántes!... ahora le aborrezco. Tiene la culpa de todo. D. Alvaro no hace más que lo que él quiere; y él habrá sido quien le habrá aconsejado que nos separe de Isabel.

Gonzalo trató de disuadirla de semejante creencia, juzgando puramente una exageracion de la precocidad el juicio formado del cajero, sin sospechar la malignidad y diabólicas intenciones de su desconocido rival; pero ineficaces sus razones para destruir la inti-

ma conviccion de la niña, se hizo inútil todo género de disuasion.

Y no sólo contra ellos, sino juntamente contra su desvalido padre, era dirigido el encono de su enemigo: no sólo contra ellos habia sido enarbolada en aquella casa la bandera de las hostilidades, sino contra el mismo Aguilera (á Inés nada se le escapaba), y aunque ineficaces los ataques constantes para debilitar la fuerza moral del veterano, y sujetarlo al destierro impuesto á ellos, bastaban no obstante para revelar lo que la niña á pesar de su corta edad no habia podido ménos de adivinar.

—D. Alvaro está cansado de nosotros. Quisiera verse libre de una vez, y está arrepentido de cuanto á Isabel ofreció. No me digas que no, Gonzalo. Yo sé bien lo que digo; y no lo repetiré, porque se incomodaria á Isabel, pero á tí te lo puedo decir, á tí que nos quieres como ella misma, y que no serás capaz de unirte á ellos para mortificarnos....

Era en vano rebatirla.

La profunda conviccion de la criatura desafiaba todo género de reflexiones; y apoyadas sus afirmaciones por infinitos rasgos demostrativos del hecho, no era posible dejase

Gonzalo de recibir alguna parte de su impresion.

Un pesar más fué agregado á los ya aglomerados sobre su alma .

Isabel sufría, y no estaba en su mano el consolarla.

Isabel padecía en lo más íntimo de su corazon, y le estaba vedado aliviar su quebranto ó intervenir en lo más leve para dulcificárselo.

Dos líneas paralelas que no debian jamás encontrarse.... era inútil luchar contra la fuerza del sino.

El jóven inclinó resignado la cabeza, y volvió de nuevo á pensar en lo que ántes le preocupaba, teniendo los niños á su vista, testigos indiferentes á la lucha de su corazon.

Se desayunó con ellos en su habitacion, de donde no habian ahora de alejarse un sólo instante y enseguida se fué á la calle.

Temprano aún, pero seguro de que seria bien recibido, se dirigió sin demora á la casa de D. German; y compareciendo en el escritorio, anunció á Antonio Rosales su deseo de ver cuanto ántes á su principal.

Nada fuerte Antonio, como ya se sabe, en el movimiento de la sin hueso, pero sin

embargo, tan cuidadoso en su muda sumision de los intereses y de todo lo que pertenecia al comerciante, expresó por un movimiento negativo de cabeza y un gesto indicativo de que éste se hallaba aún en la cama, la imposibilidad de verle.

—No importa, respondió Gonzalo. Tengo que hablarle con precision....

Otro movimiento espresivo de que á él le era esto bien indiferente, formó ahora toda la respuesta del dependiente.

Pero nada; sin desanimarse Gonzalo, siguió en su tema.

—Tengo que verle con precision, repitió.

La cabeza negó de nuevo, y la mano continuó escribiendo con calma, inmóvil el cuerpo delante de la carpeta.

—El Sr. D. German no agradecerá lo que está V. haciendo.

Antonio escuchó con atencion.

—Vengo á hablarle de un asunto en extremo importante, y no es del caso que se me rehuse verle cuanto ántes.

Rosales saltó del banco instantáneamente, y desapareció como por encanto del escritorio.

Entretanto recogia Gonzalo sus pensa-

mientos, y estudiaba lo que le correspondia decir en la próxima entrevista.

En breve reapareció el dependiente.

El jóven le interrogó.

La mano indicó la puerta, y comprendido el movimiento, preguntó enseguida Gonzalo á dónde habia de dirigir los pasos.

Ineficaz ahora la accion para responder á esta pregunta, no tuvo la perezosa lengua más remedio que ponerse en juego.

—A su dormitorio, dijo con esfuerzo; y volviendo Antonio sin más palabras á su puesto, tomó Gonzalo la direccion indicada.

Esperado por D. German, no bien fueron escuchados sus pasos, le salió éste al encuentro, y le abrazó con efusion.

—Sé á lo que vienes, fueron sus primeras palabras. Sé el objeto que aquí te trae tan temprano, y gracias doy á Dios que tal ha permitido. ¡Las mujeres, las encantadoras mujeres! ¡Los ángeles terrestres, que todo lo consiguen de nosotros! exclamó con entusiasmo. ¡Si lo sabria yo!...

Gonzalo habia en el ínterin penetrado en la habitacion, ocupado un asiento, y quitándose el sombrero.

D. German se lo volvió á aproximar, de-

jando al propio tiempo caer una mano sobre su hombro.

—¿Me he equivocado? ¿Cedes á la razon? ¿Te prestas á lo que de tí se exige? ¿Devuelves la vida á Elena? ¿La esperanza á Magdalena? ¿Nos haces á todos felices?...

La voz le faltó, y Gonzalo le estrechó una mano entre las suyas.

—Ha acertado V., dijo con la más profunda melancolía en sus acentos. Cedo á la razon; me presto á cuanto de mi se exige. Devuelvo la vida á Elena; la esperanza á Magdalena, y á todos hago felices. Más, no se puede esperar...

—Te habló Isabel...

—Ha dispuesto de mí.

—Tu amor ha sido vencido...

—Ha sido asesinado, prorumpió el jóven. Ese amor exquisito y privilegiado; ese amor intenso, profundo y arraigado; ese amor, delicia de mi corazon, sueño encantador de mi mente, ilusion única de mi imaginacion, poesía fantástica de mi vida... ha sido asesinado, repitió con acentos desgarradores.

D. German le miró lleno de compasion y simpatía, y creyendo suya la culpa de esto, suya la responsabilidad de los martirios impuestos á este corazon apasionado, el remor-

dimiento que le acometió el día anterior en la presencia de Isabel, volvió á apoderarse de él nuevamente.

Pero en medio de todo, venciendo este sentimiento por la rectitud de sus principios, por la honradez y el pundonor de su alma virtuosa y el íntimo convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de su conciencia, y conforme á los intereses del jóven, se guardó bien de estimular con la más débil palabra los excitados sentimientos cuyo arriesgado curso le habia sido encomendado por el destino atajar tan á tiempo.

Habia sido el medio de salvar á todos: á la niña moribunda, á la madre desgraciada, á la mujer virtuosa, cuyo puro honor no debia jamás empañar la mas ligera sombra de sospecha; el jóven apasionado lanzado, al borde de un precipicio; y no era sino natural que desapareciera brevemente todo género de remordimiento ante el halago de esta grata satisfacion.

Isabel habia cumplido su palabra; Isabel habia obrado como esposa y como mujer, y nada le quedaba ya que hacer á D. German.

Enterado por Gonzalo de lo que entre ellos habia pasado la noche anterior, de la fuerza

de los raciocinios que dispusieron de él, de las eficaces instancias, del irresistible prestigio, y de todo lo que se habia comprometido á cumplir, merced á los ruegos tan bien empleados, nada dejó de oír excepto lo que harto bien sabia ya, aunque resuelto á no tocar á ello nunca.

Hubiera sido una felonía, y el hombre virtuoso era incapaz de cometerla.

—Era una locura, Gonzalo mio, decia haciéndose el de sentido, pero dirigiendo siempre bien el tiro de sus palabras, sacrificar los sentimientos buenos de tu corazón á una mera sombra. El amor aislado ¿qué es sino un espectro indigno de destruir la vida del corazón?

—Lo sé. Conozco toda la locura de mi pasión, pero el amor no conoce razones. Harto he luchado contra él. Harto he tratado de vencerlo. Era inútil. Pero, añadió el jóven pasándose la mano por la frente como para borrar de allí alguna imágen atormentadora, ¿á qué hablar mas de él? Todo pasó ya, y lo pasado no quiero ni recordarlo. Ocupémonos de lo presente; de lo que me corresponde hacer; ocupémonos de cumplir mi destino, y dejémonos de lo demás. Aquí he veni-

do para ponerme en las manos de V. Aquí he venido para empezar de una vez la vida nueva que hoy se abre en mí; y mi deseo es verme cuanto ántes purificado.

D. German lo comprendió así; y sin pérdida de tiempo, procediendo á arreglar el asunto como más conveniente juzgaba, quedó á los pocos momentos definitivamente arreglado.

Seria él (D. German) el heraldo de las felices nuevas; prepararia el camino para la llegada de Gonzalo; dispondria los espíritus de madre é hija, para que su delicadeza no sufriera con el inesperado acontecimiento; allanaria todo género de dificultades; y nada, en fin, dejaria desatendido en circunstancias de tanto empeño.

Rebosaba entretanto su corazon de alegría, é iba creciendo su emocion de tal manera á medida que espresaba estos sentimientos que causaba risa verle.

Tan pronto abrazaba á Gonzalo como volvía á llorar y á reirse; y confundidas sus lágrimas con su risa, y difundida sobre su fisonomía aquella señalada expresion característica de los buenos, aquel sello infalible impreso en el semblante de los aproximados á

las intenciones de Dios, hubiera sido preciso tener un corazón de piedra para no experimentar algo de estos nobles y generosos sentimientos.

Gonzalo se sintió contagiado, y el contagio le aprovechó!

Aquel ejemplo elevó su corazón, é hizo mas por él de lo que pudiera haber conseguido un año de reflexion.

Con el espíritu más tranquilo de lo que lo habia tenido hacia mucho tiempo, se avino á cuanto su buen ángel le prescribia, y prometiendo conforme á lo dispuesto por este acudir aquella tarde misma á la casa de Magdalena, dejó la presencia del comerciante, entregado á mejores sentimientos de los que trajera cuando vino en su busca.

La mañana habia entretanto avanzado, y exigiendo la rigurosa puntualidad de don Alvaro Montoya la más estricta exactitud en cuantas personas dependian de él, sin tardanza alguna se dirigió el sobrino al escritorio del tío, en tanto que D. German, celebrando alegre su victoria, convidaba á Antonio Rosales á almorzar, é inauguraba con un apetito voraz y el mas ámplio honor el desayuno, otra página dorada en la historia

de su vida, haciendo perderse al dependiente en el campo de las congeturas.

Era curiosa, en verdad, la espresion de la fisonomía de Rosales durante todo el tiempo de su almuerzo: la espresion de curiosidad, sorpresa é interés pintada en su semblante, y al través de todo esto resplandeciendo la más profunda humildad y respetuosa deferencia. Y no era extraño que despertára esta espresion de D. German, el deseo de satisfacerla; pero contenido por el sigilo encomendado por Isabel, tranquilo por Gonzalo de seguir sus impulsos naturales, se sujetó reflexivo al dictámen de la prudencia.

Innecesario, sin embargo, para Rosales el ser conocedor de la causa de la alegría de su principal, bastábale solo presenciaria para tomar tanta parte en ella como si estuviera en el secreto.

Si D. German se reia, sonreia él tambien, no atreviéndose á romper en una abierta risa por temor de cometer una falta enorme de respeto; si D. German cantaba (sépase que don German aquella mañana, en el éxtasis de su alegría, hizo de todo), tarareaba él tambien, aunque en tan baja voz que ni un raton lo hubiera hecho más quedo; si D. German decia

que nunca habia visto huevos más descomunales, manteca más rica, pan más esquisito, chocolate mejor condimentado, repetia él á su vez, pero siempre para sus adentros, que efectivamente en todos los dias de su vida no se habia visto cosa semejante...

Barómetro de su principal, arreglaba su ser á la atmósfera en que aquel vivia; é identificada su vida moral con la del regenerador de su alma, distribuia sus luces y sombras conforme á la distribucion de las de aquel.

¡Ay! si los malos pudieran conocer las ventajas de los buenos; si pudieran sondear los privilegios que les son concedidos, buenos habian de ser hasta por egoismo.

CAPÍTULO XX.

Mis telones se vuelven á correr, y aparece la salita de Magdalena con su humilde sofá, sus escasas sillas, su pequeño velador y su canario en la jaula, tal como se ha visto otras tantas veces sin variacion ninguna, y tal como lo dejamos en la mañana del dia anterior al que corre, con solo la diferencia de que en vez de hallarse el lirio blanco tendido sobre el sofá, como en aquella mañana, se incorpora ahora en él sostenida por almohadas, blanca siempre y demacrada su infantil fisonomía, pero aparentemente reanimada por alguna esperanza halagüeña.

Sus ojos lo dicen: sus ojos tan lánguidos de costumbre, de tan melancólica expresion,

revelan el cambio labrado en su existencia, y la suave sonrisa; jugueteando en sus delgados y pálidos lábios, se une para confirmarlo.

Lo descubre tambien su actitud; hasta su mismo tocador, tan estudiado y primoroso, como si estuviera dispuesto para un baile: su misma voz fortalecida al dirigirle la palabra á su madre, que sentada á su lado en el mismo sitio en que la dejamos la última vez, más que nunca tierna y amorosa, contempla gozosa la maravillosa trasformacion.

Era, en efecto, portentosa, y la madre apenas se convencía de su realidad.

No es que la niña doliente de repente haya sanado: no es que de repente haya recibido el elixir de la vida; es que ha rechazado á la muerte, alejándola por lo pronto, mostrándose dispuesta á hacer por vivir; y esto basta por ahora para el corazon de su madre.

Es muy grande su consuelo, es muy grande el beneficio recibido para que Magdalena se ocupe de otra cosa, y lo presente le sobra para colmarla de alegría.

—Ya no me moriré, decia el lirio blanco mirando á su madre con la mayor ternura. Pronto, muy pronto estaré buena: ántes que los árboles echen hojas y las plantas flores.

El mes de Mayo, el mes de la Virgen que yo creía pasar ya en mi sepulcro con el sol sobre mi losa y el canto del buho en mis oídos muertos, lo pasaré entre rosas y azucenas, con el sol sobre mi frente y el canto de mi canario sobre mis oídos vivos. ¿No es verdad, madre mía?

—Y el amor de tu marido hermoseándolo todo, ángel mio.

—¡Mi marido Gonzalo!... Parece un sueño. ¡Y me amaba siempre; y yo no lo sabía! ¿Qué hora es? preguntó de repente.

—La madre examinó su reloj. Las cinco menos cuarto, contestó.

—¡Las cinco! Quince minutos todavía. ¿Qué largo se hace el tiempo!

—¿Y vendrá de fijo?

—No lo dudes, hija.

—Le quiero tanto, y quiero tanto vivir para quererle, que tengo miedo de que no venga.

—Espérale de fijo, cuando el reloj dé las cinco.

—¿Y era temor lo que tenía? preguntó la niña contemplando fijamente otra vez á su madre.

—Temor de ser mal recibido; si, vida mía.

Eso le tenia callado, y retraido y separado de aquí.

—Mi corazon me lo decia, cuando tan de veras le amaba, que no le amaba en balde. Nunca lo dije entónces, madre; bien lo recuerda V. que jamás se lo confesé; pero ya lo puedo decir, ¿no es verdad?

—El te ama y por esposa te quiere. Nada debe ya estar oculto, ni ningun amor está demás para el que tu marido ha de ser.

—¿Y me pondré pronto buena?

—Antes que llegue el mes de Mayo, respondió la madre; ántes que los árboles echen hojas y las plantas flores. Pronto, muy pronto, vida mia, para ser la mujer de Gonzalo, una mujer de provecho y una esposa virtuosa.

La niña contempló á su madre extasiada; cruzó las manos y elevó los ojos al cielo azul, visible por entre los cristales del balcon.

—Desde que era niña le amaba sin saberlo, dijo después de una breve pausa, desde que jugaba conmigo y me tomaba en los brazos para besarme; pero nunca lo supe hasta que se fué de aquí: la mañana misma, dijo, reuniendo sus recuerdos: y él me amaba tambien, añadió. ¡Quién me lo hubiera dicho entónces!... ¡Me ama! añadió volviendo á contem-

plar á su madre con la misma extasiada expresion en su semblante. ¡Mamá! ¿qué hora es? volvió á preguntar.

—Las cinco menos diez.

—¡Diez minutos todavía! ¡Qué tiempo tan interminable! ¿Si no vendrá?

—No tarda aún, querida mia. Paciencia, un poco más de paciencia; y ya le verás venir.

—He soñado estos dias, exclamó el lirio blanco después de otra breve pausa, que me parece haber estado loca. Le he visto, le he hablado, y no he hecho más que pensar en él. Y esta mañana misma, cuando D. German me lo contó todo, aún todavía creia estar soñando. No le entendia al principio. Me parecia mentira: que se burlaba de mí: que me estaba engañando, y que estaba aún dormida. ¡Cómo tarda! añadió interrumpiéndose. ¿Me pondré pronto buena? tornó á preguntar.

—Pronto, pronto, vida mia.

—¡Ay! sí; pronto, muy pronto, para querer á Gonzalo y no pensar mas que en hacerle feliz. Estoy cansada. dijo, dejando caer la cabeza sobre la almohada, donde permaneció postrada algunos momentos.

¡Tan, tan, tan, tan, tan! las cinco en el reloj de una iglesia.

Las cinco: la hora señalada.

Su corazón repitió las campanadas, y Elena se incorporó en el sofá.

La madre le arregló las almohadas, y en muda ansiedad esperó la anunciada visita: la visita anunciada con tan grande delicadeza y esquisito cuidado de no herir en lo más mínimo los sentimientos de madre ó hija, que no era posible inquietase recelo alguno el ánimo de una ú otra.

D. German había cumplido su misión perfectamente, y ningún género de consideración había sido desatendido.

El corazón materno, por primera vez en su vida, se confesó equivocado: la doble vista, de continuo tan suspicaz, se dió por confundida; el sentido tan claro, y por lo general tan acertado en sus interpretaciones, se entregó sojuzgado: y solo D. German tuvo el don de adivinar la verdad.

¿Quién se atrevía á dudar de sus convincentes afirmaciones?

¿Quién se atrevía á dudar de sus concienzudos juicios y bien razonadas palabras? y ¿quién negarse podía á cuanto por él era prescrito en el arreglo de tan interesante negocio?

La boda se efectuaría cuando Elena estuviera mejor, y el consentimiento de D. Alvaro Montoya se hubiera conseguido; y hasta entónces, callado el asunto, no había de pasar el secreto más allá de los presentes conocedores de él.

.....

Un campanillazo conocido; pasos igualmente conocidos en la escalera; pasos tan conocidos como si jamás se hubieran dejado de oír; el crugido de una puerta; una sombra sobre el suelo; un grito de alegría, y Elena fué estrechada contra el pecho de Gonzalo y cubierta de besos.

Obra de un instante la ojeada lanzada sobre ella, el mas íntimo remordimiento se apoderó del jóven al reconocer los espantosos estragos debidos á su inhumana conducta; y súbitamente inspirado del más vivo arrepentimiento y dolor, la compasion, y todos los sentimientos afectuosos que por tantos años le mereciera aquella desgraciada criatura, formaron en su pecho un elocuente lenguaje bastante para equilibrar el del sentimiento más vivo.

La estrechó contra el pecho, y la cubrió de besos: ya en la pálida frente. ya en los

lánguidos ojos, ya en los lívidos labios, ó ya en las descarnadas manos, que llevadas con entusiasta ternura á la ardiente boca, fueron bañadas en lágrimas, que á pesar de los esfuerzos del jóven por contenerlas, ahogaban su respiracion y acabaron al fin por correr en abundantes raudales.

Expresion la más grande del mundo estas lágrimas sinceras derramadas del puro manantial de un corazon arrepentido.... el sentimiento despertado en este noble corazon, el sentimiento vertido en este llanto verdadero, purificó por completo á Gonzalo de cuantas faltas pudiera haber cometido respecto á la doliente niña, y unió con un eslabon firme y difícil de romper, el corazon compasivo y arrepentido al corazon inocente y enamorado.

Lo que se dijeron mutuamente; las expresiones más ó ménos significativas que de sus labios salieron, después de pasados estos primeros momentos tan deliciosos para la una y tan de prueba para el otro, fueron talvez frases tan vacías de sentido y pobres de ingenio, como lo puedan ser las de los enamorados más necios; pero, sin embargo, los oidos que mutuamente las recogieron, se dieron

juntamente por satisfechos y no se cuidaron de criticarlos.

Era aquella escena capaz de excitar la envidia de los mismos ángeles, la niña doliente sostenida por almohadas, apoyada su linda cabeza en el hombro de su amante, con la misma confianza y descuido con que descansa una criatura en el seno de su madre; y Gonzalo tierno y afectuoso colmándola de las mismas caricias que pudiera prestar á un niño enfermo, vertiendo sobre ella las inexhaustas corrientes de su excesiva sensibilidad despertada en toda su fuerza por el resorte de la compasion, y expresada en la cariñosa proteccion de sus fuertes brazos, en el manantial de ternura revelado en sus palabras y la espresion elevada de su semblante, al sentirse sublimado sobre toda pasion egoista.

En verdad, en verdad, que los ángeles mismos pudieran contemplar este cuadro complacidos.

Magdalena los habia dejado solos largo rato para no interrumpir con su presencia; pero cerciorada por el silencio que sucedió á las lágrimas y á las espresiones vivas de los primeros instantes, de haber retrocedido á su curso natural los excitados sentimientos,

compareció en la sala, y dirigiéndose á Gonzalo con gozo inefable le estrechó contra su seno, concentrando en este abrazo los sentimientos todos de su alma, y expresándole más en él de lo que pudieran haber hecho los discursos mejor estudiados.

El crepúsculo habia entretanto invadido el lugar de la tarde, y la noche avanzaba oscureciendo lentamente con sus sombras los objetos todos.

Apenas se distinguian ya las fisonomías, apenas se dibujaba en la oscuridad la diminuta forma del lirio blanco perdido entre las almohadas, apenas se descubria su marchita faz apoyada en el hombro de Gonzalo, y sus delgadas manos abandonadas á su madre y á su amante... tan densa se iba haciendo la oscuridad; pero felices en las tinieblas los que para nada necesitaban la luz, en medio de esta creciente sombra se entregaban mutuamente á la fuerza de sus sensaciones: el lirio blanco, tranquila, reposando sobre el pecho que idolatraba, gozaba bebiendo los acentos que le devolvian la vida; y él que se sentia elevado con el sacrificio que se habia impuesto, y consumándolo sin vacilar y llenando por completo las ilusiones del corazon que junto al suyo

latia: la madre, en tanto, placentera gozando de la escena y dando gracias al Señor de que tal le permitiera ver.

¡Cuál no era la ventura gozada por estos corazones!

¡Cuál no era la satisfacción mútua de todos ellos al expresar los diversos sentimientos que los ocupaban!...

D. German habia hecho tanto, que fácil para Gonzalo la parte que le correspondia, con sólo seguir los impulsos de su corazón sensible, con solo obedecer los instintos de la compasión y el tierno afecto protector que durante tantos años le merecia su hermana adoptiva, hacia todo cuanto se le podia pedir.

Más no se podia apetecer que aquella extremada atención, que aquel apegado afecto, aquel inmenso interés, aquella incansable ternura con que el espíritu infatigable se esforzaba por prestar todo género de cuidados.

¿Podia pedirse más al que con tan exquisito esmero arreglaba las almohadas, sostenia el dolorido cuerpo, daba apoyo á la linda cabeza, frotaba las frias manos y derramaba toda especie de consuelos en sus cariñosas palabras?

¿Podia pedirse más al que rivalizaba con

la madre desde el momento de aproximarse á la doliente niña en afectuosas atenciones?

La tarde se pasó de esta suerte: el lirio blanco colmada de cuidados y ternura; y el jóven olvidado de todo otro objeto, entregado por entero á ella, indemnizándola del mal que le habia causado.

Y el crepúsculo fué reemplazado por la noche, y las estrellas llenaron el firmamento, y los faroles de la calle se encendieron, y aún duraba esta misma escena: la niña descansando embelesada en el hombro de Gonzalo, la madre á su otro lado acariciando una de sus manos, y la salita sumergida en la más honda oscuridad, oyéndose en medio de ella alternativamente los acentos de todos.

—¿Y me amarás siempre así? decia Elena una de las veces en que Gonzalo le hubo arreglado las almohadas; ¿y no variarás nunca con tu pobre niña?

—Nunca, nunca, repitió Gonzalo llevándose la mano que asía entre las suyas á los labios.

—¿Y nos casaremos en Mayo, en el mes de las flores, en el mes de la Virgen? preguntó Elena. Y estaré yo entónces buena, buena como siempre he estado. Nunca he sido fuer-

te, bien lo sabes Gonzalo, y no debes esperar que lo sea jamás. ¡Qué bueno eres, añadió, casándote conmigo!

—¿Por qué, hija mia?

Gonzalo por toda respuesta besó la pura frente.

—¡Soy tan distinta de las demás mujeres! tan niña, tan... ¿pero me amarás siempre mucho? preguntó interrumpiéndose. ¿Tanto como yo te amo?

—Madre, exclamó la niña volviéndose ahora á Magdalena, ¿y nos casaremos en Mayo? En el mes de las flores, en el mes de la Virgen: ¿no es verdad que sí, madre mia?

—Si D. Alvaro consiente, contestó la viuda.

—D. Alvaro, repitió Elena, hará lo que Isabel diga. ¡Isabel, su mujer, tan buena y hermosa, que nadie en el mundo la iguala! ¿Por qué tiemblas Gonzalo, y te separas de mí? ¿Qué he dicho, qué he hecho yo para que te enfades conmigo? y la cabeza apoyada en el hombro de Gonzalo se hundió aun más sobre el pecho que la sostenía.

—Nada has dicho, nada has hecho hija mia para que yo me enfade, y la mano de Gonzalo acarició la suave cabellera y aproximó más hácia sí el frágil y diminuto cuerpo.

—Pero temblaste, insistió el lirio blanco, y se te ha puesto la mano helada.

—Será el aire de la noche que me ha dado este frío, contestó el jóven acariciándola de nuevo la cabeza.

Elena se tranquilizó, y entregándose otra vez á su embeleso pareció dormitar por algunos instantes.

Un silencio profundo sucedió, y sintiendo la madre y Gonzalo las delgadas manos más laxas entre las suyas, conocieron que el sueño habia al fin rendido á la naturaleza cansada.

Largo este descanso, y en extremo provechoso, lo conservaron la madre y Gonzalo con el más extremo cuidado, y avanzada ya la hora cuando la niña despertó, apenas abrió los ojos juzgó Gonzalo oportuno retirarse.

Abrazó á su madre adoptiva y á su prometida esposa con la mayor ternura; y prometiéndoles volver al dia siguiente, á la misma hora que lo habia hecho este se separó de ellas, con parte del pronóstico de Isabel realizado; dominando casi sobre su espíritu, y figurándose ver brillar ante sus ojos una estrella reluciente que le mostraba la senda de la felicidad!

Era la estrella del deber, cuya clara luz le aconsejó Isabel que siguiera, y cuyos frutos empezaba ya á recojer en la tranquilidad de espíritu, conquistada en aquel primer paso dado en la senda señalada.

La propia satisfaccion, el convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de la conciencia; ese juez interior, nunca descuidado en su sublime ministerio, la íntima conviccion de tener de qué acusarse y de haberse elevado sobre sí mismo, derramó sobre Gonzalo consuelos tan infinitos y balsámicos tan inefablemente dulces y beneficiosos, que el jóven se desconocia á sí mismo, ignorante hasta aquel momento de la infinita tension de su propio corazon y de los tesoros en él ocultos; y deseoso de ponerlos á la prueba, aunque avanzada la hora como ya se ha dicho cuando penetró en casa, procedió sin titubear á desafiar la fuerza de su estrella dirigiéndose en busca de Isabel.

Brillantemente iluminado el gabinete en que acostumbraba esta pasar sus noches, examinó el jóven el interior de la habitacion antes de penetrar en ella, y descubrió á la que buscaba, sentada junto á una mesa, apoyado el codo en ella, la mejilla en la mano y los

ojos fijos en Francisco Cadenas, que en un diván no muy distante hablaba con la mayor animación, en tanto que el anciano Aguilera, al otro extremo de la estancia, con su pipa en la boca, prestaba la más visible atención á los discursos del cajero.

—Efectivamente, señora, decia Francisco al tiempo de examinar Gonzalo el interior del gabinete; como he dicho, existen seres en cuyas manos reside el destino de los que se proponen dominar; que disponen de él como pudieran de una hoja de papel, y que, sin agencia alguna visible de los demás, los sojuzgan de la misma manera que lo sojuzgaban los párias de la antigüedad.

La entrada de Gonzalo interrumpió la conversacion.

Isabel volvió la cabeza en direccion suya.

—Me alegro que haya V. venido tan á tiempo, dijo con su acostumbrada cordialidad dirigiéndose al reciénvenido. Se trata de una cuestion importante... Nada ménos que de Metafísica.

—¿Metafísica? exclamó Aguilera sacándose la pipa de la boca. Muy fuerte está el señor de Cadenas esta noche, añadió sonriéndose, y más que incomprendible para mis oidos duros,

materiales é insensibles, á todo lo que no entra como bala de cañon. Cuestiones tan oscuras, cuestiones tan complicadas no son para mi entendimiento veterano, añadió el anciano, y por más que hago por comprenderlas, no adelanto camino.

—He dicho, repuso Francisco dirigiéndose ahora al jóven Figueras, que permanecia en pié junto á la mesa, que existen seres en cuyas manos reside el destino de aquellos á quienes se proponen dominar; y que sin agencia visible, ni apariencia exterior al alcance de la vista de los demás, los sojuzgan de la misma manera que se sojuzgaban los párias de la antigüedad. He apoyado mis creencias con infinitos rasgos demostrativos del hecho, pero rehusando mi auditorio, añadió en chanza, la aceptacion de estas creencias, ha sido inútil agotar sobre él la lógica de mis palabras. He afirmado más todavía, prosiguió diciendo el cajero.

—Ha afirmado cosas tan extrañas, interrumpió Isabel, que casi me causa miedo escucharlas.

—Y las he demostrado, repuso Francisco, de un modo tan probante, con tan infinitos ejemplos, que no sé cómo se desconfia

aún de la exactitud de mis observaciones.

Gonzalo se iba interesando en la cuestión, y ocupó un asiento junto al cajero.

—Dígame V., dijo volviéndose á este último, y ese influjo de que habla V. ¿se estiende puramente á la vida interior, ó á la vida exterior del individuo?

—A ámbas, respondió Francisco, obra en la primera y refluye en la última. En la primera, porque el que se propone regir un destino, ante todo, hace el estudio más deliberado de la persona sobre quien idea ejercer su predominio; estudio que abarca sus cualidades relevantes, sus cualidades contrarias, y sobre todo, las debilidades todas de su naturaleza para sobre ellas rabajar, y ya escitándolas ó ya deprimiéndolas por las circunstancias exteriores para hecerlas servir de medio á sus propuestos fines.

En la segunda, porque regida la primera por las circunstancias éstas, recibe el impulso requerido, y segun los resultados ofrecidos por mi doctrina, causa la felicidad ó desgracia del espíritu del individuo.

—Es una doctrina propia de hechiceros, exclamó el veterano, y no de los tiempos que alcanzamos.

—Es un dogma como otro cualquiera, prorumpió el cajero, y si los ejemplos que he supuesto no bastan para apoyar su exactitud, aún me resta otro de la más irresistible fuerza.

—¡Otro! ¿sacado de la vida real ó de la imaginaria? preguntó Aguilera.

—De la vida real, respondió Francisco, aunque...

—Sacado de algun libro por supuesto, interrumpió el anciano. Algun ejemplo tan sofístico como todos los que nos ha presentado usted hasta aquí.

—Sofístico ó no, replicó Cadenas, permítame V. referirlo; y deje para después el calificarlo.

El auditorio le prestó la mayor atención, incluso el mismo veterano á pesar de su tenáz incredulidad, y Francisco continuó:

—El ejemplo que voy á presentar, dijo, se refiere á una nota sacada de los pocos escritos conservados de Salvador Rienti, que sólo una vez leí, pero que jamás se ha borrado de mi imaginación; cuya nota relata de la manera más circunstanciada y minuciosa, el efecto del sistema que he tratado de dilucidar, y que aunque difusa en el original, me propongo

referir con la brevedad posible, sólo como evidencia de mi doctrina.

«El conde Hermann del Tirol (1), era un hombre que habia empleado la mayor parte de los años de su vida en los estudios más abstractos, y que fanático en el exámen de las causas y efectos, habia formado de ellas una ciencia suya particular, que no requería más que una ocasión favorable para comprobar su doctrina.

»La suerte ó la desgracia, queriéndosela conceder, hé aquí que á la edad de treinta años, se enamoró perdidamente de la princesa Aurea de la familia Barberino, á quien amó con la misma idolatría con que hasta entonces amara su ciencia favorita.

»Desdeñada no obstante su pasión, casada en breve Aurea con el duque de Aletto, se propone el despreciado amante ejercer la más cumplida venganza y emplear para el efecto los conocimientos recopilados en su mente, y los ardidés todos de su estudiada doctrina.

»Comprende que la venganza verdadera no se reduce á un puñal ni á una copa de veneno.

(1) Sacado del original.

Comprende que no hay suficiente dolor en el sufrimiento de un instante, por inmenso que sea, y que donde debe el individuo recibir el ataque es en las facultades de la mente y en los sentimientos del corazón. El hombre es un ser intelectual, se le oyó decir varias veces; el que se propone tomar una venganza no debe, pues, recurrir á la muerte del cuerpo, sino á la del espíritu.

»Piensa, medita y forma de una vez su plan.

»Piensa, observa y se hace dueño de las debilidades de Aletto, y empieza de una vez á poner por obra el intento de asesinar la dicha tan ponzoñosa para su corazón, con el lenguaje propio y la astucia necesaria para el logro de su intento.

»Descubre entre otras cosas la solicitud del duque por retener sus posesiones en su primitivo estado de perfeccion, é imagina que si él pudiera hacerle creer que su propiedad estaba amenazada de una pronta ruina, amargaría su felicidad, y se vale del siguiente medio.

»Dieron los duques una fiesta en su villa, lugar delicioso donde el duque envanecido con los elogios que prodigaban sus huéspedes á su

posesion gozaba como nunca de su pasion favorita.

»Una nube constante en la frente de Hermann, llama al fin la atencion de Aletto; y pregunta la causa.

»La pesadumbre de ver que la situacion de esta villa corresponde tan mal á los afanes y á los gastos, fué la respuesta. Principia ya á decaer, y dentro de pocos años será un monton de escombros que quedará como triste memoria de la pasada magnificencia del edificio.

»El duque se burló de esta funesta insinuación; pero su ingenioso enemigo habia ya empezado la obra de afliccion, y no desperdiando ocasion durante los dias de las fiestas, de fijar la atencion del duque áun al más leve defecto que podia descubrirse en la mansion y jardines, no dejó de encontrar recursos para apoyar la veracidad de sus astutas advertencias.

»Hizo tambien observar al noble varias manchas en las pinturas, que alegó las producía el viento. Este que viniendo desde la llanura las cargaba de tizones.

»Demasiado afortunado en estas maquinaciones, ántes de haberse concluido la fiesta

habia hecho el veneno efecto, y veia el duque desmoronado para siempre el edificio que tanto amaba y las pinturas que idolatraba.

»Sin embargo, no consideró el mal irremediable, y los jardines Elíseos fueron demantelados y muchos trabajadores se esforzaban por contener el tizon.

»Se consultó tambien á los ingenieros, y aunque no consideraron el mal irreparable, sin embargo, no satisfizo su opinion al duque y su indecision sirvió sólo para aumentar sus temores.

»Habiendo logrado Hermann destruir el goce que la vanidad y el orgullo del duque sacaban de su villa, discurrió su astúcia conseguir su objeto por otro lado.

»Habia observado en Aletto un gusto muy delicado, y que estaba sujeto á experimentar repugnancia muy frecuentemente, y resolvió que este asco á que tan sensible era, lo experimentaria aún en sus más inocentes placeres.

»Por muchas personas era considerada la delicadeza del duque como una prueba de refinamiento, porque jamás hablaba de vinos ó viandas sin hacer las más selectas alusiones á joyas y rosas, olores y fragancias de la clase

más pura y deliciosa; y el espíritu que lo perseguía, apreciando esta peculiaridad en su justo valor, se propuso aprovecharse de ella para martirizarle un día mientras estaban comiendo.

»Un criado le servía á Hermann una copa de vino tinto al que Aletto era muy aficionado, cuando de repente, levantándose horrorizado el conde, desvia la bebida y exclama: «Es sangre; me hiela de horror y me recuerda la del miserable asesino que ví ayer bajo el hacha del verdugo. Veo la cabeza ya separada del cuerpo y el tronco caer sin vida, nadando en el lago de sangre que humedece el suelo. ¡Oh! ¡qué recuerdo tan espantoso!»

»El duque le escuchó con la más profunda atención y repugnancia, y cuantas veces fijó los ojos en el vino tinto, otras tantas creyó ver la sangre del criminal; y al recordar alguno de los huéspedes en chanza las palabras del conde Hermann, temblaba Aletto con indecible emoción.

»Desde aquel día desterró el vino tinto de su mesa, pero cuando lo veía en otras partes palidecía y huía de su vista cual si viera en él la realización de la alusión de Hermann.

»Sus dias y sus noches estaban ya amargados; pero aún no habia descargado sobre su cabeza el enojo del vengador mas que dos golpes, y su venganza no estaba cumplida: su ódio no estaba saciado.

»La duquesa notó la melancolía de su señor, y trato de disiparla con la música; pero Hermann dominaba aún los más dulces y suaves sonidos, y cuando Aletto encontraba alivio á su tristeza en algun aire melancólico, su enemigo se le sentaba al lado y le contaba historias desastrosas, y aventuras fatales que habia aprendido en sus viajes, para que se mezclaran con las cadencias de la melodía.

»Por medio de esta sutileza, infestó de tal modo su imaginacion, que pocos aires podian ofrecerse á su oido, que no trajeran para él horribles asociaciones.

»Cuando habia ya amargado casi todos los placeres del duque se decidió á llevar aún más léjos sus designios, aféandole el aspecto de la naturaleza, y haciendo que se cansara hasta del sol, hablándole constantemente de los males que engendraban sus rayos, hasta que se asociaron esas ideas tan íntimamente en la mente del duque, que llegó á

serle el astro luminoso objeto de la más profunda aversion y temor.»

—Les parecerá á Vds. increíble, dijo Francisco interrumpiéndose y dirigiéndose á su auditorio, que hubieran adquirido estas insinuaciones tal predominio sobre el duque; pero debe considerarse lo artificiosa é incesantemente aplicadas que eran, y conocer deberán todos, que no son las desazones violentas las que causan la verdadera miseria, sino la monotonía de las aflicciones pequeñas. Los que han experimentado un sufrimiento continuo pueden mejor que nadie reconocer la justicia de mis observaciones.

«Aletto, continuó Francisco, á pesar de todo, conservaba en su hermosa duquesa un solaz para su esplín; y miéntras que la confianza en sus virtudes no habia padecido nada las artes de su espíritu perseguidor pudieron haber sido vencidas. Este comprendió que su venganza no estaba completa hasta tanto que ella participara de sus hechizos (permitáseme la espresion); pero su amor le detenía; y ántes de poderse decidir á afligirla, su pasion detenía el amenazante puñal que el aborrecimiento le inducia á empuñar, y le hacia aún aguijoneado por el Euménides de sus

pensamientos, resistirse á descargar sobre ella el golpe que aún le restaba que dar.

»Pensó al principio en inflamar los celos del duque, pero se convenció al hacerlo de que sólo lograria affigir á Aurea y castigarse á si mismo, porque el móvil de su venganza habia sido el amor que ella le habia inspirado, y el único objeto de sus maquinaciones era, sin ofender las leyes ni cometer accion alguna que á ella desagradase, obtener posesion del amor y de la persona de la mujer que tanto amaba.

»Sus artes eran inescrutables, y no teniendo la más leve tendencia á la violencia, podian pasar por inocentes.

»Meditó y observó un poco más de tiempo, y descubrió al fin que las virtudes de la duquesa le ofrecian nuevos medios de aumentar la desventura del duque.

»Veia que el único consuelo de éste, en su abatimiento, se cifraba en la ternura de Aurea, y el espantoso pensamiento que nació de esta observacion fué de sublimidad nunca vista.

»Penetrada la duquesa de los conocimientos de Hermann, le habló de la visible infelicidad de su esposo, y le mostró su temor

de que la ansiedad imaginaria empezaba ya á destruir la razon del que tanto amaba. No tiene, decia, otro consuelo en su tristeza que en mi constante sociedad, y en referirme sin cesar la lamentable historia de sus terrores y horribles pensamientos.

»Hermann la escuchó con ansioso oido, y le contestó enseguida: debe ser reprimido. Su mal evidentemente procede de entregarse demasiado á sombríos arrobamientos. Debeis cambiar vuestra ternura en severidad, y dejar de escuchar su melancolía con compasion. Mofaos de sus presentimientos cual si los juzgáseis fantásticos. No le proporcionéis ocasion alguna de incomodaros con sus infundados pesares; y dándole constantemente asuntos de reflexion, lograreis mostrarle que os mortifica su melancolía.

»El consejo era plausible: era en un todo conforme con la opinion general, y la cariñosa esposa no creyó desmentir su suavidad y ternura aparentando una ligereza extrema y una severidad bien sostenida que áun juzgándolas de su deber, herian profundamente su sensible corazon,

»El duque descubrió pronto su variacion y sintió todo su efecto.

»La existencia le era ya repugnante, y juzgando por el cambio verificado en la duquesa que á los demás se le hacia igualmente insoportable su presencia, tomó veneno; pero no fué bastante eficaz y vivió por algunos dias, lo bastante para hacer público, por medio de su confesor, el principio que conduxera á semejante resultado, y...»

—Traer sobre el hechicero, interrumpió el veterano, el merecido castigo á tan villano proceder. ¿No es así?

—Efectivamente, contestó Francisco, los familiares de la inquisicion le culparon de haber hecho al duque victima de la hechicería, y en aquella edad oscura y supersticiosa, fué lo bastante...

—Para condenarle á las llamas, es de suponer, añadió el anciano.

—Así fué, replicó el cajero con una sonrisa llena de malicia y fijando los ojos en Isabel con la más maligna expresion, pero los tiempos han variado desde entónces, y ciertamente no seria castigado de manera alguna en el dia, un curso tan filosófico y digno de merecer la investigacion de los hombres más sábios.

—Sofisma y puro sofisma, prorumpió con

su energía usual el militar, firme siempre en su opinión

—¿Piensa V. del mismo modo, señora? preguntó el cajero, dirigiéndose á Isabel.

—Pienso algo peor que eso, respondió la jóven, y creo además que si posible fuera que en la vida real existieran profesores de semejante doctrina tan perniciosa, deberíáseles desterrar de todo trato con sus semejantes. Es un ejemplo espantoso del más deliberado y horrible egoismo que puede encerrar el corazón humano, y digno de la astúcia del mismo Belcebú.

Las cejas de Cadenas formaron una sola raya y sus ojos traidores se asemejaron á los de un tigre, en tanto que una repeticion de la misma sonrisa maliciosa que apareció un momento ántes en su fisonomía, dejó ver su hermosa dentadura.

—Seguramente, dijo Gonzalo, apoyando la opinion de Isabel; si en la vida real existieran profesores de semejante doctrina, acreedores se harian á las más severa impugnacion; pero pareceme, Sr. de Cadenas, añadió volviéndose al cajero, que las creencias que márgen han dado al ejemplo que nos acaba V. de presentar, pudieran ofrecer un cuadro más li-

sonjero. Paréceme que ese influjo moral de un individuo sobre otro; ese dogma particular que V. profesa ó reconoce, pudiera ser aplicado en un sentido completamente inverso al que le place á V. adoptar, con lo cual haria V. más fácilmente prosélitos.

Isabel le comprendió por instinto y sintió que sus mejillas la delataban.

—Me refiero, prosiguió Gonzalo, al influjo de los espíritus guiados por la antorcha de la virtud, de la benevolencia, de la caridad y del amor al prójimo: al influjo de los buenos, y creo Sr. de Cadenas, que si bien puede ponerse en duda la perniciosa doctrina que ha promovido esta discusion, bajo el aspecto que V. la presenta, y en el grado de exageracion que nos la quiere hacer concebir, ofrece en el sentido que yo la concibo un género de seducccion tan lleno de dulzura, que aún cuando no fuera plausible, bastaria sólo su halagüeño aspecto para arrebatár la conviccion.

—Convengo, dijo Francisco, en que mi doctrina ofrece dos fases distintas: convengo en que puede ser considerada bajo otro carácter; pero eso, Gonzalo, exclamó con marcada intencion en sus palabras, depende de las cir-

cunstancias, de las circunstancias particulares de cada individuo, repitió, y tal vez, á pesar de mi dogma, añadió con acento meliflúo, fuera yo, como ningun otro, incapaz de ejercerlo, en el sentido en que lo he presentado. Tal vez siguiera el principio sentado en el inverso sentido, y tal vez, ¡quién sabe! me halle en este momento ejercitándolo sin agencia visible al alcance de los indiferentes.

Sus ojos buscaron los de Isabel, y encontraron la pura mirada de la jóven fija en él, con la más profunda espresion de gratitud pintada en su semblante.

—No es tan malo como yo creia, pensó para sí Gonzalo, aún sin comprender el verdadero sentido de sus palabras.

—Cada vez le entiendo ménos, dijo para sus adentros el veterano; y Cadenas volvió á hablar.

—Repito, sin embargo, que todo en este mundo depende de las circunstancias, y que ellas, rigiendo el destino del individuo, de nadie puede jamás responderse; ni se debe ser tan nécio que se desconozca su influjo.

—Sentado este precedente, interrumpió Aguilera, levantándose de su asiento, y admitida enseguida la circunstancia de ser ya

avanzada la hora, me abrogo el derecho de levantar la sesion, y les deseo á Vds. las más felices noches.

Isabel imitó el ejemplo del veterano, y dirigiéndose á su encuentro, le ofreció el apoyo de su brazo, en tanto que Francisco y Gonzalo Figueras abandonaron sus respectivos sitios para dejarle el paso libre, y despedirse el primero.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Cadenas.

Estas palabras articuladas, se aproximó Gonzalo á Isabel.

—Tengo que hablar á V. esta noche con precision, le dijo al oido.

Isabel inclinó la cabeza en señal de aprobacion, indicando al propio tiempo que cuando hubiere terminado sus deberes filiales la tendria á su disposicion, y Gonzalo quedó solo por algunos momentos.

CAPÍTULO XXI.

El retrato de Rosario difundía su sombra maternal sobre su huérfano hijo, aumentando su propia fuerza para el sostenimiento de su papel; y tierna y benéfica como el aceite vertido en una lámpara, fortaleciendo su espíritu con la memoria de su virtud y el recuerdo de su amor.

¡El influjo de los muertos; la fuerza de su prestigio! ¿quién que ha perdido algún objeto en extremo amado deja de conocer la parte que representa en nuestras más insignificantes acciones, aún en nuestros más superficiales sentimientos ó pensamientos?

El tiempo podrá correr y llevarse consigo la aflicción violenta de los primeros mo-

mentos, hasta borrar todo vestigio exterior de la existencia de su recuerdo; y aún arrastrar en pos de sí los adornos mismos que el dolor de los primitivos tiempos colocó en el sepulcro, las flores en su derredor sembradas, las visitas á la sepultura, y toda señal exterior de su memoria; pero queda inextinguible el recuerdo en el corazon, y allí obra sobre nosotros.

¡Cuántos de los grandes cambios labrados en el corazon humano, cuántos del sentimiento que más lo ennoblecen y realzan deben su origen á algun sepulcro, que el mundo tal vez cree por completo olvidado!

¡Cuántos corazones de los que hubieran quizá permanecido viciados ú oscurecidos han sido llamados á la virtud por el influjo de una muerte!

La muerte enseña la más grande de las lecciones, y tiende siempre á mejorar el corazon.

¿Cuál sino es el efecto de la compuncion sentida por la más leve falta de consideracion, la más insignificante imprudencia, la más disculpable ligereza cometida con los muertos? ¿Cuál sino la mejoría del corazon producida por el aguijon del remordimiento?

Beneficiosa siempre, pues, en todos sentidos la influencia de los muertos, beneficiosa no solamente para enseñarnos con la compuncion la debida consideracion á los vivos, sino al propio tiempo eficaz para inducirnos al cultivo de las propiedades, cuyo recuerdo veneramos, ya en la memoria de una madre virtuosa, ya en la de un padre ejemplar, ya en la de una hermana predilecta, ó ya en la de un amigo querido, rara vez deja este bien aventurado influjo de producir los mejores resultados. La recordada virtud, los no olvidados ejemplos, el fuerte estímulo de asemejarse ó hacerse digno de los que ricos en virtudes nos han precedido, ¿no forman en efecto cierto misterioso eslabon entre la tierra y el cielo, y no son en verdad la piedra fundamental de muchas de nuestras virtudes?

Provechoso, pues. como ningun otro objeto en el mundo, y superior á todo género de reflexion ó vencimiento para Gonzalo, el recuerdo despertado por el retrato de su madre, su memoria venerada fortaleció de nuevo su espíritu y aumentó su fuerza para continuar en su abnegacion.

La estrella que le habia acompañado desde la presencia de su prometida esposa, la

estrella cuya brillante luz no le habia abandonado un momento hasta llegar á su propia casa, y cuya fuerza se apresurara á desafiar, se habia algun tanto oscurecido desde su presentacion en el gabinete, pero reconquistado nuevamente su esplendor ante los despertados recuerdos y la resucitada memoria de su virtuosa madre, clara y brillante volvió otra vez á lucir, y espléndida como nunca, precedió á la reaparicion de Isabel.

—Tarde ya, fueron las primeras palabras de la jóven al presentarse, pocos son los momentos que le puedo á V. dedicar.

—No son muchos los que requiero para mi objeto, señora, y lo que deseo decirle se expresa en bien cortas palabras. Isabel, exclamó contemplándola de lleno, he cumplido mi palabra y mi suerte está decidida. Esto no más le queria decir á V., al propio tiempo que darle las gracias por su interés.

Isabel no le contestó.

En pié y apoyadas sus manos en el respaldo de una silla, se clavaron sus rosadas uñas en la madera, y sus dientes encajados, le impidieron la articulacion.

—He seguido los consejos que V., me ha dado, prosiguió el jóven, y nada de cuanto de

mí pudiera esperar ha quedado por hacer...

Y procediendo enseguida á la circunstanciada relacion de sus acciones de aquel dia, incontinenti refirió cuanto le habia acaecido desde el momento en que vió á D. German, escuchándole Isabel con la misma bien fingida serenidad que jamás la abandonaba, pero con las uñas cada vez más clavadas en la madera.

—Ya no falta más, fueron las últimas palabras del jóven, que lo que se ha comprometido V. á obtener: el consentimiento de don Alvaro, que, conseguido, servirá para que mi destino se consume. El tiempo correrá mientras, y él servirá para fortalecer mi propósito y enseñarme á encontrar en Elena todo lo que V. me ha pronosticado. Me probará tal vez que me conoció V. mejor que yo mismo; que adivinó instintivamente el dictámen de mi corazon y el consejo de mi juicio, y que fué V. en este mundo mi mejor amiga, y el génio del bien, cuyo influjo saludable me encaminó á la senda verdadera que me correspondia seguir.

La teoría de Cadenas se vino en este momento á la mente del jóven.

—Acabamos de oír dilucidar una doctrina

extraña, Isabel, dijo refiriéndose al recuerdo despertado, pero oportuno como no lo pudiera haber sido ningun otro en las circunstancias en que nos hallamos: parece providencial que haya sido discutida en nuestra presencia. Perjudicial en extremo en el sentido propuesto por Francisco, ¿quién no la acepta, quién no la comprende, quién no la acoge en el inverso? Nosotros, dijo, representamos el más vivo ejemplo de su exactitud: nosotros personificamos ese influjo moral de un individuo sobre otro, del modo más eficaz; y mejor que nadie debemos comprenderlo y respetarlo. Isabel, exclamó de nuevo volviéndola á contemplar fijamente, no desatienda usted jamás doctrina tan provechosa, ni desista de ejercitarla. Nó, añadió con energía, no porque vea V. á la oveja descarriada dirigiéndose ya sumisa al rebaño la considere segura ni la abandone de una vez. Más que nunca requiere su protección y provechosos consejos. ¡No se los niegue ni rehuse en su regeneracion el apoyo, el consuelo y la fuerza de su amistad!... no quiero detenerla á usted más, añadió. Harto he abusado de su bondad; pero concédame V., al ménos, la satisfaccion de recibir la promesa de que no se

interrumpirán esos sentimientos amistosos que tanto me favorecen.

Los dientes se desencajaron al fin, y la jóven pudo hablar.

—Lo que hasta aquí he sido lo seré en adelante: su amiga, su hermana, constante siempre en mi afecto, y como nadie interesada en su felicidad. De esto, Gonzalo, puede V. tener la más completa seguridad. El tiempo correrá tal vez más de lo que yo quisiera ántes de conseguir el consentimiento de Montoya; pero esta demora servirá para afianzarlo á V. en su propósito, y probarle, como ya he dicho ántes, que el inocente amor de Elena habrá de hallar satisfechos los deseos todos de su alma.

—Plegue á Dios que se cumplan sus pronósticos de V., Isabel, contestó Gonzalo con un profundo suspiro, y el Señor la bendiga si tal sucede. Buenas noches, añadió alargando una mano á la jóven en señal de despedida.

Isabel le entregó la suya fria como el mármol, y llevándosela Gonzalo con respeto á los labios, acto continuo desapareció del gabinete, al propio tiempo que la jóven entraba en su habitación.

La crisis habia pasado, y se habian salvado uno y otro.

Tranquilo en medio de todo el sueño de los dos aquella noche; tranquilo en la mujer virtuosa, porque se sentía grande en la fuerza de su abnegacion, y el heróico sacrificio que consumara, y en el jóven por el íntimo convencimiento de haber obrado conforme al dictámen de su conciencia, y, sobre todo, al dictámen de su buen ángel, los más consoladores ensueños visitaron la fantasía de cada cual, y la mañana los encontró como nunca valerosos en la senda que seguian.

Con sólo esta diferencia entre los dos: que Gonzalo parecia haber adquirido nueva excitacion en sus sentimientos, é Isabel retrocedido á la más invencible apatía y aparente indiferencia; espresion descubierta desde la mañana misma en los semblantes de cada cual, y que de una vez revelaba los distintos sentimientos de ámbos.

En ella habia concluido ya el objeto; en ella habia ya terminado la crisis, y todo habia sido consumado; ínterin que para él empezaba todo ahora.

Sólo de la crisis habia pasado; pero le restaba por llevar á cabo la grandeza de su obra, la esperanza de aproximarse á Isabel, de hacerse digno de ella; y unido esto al interés

despertado por la niña enferma, no podía menos de producir la excitacion descubierta y pintada en su semblante; así como era evidente de donde procedia la impasibilidad y profundo decaimiento del de Isabel.

La fuerza febril que acompaña en la consumacion de los más grandes sacrificios, deja de existir desde el momento en que están consumados y produce en su reaccion los contrarios efectos.

Isabel se sentia abatida, y pasó el dia ejecutando como un autómata sus deberes cotidianos.

No así Gonzalo, que con renovada energía se aplicó á ellos, y acudiendo solícito con el mismo espíritu á la caída de la tarde á la presencia de su prometida esposa, dejó inaugurada desde aquel dia la senda futura de su conducta.

Cuidar á Elena, compartir con Magdalena los esmeros y las atenciones, dedicarles á una y á otra todos sus momentos desocupados: hé aquí lo que se propuso formaria el objeto de su vida; y hé aquí lo que fiel y constante ejecutó por muchos dias, durante los cuales su incesante cuidado, sus delicadas atenciones y afectuoso interés consiguieron lo que en

balde se hubieran esforzado por obtener todos los recursos de la ciencia.

Como el místico y azotado lirio del valle revive por los rayos del sol, por la piadosa lluvia, el lirio blanco revivió por este esmero, por esta atención y constancia, haciendo notables progresos en su mejoría.

Su rostro se fué animando, sus fibras adquiriendo mayor fuerza, su frágil cuerpo, aunque siempre débil en aquel ser tan delicado, se robusteció algún tanto; y aunque débil este soplo de vida, tan débil que el más pequeño contratiempo, la mas ligera sacudida bastaba para extinguirlo, la niña doliente volvió á ser lo que habia sido desde su nacimiento, y á correr su vida el curso natural que de allí en adelante esperaba que corriese.

Gonzalo siempre en sus pensamientos de día, Gonzalo siempre en sus ensueños de noche, él era el objeto de sus conversaciones, el de todas sus acciones, y en él se concentraba su existencia, y feliz, como no hay palabras para expresarlo, pasaba esta inocente existencia gozando alegre de su ventura.

Quince dias hacia que duraba esto; quince dias que Gonzalo sin remision acudia todas las tardes á pasar sus noches con su prome-

tida esposa, cuando en una de ellas le ocurrió á Magdalena la observacion de que le parecia oportuno el hacer á su hijo Francisco partícipe de los planes de su familia

—Mucho tiempo hace que no le vemos, dijo, pero paréceme justo, por reservado que sea el propuesto enlace, comunicárselo á él. Conviene no alejarle más de nosotros de lo que por su propia inclinacion se aleja, y juzgo al mismo tiempo, continuó la viuda, haciendo memoria de la última causa que desviara al cajero de su casa, que ningun incidente en nuestra vida pudiera causarle mayor placer que el presente.

Los ojos del lirio blanco buscaron los de Gonzalo con espresion suplicante; pero desentendiéndose el jóven de su insinuacion, respondió segun el dictámen de su buen juicio, que nada encontraba más justo y que seria mensajero aquella misma noche de los deseos de Magdalena seguro de que su hijo habia de recibir en la comunicacion maternal la más cumplida satisfaccion.

—¿Pero qué necesidad hay de que él lo sepa? preguntó Elena no pudiéndose hacer superior al terror que le inspiraba su hermano.

—¿Necesidad, hija mia? respondió la madre.

Ninguna. Pero es justo tratar de atraerle, y no de hacerle perseverar en su retrainimiento. Tu hermano, prosiguió Magdalena, jamás se ha conducido como debiera con nosotros; pero no es ese motivo para que nosotros obremos con él de la misma manera. Siento ver hija mia, añadió, que no amas á Francisco.

—Le tengo miedo, fué la respuesta de Elena, y mi corazon se resiste á quererle. Desde niña ha sido así. Bien lo sabe V. madre mia, y no lo pudo remediar.

—Pero deberias tratar de vencerte, dijo Gonzalo, acariciándole la cabeza; has dejado de ser niña y es preciso ser mujer de una vez.

Elena le miró sorprendida.

Era esta la primera ocasion en que se manifestaba el jóven dispuesto á negarle su asentimiento, ó en que se atreviera á ofrecerle una sombra de repension: jamás ni aún durante los años que la trató como hermana, habia sucedido esto, y Elena no lo pudo resistir.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Gonzalo se arrepintió con todo su corazon de lo que habia hecho, y lleno de remordimiento por su dureza, se disponia á ofrecer

la reparacion posible, cuando Magdalena, que se hallaba á alguna distancia de los jóvenes ocupada en su labor, y para quien habia pasado desapercibida esta escena, interrumpió su efecto, dirigiéndose de nuevo á Gonzalo.

—Mucho te agradeceré, dijo, que comuniqués cuanto ántes á mi hijo el deseo que tengo de verle, segura como estoy de que el enlace de su hermana habrá de ser precursor de un cambio en su corazon.

Misterioso para ámbos oyentes el origen de esta confianza, remontábase á la altura de la desavenencia de la madre y el hijo, y le ofreció naturalmente á Magdalena una bien fundada esperanza que tenia deseos de ver realizada.

—Isabel no lo aprobará, insinuó Elena.

—Isabel aprueba siempre lo que está bien hecho, contestó Gonzalo.

Elena le volvió á mirar con la misma expresion de afliccion y sorpresa que ántes, y Gonzalo se contuvo inmediatamente.

Magdalena continuó hablando.

—Isabel es el buen ángel de esta casa, y aunque invisible, dirige el timon de su destino.

—Isabel es un buen ángel para todos los que se le acercan, repitió Gonzalo. Todo se lo debemos á ella, añadió enseguida; y afanosa en el servicio nuestro, no hay temor de que se entibie en la emprendida obra. Sé cuán grande es el interés que le merecemos, sé tambien cuán grandes son las dificultades que tiene que vencer, y sé más que nada, que las sabrá dominar.

— ¡Cuánto la amaré! exclamó Elena. ¡Cuánto la amo ya, áun sin conocerla!

—Y ella á tí tambien, contestó Gonzalo. No me vé una vez que no me pregunte por tí, que no te envíe su tierno afecto y te haga objeto de su más amistoso interés. No me habla de otra cosa; no me toca punto alguno que no vaya á parar á lo mismo, y no parece en efecto tener otro objeto en su mente más que nuestro amor, nuestro enlace. y la parte que le toca hacer para que se realice. ¡Ay! sino hubiera sido por ella.

—Jamás hubieras hablado, interrumpió Elena. El temor de mi repulsa, cuando me moria de amor por tí, y el temor de tu tío, te hubieran tenido siempre callado. ¡Pobre Gonzalo! ¡Cuánto debes quererla! ¿Por qué me miras así? exclamó de repente. ¿Qué he

dicho, qué he hecho para que te enfades conmigo? Yo no sé lo que tienes esta noche, añadió con balbucientes acentos, pero me estás haciendo llorar á cada instante y no me tratas como otras veces; y de nuevo, llenándosele los ojos de lágrimas, la más profunda aflicción se pintó en su infantil semblante.

Gonzalo se creyó un mónstruo, y nada le parecia bastante para castigar su crueldad.

Colmó á la alarmada criatura de las más afectuosas espresiones de ternura; llenó su avaro oído de los epítetos más cariñosos, y logró al fin, merced á estos esfuerzos, tranquilizarla.

La habló de su acendrado amor, de su constancia, de su matrimonio, de escursiones al campo en la primavera, de las flores, de los árboles, del murmullo de las fuentes y los rios; de los infinitos placeres é inexhaustos recursos de felicidad en su vida matrimonial; y embelesada la niña doliente al escucharle, plácida le sonreía, y encantada se entregaba á estos sueños deliciosos.

—El mes de Mayo pronto viene, decía Gonzalo, el mes de las flores que tanto amas; y en el mes de Mayo nos casaremos para que

nos haga más dichosos siempre la llegada de ese mes.

—Es un mes muy hermoso, contestaba Elena, y todo estará ya arreglado.

—Así lo espero, vida mia. Piensa en él y en tu Gonzalo, y no te ocupes en otra cosa.

—No tengo otro pensamiento, fué la respuesta de la inocente, y así era en efecto.

No necesitaba afirmarlo.

La visita se terminó como todas, con la más cariñosa despedida á la puerta de la salita, y enseguida procedió Gonzalo á ejecutar el encargo de Magdalena.

Era grande la preocupacion de su amante, en tanto que dirigia los pasos en busca de Francisco Cadenas, á quien sabia que habria de hallar á aquella hora en casa de su tio; y reflexionaba en el paso que iba á dar, y reparaba en su poca disposicion para adoptar á Elena por compañera de su vida.

¿Y por qué, se dirá, por qué no le cruzaron ántes de ahora semejantes pensamientos por la imaginacion?

Fácil es la respuesta.

Porque hasta aquí la inseguridad de la vida de la doliente niña, el estado peligroso de su salud, y la grande mision de rescatarla,

habian monopolizado completamente su pensamiento; pero alcanzada ya la primera y más interesante parte de su mision, restablecida Elena á su estado normal, podia obrar la reflexion libremente, y hacerse notar la lucha que habian de sufrir sus aspiraciones ante la infantil naturaleza de su prometida esposa, ante la inocente niña débil en su moral, en su fisico, consentida y acostumbrada á no salir de la limitada esfera de sus tendencias infantiles. La poca conformidad de las ideas, la desigualdad en los sentimientos: ¿qué mayor infelicidad puede existir en la vida matrimonial? Y esto era lo que Gonzalo no podia menos de prometerse de su enlace con Elena.

Seria siempre una niña, y una niña voluntariosa, cuyos deseos y pensamientos jamás deberian recibir la menor contradiccion: incapaz en su propia debilidad de reconocer la ventaja de otras diferentes, y harto incorregible en su susceptibilidad para dejarse conducir á otra senda que la que hasta entónces habia seguido.

Examinada con el más profundo interés, y estudiada durante aquellos dias que acababan de pasar, habia hecho Gonzalo este descubrimiento, y estaba íntimamente convenci-

do de la influencia de todo género de consejo, ejemplo, ó amonestacion para levantar á aquella frágil naturaleza á su propio nivel.

Era una triste conviccion, pero indestructible y acreditada, no sólo por el exámen presente, sino al propio tiempo por infinitos recuerdos de los tiempos pasados.

El ejemplo reciente de aquella noche, ¿no venia á apoyar como ningun otro la certeza de estas observaciones?

Harto convencido se hallaba de ello el joven, y harto penoso le era acomodarse á su destino.

Pero, ¿era justo entregarse á estos pensamientos?

¿Era justo exponerse á destruir la comenzada obra?

¿Merecia la doliente niña este rigor, debería esperar de ella más de lo que prometia?

¿Era propio de las circunstancias fomentar estas ideas?

¿Qué resultaba de esto?

La imaginacion lo adivina.

Isabel, y sólo Isabel, con su acrisolada virtud, sus nobles tendencias y elevado carácter.

Y no debía ser esto: nó, por más que la

imaginacion lo quisiera, la razon lo prohibia, y justo era consumir la obra tan noblemente empezada, y rendir á la razon su merecido homenaje.

¡Pobre lirio blanco!

—Yo debo acomodarme á ella, decia la razon, y no esperar á que ella se acomode á mí. Yo debo descender y no exigir que ella se eleve; acomodémonos, sujetémenos al destino y hagámosle lo más llevadero posible. Examinémosla con la indulgencia que merece su fragilidad. Miremos en ella la impotencia de la infancia, ineficaz para sobrellevar el peso de la razon; á la niña enferma con un leve soplo de vida que el más ligero contratiempo puede extinguir; aceptemos el sacrificio de conservársela, como el único eslabon entre el amor que pudiera haber sido y la amistad que le reemplaza.

Tranquilizado de nuevo su espiritu ante el influjo de estos pensamientos, aunque siempre poderosa su preocupacion y prometiendo no extinguirse fácilmente, una vez creada, cesaron por lo pronto las penosas reflexiones de Gonzalo, y llegado ya á su casa, procedió de una vez á ejecutar su mision respecto á Francisco Cadenas.

Dispuesto ya el cajero para retirarse aquella noche, le encontró el jóven en la escalera misma, y solícito de desempeñar su embajada, le dijo :

—Su madre le queria ver á V. y cuanto ántes: su madre, que casi le expulsó de su casa, y cuyo justo enojo no se habia atrevido á desafiar cara á cara desde entónces...

Francisco no pudo ménos de experimentar la más visible sorpresa al recibir este mensaje y de violentarse no poco al comprometerse á cumplir lo que en él se le pedia, pero falto de pretexto para negarse, no pudo ménos de prometer acudir cuanto ántes á la llamada.

CAPÍTULO XXII.

No son las desazones violentas las que causan la verdadera miseria, sino la monotonía de las aflicciones pequeñas, había dicho Francisco Cadenas; y fielmente recordadas estas espresiones, así como todas las demás proferidas por el cajero en aquella noche célebre por la cuestion de metafísica, como la llamó el anciano Aguilera, harto había experimentado la oculta é inocente víctima de aquel artificioso lenguaje la exactitud de muchas de sus proposiciones.

Frecuentes habían sido las veces desde entonces que lo había recordado Isabel, que había meditado con desprecio en la espantosa doctrina dilucidada por el cajero.

Habia comprendido un objeto en ella: habia traslucido un pensamiento oculto en aquella extraña historia, y no debe, pues, sorprender la perpétua asociacion de estos pensamientos con los demás de su mente.

Podia ofrecer el dogma de Francisco un cuadro más lisonjero que el propuesto por él; podia ser aplicado en un sentido completamente inverso: así lo habia anunciado Gonzalo Figueras, y Cadenas habia convenido en ello; pero presentando como base de las circunstancias particulares de cada individuo, y ofreciendo este principio el más vasto campo á la imaginacion, habia dado márgen á las más confusas y penosas meditaciones.

Neutralizado sin embargo el efecto de estas por el recuerdo de otras palabras soltadas en aquella ocasion, propias para inspirar la mayor confianza y desconocer todo género de recelos, ningun incidente digno de despertar la menor alarma en Isabel ocurrió en los primeros dias que sucedieron á aquella cuestion de metafísica.

Observaba á Cadenas solícito como nunca por complacerla, evitando todo lo que pudiera incomodarla; convertido en campeon de su familia, librándola con sus insidiosas y astutas

advertencias y oportunas intervenciones del encono de D. Alvaro, el implacable D. Alvaro, que con el orgullo consiguiente al engrandecimiento, á la vulgaridad y á la falta de corazon, no desistia, ni áun después de la concecion otorgada á Francisco Cadenas, de hacer sentir el favor que concedia; y reconocida á este perpétuo desvelo, á esta amistosa proteccion, olvidaba por completo lo pasado y se abandonaba descuidada á la confianza presente.

Casi domiciliado el cajero en la mansion de su principal, agregado al círculo de su familia, en la mesa, en las conversaciones más íntimas, en los asuntos más privados, fácil le era, más fácil que le hubiera sido á ningun otro, realizar en toda su extension su doctrina; pero empleada no obstante como ya se ha insinuado en el mejor sentido, empleada aparentemente en el más benéfico, pasaron algunos dias sin que Isabel recibiera en su aplicacion mas que resultados provechosos.

Si el anciano Aguilera, como sucedia frecuentemente, exponia una opinion contraria á la de Montoya, y sostenia esta opinion con su característica obstinacion. desafiando el peso del contrario juicio de su yerno, y el orgullo-

so comerciante se disponia á hacer triunfar su propio parecer arrollando todo género de miramiento ó delicadeza, era la voz de Francisco Cadenas la que templaba estas discusiones y lograba restablecer á los contendientes á su estado natural.

Si el veterano, ignorante de la ninguna culpabilidad de Isabel, la impugnaba por el destierro de los niños, y su aparente variacion con ellos, y Montoya sostenia la razon de esta medida, apoyándola con las obsevaciones más duras y groseras, envueltas en el lenguaje más soez, de nuevo era la intervencion del cajero el medio eficaz de arreglar estas diferencias.

Si en alguna ocasion, fuertemente irritado el yerno contra el suegro llevaba su encono hasta el extremo de amenazar á Isabel con el destierro de su padre, tomaba nuevamente sobre sí Francisco Cadenas el cargo de desvanecer este enojo.

Y en resúmen, alcanzando con su influencia casi todos los sentimientos de Isabel, y el modo de especular sobre ellos, podia decirse que durante los dias que duró esta proteccion, se convirtió en el ángel de su guarda.

Perfectamente iniciado en los resortes de

aquel corazón, completamente identificado con aquella existencia tan llena de sensibilidad, tenía cuanto podía apetecer para aplicar su doctrina, que aplicaba efectivamente en el buen sentido hasta ahora. Y las miradas suplicantes, las sonrisas de gratitud, las expresiones afectuosas, las muestras de deferencia, eran las que le compensaban de su trabajo.

El anzuelo había sido tendido con la mayor destreza, y el cebo se hallaba ya en la boca de la víctima.

En prueba de ello basta sólo la relación de una de las innumerables escenas ocurridas durante el trascurso de los días á que me refiero, para hacer evidente la exactitud de estas observaciones.

Una mañana, hallándose reunidos después de almorzar D. Alvaro Montoya, su esposa, el padre de ésta y el perenne cajero, expresó Aguilera, como frecuentemente había hecho ántes, su pesar de hallarse tan de continuo separado de sus hijos.

—Me falta media vida, dijo con referencia á esto. Acostumbrado á tenerlos siempre junto á mí, paréceme, desde que he dejado de verlos con frecuencia, que mi ceguera se ha aumen-

tado. Sus vocecitas, sus caricias, sus alegres risas me hacian tan dichoso, que al escucharlos olvidaba mi desgracia.

—Nunca me niego, interpuso Isabel, á acompañar á V. cuando desea ir á verlos.

—Cierto, contestó el anciano, pero temo incomodarte, y no quiero abusar de tu bondad.

—Jamás le he oido á V. decir eso ántes, y me aflige ese lenguaje, replicó la hija.

—Por poca cosa te apuras, prorumpió Montoya, tomando parte en la conversacion, y además es inoportuno discutir lo que no admite variacion.

—¡Era tan feliz con ellos! volvió á decir el anciano, y era tan indiferente el dejármelos siempre cerca de mí, que no puedo acomodar-me á tu sentencia, Isabel.

—¡Mi sentencia! tartamudeó la jóven con los ojos llenos de lágrimas y fijándolos suplicantes en Francisco Cadenas.

—La mia, interrumpió Montoya, dando con el puño sobre la mesa. La sentencia procede de mí, Sr. de Aguilera; y si su hija de V., mi esposa, ha puesto en práctica la voluntad de su marido, no ha hecho mas que cumplir con su obligacion.

—¡Ay, muertos tiempos pasados! exclamó el veterano refiriéndose no á la época de la pobreza é infelicidad sino á los tiempos recientemente pasados en medio de las comodidades de la casa de D. Alvaro; ¡cuán triste es haberlos perdido!

—¿Y es esto lo que se llama agradecimiento por los favores recibidos? exclamó D. Alvaro, volviéndose enojado á su mujer.

La jóven se sonrojó fijando de nuevo los ojos en Francisco Cadenas.

—La enmienda es fácil, prosiguió diciendo el yerno con su habitual dureza é implacabilidad de carácter. Si tan halagüenos son los recuerdos de la miseria, sencillo es volver á ella. No lo hubiera yo pensado jamás al hacer memoria del agasajo con que fueron acogidas las proposiciones ahora tan mal apreciadas. Fácilmente se olvidan los beneficios, señor de Aguilera, agregó, y es fuerte cosa tener que estarlos recordando á cada paso. Pero la necesidad me obliga á ello, y por lo tanto, repito á V. lo que ya le he dicho veinte veces ántes, que la determinacion tomada con sus hijos no procede de Isabel, sino de mí; que ella, al ejecutarla, no ha hecho mas que cumplir con su obligacion; y que en esta

casa soy yo el amo, nadie más tiene en ella voz. Fuerte cosa es que no sea dueño de disponer lo que mejor me pareciere y ver los favores tan ingratamente pagados.

¡Los favores!

Era una palabra dura, prodigada incesantemente y jamás desterrada de los lábios del comerciante, que entraba en el corazón del veterano con más dolor del que había sufrido al recibir la bala del enemigo; y el viejo la había recibido repetidas veces.

—Los favores, repitió el anciano con profunda indignación, los favores tan decantados D. Alvaro, y que nadie jamás solicitó, añadió con noble entereza, terminarán de una vez. Mañana mismo salgo de esta casa con mis hijos, aunque sea á pedir limosna y á morirnos de hambre por las calles. Mañana mismo, repitió.

Isabel se echó á llorar.

—Es V. dueño de hacer lo que mejor le parezca, y por lo que toca á esperar que yo le niegue lo contrario, ó que desista un momento de la determinación tomada con sus hijos, ó de cualquiera otra que me placiere tomar, mucho se equivoca V. si me juzga ménos firme de lo que soy.

El orgullo y la terquedad, malamente traducidos por firmeza de carácter, formaban en la opinion de Montoya la principal de sus cualidades, y en la presente ocasion no quiso desmentirla.

—Señores, dijo el cajero, juzgando ya oportuno poner en juego los poderes de su prestigio y rompiendo el silencio que habia seguido á las últimas palabras, esto que pasa entre Vds. no debe ser por ningun estilo. Nadie debe salir de esta casa, ni es del caso conceder tan grande valor á unas meras palabras.

Isabel le miró con tan viva espresion de gratitud, que Francisco perdió por lo pronto el hilo de su discurso.

—Nos hacen Vds. sufrir á todos con esas desavenencias, continuó después de una breve pausa, y lo que es respecto á mí, se avienen tan mal con mi carácter, que mucho me temo que al fin y al cabo conduzcan á resultados que nadie por ahora imagina.

—El principal miró á su dependiente con el más profundo recelo; deponiendo instantáneamente la rígida espresion de su semblante.

—Cada cual comete sus yerros en este

mundo, prosiguió Francisco, y cada qual censura segun su juicio las cosas, las acciones de los demás; pero no es ese motivo para estar continuamente en guerra, y para no saberse sobrellevar mútuamente los unos á los otros. Convengo, continuó dirigiéndose al veterano, en que le asiste á V. la más grande razon en sentir la separacion de sus hijos, y en no someterse á ella sin hacer todos los esfuerzos que estén á su alcance. Esto es lo más natural, porque V. examina la cuestion bajo el prisma de su amor padre, y no camina más allá de los sentimientos y deseos propios de este afecto; en tanto que considerándola bajo el punto de vista examinada por el Sr. Don Alvaro, dijo, volviéndose ahora á éste, lo que él ha juzgado oportuno hacer respecto á los niños, se apoya igualmente en las más poderosas razones; y por ningun estilo, bajo el aspecto que él considera este asunto, merece la más leve censura. Quiere el bien de los niños, se lo proporciona por los medios más eficaces; pero no acostumbrado á ellos y falto de ese amor de padre, necesario para sobrellevar, como V. mismo Sr. de Aguilera conoce, las infinitas imprudencias de las criaturas, las aleja de sí, no tanto por el principio egoista

de evitarse estas molestias, como por el laudable objeto de evitarles á ellos los padecimientos que necesariamente habian de sufrir hallándose cerca de una persona á quien falta la costumbre de tolerar las impertinencias infantiles. Sean Vds. buenos amigos, añadió, No se debe vivir bajo el mismo techo con sentimientos de enemistad, y es justo que por el amor de la hija y de la esposa se soporten mutuamente el padre y el marido.

El veterano reconoció la justicia de estas observaciones, y cediendo noble á su influencia, se mostró dispuesto á hacer las paces; y el comerciante por su parte, más fuertemente impresionado de la amenaza indirecta lanzada por el cajero al principio de su discurso que de otra cosa, depuso tambien por lo pronto su enojo, y prestándose ámbos á lo que de ellos se exigia, quedó la paz restablecida miéntras llegaba la primera ocasion de encontrarse otra vez reunidos.

Incesantes, pues, é interminables estas escenas, á pesar de los esfuerzos generalmente eficaces de Francisco, atormentaba su repeticion la existencia de Isabel; y presentes siempre á su imaginacion las palabras aquellas con que ha sido principiado este capítulo,

cuya exactitud veia confirmada en estos inabarcables ejemplos, no encontraba medio de trabajar en el servicio de la causa que habia abrazado con el ardor propio de su elevado carácter.

Más de una vez habia osado tocar el asunto, más de una vez se habia puesto á dar conocimiento de su mision á su marido; pero rechazada siempre con aspereza, y contenida en sus esfuerzos con las mismas razones concluyentes dirigidas á D. German del Castillo, y acobardada de sus resultados, ningun camino habia adelantado.

Pero fiel sin embargo á su promesa, y resuelta á sostener su conquistada palma, no por eso desistia de su empeño; y esperanzada de que el curso del tiempo, ó tal vez algun evento imprevisto ó alguna causa oculta predispusiera el ánimo de Montoya, descansaba en la pureza de su alma para conseguir la deseada victoria.

Y si esto no sucediera, si el consentimiento de D. Alvaro era siempre rehusado, y ningun género de reflexion, ningun evento imprevisto ú oculta causa intervenia para disponer de su ánimo, sabia Isabel entónces lo que habria de aconsejar.

Su martirio no estaba completo si un sacramento semejante al que la ligaba á ella, tan indisoluble, no la separaba más de Gonzalo y ponía para siempre un abismo insondable entre los dos.

Sería un bien para ámbos, é Isabel formó su resolucion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

17



56

B

(beg 1847)

